Lectulandia

¡Ay viajero, mi querido amigo! ¡Aún tienes tanto que recordar! Sí, sí, *El Regreso del Heredero* y todo lo demás, todo lo que te trajo a mí desde tan lejos… Sé que piensas en ese joven príncipe y su hermoso corcel de fuego… ¡Sí! ¡Eso es! Veo que ya empiezas a recordar… Prepárate para descubrir…

¿Cómo que el qué? ¡Todo! Ya sabes, el asombroso viaje del príncipe, los inesperados compañeros que le ayudaron, las sorprendentes tierras que visitaron, los crueles enemigos que les persiguieron, las alucinantes aventuras que vivieron… ¡Y mucho más!

El Mal buscando resurgir. Ciudades en llamas. Criaturas de leyenda despertando. Traiciones y traidores. Batallas dignas de ser contadas una y mil veces. Y Kaz-Minkú y su crueldad… ¡No, no! No te pongas triste, mi querido amigo, mi querido viajero. Todo tiene un por qué. Incluso tu infinita maldad.

¿Cómo dices? ¡Ah! Entiendo. Sí, claro, sigues buscando respuestas. Pues recuerda a aquel rechoncho emperador de noble corazón y recuerda a la misteriosa dama del Sur. Recuerda su amor… y encontrarás las respuestas. Porqué el amor lo es todo.

Ahora te tengo que dejar otra vez, tu historia vuelve a estar en tus manos. Pero si crees que es mejor que no… Vale, vale. Es verdad, ¿quién soy yo para decirte nada? Al fin y al cabo, este sigue siendo el viaje de tus sueños…

J. A. Román

Uzum

El mediodía

El Regreso del Heredero - 2

ePub r1.0
Titivillus 23.04.2022

Título original: *Uzum. El mediodía*
J. A. Román, 2019

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A mi mayor fan, de su mayor fan…
a mi madre.
Y a mi mejor amigo, de su mejor aprendiz…
a mi padre.
Juntos sois mi camino.

KARINDOR
VALRUZ
VALGORA
VALTRA
BELFAEL
HIBRIDOS DEL NORTE
HIBRIDOS DEL SUR
NUEVA ZULA
ROUHN
ERASTIUS
VERM GORH
DOMINIO NELDOR
REINO ELFICO
EL VALLE
REINO ONINOD
KAZARD
SIGRINS
CLANES NADOR
KADOR-HUM
PUEBLO DE VEUNN
ZAFIOS
El Refugio
Ciudad del Oninod
Bastion de LIRA-ROSS
Refugio Rebelde
Kador-Val
Nador-Val
Las Tierras Fronterizas
Las Tierras Áridas
La Muralla Sombría

“De nada sirven vuestros esfuerzos. Tan insignificantes, tan patéticos… Mi Señor es vuestro único destino. Vuestro único Amo. Vuestra verdad. ¿Queréis luchar? ¿Queréis ser héroes? ¿Queréis gloria y justicia? Tanto da lo que queráis. La tierra que pisáis está maldita. Vuestra luz es oscuridad. El Mal estará siempre en vosotros. No tiene cura. Y yo soy su más fiel portador…”

Tú, poco antes del retorno del Mal a Kaz-Minkú

Capítulo I

LA TORMENTA SIN FIN

RELÁMPAGOS, truenos, lluvia y granizo azotaban con furia el firmamento, estremeciendo tierra y cielo a su paso. Desde la Muralla Sombría hasta Los Montes de Hielo en un extremo y Kaz-Minkú en el otro, Válruz[1], el gélido continente norteño de Kárindor, sufría el peor azote jamás visto en el mundo desde la época de la gran glaciación. Hombres y mujeres buscaban refugio allá donde podían. Los niños, sucios y extremadamente delgados, lloraban asustados en todas y cada una de las aldeas y ciudades del Dominio Negro[2] mientras corrían de acá para allá entre los restos de basura y los desperdicios inservibles que se acumulaban en las calles. Incluso los duros soldados de aquel Imperio, acostumbrados a patrullar por peligrosos caminos y senderos, apretaban ahora el paso aferrando sus armas con fuerza, tiritando a causa del insoportable frío que se había desatado coincidiendo con el inicio de la nueva estación.

Y nadie ayudaba a nadie.

Durante prácticamente casi todo el año, las tierras del Norte se hallaban normalmente recubiertas de una curiosa nieve color ceniza, densa, que se acumulaba hasta casi alcanzar dos palmos de altura. Pero ahora aquella nieve

acumulada llegaba a la altura de los hombros de los soldados. Miles de cadáveres congelados yacían ya bajo aquella gélida capa de muerte.

Un joven gonk, una cría en verdad, avanzó tiritando en mitad de la tormenta. Sus diminutos ojos negruzcos se esforzaban por encontrar el camino de regreso al cubil de la manada, allá cerca, en una de las innumerables cavernas repartidas a lo largo y ancho de las faldas de las Krad-Muná. Pero no había nada que ver. Solo viento huracanado, nieve incesante y aquellas luces atormentadas que iluminaban el cielo a ráfagas, cegando a la cría, retorciendo su voluntad. Creyó divisar algo en la distancia, una forma alta y redondeada que permanecía quieta en la distancia. Siguiendo un instinto básico de supervivencia, se puso nuevamente en marcha rumbo a aquella forma.

Algo sobrevoló el enfurecido cielo un mísero instante, cubriendo con su inmensa sombra al joven gonk.

La cría, sola y asustada como estaba, tan solo se limitó a acelerar el paso desesperada. Aunque su cuerpo empezaba a mostrar signos de congelación, el miedo que hubiese paralizado a cualquier otro ser se transformó en un deseo ardiente de vivir, potenciando su asombrosa fuerza innata. Un lobo de montaña haría mucho que ya se hubiese rendido. Incluso un tigre de hielo, con su impresionante doble mandíbula y su pelaje duro como el diamante, tal vez puede que también hubiese desfallecido en aquel momento crítico.

Pero no aquella cría.

El miedo la hizo más fuerte, más rápida, más ágil. Fue gracias a ese miedo instintivo que pudo acortar la distancia que la separaba de aquella forma que había medio visto en la distancia. Y fue ese mismo miedo el que le repitió una y otra vez que allí estaba su cubil, su hogar, su refugio.

Su salvación.

La misma sombra alada de antes sobrevoló nuevamente los cielos y entonces rugió. Su potente rugido silenció por un momento el incesante tronido de la tormenta.

Al escuchar el rugido, la cría gonk lanzó patas y brazos hacia adelante con todas sus fuerzas, impulsándose con ello a través del muro de nieve que la separaba de la seguridad de su cubil. ¡Se le acababa el tiempo! Aun así, se detuvo de repente. Su kúhec había percibido el batir de unas poderosas alas descendiendo a toda velocidad en dirección a ella. Astutamente, la cría esperó un instante que se le hizo eterno y luego, de improviso, rodó con todas sus fuerzas hacia su izquierda.

¡Justo a tiempo!

Algo rasgó la nieve en donde hacía apenas nada había estado la joven cría gonk. Los surcos de unas poderosas garras se hicieron visibles, dejando unas marcas de más de un brazo de profundidad en la nieve. Pero la verdad era que, si el atacante hubiese querido, la cría ya estaría en su estómago. Al parecer, aquel gigantesco depredador tan solo jugaba con su presa. Había fallado adrede. Le interesaba más el placer de la caza que el sabor de aquel joven gonk.

Ajena a todo ello, la cría aprovechó el breve momento que aquel ser alado y descomunal tardó en remontar el vuelo para saltar hacia adelante de un impresionante brinco final. Se quedó a apenas un paso de alcanzar aquella forma alta y redondeada que había distinguido. Los truenos no cesaban. Las luces y fogonazos del cielo seguían su extraño ritual. La nieve se volvía más espesa y sucia. La cría miró hacia delante angustiada… ¡Sí! ¡Era su cubil! Haciendo un último esfuerzo reptó hasta la entrada de la caverna donde había nacido y criado. Ya casi estaba… Y entonces las fuerzas le abandonaron allí mismo. Al fin y al cabo, todavía no era más que una joven cría. Agotada, alzó la mirada hacia el firmamento mientras su cuerpo, exhausto, se congelaba a marchas forzadas.

Había estado cerca de conseguirlo.

Tan cerca de salvarse.

Pero la cría sabía que ya no lo haría.

Y es que no había una, ni dos, ni diez de aquellas formas aladas y descomunales. Aquel joven gonk divisó al menos a una treintena de aquellas sombras voladoras que nunca antes había visto. Varias de ellas se lanzaron en picado, compitiendo entre sí para ver quién se quedaba antes con la exhausta cría, rugiendo amenazantes mientras lo hacían. Para aquellos gigantes alados, todo eso no era más que un divertido juego de caza. Entonces, de repente, unos brazos poderosos, alargados y musculados hasta la deformación, rescataron a la cría justo a tiempo, llevándola al interior de la caverna y poniéndola a salvo en la seguridad de aquel sucio cubil gonk.

Afuera, las bestias aladas rugieron con cierta frustración. La entrada a aquella caverna era demasiado pequeña para ellas. Y, aunque podían entretenerse derribando y destrozando todo aquel lugar, la verdad es que no tenían tiempo para seguir con aquel divertido juego. Debían acudir a Su llamada…

La cría por fin se sintió a salvo al reconocer el rostro amorfo y cicatrizado del poderoso gonk que le había salvado la vida: su cabeza de manada. El clan había encendido una potente fogata en la seguridad del interior de la caverna,

a resguardo tanto del frío como de los enemigos. Su cabeza de manada la cogió de una de sus patas y, a las rastras, la llevó hasta allí. Aunque la cría hubiese tenido fuerzas para resistirse, no lo habría hecho.

¿Para qué, si estaba a salvo?

El camino se amplió hasta que finalmente alcanzaron el "nido", aquella parte del cubil que la manada usaba para reunirse al completo, en realidad una zona mucho más amplia de la caverna que conectaba todos los niveles, pasajes y nichos de aquel cubil. La luz de la potente fogata la iluminaba en su mayor parte. Entorno a ella, la manada al completo se había reunido manteniendo un inquietante y poco habitual silencio. Aliviada al verlos, la cría por fin dejó de temblar. El agradable calor cercano que emanaba del fuego comenzó a hacerle efecto, devolviéndola nuevamente a la vida.

Ese joven gonk, esa astuta cría, sintió algo parecido a lo que nosotros llamamos paz interior.

Y esa sensación de alivio fue lo último que sintió antes de que su cabeza de manada la arrojase sin más a aquella inmensa hoguera, dejándola morir quemada viva allí mismo.

Porque los gonks adultos sabían bien lo que significaba aquella inexplicable tormenta. Y lo que eran aquellas criaturas aladas y descomunales. Y el porqué habían despertado de su obligado letargo.

No necesitarían crías para lo que se avecinaba.

Necesitarían coger fuerzas.

Necesitarían comer carne.

Y no eran las únicas que lo sabían. Todas las criaturas sombrías y horrendas que habían hecho del peligroso Norte su hogar se agazapaban en sus madrigueras o nidos intentando escapar de la impresionante tormenta que asolaba el país de los odiados corazón-negro, sabiendo que en breve llegaría el momento de entrar en acción. Otras, de mayor tamaño, fuerza y malicia oteaban el horizonte desde sus cuevas o cavernas fijando sus ávidos ojos en dirección al centro mismo de la tormenta, al origen real de aquel desastre antinatural.

La penumbra que normalmente cubría Válruz se tornó por momentos más oscura y cerrada y, pese a ser pleno mediodía, fue como si la noche se hubiese apoderado de aquella parte del mundo.

Por fin, la primera de aquellas enormes moles aladas sobrevoló el lugar exacto en el cual se hallaba el epicentro de la apocalíptica tormenta. El hambre y la rabia rugieron en su interior tras el largo sueño impuesto.

Temidos con razón por el resto de pueblos y habitantes de Kárindor, los de su especie habían causado grandes calamidades y penurias en otras eras, en otros tiempos. La figura majestuosa de la gran criatura rompía el viento huracanado y la nieve con su portentoso vuelo. Se alejó de allí un tanto, tomando tierra con pasmosa facilidad en una colina cercana. El resplandor brillante del fuego causado por la lava que abundaba en esa parte de Válruz, y que ni la nieve ni el frío conseguían apagar jamás, se reflejaba en los ojos vidriosos de la poderosa criatura, uno de los últimos miembros con vida de una especie antiquísima incluso para la propia Kárindor. La infernal bestia resopló impaciente esperando a que algo sucediese al otro lado de los muros que ahora vigilaba.

Los muros de Kaz-Minkú.

Kaz-Minkú:

"La ciudad del fuego del anochecer"
"La ciudad sin luz"
"El terror de los hombres"
"La oscuridad hecha piedra"

La ventisca golpeaba con fuerza los sólidos muros y torreones de piedra de la más poderosa y defendida de las ciudades néldor. Las realmente impresionantes murallas negras de Kaz-Minkú debían de alcanzar, aproximadamente, unas catorce alturas e impedían que se viera nada del interior de la misma a excepción de los torreones más altos de la ciudad, los cuales parecían romper con sus impresionantes y elevadas cúspides los mismísimos cielos. Los alargados torreones estaban adornados con una amplia gama de estrechos y revirados pináculos además de toda clase de rebuscadas espirales. Todo en ella era feo o macabro. No había nada en su interior que no resultase a la vista abominable y mórbido en un grado extremo.

Formas de cabezas de gonks o de depravadas calaveras disimulaban unas grandes aberturas existentes en cada uno de aquellos elevados torreones, los cuales vomitaban un continuo reguero de espesa e incandescente lava surgida y extraída de las entrañas mismas de la tierra. En numerosos puntos de la inexpugnable y alta muralla exterior podían verse cabezas hechas en piedra parecidas a las anteriores, las cuales dejaban caer desde lo alto largos chorros de magma ardiente que finalmente se depositaba en un profundo foso exterior, creando así un auténtico río de lava de más de cincuenta pasos de ancho y veinte de profundidad.

Kaz-Minkú:

“La oscuridad que siempre brilla”
“El mal que no cesa”
“El final de los viajes”
“La tormenta sin fin”

El fuego, causado por esa lava que de vez en cuando rompía la tierra y la nieve del suelo, alumbraba de refilón el cuerpo de la inmensa criatura alada. Evidentemente inquieta y furiosa, vigilaba aquel lugar desde la distancia. Tanto sus patas traseras como sus delanteras eran muy gruesas y similares en tamaño y forma. Dos fenomenales alas dobles sobre la espalda, que al tomar tierra había replegado entorno a sí, la habían llevado desde su milenario y oculto escondrijo hasta aquella parte tan alejada del mundo civilizado. La bestia alada contaba, además, con dos brazos alargados por debajo de cada una de las alas. Estaba recubierta de unas escamas color negro azabache, algo brillantes y de gran dureza. El animal, porque eso es lo que era, se dio la vuelta mirando al cielo en dirección opuesta, dejando ver con ello una cola sumamente alargada, del tamaño de cuatro o cinco hombres. Y aunque esa parte de la bestia podía parecer fina en comparación con el resto del cuerpo estaba, de hecho, fuertemente protegida mediante afiladas garras envenenadas que ahora permanecían escondidas bajo aquella dura y resistente capa de escamas.

Era uno de los seres más mortíferos que habían existido sobre la faz de la Tierra Viva. Una leyenda que se creía olvidada. Un invento para asustar a los niños.

Un cuento de viejas.

Pero allí estaba.

Volvió a darse la vuelta mirando de nuevo a la ciudad. El rostro del fiero animal volador era de morro corto, contaba con siete ojos sin párpados de diferentes formas y tamaños, además de tres amplias y deformes fosas nasales. En la parte superior —a modo de cresta— poseía unos gruesos y cortos pelos endurecidos de color transparente que brillaban por sí solos, como si tuviesen luz propia. Pero era una luz mortecina, apagada, tétrica. En su conjunto, el duro rostro de la peligrosa criatura denotaba un cierto aire de elegancia y sabiduría que en realidad ninguno de los suyos había poseído nunca, ni nunca poseerían.

Porque aquella bestia, aquel animal, aquella criatura… no era ni más ni menos que un legendario dragón rankadst[3] o dragón volador.

Kaz-Minkú la había despertado y, fiel como era, había acudido a Su llamada.

El rankadst resopló humo y vapores por su corto hocico. Ansiosa y voraz, la criatura empezaba a entender el porqué la habían despertado.

Él regresaba.

Nahkran a nahkran[4], otros tantos rankadst fueron llegando allí también. De muy distintas formas y tamaños, aunque todos de colores sumamente oscuros y apagados, los rankadst rezumaban una fuerza y un poder que se creía olvidado. Un pasado lejano que muchos dieron por desaparecido en Kárindor tras la derrota del Inmortal a manos del Rey-Sol Elf[5]. Pero ese poder al servicio del Mal tan solo había permanecido esperando adormecido en rincones oscuros e inaccesibles, esperando el momento adecuado para volver a reaparecer.

Y ese momento era ahora, al final de los días.

Pero ellos no habían sido las únicas criaturas que habían sido despertadas del largo sueño ante el inevitable e inminente retorno del Mal a Kárindor.

Además de la entrada principal, en la gigantesca muralla de Kaz-Minkú existían seis amenazantes bocas centrales de acceso a la ciudad. Cada una de aquellas entradas tenía el aspecto de una depravada calavera y estaba recubierta de arriba a abajo con horrendas runas malditas y símbolos prohibidos. Normalmente esos seis accesos permanecían siempre cerrados, pero ya hacía toda una estación que habían sido abiertas noche y día, permitiendo la entrada a la ciudad de otra clase muy diferentes de entes. Unos seres tan malévolos y poderosos que hasta los rankadst habían preferido permanecer alejados de la capital néldor… por el momento.

El Mal llamaba ahora a la lucha a todos y cada uno de sus siervos y esclavos ya fueran hombres, bestias o… lo que fueran.

Llamados todos ellos para un único fin.

Llamados para asolar el mundo.

Gritos en la antigua lengua muerta de los Primeros resonaron con fuerza en el interior de Kaz-Minkú. Había alguien combatiendo en el interior mismo de la ciudad, usando el don de los Primeros, el kradparuná[6]. Solamente había habido un hombre en toda la historia que había osado hacer algo semejante y, al hacerlo, según contaban todas las leyendas, había perdido la vida abandonando el mundo y a los suyos para siempre. O así se decía que había muerto Elf, el legendario y más poderoso de los reyes del Sur.

Nuevos gritos se hicieron oír incluso por encima de los truenos, de la lluvia y del viento. En uno de los torreones más altos se vio un brillo dorado a través de una de las muchas aberturas que servían como miradores, iluminando con fuerza y por unos breves instantes la siniestra oscuridad que

dominaba la ciudad. Después del resplandor, un último grito de dolor y odio salió de ese mismo torreón, de esa misma sala. La lucha había cesado. Inmediatamente después, un humo negro y mortecino ascendió con lentitud hacia el centro mismo de la tormenta. Al llegar a los cielos se unió a una espesa e inquietante nube negra infinito que recubría Kaz-Minkú desde hacía cíglodas, desde su fundación allá en los albores de los tiempos.

Algo se agitó en el antinatural y denso nubarrón al entrar en contacto con aquel humo mortecino. Un remolino de gran tamaño comenzó a formarse en su interior. Entonces, un nuevo relámpago que pareció inacabable iluminó el firmamento de Válruz llegando a todos y cada uno de los rincones de aquel continente. Relámpagos, truenos, lluvia y granizo se detuvieron de forma súbita en ese preciso instante.

Era la tensa calma antes de la tempestad final.

Del remolino formado en el nubarrón comenzó a descender en dirección al pináculo del torreón más alto de la ciudad una gruesa capa de un humo espeso y mortecino que bajó hasta el suelo en forma de tornado. Un murmullo inquietante de voces ancestrales llenó el sobrecogedor silencio de aquel momento recitando antiguos y prohibidos cantos de ritos corruptos. Los néldor de raza pura se preparaban para recibir al más poderoso de sus caudillos.

Para recibir a Su Amo y Señor, el Mal.

Finalmente, el tornado impactó con una fuerza brutal en lo alto de la torre central rompiendo numerosas partes de ella al hacerlo. En respuesta al impacto, la lava comenzó a brotar con mayor fuerza y rapidez desde todos y cada uno de los rincones de Kaz-Minkú, procedente de todas aquellas macabras cabezas labradas en piedra que la expulsaban a lo largo y ancho de la sombría y tenebrosa ciudad. Fue tal la cantidad de lava que brotó de ellas que el foso de la muralla exterior quedó por completo desbordado creando un espectáculo irrepetible, algo digno de ser contado.

En cuanto aquel tornado negro de aspecto atroz unió los cielos de Válruz y la torre central de Kaz-Minkú, el rostro de una calavera deforme y depravada empezó a materializarse en su interior. El murmullo se tornó ahora un cántico de lúgubres voces enfurecidas y atormentadas. El grupo de rankadst reconoció al momento a aquella calavera deforme y depravada que se hizo visible. Extasiados de placer, todos a una rugieron desde la distancia.

Por fin.

Tras tantas lunas.

El auténtico rostro del Mal.

Allá donde estuviesen, todos aquellos que servían o habían servido a aquel cruel ser sintieron una punzada de frío y de dolor en lo más recóndito de su corazón.

Por supuesto, tú también lo sentiste. ¿Aún lo notas durante la noche, tras cada pesadilla? Seguro que sí…

Más lejos, en las Krad-Muná, aquel cabeza de manada gonk comenzó a devorar los restos ya quemados de la joven cría gonk a la que había "salvado". Sus ojos y los de toda su manada brillaban en sangre.

La tormenta retornó con más virulencia que antes provocando una infinidad incontable de destructivos y refulgentes rayos que arrasó la tierra de los néldors a su paso. Poco a poco, con la tormenta arreciando hasta su límite, aquella calavera terminó de formarse en los cielos. Abrió entonces sus enormes y negras fauces, dejando ver en su interior unos desgastados pero afilados colmillos. Incontables relámpagos sin fin iluminaron de manera irreal y aterradora aquel rostro depravado y pérfido.

El Mal había regresado.

La misma voz horrenda y cruel que pareciera proceder de otro mundo —aquella que Akar escuchara en Los Caídos—, se escuchó entonces procedente desde los cielos. Aquel rostro cadavérico comenzó a pronunciar palabras cargadas de odio y violencia. La maldad que llevaba incontables generaciones creciendo sin mesura, alimentándose de cada gota de dolor, de cada ápice de sufrimiento, de cada gesto de rencor, había sido liberada al fin de la forzosa esclavitud a la que había sido sometida.

Y estaba sedienta de muerte.

Su voz repetía sin cesar:

—*¡Inó Nar-min! Esatdor Nar hadab muitcó*[7].

… 1 de Tralev del 21º Eunú, Quinta Era

UN AÑO ANTES…

Capítulo II

EN BUENA COMPAÑÍA

AKAR despertó. Sus sentidos estaban embotados todavía. Lo primero que vio fue la crin rojiza e intensa de su nuevo compañero de viaje, con suavidad, las doloridas manos del joven príncipe se deslizaron sobre el lustroso pelaje negro del karinumá. Al sentir aquella caricia, el caballo relinchó alegre y se giró para mirarlo. Los inteligentes ojos rojinegros del corcel parecieron aliviados al verlo despierto. En la distancia, el sol comenzaba a ponerse en el horizonte, tiñendo la pradera sobre la que ascendían de un bello color anaranjado. El instintivamente sabio karinumá parecía entender que su joven jinete estaba malherido, así que avanzaba tranquilamente por aquel terreno precioso y lleno a rebosar de hierba fresca y verde.

—Vérel, el… el rojo, amigo… gracias… —balbuceó entre dientes y como buenamente pudo Akar.

Ante ellos, aquella verde pradera ascendente cubría la vista. Por fin el sol terminó de ponerse pintando el cielo de una variada gama de alegres naranjas y dulces bermellones. Irguiéndose admirado ante la inesperada belleza que le regalaba la naturaleza, el joven roühm se descubrió a sí mismo acariciándose

el brazo derecho. Feas ampollas recubrían su piel desde el antebrazo hasta el dorso de la mano, cicatrizando de mala manera sobre la carne viva. Sin tiempo más que para girarse hacia un lado, vomitó sangre y bilis.

Vérel se detuvo y resopló angustiado. No era la primera vez que aquello pasaba.

—No, no, tranq… tranquilo. Esta vez todo va bien, amigo. Todo… todo va bien.

Akar seguía acariciándose el brazo malherido casi inconscientemente. No muy convencido, Vérel reanudó el paso todavía más lentamente dejando bien a las claras que no quería que su compañero humano sufriera nuevos de esos desagradables mareos y vómitos. Dejando escapar un suspiro de esfuerzo, la cola del animal se agitó antes de brillar con cierta fuerza, provocando un pequeño fogonazo que terminó de despertar a Akar.

—¡Vaya! —exclamó el joven príncipe sintiendo como un reconfortante calor se apoderaba de su cuerpo.

Mientras Akar saboreaba aquella agradable sensación, el karinumá se detuvo y husmeó algo que había encontrado en el suelo. Apartándose con cierto asco, dejó que su jinete también viese lo que había allí.

Aunque todavía estaba algo aturdido y con la vista algo borrosa, Akar no tuvo dificultad alguna en distinguir claros restos de excrementos cubriendo la tierra aquí y allá y, por lo que parecía, no debían ser demasiado recientes. De hecho, el roühm calculó que, como poco, puede que fuesen de hacía siete u ocho tranús. Aquellos restos en parte anaranjados eran inconfundibles.

La jauría gonrastz había pasado por allí.

Al pensar en aquellas bestias al servicio de los néldors, Akar recordó de repente los ojos azules y asustados de aquel joven soldado del dominio al que había dado muerte en las profundidades de Los Caídos. Recordó cada detalle con total claridad…

> «*—¿Eres zulá, verdad? —le había preguntado con la respiración entrecortada.*
> *—¡Yo sirvo al Inmortal! —había sido su fanática respuesta*».

Recordó aquella última mirada de duda en su enemigo al ofrecerle una redención que nunca le llegaría…

> «*—Ayúdame. Yo puedo salvarte de ellos, de los néldors —le había prometido llevándose la mano a la pierna herida. Al ver aquellas dudas en los ojos de su joven oponente había añadido acercándose lentamente—: Puedes escapar*».

Mentira, mentira, mentira. Todo mentira.

Cuando le tendió la mano llena de su propia sangre, aquel joven soldado bajó la guardia por un mísero instante.

Aquel había sido el momento que le hacía retorcerse en lo más profundo de su alma. Una punzada de remordimiento le estremeció desde dentro al recordar lo último que le había dicho, lo último que aquel pobre infeliz escucharía…

«*—Te lo prometo. Puedo salvarte*».

La peor de las mentiras.

La mentira que le había permitido matarlo.

Después habían venido el odio, el dolor, aquellas palabras de los Primeros que ni sabía lo que significaban, la llamarada que había envuelto a su joven contrincante en una bola de fuego humana, acabando con su vida casi al instante no sin antes causarle un momento de agonía insoportable…

Akar recordaba todo aquello a la perfección.

Todo.

Incluido el placer sin medida que le había regalado aquella sensación.

Su mente se concentró en aquel placer…

Como si Vérel supiese exactamente lo que pasaba por la cabeza de su jinete, hizo que la intensidad del brillo de su cola aumentase y, con ello, aquel calor tan reconfortante para el joven humano. Los pensamientos del roühm se detuvieron de golpe, calmando su espíritu con ello.

Haciéndole olvidar ese placer desmesurado.

Ocultando los remordimientos también.

Satisfecho, Vérel reanudó de nuevo sus pasos, avanzando sin prisas pero ascendiendo con decisión hacia lo alto de aquella pradera. Unas finas gotas mojaron el cuerpo de Akar, haciendo que el príncipe mirara a los cielos. Algún que otro nubarrón amenazaba con descargar su valioso cargamento líquido, era evidente que la nueva estación de lluvias se dejaba notar ya en la Erastus. Aunque el aturdido roühm no podía saberlo, aquellas finas gotas intermitentes les habían acompañado de hecho durante todo el día, desde que el corcel de fuego alcanzase la salida de la canalización subterránea en la que ambos se habían encontrado por primera vez, allá en Los Caídos.

—Se alejan, ¿verdad amigo? Sí, eso creo. ¡Sucias bestias! Bueno, tal vez puedas acelerar, ya me entiendes, ¿no? Me encuentro mejor. De verdad —mintió Akar.

Vérel rebufó agitando la cabeza de izquierda a derecha varias veces.

—De verdad. Puedo aguantarlo, te lo juro. Venga, vamos…

El karinumá rebufó y pateó el suelo con cierta fuerza.

—Vale, vale. Lo pillo. Nada de persecuciones todavía, ¿no? Pero cuando me recupere…

Sin dejarle terminar la frase, el esbelto karinumá aceleró el paso de repente, casi provocando que Akar perdiese el equilibrio. El joven príncipe carcajeó alegre hasta que la herida del brazo le dio una nueva punzada. Consciente de ello, Vérel aminoró la velocidad otra vez. El calor reconfortante aumentó proporcionalmente, aliviando el sufrimiento del joven príncipe y adormeciéndolo en contra de su voluntad.

—Ideal, amigo… yo, yo… —sintiendo que volvía a perder el sentido sin remedio, Akar acarició de nuevo el lustroso cuello del karinumá con tanto cariño y respeto como sus heridas le dejaron hacer.

Vérel rebufó suspirando, algo parecido a un “lo sé” en lenguaje equino.

Su excelente sentido del oído percibió en la distancia el ruido de la jauría alejándose. Pese a ello, siguió con su lento avanzar. Al llegar a la parte más alta de aquella hermosa pradera, se detuvo y volvió a mirar a su nuevo jinete. Sus ojos parecieron transmitir una dolorosa tristeza durante un único instante, como dudando de seguir con todo aquello…

La luz del día abandonaba aquella parte de Kárindor como debía ser mientras que la Gorá, la luna fragmentada, iniciaba su imperturbable dominio nocturno llenando el mundo con su plateado reflejo.

Akar balbuceó algo indescifrable entre sueños, después gimió angustiado y balbuceó sonidos ininteligibles otra vez. Su mano izquierda volvía a acariciar la fea herida del brazo derecho mientras en su rostro se dibujaba una mueca de dolor.

Una lágrima se deslizó involuntariamente por su mejilla.

Volviendo los ojos al frente, la aguda visión nocturna de Vérel le permitió distinguir una mole inmensa que cubría buena parte del horizonte con su mastodóntica figura que parecía querer llegar hasta las mismísimas estrellas de los cielos.

La Éter-Muná, la gran montaña del Este y de toda Kárindor, “la reina de Valtra”, se alzaba ante ellos imponiendo su absoluto y majestuoso dominio.

Vérel sabía a ciencia cierta que aquel era el lugar al que su joven y dolorido jinete quería llegar.

Y allí lo llevaría.

Por fin se había decidido a hacerlo.

Una lágrima involuntaria se deslizó también por el hermoso morro del sabio y leal corcel de fuego.

⁎ ⁎ ⁎

Lura despertó.

Estaba tumbada, recostada sobre su hombro derecho, una neblina espesa lo ocultaba todo a su alrededor.

Se enderezó, su mente protestó dolorida…

> «*… ¡y allí estaba galopando a toda velocidad! ¡Estaba en peligro! A su lado un jinete encapuchado, envuelto en unos harapos grisáceos que le ocultaban rostro y cuerpo, la miraba enfurecido. A lomos de un caballo moteado de aspecto endeble, pero que resultaba ser más veloz que el suyo, el encapuchado sostenía una fea espada con claras intenciones hostiles. De repente le lanzó una hábil estocada, con más intención de asustarla que otra cosa. ¡La querían capturar viva! Ágil como una pluma, se retiró justo a tiempo para evitar el ataque y, al mismo tiempo, hizo que su caballo se desviase ligeramente hacia la derecha, acercándose al encapuchado hasta casi poder tocarlo. Los ojos azulados y llenos de adrenalina del mercenario la miraron con ciertas dudas durante un breve momento antes de lanzar una nueva estocada algo más decidida. Muy cerca, podía escucharse claramente el galopar de otros tres jinetes que también la perseguían. ¡Estaban a punto de darle alcance! Aguantó el dolor que le causaba la flecha que permanecía todavía clavada en su hombro izquierdo, sujetó la brida únicamente con esa mano y, con la otra, cogió del antebrazo a aquel mercenario, estirando de él hacia sí con todas sus fuerzas. Aquel movimiento perfectamente coordinado cogió por sorpresa al encapuchado, haciendo que perdiera el equilibrio y, tras chocar contra el caballo de Lura, le hizo caer de bruces al suelo. No se giró para ver si seguía con vida o había muerto. Miró al frente* y»…

… la neblina seguía allí, aunque comenzaba a despejarse ligeramente. Otra cosa era el dolor del hombro y el malestar de todo su cuerpo que seguía martilleándole como un herrero a su yunque. Entonces, una mano arrugada y color ceniza le ofreció algo, un pequeño objeto que no podía distinguirse bien a causa de la penumbra que envolvía aquella misteriosa y densa neblina. Lo cogió sin pensarlo. Era una especie de hoja verdosa, grande y enrollada en sí misma. Escuchó voces graves a su alrededor, pero no entendió nada de lo que decían. Ni siquiera sabía si se lo estaban diciendo a ella. La hoja enrollada emitía un fuerte aroma a quemado que le hizo toser varias veces. Oyó una risa potente y clara frente a ella, no muy lejos. Miró hacía allí, esforzándose por superar la misteriosa neblina que parecía ocultarlo todo…

> «*… y notó que tenía frío. Miró a su alrededor y vio que estaba en una pequeña cueva, con la herida del hombro al descubierto. Teniendo en cuenta que la flecha le había alcanzado directamente hacía tan solo unos cuantos días, la herida parecía sanar bien. O eso pensó. Recordó de repente que había recogido agua en un arroyo cercano a aquella pequeña cueva, así que se lavó la herida y luego dio varios tragos cortos para calmar la sed que también sentía. En aquel lugar solo había espacio para ella y puede que tal vez para otra persona más a lo sumo. Se sentía atrapada en aquella pequeña cueva que había encontrado por casualidad bajo el espeso follaje de un árbol espinoso que obstruía la entrada y que la ocultaba con bastante*

disimulo. El lugar olía con fuerza a moho y humedad, era oscuro y frío y estaba claro que estaba habitado por toda clase de arañas, insectos y bichos, pero todo aquello no le había importado lo más mínimo. Allí, en Las Prohibidas, aquella pequeña cueva camuflada le parecía el lugar más seguro del mundo. Aquellas eran unas tierras peligrosas, así que no quería pasar la noche a la intemperie si podía evitarlo. De repente dejó de beber. Había escuchado unos sigilosos pasos en las cercanías, por lo que cogió lentamente una pequeña espada que había dejado en el suelo y aguardó quieta en total silencio. Sabía que dos de aquellos misteriosos encapuchados mercenarios la habían seguido al cruzar los rápidos del Sígrim. Si los pasos que acababa de escuchar eran de esos dos cobardes por fin les daría su merecido. Escuchó una risa en la distancia, un sonido familiar. Con sigilo y algo de curiosidad, se asomó a la entrada de la cueva a ver y…»

… ¡allí estaba envuelta otra vez por aquella extraña neblina! Solo que ahora por fin parecía haber perdido algo de densidad. La risa familiar seguía sonando por allí cerca, así que la buscó con la mirada. Finalmente, sus ojos encontraron al dueño de aquella risa potente, clara y familiar. En mitad de la neblina, justo enfrente de ella, una enorme barriga desnuda sobresalía por todas partes dejando a la vista gruesos pliegues de grasa acumulada. También pudo ver una larga barba grisácea y rizada que cubría el rostro obeso del dueño de aquella enorme barriga hasta casi su ombligo. Se fijó entonces en la boca de aquel individuo, a la que por cierto le faltaban bastantes dientes, y vio como se reía abiertamente emitiendo aquella risa tan peculiar.

Varios brazos surgieron entonces de la nada y ayudaron a Lura a enderezarse del todo haciendo que el dolor en su mente regresase. Alguien acercó una pequeña llama a la hoja verdosa que le habían ofrecido y que todavía sostenía en su mano derecha, encendiendo uno de los extremos de la misma. Lura miró hacia ambos lados y distinguió varios rostros extremadamente delgados y llenos de arrugas que también le sonreían amigablemente. Uno de aquellos rostros le obligó con cierta delicadeza a ponerse la hoja enrollada en los labios. Abrió los ojos de par en par sin entender nada de nada. Otro de los rostros le hizo gestos para que aspirase de la hoja, para que se tragase el humo que salía de ella. Como nunca había visto a nadie hacer algo así, ni sabía siquiera que pudiese hacerse algo semejante, le costó un poco decidirse a hacerlo pero, al final, miró fijamente al hombre de la enorme barriga y lo hizo sin saber el porqué. El hombre reía ahora de verdad.

El humo que aspiró la dejó casi inconsciente. Era fuerte, intenso y algo agrio, aunque con un ligero regusto a menta y eucalipto que le refrescó la garganta casi al instante. La risa potente y clara fue lo único que quedó en su mente tras aquello cuando sintió como su cuerpo se desplomaba hacia el suelo y…

«… ¡estaba atrapada! ¡Sujeta de espaldas a un madero tanto de pies como de manos! Entonces vio las máscaras acercarse. Las máscaras la rodearon por completo. Las máscaras la tocaban. Las máscaras respiraban junto a ella, tras ella, a su lado, bajo ella, sobre ella… Había un fuerte olor a incienso y mirra que le hizo sentirse muy mareada, pero aquel no era el momento de echarse atrás. No, no después de tanto esfuerzo, después de tantos sacrificios, después de tantas súplicas. No iba a fallar a su clan. Ni a su pueblo.

Debía ser fuerte.

Había tanta gente a su alrededor que el ambiente a sudor y humanidad también se hacía notar. Era desagradable, incómodo, pero no tanto como para no poder aguantarlo. Prefirió despejar su mente así que centró su mirada en lo alto de aquel lugar. Era un edificio rústico, sencillo, hecho íntegramente de madera. Aquel lugar era la Cámara de los Clanes de los nador y el madero al que se hallaba sujeta era la columna central de todo aquel edificio. Las vigas de madera de acacia sostenían el techo a más de cuatro alturas y, aunque no podía distinguirlas debido a la oscuridad reinante, sabía que estaban talladas a mano con bellos relieves florales. Notó como una a una, las manos de los dueños de aquellas máscaras le dejaban el cuerpo lleno de marcas y pintura ritual. El silencio de aquel momento sagrado le hacía daño en los oídos.

Quería gritar. Quería apartarse. Quería salir corriendo. Pero se limitó a oírlos recitar el juramento uno a uno mientras la embadurnaban de pintura y tintes:

—El clan Brata jura lealtad.

—El clan Groa jura lealtad.

—El clan Sumara jura lealtad.

Tras cada juramento Lura notaba el frío de las manos del jefe de clan que acaba de hablar mientras le dejaba aquellas marcas en su cuerpo. Cubierta tan solo en sus partes más intimas, sentía la pintura impregnando por todas partes su piel sudorosa. Ya llevaba un buen rato, pero aún le quedaba mucho más por delante, así que acompasó la respiración cerrando los ojos, pensando en lo que aquel momento significaría para su pueblo.

—El clan Magot jura lealtad.

—El clan Zagran jura lealtad.

Todos los clanes, por primera vez en la historia, habían aceptado tener una jefa suprema, un único representante, la habían aceptado a ella, a Lura, del clan de los Neriser.

—El clan Seclot-Zerfki jura lealtad.

—El clan Kun jura lealtad.

Mientras los clanes seguían con el ritual, pensó en aquellas vigas de madera en el techo y en cómo los simbolizaban a todos y cada uno de ellos. Nadie nunca antes había sido atado al madero central. Nadie nunca antes había escuchado la juramenta de los clanes. Nadie nunca antes había sido aceptado por todos.

—El clan Nufter jura lealtad.

Nadie lo había hecho, porque hacerlo tenía un precio muy alto. Pero había llegado el correo de Krádovel anunciando la restauración del Concilio. Era algo único, una última oportunidad que no podían dejar pasar. Escuchó como los clanes menores comenzaron la juramenta, lo cual duró algo más de medio tranús. Después les tocó a los de Nádor-Val, la rupestre pero acogedora capital en donde se hallaba aquella Cámara de los Clanes. Tras otro tranús más, por fin acabaron.

Entonces escuchó decir al anciano de la Cámara:

—Los clanes han jurado.

Abrió los ojos. La multitud de hombres y mujeres se habían despojado de las máscaras rituales y la miraban fijamente, también había expectación por lo que todo aquello significaba. Las puertas de la Cámara se abrieron lentamente dejando

entrar la luz del mediodía, dejando a todos los allí presentes algo cegados. Afuera, una multitud de hombres, mujeres y niños comenzó a cantar una antigua canción solemne mientras arpas, trompetas y tambores entonaban una poderosa y pegadiza melodía que crecía en fuerza a cada instante que se repetía. Sintió como el anciano de la Cámara la liberaba de las ataduras y de aquel simbólico madero central.

Avanzó respetuosamente y con calma por entre todos aquellos jefes de clan, mientras estos a su vez se apartaban inclinando la cabeza en señal de deferencia hacia ella.

Cuando cruzó el umbral de las puertas de la Cámara, miró a los miles de nador allí reunidos quienes, solemnes, cantaban aquella creciente y pegadiza melodía. Cuando la música cesó, el anciano de la Cámara se acercó a su lado y proclamó a voz en cuello:

—¡Lura, del clan de los Neriser, jefa suprema de todos los clanes nador y de todos nosotros, los hijos de Sénov, nuestro padre!

Sabía lo que aquello significaba, ya no había vuelta atrás.

Tocaba pagar el precio.

Nadie de su clan podría poseer pertenencia alguna nunca más, dependerían para siempre de la generosidad del resto de los clanes. Nadie de su familia podría vivir jamás en algún lugar gobernado o controlado por los nador, el destierro sería su único hogar.

Ella nunca podría estar con un hombre.

Nunca podría ser madre…»

… se descubrió a sí misma gritando y enderezada. Al parecer, había dado un par de caladas más a aquella extraña hierba humeante, notaba su regusto agrio en el paladar. Escuchó el sonido de cabras y ovejas afuera. Por fin entendió que estaba en el interior de una tienda cónica hecha con pieles de animales muertos y maderos sueltos. La neblina misteriosa ya casi había desaparecido del todo y aquellos rostros extremadamente delgados pertenecían a cinco mujeres ya envejecidas que ahora estaban recostadas, rodeando con cariño al hombre de la enorme barriga y la larga barba gris. Panza Gorda. Sí, decidió que por el momento aquel sería el nombre de ese obeso hombre barbudo.

Pero ahora Panza Gorda ya no dejaba oír aquella potente y clara risa, ahora le hablaba emitiendo una serie de sonidos guturales y una variedad de gestos que Lura no alcanzó a entender[8]. Se puso en pie y se acercó a Panza Gorda. Le miró a los ojos y…

«… el rostro que vio era el de un hombre ojeroso y enjuto que la miraba lascivamente a los pechos, con total descaro y muy mala educación.

—Todo se puede hablar, mi señora —le decía el muy despreciable sin levantar la mirada.

—¿Cuánto quieres por ayudarme a cruzar el Sígrim? —le preguntó ella dejando escapar una mueca de dolor.

Por fin el hombre levantó la mirada y le señaló el hombro.

—Muy fea esa herida mi señora, venid a casa, un buen baño os ayudaría. Creedme.

Se acercó a ella lentamente con un brillo malicioso en los ojos, dolorida como estaba, apenas conseguía sostenerse en pie recostándose sobre su cansado caballo. El hombre miró a izquierda y derecha para asegurarse de que no había nadie más por allí cerca, un mal pensamiento se había formado en su cabeza.

—Sois muy hermosa, mi señora. Muy hermosa.

—¿Cuánto Lamfed? —le preguntó Lura notando como la herida del hombro dejaba escapar un poco de sangre otra vez.

—Yo os ayudaré —le contestó este acercándose de forma incómoda e intimidatoria.

Una ventana se abrió de golpe en la distancia, en una de aquellas casuchas que conformaban aquel pequeño grupo de viviendas a orillas del Sígrim. Una mujer se asomó cotilleando en la distancia.

—Tal vez ella sí me ayude —le señaló Lura empujando al élfico con cierta fuerza para separarse de él.

Lamfed miró hacia allí y, al ver a su convecina, se retiró asustado. Sus pensamientos cambiaron a toda velocidad.

—No, no, esa solterona no tiene ni idea, mi señora. Es solo la maldita cotilla del pueblo —girándose hacia aquella mujer, le increpó haciéndole un feo gesto con el brazo—: ¡Métete en tus asuntos, lerda! ¡Déjanos en paz, loca!

—Pues dame un precio de una vez.

—Una moneda de oro[9] *—afirmó con mirada codiciosa.*

—Claro. Y el tesoro del rey Dumara también, ¿no?

—El Sígrim es peligroso. Jamás lo cruzaréis sin mi ayuda, mi señora. ¡Jamás!

—Ya veremos, élfico. Ya veremos. Aquí debe haber más hombres que…

—Bueno —se apresuró Lamfed casi suplicando—, ¡tres dorales! Es lo mínimo por tanto riesgo. ¡Lo mínimo!

—Bajas rápido tus pretensiones —Lura sacó la única moneda que llevaba en su bolsa de viaje y se la mostró sin soltarla—: Me dejarás usar tu casa y tu baño hasta que me recupere.

—Pero eso no…

—Más dos comidas al día y un arma en un estado aceptable.

—¡Impo…!

—Además, me ayudarás a cruzar los rápidos y, hasta que regrese, cuidarás de mi montura.

—¡Es un robo!

—Y a mi regreso te pagaré cuatro más. ¿Aceptas?

Lamfed se lo pensó poniendo muy mala cara. Necesitaba el dinero desesperadamente, tenía muchas deudas de juego que pagar en la capital. Y hacía semanas que no iba por su campo a trabajar. Un doral era poco dinero, pero dinero fácil al fin y al cabo. Observó el caballo un breve instante mostrando de nuevo aquella mirada codiciosa, antes de maldecir en un tono muy poco amable:

—Forasteros, ¡todos iguales! ¡Menuda hija de la gran gonk que estás hecha!

Lura le acercó el doral.

—Y cinco más a mi regreso si le das este mensaje a un amigo.

—¿Mensaje? ¿Qué mensaje? ¿Qué amigo?

—Es kadoriano y no tardará mucho en venir por aquí en mi busca. Cuando lo veas, dile: "Amigo Tercio, no me sigas. Recuerda las palabras del emisario. Cumple con tu deber".

—¡No soy tu esclavo, piel pálida! No te creas que…

—¿Necesitarás papel y tinta o te acordarás?

—Una comida al día. Y como mucho tres días. Luego pagarás todo o te denunciaré.

—¿Recordarás el mensaje o no, Lamfed?

—Sí, sí, ¡claro que sí! Me acordaré si ese tal Tercio viene por aquí. Pero si no regresas antes de la nueva estación, ¡me quedo con el jamelgo!

—Regresaré —fue la única respuesta que le dio.

Un olor a menta y eucalipto llamó su atención, se giró para ver de dónde procedía y…»

… una de las mujeres le hizo varias veces el gesto de aspirar la hierba. Parecía amable, aunque algo cansada. Las otras la imitaron al momento. Panza Gorda dejó de hablar y se reclinó hacia adelante expectante. Sin muchas más opciones, Lura dio otra bocanada de aquel humo tan desconcertante. Sintió como la neblina crecía de nuevo. Se dio cuenta de que ya casi había consumido más de la mitad de aquella extraña hoja humeante…

«*… ¡y de nuevo estaba cabalgando! A su izquierda, uno de aquellos misteriosos jinetes encapuchados no dejaba de insultarla, intentando alcanzarla con su espada donde fuese. A su derecha había otro encapuchado mas, aunque parecía más concentrado en no perder velocidad que en otra cosa. Aunque, eso sí, sostenía una enorme espada esperando su momento. Por fortuna, el último de los cuatro encapuchados se había quedado atrás ayudando a su jefe, a aquel que había logrado derribar un poco antes. Desvió el ataque que le vino de la izquierda perdiendo de vista por un momento al otro enemigo. Anticipándose a lo que haría, Lura se reclinó hacia su espalda soltando las bridas y aferrándose a su montura tan solo con la fuerza y agilidad de sus piernas. La espada del oponente de la derecha le pasó recta por encima de la cintura dando de lleno en el abdomen del de la izquierda, el cual cayó estrepitosamente contra el suelo mientras su caballo seguía galopando sin control alguno. Sin perder un solo instante, Lura lanzó una estocada a ciegas en contra de ese último enemigo. Notó como la espada atravesaba carne y vio como el malvado asesino a sueldo también caía sobre ella malherido en el rostro, haciendo que Lura casi cayera también y llevándose la espada de la valiente y misteriosa dama nador en su caída. Sin mirar atrás y notando como la flecha clavada en su hombro la hacía palpitar de dolor, cogió nuevamente las bridas y aceleró cuanto pudo la galopada de su montura, alejándose de todo aquello con una sonrisa de satisfacción en los labios.*

Notó algo a su lado y…»

… ¡era Panza Gorda! Estaba tranquilamente sentado y sonriente a su lado. Ya no había nadie más en la tienda. Lura no pudo calcular cuánto tiempo había estado inconsciente otra vez pero, la verdad, es que se sentía bien, mucho más que bien, no sentía dolor alguno y la mente y sus sentidos parecían funcionar por fin a las mil maravillas.

Panza Gorda le habló nuevamente mirándola con rostro serio pero bondadoso.

—No puedo entenderte —le dijo con aquel acento pausado y frío tan característico de los clanes sureños.

Panza Gorda le cogió las manos con la misma delicadeza y respeto con los que un padre coge a su hijo recién nacido por primera vez. Las manos de aquel enorme hombre de rostro obeso y larga barba gris estaban curtidas,

llenas de callos y durezas, pero transmitían la calma de quien ha vivido mucho y sabe aún más.

La mujer lo miró directamente a los ojos.

—Confío en ti —fue la respuesta de Lura a aquel gesto tan paternal.

Panza Gorda le sonrío afable y luego llevó las manos de la bella nadoriana hasta su propia frente. Lura notó como había algo en ella, una fina marca, una delgada línea que sobresalía ligerísimamente por encima de su piel. Sorprendida más que asustada, Lura siguió aquella marca descubriendo que bajaba por detrás de sus orejas, descendía por la parte inferior del cuello y seguía por la espalda. Panza Gorda habló de nuevo llevando su frente sobre la de ella:

—La que llevar la Luna —escuchó Lura dentro de sus pensamientos.

Lura se alejó casi involuntariamente mirando a aquel desconocido con inquietud por primera vez desde que despertase en su tienda. Comprensivo, Panza Gorda le hizo un gesto de calma con ambas manos y le pidió sin palabras acercarse otra vez.

—Sí. Hazlo.

Panza Gorda sonrió alegre y juntó su frente otra vez a la de ella. Habló emitiendo aquellos extraños sonidos guturales que ahora resonaron por la mente de la nadoriana con total claridad:

—La que llevar la Luna venir a lo alto. ¿Eh? Vigilar gran humo que despertar.

—El Emisario me envía. Dijo que seríais mi guía.

—¡Ah! ¡Oh! Los que ser Libres enseñar más tarde. ¿Eh? Primero, La que llevar la Luna escuchar y tomar lo bueno de los aires.

Panza Gorda se separó de ella, sacó de sus holgados pantalones una nueva hoja más pequeña y amarillenta que la anterior, se la puso en los labios e hizo el gesto de comer, luego se la ofreció a Lura.

—No quiero más sueños, ni más recuerdos.

Panza Gorda asintió y repitió el gesto de tragar, resignada, la mujer abrió la boca y comenzó a masticar aquella hoja pequeña y amarillenta. Para su sorpresa, tenía un sabor parecido al de las fresas, dulce y gustoso al paladar. Panza Gorda la observaba satisfecho, con un astuto brillo en su mirada. Nada más terminar de tragarse aquella dulce hoja, Lura comenzó a sentir sus efectos. Un inexplicable sueño se apoderó de ella. Panza Gorda rápidamente situó su frente junto a la de adormecida mujer y le explicó en su impronunciable lengua:

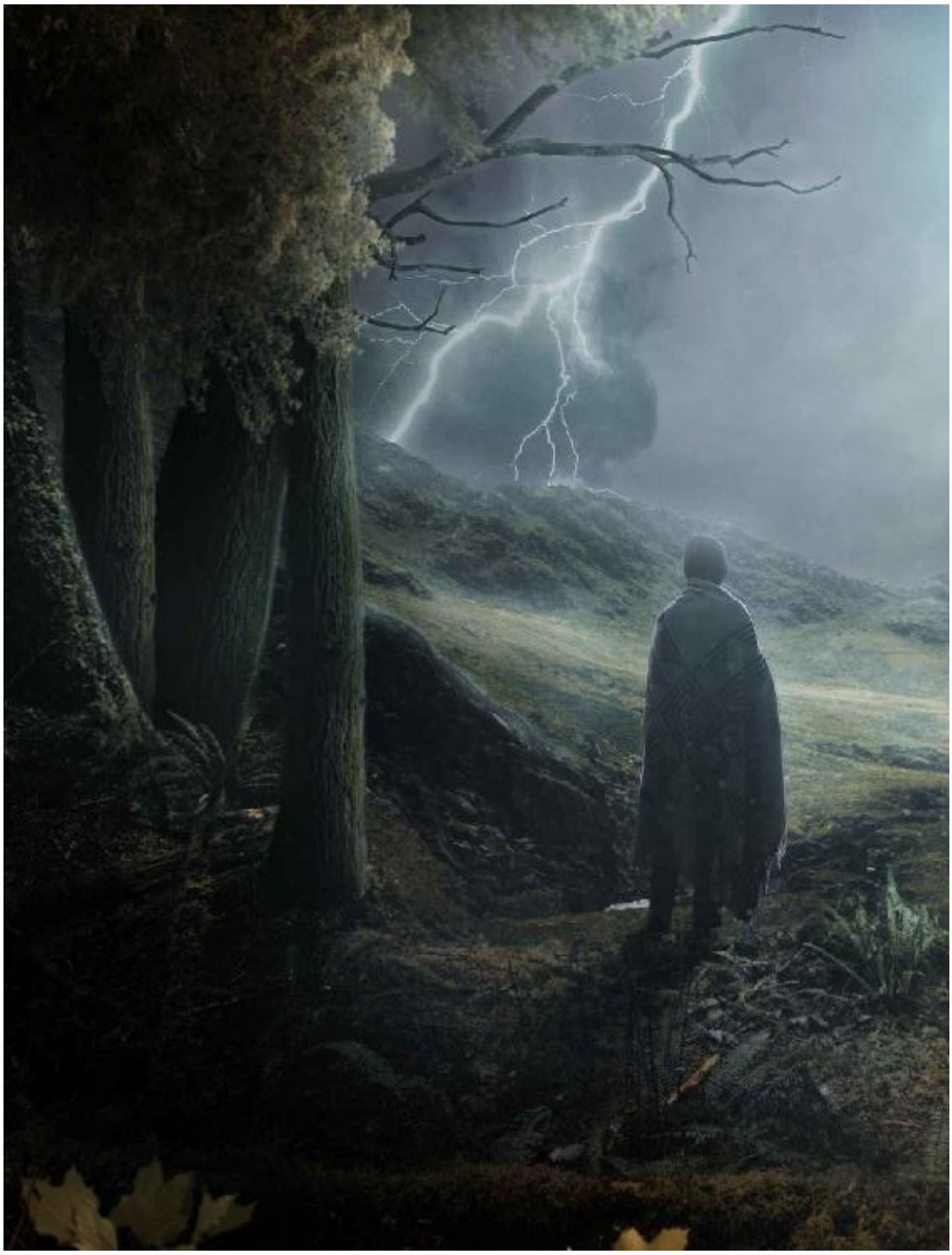
—La que llevar la Luna despertar a Quien surca la Noche. ¡Ah! Primero gran fuego que… gran guerra de… ¡oh! y muertes… y ¡eh! cuando Los que poder volar en lo Alto luchar contra Fuego del Anochecer… Los que ser Libres también luchar… ¡oh! morir… ¡Ah! Luego Luz Esperada luchar también y ¡oh! todo terminar.

Lura se quedó pensando en que si Gladio hubiese visto todo aquello y hubiese escuchado el final de aquella extraña conversación, habría tenido bromas suficientes para varias estaciones.

Gladio…

Lura se quedó profundamente dormida.

… 1 de Tralev del 20º Eunú, Quinta Era



Capítulo III

A TODA VELOCIDAD

EL agua estaba fresca y limpia. Akar aprovechó para dar un largo trago, limpiarse la cara y las yagas ya casi cicatrizadas del brazo derecho. Aunque los primeros días de viaje junto a Vérel habían sido duros por culpa de las heridas, cabalgar a lomos del bello karinumá le había renovado las fuerzas casi completamente. Aquel calor reconfortante que el inteligente caballo era capaz de producir parecía ser la causa de su espectacular mejoría. Había algo especial que los unía. Una simbiosis entre ambos que el príncipe roühm apenas acababa de comenzar a entender.

—¡Buen trabajo, amigo! —le dijo levantándose y acariciándole el morro con afecto.

Vérel ladeó la cabeza con cierta arrogancia y pateó el suelo, un "pues claro" en lenguaje equino. Akar le sonrío y echó mano de la última pieza de fruta que le quedaba. Durante todo el viaje por aquellos bellos y deshabitados parajes, Vérel había sido capaz de encontrar cada día algún pozo con agua potable y limpia, además de alimento de los aislados árboles frutales que lograban sobrevivir por esa zona de la planicie.

El instintivamente sabio corcel seguía casi sin querer el rastro de la jauría de los gonrastz, quienes también parecían dirigirse rumbo a la gran Éter-Muná. La peligrosa manada, a pesar del buen ritmo que el caballo había mantenido durante los últimos tres días, se alejaba por momentos. La cercanía de una gran carnicería hacía que aquellas bestias leales al Dominio avanzasen a una velocidad realmente asombrosa, de tal forma que lo único que llegaron a ver de ellos fue el claro rastro de sus pisadas y más de aquellos sucios y abundantes excrementos.

—¡Ideal! ¡Y encima está pocha! —se quejó amargamente al ver el estado en el que se encontraba aquella triste última manzana.

La barriga del joven príncipe rugió con fuerza reclamando comida sólida y sustanciosa. Demasiados días a base de frutas o de alguna que otra hortaliza o tubérculo de no muy buen sabor no habían hecho sino empeorar el ya de por sí hambriento estómago del roühm.

—Comida para mínimos —le dijo a Vérel acercándole la penosa manzana.

De un bocado rápido, el karinumá cogió la fruta y la engulló casi sin masticarla. Luego se relamió y enseñó los dientes dejando bien a las claras que para él aquello era todo un manjar delicioso.

—¡Vaya! Tú no tienen manías, eh, amigo. Bueno, pues dijera lo que dijera Hurka yo ya no puedo aguantar ni un tranús más. ¡Estoy hambriento! ¿Tú no,

compañero? Esa manzana era poca cosa —en respuesta el animal agitó el cuello inquieto—. Eso pensaba.

Muy a lo lejos, en el cielo, un ave de buen tamaño surcaba el azul del cielo en busca de carroña. Akar la estuvo observando un buen rato sin decir nada. El brazo le dio un nuevo pinchazo, pero ahora aquella sensación era más una molestia que otra cosa. De nuevo le vino a la mente la imagen de aquel joven soldado ardiendo frente a él, allá en las profundidades de Los Caídos…

Vérel piafó y se le acercó lentamente. Con cuidado, le golpeó en el hombro con su morro.

—Estaba pensando que tardaremos días en llegar a "la señora" —le mintió el joven príncipe cambiando de pensamientos. Añadió—: Mira, no creo que el bladarb me esté haciendo ya nada de nada. Y solo me quedan unas pocas gotas. ¡Toca cambiar de dieta, amigo! ¿Crees que podríamos cazar algo por aquí? Vaya, desde aquella madriguera que encontramos antes de ayer no he visto nada que valga la pena. ¡Ni un triste nido! Venga, Vérel, ¿se te ocurre algo a ti?

La barriga del joven pelirrojo rugió de nuevo con fuerza. El karinumá se quedó pensativo, mirando la figura borrosa de la colosal montaña que cubría el distante horizonte. La extensa planicie de Valtra prácticamente terminaba a los pies de un frondoso bosque lleno de altos árboles, cedros y álamos en su mayoría, que crecían en la parte más interna de la arboleda que rodeaba tanto la enorme montaña como a sus hermanas más pequeñas. El inteligente corcel de fuego no había llegado nunca tan lejos, pero sí que había visitado en su juventud el límite exterior de aquel bosque. Recordaba perfectamente unos árboles rechonchos y de menor tamaño, llenos de hojas estrechas, marrones y alargadas.

Allí sí que había comida en abundancia.

Vérel miró a Akar y se agitó inquieto, como hacía siempre que quería que el roühm subiese. Al ver que el joven humano le ignoraba, relinchó con fuerza.

—¡Eh! ¡Que me dejarás sordo! —se quejó Akar llevándose las manos a los oídos.

El karinumá dio una vuelta completa a su alrededor y relinchó con mayor fuerza todavía. Luego le miró fijamente.

—Vale, vale. Vámonos —Akar por fin subió a lomos de su compañero de viaje—. Pero sigo teniendo hambre. ¿Sabes dónde conseguir algo que cruja, algo de carne?

En respuesta a la pregunta, el inteligente karinumá aceleró el paso como si estuviese convencido de que lo mejor era seguir cuanto antes con el viaje. Con facilidad pasmosa arrancó a correr a toda prisa, decidido a cabalgar a toda velocidad rumbo a aquella gigantesca montaña y a su más que generoso bosque.

El viento les daba con fuerza, a medida que el poderoso corcel de fuego aceleraba. Como roühm, Akar había visto y montado algunos de los caballos más rápidos de todo el Este. Pero comparados con lo de aquella carrera, todos ellos parecían simples asnos de carga. El karinumá aceleraba por momentos, como si no tuviese ningún límite en la velocidad que era capaz de conseguir. La tierra se deslizaba a los ojos de Akar a toda prisa, de una forma con la que jamás se le hubiese ocurrido soñar antes.

La llanura se deslizaba rápidamente a su paso, deteniendo el tiempo mientras el corcel de fuego y su jinete la devoraban con su loca cabalgada.

—¡Ideal, Vérel! Esto es… es… ¡es genial! —le gritó Akar entusiasmado —. ¡Sí! Eso es Vérel, más rápido. ¡Más rápido! ¡Más rápido!

El rápido galopar que el legendario corcel de fuego había conseguido alcanzar era ya sencillamente espectacular. Jamás Akar había visto correr de esa manera a ningún otro animal. El viento le golpeaba con tal fuerza el rostro ante el veloz avance de su montura que hubo de medio cerrar los ojos para no hacerse daño. La sensación que obtuvo de galopar a ciegas le entusiasmó, así que cerró los ojos del todo y dejó hacer a su vigoroso corcel.

—¡Más rápido! ¡Más rápido! —le gritó con todas sus fuerzas sintiendo nuevamente aquella extraña simbiosis que no sabía explicar.

Vérel refulgió en llamas, haciendo que sus ojos, su crin y su cola brillaran con aquel intenso rojo fuego que Akar le viera por primera vez en lo profundo de la canalización de Los Caídos. Pero, entonces, el joven príncipe sintió el kradparuná despertando también en él. Asustado intentó deshacerse de su don, pero no pudo de ninguna de las maneras. Notó como las fuerzas, los sentidos y todo su ser explotaba en un mar de intensos y adictivos golpes de pura adrenalina.

Al mismo tiempo, Vérel ganaba velocidad, deslizando el mundo bajo sus cuatro ágiles y potentes patas.

El roühm sintió un agobiante calor creciendo por todo su cuerpo, así que se concentró en aquella parte de sus recuerdos que Hurka compartiera con él. Necesitaba concentrarse. Necesitaba dominarse. Pero fue inútil. Su cuerpo se negaba a obedecer a su mente, tan solo acumulaba más y más de aquellas energías extraídas gracias al misterioso don de los Primeros. Sintió que todo

aquello era fruto de la extraña conexión simbiótica que había establecido con Vérel. La herida del brazo le quemaba con fuerza y cuando se giró para echarle un vistazo, vio como la carne se le prendía en llamas.

Quiso gritar.

Quiso obligar al corcel a detenerse.

A cualquier precio…

Pero no logró hacer nada de nada.

La Éter-Muná crecía en tamaño y altura a medida que jinete y caballo se acercaban a ella a toda velocidad. Mareado, asustado y sin saber qué hacer, el joven príncipe intentó hacerle llegar al veloz corcel de fuego la orden de que se detuviese. Pero, para su desagradable sorpresa, su cuerpo ya no le hacía ningún caso.

«*—Te lo prometo. Puedo salvarte*».

Otra vez.

Aquella horrible mentira.

Allí estaba, llenando sus pensamientos por completo a la par que el karinumá recortaba la tremenda distancia que los separaba de las faldas de “la señora” de Valtra. Akar sintió que estaba a punto de llorar, aunque en realidad hacía ya un buen rato que las lágrimas se derramaban sin control alguno por sus acaloradas mejillas.

«*—Te lo prometo. Puedo salvarte*».

Resonando a todo volumen en el interior de su mente.

Y también aquella poderosa y adictiva sensación…

«*—Te lo prometo. Puedo salvarte*».

Adictiva.

Porque acabar con aquel pobre infeliz le había hecho sentirse invencible de verdad.

Y porque quería más de aquella cruel sensación.

«*—Te lo prometo. Puedo salvarte*».

Tras un largo nahkran, casi un tranús entero de hecho, finalmente el karinumá se detuvo resoplando por el morro con cierta fuerza al hacerlo. La larga y veloz carrera apenas sí había comenzado a cansarle. Los de su especie no tan solo eran los más rápidos de entre todos los caballos que existían sobre Kárindor, sino que, y con diferencia, eran también los más resistentes.

Por fin habían llegado a la gigante entre las gigantes, rodeándolos, allí estaban aquellos curiosos y rechonchos árboles que bordeaban las faldas indómitas de la Éter-Muná y que Vérel recordaba de sus años de juventud.

Akar sintió como recuperaba el control de su cuerpo poco a poco. Notó un ligero hormigueo cuando el kradparuná se disipó, acompañado de un picor incómodo en el brazo derecho. Asustado y confundido, se dejó caer a tierra de mala manera, llevándose un buen golpe al hacerlo.

Abrió los ojos de par en par y miró a Vérel con verdadero pánico en la mirada.

El corcel de fuego se acercó alegre, pero el roühm se alejó de él, casi arrastrándose de espaldas por el suelo. Una suave neblina causada por el rocío de la noche anterior envolvía el bosque en un aura misteriosa e inquietante.

—¡No! ¡No! ¡Déjame! ¿Qué me estabas haciendo?

Sus palabras cargadas de miedo acallaron los ruidos y sonidos propios de las criaturas del bosque.

—¡¿Qué me estabas haciendo?! —le gritó al repetir la pregunta.

Cuando partiera de La Fortaleza con Ormul, su mentor, no pensaba que llegaría a estar dónde ahora estaba, a los pies de la temible Éter-Muná. Tampoco hubiese podido imaginar nunca que conocería a alguien como Hurka, que sentiría incluso como suya la parte animal de Jubal. O que se enfrentaría a un gonk y lo derrotaría. O que exploraría el cementerio sagrado de Los Caídos y vería al mismísimo y temible general néldor Krutt Hej'Ari en persona. Todo aquello había sido asombroso, alucinante de verdad. Pero esa carrera a toda velocidad…

Había sido inesperada.

Temeraria.

Escalofriante.

Sentir como perdía por completo el control de su cuerpo mientras el peor de sus recuerdos le atormentaba a cada instante y con total claridad…

—¡Vete! ¡Déjame! ¿Me oyes? ¡Déjame!

El esbelto caballo intentó acercarse nuevamente, agitando el cuello a ambos lados, señalando sin duda a aquellos sorprendentes y peculiares árboles. Luego le mostró la dentadura en aquella especie de mueca tan peculiar, un "pero ha valido la pena", en lenguaje equino.

—¡No! ¡No! ¡No! —le contestó Akar arrastrándose por el suelo un poco más, alejándose de él otro tanto—. ¡Déjame! ¡Déjame y no vuelvas! ¿Me oyes? ¡¡No vuelvas nunca!!

Con gesto de sorpresa, el bello karinumá abrió los ojos de par en par y piafó por lo bajo. Luego, con cierta tristeza evidente, se dio la vuelta y se adentró en el bosque, perdiéndose entre la neblina de aquel lugar. Poco antes de perder de vista a su querido compañero humano, se giró por última vez y se encabritó a dos patas refulgiendo por completo en fuego al hacerlo.

—¡Nunca! —le gritó Akar en la distancia algo conmocionado.

Y es que la verdad era que el roühm no pensaba con claridad, temblaba de pies a cabeza y lo único que quería era estar lejos de todo aquello que acaba de hacerle su compañero de viaje.

Seguía llorando casi sin darse cuenta.

Vérel relinchó en un tono que nunca antes le había oído hacerlo, un "ahí te quedas", y luego se alejó al trote perdiéndose en el interior del bosque. La neblina del lugar envolvió su esbelta figura y le hizo desaparecer de la vista del humano.

Al cabo de un rato, Akar pareció despertar de aquel estado de inseguridad y conmoción. Temiéndose lo peor, lo primero que hizo fue atreverse a mirarse las yagas, las ampollas y las heridas del brazo. Sintió una fuerte arcada antes de mirar. El brazo mostraba unas feas cicatrices y estaba enrojecido pero, en general, tenía mucho mejor aspecto que antes de la veloz carrera de Vérel. Se tocó la piel sintiendo que parecía estar totalmente recuperada. Solo quedaban aquellas feas marcas cicatrizadas.

Akar miró al bosque apenado. Comenzó a entender lo estúpido que había sido.

—Genial. He estado genial. ¡Ay, Ormul! ¡Si estuvieses aquí…! —se dijo a sí mismo dándose un coscorrón fuerte en la frente—. Y ahora qué, genio. Ahora qué.

Miró a su alrededor y sintió un escalofrío. Allí todo era desconocido y peligroso. En El Bosque de Oro podía sentirse seguro, conocía casi todo lo que merodeaba por él. Excepto a los mínimos. Y a los gonks, por supuesto. Pero allí… allí estaba prácticamente solo. Su espada dorada era su única compañía. Y acababa de echar de su lado al más sabio y veloz de todos los caballos que podría encontrar jamas.

Estúpido.

Estúpido de verdad.

—Vaya genio que estoy hecho. ¡Qué desastre! ¡Qué mal! —Akar seguía hablando y quejándose en voz alta.

Se puso en pie y comenzó a avanzar sin rumbo alguno por aquel extraño bosque envuelto en la húmeda y pegajosa neblina. No supo el porqué pero el

recuerdo de su querida madrastra, la reina Zulaira, hablándole sobre los misterios y leyendas de la gigantesca “señora” de Valtra le vino a la mente:

> «*El viento se apartó a su paso, mi niño. Aquellas bestias estaban enfurecidas. Echaban humo y fuego y ceniza y azufre por la boca. Abajo, los pobres campesinos se quedaron paralizados. ¿Ellos qué sabían que aquella montaña era su refugio? ¡Ay, mi niño, “la señora” no es para nosotros! No, no temas. ¿Los campesinos? Bueno, intentaron correr a todos lados, esconderse. Incluso alguno se quedó quieto para hacer frente a aquellas monstruosidades. —Akar recordó la dulce risa que ella dejaba escapar cada vez que él hacía algún comentario bravucón—. ¿Seguro? ¿Tú no habrías huido? ¡Ah! Claro, claro. ¡Pues entonces cien dragones se habrían lanzado a por ti! —sintió el pellizco juguetón de ella sobre su barriga—. Pero entonces los cien dragones se detuvieron y miraron a sus espaldas. Dejaron escapar un rugido de furia y regresaron a lo más alto de la Éter-Muná. ¿Qué que pasó, mi niño? Bueno, es tarde y aquí hay un príncipe que mañana tiene clase de monta… —de nuevo aquella dulce risa le vino a la mente—. ¡Sí, sí, como no! Tú ya eres un temible jinete rojo, ¿eh? Pues escucha, mi niño, escucha a tu madre con todas tus orejas. Con las dos que pareces tener a veces. Aquellos campesinos solo vieron el cielo arder y romperse en mil fragmentos. Escucharon como la montaña se quebraba y rocas del tamaño de una aldea caían por todas partes. Y entonces vieron a un enorme dragón volando en picado hacia ellos. El dragón abrió las fauces, grandes como varios hombres juntos y… ¡pum! ¡Salió volando sin control en la otra dirección! ¿Sabes que fue lo que le hizo chocar contra la montaña? ¿Lo que salvó a los campesinos? ¿Quieres saberlo, mi niño? Fue… ¡fue un glodandro! —la dulce y tierna risa de Zulaira llenó el final de aquel recuerdo…*»

Sería mejor que se dejara de recuerdos e hiciera algo productivo. Su barriga seguía emitiendo aquellos ruidos tan desconcertantes cada poco. Además, aquellas eran tierras del Dominio, podía haber soldados en cualquier parte. No había olvidado la advertencia de Hurka, tenía que tener mucho cuidado, no podía fiarse de nada ni de nadie.

Para poco antes del tercio vespertino Akar ya había conseguido dar caza a un par de liebres que correteaban tranquilas hasta ese entonces por aquel amplio bosque. Subió a uno de los árboles para llegar a un nido que había en él y se apoderó de un par de pequeños huevos de alguna descuidada ave de los cielos. Ahora serían la comilona de un hambriento roühm. Subido en el árbol alargó su mano hasta un grupo de hojas más gruesas que rodeaban algo. Del interior de las mismas extrajo con bastante esfuerzo una especie de fruto amoratado cubierto de una rugosa y dura cáscara. Hubo de bajar hasta el suelo para conseguir romperla, eso sí, con la ayuda de una pequeña piedra.

—¿Esto se comerá? —se preguntó lleno de dudas mientras observaba con reticencia los restos del fruto. Dio un pequeño bocado a uno de ellos y exclamó—. ¡Pues no está nada mal, oye! Algo menos dulce que una pera, pero sin duda mucho más jugoso. Voy a ver si tengo suerte y encuentro más de estas cosas.

Mientras subía de nuevo a aquel árbol donde encontrase el fruto, se sintió muy mal consigo mismo por lo que le había hecho a Vérel. No hacía ni un tercio que ya no estaba con él, y ya lo echaba muchísimo de menos. Vérel era su compañero, su amigo.

Y lo había tratado fatal.

Se había portado como un verdadero tonto.

Algo en su interior le decía que tenía que volver a encontrarlo, que tenía que hacer todo lo que pudiera para que no se rompiese aquella simbiosis tan extraña y beneficiosa. Pero conseguir aquello, en mitad de aquel bosque desconocido y sin ayuda de nadie, era más bien una quimera que otra cosa…

«*—Los leones se agazapan, se esconden con malicia. Luego, el macho ruge con fuerza asustando a la presa. Si esta se queda quieta ¡se acabó! ¡Cena gratis para los lonrastz esa noche!*

—Me gustaría cazar varios de ellos, Ormul. Tal vez podríamos ir el año que viene, cuando cumpla los quince.

—Mi señor, ¿no habéis escuchado nada de lo que he dicho? Esas bestias son peligrosas de verdad.

—¡Vamos, venga! Madre, ordenadle a Ormul que me lleve de caza… —recordó que le había suplicado—. ¡Por favor, madre!

—Ormul es tu mentor, mi niño. Harás lo que él te diga. Por cierto, ¿sabes de dónde vinieron esas alimañas? ¿Se lo has explicado ya, Ormul?

—No, su majestad. Aún no.

—¡Seguro que del Norte! De las tierras de los corazón-negro. ¿No? ¡Asquerosos!

—No, mi niño. La leyenda cuenta que huyeron de aquello que habita en la Gran Montaña.

—¡Dragones!

—No, mi señor. No de los dragones. De… de otra cosa.

—¿Glodandros?

—Mi niño, hasta los glodandros huyeron de "la señora"…»

Tras recoger y devorar casi una veintena de esos frutos preparó las dos liebres a fuego lento, fuego que encendió con la ayuda de su espada dorada y del kradparuná que parecía controlar ya mucho mejor. Hurka estaría orgulloso si lo viera. La carne de las dos pequeñas liebres le resultó sabrosa después de tanto tiempo de no probar nada más que agua, fruta, hortalizas, tubérculos o bladarb.

Buscó un lugar donde pasar la noche, pensando en que tal vez su padre también había estado allí en algún momento del pasado. Con aquel último pensamiento, el joven se quedó rápidamente dormido.

Soñó con tierras lejanas rojas como el fuego y se vio a sí mismo luchando contra ejércitos inacabables de gonrastz. Miles de estandartes rotos, con águilas de dos cabezas representadas en su interior, cubrían la tierra ensangrentada que pisaba. Había cientos de miles de gonks luchando por

todas partes. No muy lejos, Ormul combatía a cierta distancia y se dirigía hacia él sonriendo. Loco de contento, Akar corrió a su vez hacia su mentor, pero alguien disparó dos certeras flechas que impactaron en la espalda del gigantón roühm, acabando al instante con la vida de su amigo. Ormul cayó al suelo muerto y ensangrentado. Al caer, el príncipe vio al arquero responsable de los disparos. Hurka sujetaba un pequeño arco de madera y le miraba sorprendido y apenado, como si no se esperase que Akar hubiese de estar allí. Lleno de una ira incontenible, sin pensar en lo que estaba haciendo, se dispuso a vengar a su compañero de armas con todas sus fuerzas, pero, entonces… entonces el sonido suave pero inconfundible de unas suaves campanillas le despertó de golpe.

Una tenue luz avanzaba lentamente cerca de allí, iluminando el bosque y la noche. El portador de la luz se detuvo de repente y dejó de hacer sonar las campanillas.

—¡Léprroso! Fuerra, fuerra, aléjate si áprrecias tu vida, sí. ¡Léprroso! —una voz monótona con un extraño acento se acercaba. Pronunciaba mal las palabras, marcando las erres con demasiada fuerza y sin tener muy claro cuales eran las sílabas tónicas y cuales las átonas. La voz repitió—: ¡Léprroso!

Akar avanzó con cuidado hacia la luz, movido por la curiosidad y su instinto aventurero. La luz avanzó hacia él también lentamente. Al poco, la figura de un hombre encorvado de mediana altura, vestido con unos ropajes sucios y malolientes, se hizo visible portando un pequeño farolillo de aceite de mano.

Hizo sonar con insistencia las campanillas que sujetaba con su temblorosa mano izquierda y repitió algo enfadado:

—¡Léprroso! Fuerra, fuerra.

—¿Quién eres? ¿A quién sirves? —inquirió el joven roühm sin andarse por las ramas y desenvainando su querida espada dorada.

—¡Léprroso! Fuerra, fuerra, si no quierres enférrmarr —le respondió haciendo sonar nuevamente aquellas pequeñas pero sonoras campanillas.

Al ver que Akar no se apartaba, se acercó dando dos enormes zancadas, se arremangó sus sucios y desgastados harapos y le dejó ver su antebrazo izquierdo. La extremidad se veía consumida y enfermiza, cubierta de manchas supurantes y gruesos bultos de aspecto amarillento sumamente desagradables. Sin poder evitarlo, Akar sintió nauseas y retortijones nada más verlos.

Al ver la cara de asco que involuntariamente se dibujó en el rostro del joven pelirrojo, el leproso repitió satisfecho:

—Léprroso, sí.

—Lo siento, amigo —Akar se retiró intentando guardar las apariencias—. No sabía… Yo no creía que, vamos… ¡Vaya! Debe ser muy duro, ¿no?

—A ti, ¿qué te ímporrta? —le replicó el otro con dureza ocultando el brazo enfermo y haciendo sonar su campanilla nuevamente—. ¡Fuerra! ¡Fuerra! Aléjate múchacho. ¡Venga!

—Vale, vale, solo quería ser amable contigo y…

—Prreocúpate de ti, sí. No nécesito tu ámistad. Fuerra ya, niño. ¡Fuerra!

Akar se limitó a apartarse guardando su espada en el cinto, luego levantó los dos brazos en señal de paz.

—¡Niños! Vuelve a tu hógarr, jinete rrojo. Vuelve a casa, sí.

—¡Eso quisiera! —le mintió el príncipe—. Pero he perdido a mi caballo. Por eso…

—No mi prróblema, no. Es tu prróblema, ¿sí? Fuerra, fuerra. ¡Venga! —el leproso le hizo un gesto despectivo con ambos brazos de forma claramente grosera.

—¡Sin Vérel jamás lo conseguiré! —se quejó el roühm.

El leproso se encogió de hombros y se dispuso a seguir con su camino. Mientras tanto, Akar se llevó las manos a la parte posterior de su cabeza mirando desconsoladamente la oscuridad del bosque, pensando en la forma tan estúpida en la que había hecho huir a su querido compañero.

¡Mira que había sido tonto y necio!

Al hacer aquel gesto le dio la espalda al leproso y, sin querer, dejó ver el preciado brazalete de plata que lucía en su muñeca izquierda.

—¿Un prríncipe? ¿Tú? ¡Sí! ¡Sí! ¡Un prríncipe de los jinetes rrojos! —exclamó repentinamente el leproso cambiando el tono a uno más alegre, uno de grata satisfacción.

Sorprendido, Akar se giró rápidamente hacia él y escondió la mano izquierda de la vista del leproso. Aferró con disimulo la empuñadura de su espada dorada y se acercó al leproso clavando la mirada en él.

—¡Una sórrprresa! ¡Sí! Una grran sórrprresa —le dijo el leproso casi aplaudiendo.

Akar pensó rápido. El leproso ya le había reconocido, así que de nada le serviría intentar engañarle. Aquellas eran tierras de los néldor, así que no podía fiarse de ningún lugareño que viviese por allí. Un poco más cerca solamente, luego un golpe certero al cuello y listos.

—¡No, no! No soy vuestrro enémigo, no —le dijo este anticipando el ataque y retrocediendo lentamente.

—¿Y por qué debería creerte, leproso? —le preguntó Akar dándole una última oportunidad antes de atacar y acabar con él.

El recuerdo de aquel último y joven soldado seguía fresco en su memoria.

«*—Te lo prometo. Puedo salvarte*».

No, esta vez no se dejaría traicionar por sus miedos.

—Dime, ¿por qué debo perdonarte tu miserable vida? —le preguntó nuevamente pero sin bajar la guardia.

Sabiendo que su vida pendía de un hilo, el leproso se detuvo y prácticamente se inclinó rostro a tierra. Temblando, le explicó:

—Porrqué sé que haces tan lejos de tu hógarr, sí. El prríncipe busca a su padrre, ¿vérrdad? ¡Sí, sí! Búscarr a tu padrre, ¿sí?

—Explícate —Akar no salía de su asombro ante aquel andrajoso individuo.

—¡Sí! Yo éxplicarr. Hace muchos ínvierrnos, yo lúcharr con tu padrre. ¡A su lado, sí! Los suyos y los míos, sí. ¡Lo prrómeto! ¡Sí! Luchamos con él, con tu padrre, ¡sí!

—¿Quiénes? —Akar percibió que ante esa pregunta el leproso pareció dudar—. Has dicho "luchamos", ¿no? ¿Quiénes luchasteis? Contesta si quieres que te crea.

—Los nuestrros —el leproso echó para atrás los largos harapos que le cubrían, se acercó un poco el pequeño farolillo de mano al rostro y dejó que la luz le iluminase de cerca. Aunque demacrada, su fisionomía no dejaba lugar a las dudas su procedencia. Luego añadió con voz firme—: Los leales al grran séñorr y amo de los míos, sí.

—¡Ónimods! —aunque los rasgos del leproso eran inconfundibles, el joven roühm cada vez dudaba más de la veracidad de aquella historia.

—¿Dudas, prríncipe? Pues ven, sí, ven a mi hógarr. Ven y crree.

—Si intentas engañarme lo lamentarás —le amenazó Akar—. A la menor señal de que algo no va bien esta bonita espada acabará contigo. Y no creas que tu penosa enfermedad me hará dudar al usarla.

—Es justo —le contestó el leproso—. Ven, sí, vamos juntos prríncipe. Y crree. ¡Lo prrómeto, sí!

—Más te vale, leproso. Por tu propio bien, más te vale que me hayas dicho la verdad.

—Sí. Eso es. La vérrdad…

… 9 de Tralev del 20º Eunú, Quinta Era

Capítulo IV

LOS HIJOS DEL LEPROSO

EL leproso le guio por el bosque a través de un sendero de fácil acceso que les condujo, finalmente, a una zona de espesos matorrales y altos árboles de sombra inquietante. Aquella neblina húmeda parecía no desaparecer nunca. El ónimod caminó seguro hasta uno de esos árboles y retiró parte de la corteza del mismo, dejando al descubierto un pequeño paso a través del tronco que permitía pasar a una zona oculta al otro lado. El leproso le dijo:

—Mi hógarr, jinete.

Akar le siguió a través del pasadizo oculto y entró en un amplio claro que el extravagante leproso había despejado preparándolo de forma más o menos confortable para vivir en él. Los matojos de la zona le hacían de improvisadas paredes. Las copas de los anchos árboles de esa parte del bosque, llenas de hojas gigantescas, le hacían de techo. En uno de los laterales había amontonados una pila de telas viejas y sucias que debían cumplir la función de cama y, por si acaso, el ónimod había preparado varias tablas de madera que, sin duda, debía de usar para protegerse de las inclemencias del tiempo.

—Pensaba que estabas solo —le preguntó Akar al ver otros dos camastros al otro lado.

—¡Bah! Sí, mis hijos son esos dos —se explicó encogiéndose de hombros —. Me prrégunto, ¿dónde habrran ido?

Akar echó un vistazo rápido al lugar mientras el ónimod se dirigía a un rincón de la maleza en la que ocultaba algunas de sus más valiosas pertenencias. Parecía no encontrar lo que deseaba y maldecía repetidamente en su lengua materna.

—¿Y cuál es tu nombre? Si puedo saberlo, claro.

—Tú no ímporrta sepas, no —fue la rancia respuesta del otro.

—Kertfa. Su nombre es Kertfa —le susurró una voz aguda desde la entrada.

Akar se giró hacia la entrada, espada en mano, al darse cuenta de que dos nuevos visitantes acaban de llegar al claro. Ambos se parecían bastante el uno al otro. Los dos tenían un abundante pelo rizado, espeso y negro que no había sido lavado ni cortado en demasiado tiempo. Sus mejillas estaban hundidas, al igual que sus ojos, y sus labios se veían resecos entorno a una boca algo estrecha. Los dos estaban muy flacos, no debían de comer muy bien por lo que parecía. Vestían con unos sencillos pantalones cortos y unas camisas demasiado anchas que en alguna era lejana debieron ser blancas, pero que ahora estaban sucias como el carbón. Al igual que las uñas de las manos y de los pies, los cuales quedaban a la vista ya que los dos chicos estaban completamente descalzos.

Pero había una cosa en la que eran muy diferentes.

El que había hablado era bajito, le llegaba a Akar a la altura de los hombros como mucho, mientras que el otro, que permanecía detrás en silencio, debía ser casi tan alto como Ormul. Eso sí, ambos parecían muy jóvenes, casi adolescentes. El leproso por fin encontró lo que buscaba.

—¡Mirra! ¡Mirra! La vérrdad, sí, la… —se interrumpió al verlos.

—¿Estos son tus hijos? No son ónimods —le aclaró innecesariamente Akar.

—¡¡Máldita escorria!! ¿¡Dónde irr esta vez, sí, dónde!? —comenzó a gritarles Kertfa fuera de sí—. ¡Estúpidos y tontos niños húmanos! ¡Fuerra! ¡Fuerra! Y no volváis con las manos vácias si no querréis pérrderrlas, sí. ¡Fuerra! ¡¡Fuerra de aquí, perros sárrnosos!!

Los dos desaliñados hermanos aguantaron el chaparrón de insultos y amenazas agachando sumisamente la cabeza, pero Akar se fijó en que el más bajito apretaba con fuerza los puños.

—No serrvís para nada, ¡escorria, básurra! ¡Fuerra! —les siguió gritando el leproso llegando hasta ellos.

El más alto se encogió asustado y se dio la vuelta sin pensárselo dos veces, preparado para irse de allí a la carrera, pero se detuvo cuando vio que su hermano se quedaba de pie sin moverse. El ónimod acercó el farolillo de mano a este último y se agachó un tanto poniéndose rostro a rostro con aquel joven y atrevido muchacho.

—Sí. Sí. Hazlo, porr fávorr —a la luz del farolillo, Akar vio como el leproso se relamía y miraba de reojo al hermano más alto. Al ver que el chico comenzaba a dejar caer algunas lágrimas, se acercó un poco más y añadió hablando lentamente y casi en voz baja—: Perro sárrnoso.

El jovenzuelo levantó la mirada y miró atrás, a su hermano, luego, sin mediar palabra, dio media vuelta y salió de allí sin prisas.

—Cóbarrdes —murmuró Kertfa en cuanto los perdió de vista.

—Deberías tratarles con más respeto, ¿no? —dijo Akar por decir algo.

—¿Y qué te debe impórrtar? ¡Son mis hijos, sí! —calmándose, el ónimod repitió mirando hacia la oscuridad de más allá de la entrada a su cuchitril—: Mis hijos son, sí.

—Allá tú —le replicó con falsa indiferencia Akar.

Cuando el leproso se dio la vuelta, se encontró con la espada dorada y de doble filo de Akar apuntándole al gaznate.

—¡Mirra! ¡Mirra esto, jinete! Mirra y crrer. Yo no méntirr antes, no —el ónimod le mostró una tela de color rojo púrpura con un grabado en su interior. El leproso, rodeando la espada y acercándole la tela para que Akar pudiera cogerla por sí mismo, le preguntó—: ¿La rrecónoces, sí?

Akar recogió la tela bajando el arma. ¡Era imposible! ¿Cómo podía tenerla aquel miserable? El leproso acercó el farolillo de mano para iluminar de lleno aquella tela púrpura. La espada se le escapó de las manos al príncipe de Roühm cuando la desdobló del todo, a la vez que un par de gruesas lágrimas le recorrieron las mejillas al reconocer el bordado de aquella tela: la figura a dos patas de un caballo amarillo con una corona negra de tres puntas y, en cada esquina, una doble letra A bordada en blanco. Akar tan solo había visto aquel bordado una única vez en toda su vida. Era un niño en ese entonces y la llevaba su padre enlazada entorno a su brazo izquierdo antes de abandonarle en la capital Zulá.

El día que murió su verdadera madre.

El día que su padre se marchó.

—Sí, prríncipe. ¡Sí! El brrazálete del grran Adkrra, tu padrre. ¡La vérrdad!

—No entiendo… ¿Cómo es posible? No… no entiendo…

—No méntirr antes, no. ¡Te lo dije, sí! Te lo dije.

Akar seguía apretando con fuerza aquella tela, despertaba en él sentimientos muy encerrados en su pasado. El leproso debió de darse cuenta, porqué, bajando la voz, añadió meloso:

—Sé dónde fuerron, sí —retiró la luz del farolillo para captar la atención del confuso joven.

—No sé cómo lo sabes, ni porqué lo sabes… —Akar tomó aire y le miró a los ojos—, pero encontrar a mi padre es lo que debo hacer. Dime, ¿dónde está? ¿Adónde fue tras cruzar "la señora"? —había impaciencia contenida en aquella pregunta, una amenaza velada que el ónimod interpretó correctamente.

—¡Sí, sí! Yo te lo digo, prríncipe. Todos ellos fuerron… —el leproso hizo una pausa algo larga, sonrió o algo parecido y añadió—: ¡al Paso! Al Paso de los Júeces, sí.

Akar guardó el brazalete en uno de los bolsillos de su camisa y miró fijamente a Kertfa.

—Puedo llévarrte, jinete. Sí, puedo hácerrlo —le ofreció este.

—¿Y qué quieres a cambio? No me pareces un alma caritativa, precisamente.

—Todo tiene un prrecio, sí. Todo lo tiene. Es justo.

—¿Y cuál es el tuyo?

—Confío en que un prríncipe sepa rrecónocerr un trrábajo díficil, ¿sí? Una infórrmacion así es carra, sí, muy carra, ¿vérrdad?

Akar le miró con cierta resignación, recogió su espada del suelo y añadió:

—Entiendo. Tendrás tu oro, leproso. Todo el que seas capaz de llevar con tus propias manos. Tienes mi palabra.

—¡Sí! ¡Sí! Sé que sí, prríncipe de los jinetes. Yo te llévarre Al Paso, sí, al Paso de los Júeces. ¡Lo prrómeto, sí!

Akar se sentó en uno de aquellos horribles camastros y se quedó con rostro pensativo mirando a la nada.

—Prrímero debes descánsarr, sí. Debo prréparar prróvisiones. El viaje es larrgo, sí, muy muy larrgo.

—Mi montura huyó nada más llegar al bosque —le mintió Akar de forma mecánica.

—¿Sí? Bien. Puede que este léprroso sepa dónde encóntrrarrlo. ¿Qué clase de ánimal es?

—Cuando lo veas lo reconocerás al momento. Es un corcel de fuego. Responde al nombre de Vérel, el rojo.

—¡Imprrésionante de vérrdad! —exclamó admirado el ónimod—. Un córrcel de fuego y un prríncipe rojo. ¡Una séñal de los dioses, debe serr, sí! Una séñal.

Acercándose hasta su camastro, Kertfa aferró un pequeño bastón de madera arrugada y retorcida.

—Iré a búscarrlo y traerré todo para el larrgo viaje, sí. No tárdarre más de dos o trres días, no. Mis hijos se encárrgaran de lo que necésites hasta mi vuelta, ¿sí?

—Vale —le contestó Akar sin hacerle caso, en realidad seguía pensando en aquel triste día de su niñez.

Ya apenas casi lo recordaba.

El brazo había comenzado a molestarle intensamente en cuanto el leproso aferró el pequeño bastón de madera arrugada, aunque estaba demasiado absorto en sus pensamientos como para darle importancia o como para poder haber visto la maliciosa sonrisa que se había dibujado en la fea cara de Kertfa.

—Vólvere prronto, sí. Mi hógarr es tu hógarr —se despidió finalmente el ónimod sonriendo maliciosamente otra vez.

Lo había conseguido.

El joven se había confiado.

Estaba seguro de aquel pelirrojo humano lleno de pecas era el hijo del apestoso y cobarde Adkra. ¡Era una captura inmejorable! No solo podría vengarse, sino que además estaba convencido de que la recompensa por entregarlo sería grande. ¡Enorme! Por fin la suerte le acompañaba después de tanto tiempo de darle la espalda.

—Gracias. Necesito descansar —le contestó Akar suspirando, ignorante por completo de los malvados planes de aquel taimado leproso.

Sin que el joven príncipe quisiera, el kradparuná le dominó nuevamente un breve instante, lo que le obligó a agachar la mirada. Justo cuando consiguió controlarse alzó la mirada en dirección a Kertfa quien, en ese preciso momento, comenzaba a marcharse por la entrada oculta de aquel “hogar”.

Entonces, justo en ese preciso instante, la terrible imagen de la calavera símbolo del Dominio le asaltó en lo más profundo de sus pensamientos con terrible brusquedad. La deforme y depravada calavera negra le miró fijamente, explorando sus emociones e intenciones. La siniestra imagen procedía sin lugar a dudas de la indescriptible luz interior del ónimod y de

aquel misterioso bastón de madera. Todos los pensamientos de Akar quedaron tapados y anegados ante la inmensidad de la fuerza que aquella poderosa y terrible imagen parecía poseer.

Se sintió indefenso y vulnerable.

Sintió dolor de verdad.

Y miedo.

Cuando por fin Kertfa abandonó el lugar que usaba como refugio, la imagen se desvaneció también. Akar se quedó un buen nahkran recobrando el sentido sin saber qué había pasado en realidad. La voz aguda del más bajito de los hermanos le sorprendió cuando, entre susurros, le dijo despertándole de la ensoñación:

—Debes irte. Kertfa no te va a ayudar.

—¿Por qué debería creerte, chaval? —inquirió el roühm poniéndose en pie y mirándolo con rostro serio.

—Porque si no lo haces, estás muerto.

* * *

La noche estaba ya bien adentrada en aquella parte de Kárindor. Allí, a las puertas de las Ével, en Belfáel, se encontraba la entrada oriental del peligroso Paso de los Jueces. Una pequeña guardia del Dominio custodiaba aquel acceso, llevaban días esperando la llegada del ejército híbrido. El Emperador de Abismos y sus tropas se retrasaban. Ahora, aquel grupo de soldados observaban las impresionantes puertas dobles, idénticas a las existentes en su otro extremo.

—Debemos informar, jefe —decía uno de los soldados de bajo rango sosteniendo un arco corto en una mano y una flecha lista para ser usada en la otra.

Varios hombres más se quejaban de la misma manera. Hablaban todos a la vez, insultando y soltando un montón de palabrotas e improperios de muy mal gusto al hacerlo.

—No hay nada que informar, cretino —le contestó un tipo más robusto con varias cicatrices en el rostro y que iba armado a su vez con una gruesa espada.

—¡Pero las puertas se han cerrado! —replicó el mismo soldado de antes elevando la voz.

—¡No hay nada que informar! —el tipo de la espada gruesa atravesó con su espada al que se estaba quejando de un rápido movimiento. Mirando al resto de sus hombres, preguntó—: ¿está claro?

Un silencio sumiso se hizo entre los alborotadores al momento. Aunque los néldor permitían las quejas, promovían el uso de la fuerza como principal razonamiento persuasivo, así que, si alguien quería protestar podía hacerlo… pero aquel soldado de bajo rango, que yacía muerto allí mismo, era la prueba del límite que alcanzaba normalmente la tolerancia de los oficiales del Dominio.

—¡Alto! —gritó de repente el único de aquellos soldados que no había abandonado su puesto. Desde lo alto de un promontorio cercano, apuntaba con su arco al camino que llevaba directamente a las puertas del Paso. Repitió la orden tensando el arco—: ¡Alto en nombre del Dominio!

Los soldados, encabezados por su oficial, se prepararon para hacer frente a lo que fuera que su vigía había divisado. Había alguien caminando lentamente hacia ellos, solo su sombra era visible en mitad de aquella oscura noche. El oficial dio una orden silenciosa a sus hombres y estos se dispersaron, listos para rodear al intruso en cuanto llegase.

La sombra avanzó.

El vigía disparó.

La sombra por fin se hizo visible y aquellos hombres pudieron ver con total claridad a su temible general, al peligroso néldor de sangre pura que comandaba todas las fuerzas del Mal.

Te vieron a ti.

La flecha ardió en mitad del vuelo y se deshizo como ceniza. Llevada por el ligero viento que soplaba, desapareció en la nada.

—Debíais vigilar. No hablar.

Los hombres soltaron las armas, pero no por propia voluntad. Algo les apretó todos los músculos del cuerpo, haciendo que sintieran un espasmo intenso de puro dolor y agonía. Poco después, todos ellos cayeron al suelo al mismo tiempo, uniéndose en la muerte con aquel soldado protestón. Solo el vigía seguía con vida, incrédulo ante lo que acababa de pasar. Por fortuna para él, reaccionó a tiempo y, bajando el arma, se inclinó rostro a tierra sin atreverse a alzar la mirada en dirección a Naam.

—¿Cuándo ocurrió? —la voz pausada y algo apagada del temible general néldor le atravesó la mente con total nitidez.

—Mi amo, en cuanto el sol se puso las puertas se cerraron por sí solas —contestó el soldado sin abrir los ojos y sin moverse.

—Un cambio inesperado.

El vigía escuchó la respiración entrecortada del poderoso general mientras se tomaba su tiempo antes de volver a hablar. Al ver que no lo hacía, el

arquero alzó la mirada y vio como el néldor posaba sus dos manos sobre la piedra en la que estaban talladas las puertas del Paso de los Jueces. Una neblina impenetrable se formó entorno al general del Dominio. Las puertas temblaron ligeramente a causa de aquello que el néldor estaba haciendo. El kradparuná sombrío de aquel siervo fiel de Kaz-Minkú atravesaba el Paso agitándolo a su paso. El vigía se dio cuenta de que, por primera vez desde que estaban allí, no se escuchaba ni el más ligero de los ruidos.

Todo se escondía de aquel ser perverso.

Todo te temía.

Poco después, el vigía vio como la neblina se deshacía rápidamente y Naam se separaba de ellas con igual celeridad. Si no fuera porque se sabía que aquello era imposible, aquel soldado hubiera jurado que el general néldor se había asustado. Lentamente, las puertas dejaron de temblar. Naam se giró hacia el vigía y este escuchó de nuevo la pausada voz de su señor tronando en su mente. Sumiso y prudente, agachó la mirada otra vez.

—Haces bien en temer.

—Gracias, mi amo —el hombre no sabía cómo acabaría aquella conversación, pero se temía lo peor.

—Es una lástima. Pareces un buen soldado.

Con un gesto de su mano, Naam hizo surgir unas horribles raíces resecas y retorcidas de la tierra, envolviendo rápidamente al vigía en ellas y dejando solo sus ojos al descubierto.

—Ahora, tú serás mis ojos —le informó Naam segando la mente del vigía de cualquier otro propósito.

Aquel atento soldado no tuvo tiempo ni de lamentarse.

—Inesperado —repitió Naam.

Tras aquello, el malvado y cruel general regresó al campamento avanzando con su característico paso lento. Los hombres se cuadraban al momento nada más verlo, no era nada habitual ver al terrible néldor fuera de su fantástica tienda de mando. Cuando por fin entró en ella, un tipo musculoso, con el rostro lleno de marcas de la viruela, le saludó respetuosamente hincándose de rodillas.

—Partimos —fue lo único que el misterioso general del Dominio le dijo a su subordinado.

Asintiendo con la cabeza, y sin decir palabra, aquel fornido oficial se levantó y salió de la tienda sin más. Naam se sentó en su particular trono de mando, sacó su raro jarro del interior de su coraza de guerra y, con extremo cuidado, lo acarició con su mano izquierda. La extraña luz que aquel objeto

emitía continuamente comenzó a apagarse poco a poco. La respiración entrecortada del néldor llenó la estancia de un vaho frío, gélido, que inundó de penumbra la ya de por sí oscura y sombría tienda militar. Poco después, un fuerte toque de trompetas y tambores de guerra avisó a todo el mundo de que el momento de entrar en acción había llegado. El resto del ejército que todavía permanecía en el campamento se movilizaba. Naam cerró los ojos y guardó nuevamente aquel extraño objeto en el interior seguro de su coraza de guerra. El raro jarro apenas emitía destello alguno cuando lo escondió allí otra vez. La voz entrecortada y adormecida del néldor dejó escapar dos únicas palabras:

—Por fin.

Ya sabías lo que pasaría, ¿verdad?

* * *

—¿Muerto? —Akar hizo una mueca de desprecio—. Ese ónimod no podría conmigo ni aunque yo estuviese ciego.

El joven no le dijo nada, simplemente se quitó un mechón de pelo de la cara y se limitó a mirarlo fijamente y con ojos apenados. Después, se encogió de hombros, pasó a su lado y se tumbó en uno de aquellos sucios camastros.

—Prefiero esperar a que vuelva y luego… luego ya veremos qué pasa —le explicó Akar bastante molesto con la actitud de aquel mocoso imberbe.

—Pues estás muerto —se repitió este a sí mismo casi entre susurros.

—Vamos, Kay —su grandullón hermano le siguió, su voz sonaba grave pero sincera—. Puede ayudarnos. Es grande y fuerte. Y va armado. ¡Vamos!

El tal Kay lo miró aburrido, volvió a mirar a Akar y resopló negando con la cabeza.

—Tú siempre me dices que cuando llegase la oportunidad nos largaríamos de aquí —el grandullón se sentó en el suelo cruzando sus grandes y flacuchas piernas. Miró a su hermano lleno de ansiedad y le suplicó casi en voz baja—: Tú siempre me lo has dicho, lo del plan, lo de la oportunidad.

—¿Un plan? ¿Qué plan? —le preguntó Akar algo confundido. Pensaba que el grande era el de más edad, pero por como se trataban parecía lo contrario. Haciendo un gesto despectivo, añadió—: ¡Bah! De todas formas da igual, no puedo llevar a dos mocosos conmigo. Demasiado peligroso para vosotros, seríais una carga.

—Pues eso, estás muerto pelirrojo —le respondió Kay incorporándose y rascándose la nariz con muy poca elegancia.

Akar se acercó hasta ellos, se agachó y, hablando más lentamente, les preguntó:

—¿Sabéis lo que es un gonk?

—Son feos y malos —le contestó inocentemente el más alto sacando una sonrisa de su hermano.

—Feos, malos y… ¡letales! —al decir esta última palabra les hizo un brusco gesto para asustarlos. El hermano más alto dio un brinco sentado y todo como estaba en el suelo. Kay dejó escapar una carcajada.

Su risa era fresca, amable y clara como un nuevo día.

—No os necesito. Y no creo que Kertfa se atreva a hacerme nada —les dijo Akar mirando de reojo su querida espada dorada de doble filo.

—¡Él no, lerdo! Sus amigos del puesto avanzado —le explicó Kay alzando la voz por primera vez.

—¿Soldados? ¿Del Dominio?

—No, los elfos**[10]** que vienen por aquí en vacaciones, ¡no te giba! ¡Pues claro que son del Dominio! Y están a menos de medio tercio de distancia de aquí.

—Kay dice la verdad. Siempre —le aclaró el más alto con total admiración.

—¡Ah, cállate, Dob! —le dijo este dándole un cariñoso coscorrón a la enorme cabezota de su hermano.

—Bueno, Kay y… ¿Dob?

—Es Dóbar —le recriminó Kay torciendo el gesto—. Solo yo puedo llamarle Dob.

—Pues el… —empezó a explicar Dóbar.

—¡Cállate! —Kay le lanzó tal mirada que su hermano dejó de hablar y agachó la cabeza como cuando un niño pequeño sabe que ha estado a punto de meter la pata totalmente.

—¡Vale, vale! —les interrumpió Akar—. Imaginaos que os creo. Que esos asquerosos siervos del Norte vienen a por mí. ¿Hay algún lugar al que pueda ir? Has dicho que tenéis un plan, ¿no?

—¡Es un plan buenísimo! —le dijo Dóbar alzando la mirada y con un peculiar brillo en la mirada.

—¡Cállate de una vez! —le ordenó su hermano dándole otro coscorrón, pero esta vez nada amistoso.

Akar se levantó y les dio la espalda. Tenía que reconocerlo, ese Kertfa no era de fiar, no. Aquellos chicos eran la prueba. Lo mejor que podía hacer era largarse de allí a toda prisa, antes de que fuera demasiado tarde. Pero cuando

el leproso llegara, esos dos pobres desgraciados seguro que sufrirían las consecuencias…

Akar recordó el rostro de su querida madrastra, Zulaira. Recordó su risa, se parecía tanto a la carcajada que había soltado aquel bajito y sucio chico.

«*—Te lo prometo. Puedo salvarte*».

Ese joven zulá al servicio de los néldor no tenía salvación. Pero estos dos chavales… Quizá con un poco de suerte y algo de guía…

Suspiró arrepintiéndose de lo que estaba a punto de proponer.

—¿Y si yo prometo protegeros de Kertfa y de los corazón-negro? ¿Me contaréis vuestro plan? ¿Me ayudaréis a llegar al Paso de los Jueces?

Kay miró a Dóbar con cariño y preocupación, quitándose ese incómodo mechón de pelo otra vez. El grandullón miró a Akar casi suplicándole con la mirada para que convenciese a su hermano. En respuesta, Akar desenvainó a toda velocidad y realizó una hábil pirueta con la espada. Su cuerpo respondió perfectamente, el acelerado viaje con Vérel y la comida le habían hecho recuperar las fuerzas.

—¡La madre! —exclamó Dóbar abriendo los ojos de par en par.

Kay se había quedado mudo de sorpresa, pero con la boca también abierta de par en par.

—Yo os protejo —les ofreció Akar— y vosotros me ayudáis.

Dóbar se puso en pie y miró repetidamente a su hermano y a Akar, a su hermano y a Akar… Kay se puso en pie con rostro serio, tras un momento de duda le tendió la mano.

—Acepto.

Akar sonrió y cerró el trato apretándole la mano con respeto.

—¿Y el plan?

—Llevarte al Paso de los Jueces, a la frontera que lleva a Valgora —le explicó totalmente convencido el chico.

—¿Sabes llegar?

—Ven —le ordenó Kay dirigiéndose a la salida de aquel cuchitril.

En cuanto salieron a la oscuridad del bosque, Dóbar se acercó a Akar. Aquella bruma húmeda había ganado en intensidad a medida que la noche se cerraba.

—Has hecho bien, Kertfa es un puerco mentiroso —le dijo hablándole en voz baja mientras seguían a su hermano hasta quién sabía dónde.

—Me sorprende que sea así, la verdad. Siendo un ónimod… lo que se cuenta de ellos siempre es bueno. Pensaba que todos ellos tenían buen

corazón.

—Ya, pero Kertfa no es un ónimod —Dóbar seguía susurrando las palabras, era evidente que no quería que su hermano cambiase de opinión por algo que él dijese.

—Claro que lo es. Esas orejas, esos ojos, esa frente. No hay duda. Leproso, pero ónimod.

—¡Ah, sí! Es ónimod, sí, pero no lo es.

Akar puso cara de "vale, lo que tú digas" y aceleró el paso dejándolo atrás.

—¡Que es un zafio, macho! —le contestó Dóbar alzando la voz.

Kay se giró y los miró malhumorado.

El chico grandullón sonrió y se señaló los pies, como si se hubiese pinchado con algo. En cuanto su hermano se giró, corrió hasta Akar y siguió hablando en voz baja con él:

—Un zafio. Un bastardo. Un traidor. Un perro lamecul…

—Sí, sí. Veo que dominas la jerga, Dóbar. Sé lo que son los zafios.

—Pero él no es uno cualquiera, este… —Dóbar dudó un momento.

—Akar, mi nombre es Akar.

—No es un zafio cualquiera, Akar. Kertfa era el comandante que los dirigía antes de que el rey rojo los destrozase.

Akar se detuvo y miró al grandullón fijamente.

—Repite eso.

—Que era el jefazo de los zafios. Pero que el rey jinete le dio una buena paliza. O eso me ha explicado mi herman… mi hermano.

—Vamos, ya casi estamos —les ordenó Kay haciéndoles un gesto con la mano para que se dieran prisa.

Kay se detuvo y rebuscó algo entre la maleza. Al poco sacó un par de bolsas con algunas pocas pertenencias y algo de comida. También desenterró dos odres algo viejos, un par de mantas llenas de agujeros, dos antiguos y no muy grandes escudos de madera y hierro y dos sillas de monta casi destrozadas. Akar se acercó con curiosidad y miró todo aquello con cierta lástima. Kay quitó un par de ramas más del suelo y sacó un par de viejas botas de piel desgastada.

—Póntelas, Dob —le ordenó lanzándoselas al vuelo.

—¡La madre! —exclamó este cogiéndolas con ciertos apuros.

Por último, Kay sacó del suelo unas viejas telas amarillentas que desenrolló con extrema precaución. Cuando hubo acabado, cogió aquello que escondían: una vieja espada de filo negruzco con una hermosa piedra

blanquecina en la empuñadura. Pese a parecer antigua, el arma se veía bastante bien afilada.

El chico la esgrimió con gracia ante la admiración de su hermano y la sorpresa del joven príncipe roühm.

—Y ahora, el plan —le explicó Kay emitiendo un peculiar silbido estridente y agudo que cortó la noche y el bosque con su sonido. Viendo la cara de escepticismo de Akar, le aclaró—: Tranquilo, pelirrojo, el plan es "buenísimo". Funcionará.

—Kay dice la verdad. Siempre —le dijo al oído Dóbar con total confianza en su hermano.

Un rato después, no mucho, justo un poco antes del alba, escucharon los cascos de varios animales acercándose hasta ellos. Dos preciosos caballos marrones de crin blanquecina surgieron de la nada, mirando a los tres humanos con aire desconfiado.

—¿Son vuestros? —les preguntó Akar—. ¡Genial! ¡Me gusta como empieza tu plan, chaval! Vaya que sí me gusta…

—Ni se te ocurra tener malas ideas, pelirrojo. Estos dos solo me obedecen a mí. Solo a mí —le dijo Kay desafiándolo con la mirada y muy seguro de sí mismo.

Un potente relinche interrumpió la conversación.

Los dos bellos caballos marrones comenzaron a patear entusiasmados, como si hubiesen reconocido aquella voz. Se les veía nerviosos, pero en realidad aquello era felicidad pura, estaban contentos de verdad.

—Nunca los había visto así —reconoció Kay sin saber qué pasaba.

Akar se había dado la vuelta en dirección a aquel potente relinche. El corazón le latía con fuerza. Sentía que estaba a punto de quitarse un enorme peso de encima. Notaba como todo su ser explotaba también de alegría. A duras penas si logró controlarse para que el kradparuná no se hiciera visible.

—No te preocupes, Kay. No pasa nada malo.

—¿No? No sé, estos dos siempre están tranquilos —el chico se rascó la nariz nerviosamente. De repente pareció entender algo—: ¡No! ¡No, no, no! ¡Kertfa nos ha encontrado! ¡Son los soldados!

Kay aferró la espada con fiereza y se colocó valientemente delante de Dóbar, lo cual resultaba algo ridículo ya que la cabeza apenas si le llegaba al pecho de su grandullón hermano.

—No, no —le calmó Akar girándose y mirando a los dos famélicos hermanos con lágrimas en los ojos. Añadió inmensamente feliz—: No es un

enemigo. ¡Qué va! Es lo mejor que me ha pasado en mi vida, que vuelve a mí cuando más lo necesito…

Y como si hubiese estado esperando escuchar aquellas palabras, un precioso corcel negro, de crin y cola rojiza llegó hasta él al trote. En la frente poseía una marca blanca y alargada a modo de corona. Cuando estuvo frente al príncipe, lo miró durante un momento, luego el corcel posó su cabeza sobre el hombro de Akar y suspiró profundamente, un “ya pasó” en su idioma.

—¿Este caballo es tuyo? —le preguntó Dóbar mirando incrédulo a su hermano y al corcel de fuego.

—No, no es solo un caballo, es un karinumá, un corcel de fuego. Se llama Vérel, Vérel el rojo —Akar abrazó con afecto al esbelto corcel un largo rato. Después, se giró hacia los dos andrajosos chicos y les confesó—: Y es mi mejor amigo.

—¡La madre! —exclamó Dóbar admirado.

… 10 de Tralev del 20º Eunú, Quinta Era

Capítulo V

LA FLECHA NEGRA

KAY había vuelto a alejarse, desapareciendo por la ancha senda abierta en el bosque por el que viajaban, la cual bordeaba y se alejaba de las primeras estribaciones de la temible Éter-Muná. A ninguno de ellos se les hubiese ocurrido jamás acortar camino cruzando por aquella inmensa mole de piedra y roca. Suficiente peligroso era ya intentar escapar de Kertfa y sus amigos, los despiadados soldados del Dominio, como para aventurarse a emprender la huida por aquel sinuoso camino.

Desde un principio, el más bajito de los hermanos había ido abriendo camino, yendo de acá para allá, a ratos al trote, a ratos al galope, en una manera de cabalgar que al joven príncipe roühm le resultaba bastante molesta y muy poco prudente. Dóbar… Dóbar era muy diferente.

—¿Ese oso hablaba? ¿Con la boca, como nosotros? —volvió a preguntar por séptima vez.

—No es solo un oso, presta atención, es la parte animal de un mínimo —le explicó por séptima vez, a su vez, Akar.

—¡Ah! Claro, claro.

El grandullón se quedó pensativo un largo rato, concentrándose al máximo en aquella “nueva” información y, luego, volvió a mirar al roühm

con expresión inquieta.

—Vale, el oso hablaba —le concedió este dándose por vencido.

—¡La madre! —exclamó el chico meneando la cabeza incrédulo.

—Así que tú eres el pequeño, ¿no? —le preguntó Akar para cambiar de tema.

—Por poco. Ya tengo dos ciclos y mi herman… mi hermano solo medio ciclo más[11].

—¡Vaya! ¡Quién lo diría! Eres casi tan alto como mi mentor…

—¡Ormul! —le interrumpió Dóbar con ojos brillantes—. El que te enseñó a rastrear, y a luchar, y a cabalgar, y a cazar gonks, y a…

—El mismo —la experiencia de aquellos casi tres días de huida le decía al joven príncipe que si no lo paraba, aquel grandullón pero inocente chico seguiría así un largo rato.

—¿Y ese, ese "tumbatorio", ese sitio raro de los muertos, estaba lleno de leones y de gonks? ¡Qué miedo debía darte! Cuéntame esa parte en la que te metes en los tubos de agua y los gonks se quedan con dos palmos de narices. ¡Venga! ¡Por favor!

Y, básicamente, así había sido el viaje durante aquellos casi tres días. Preguntas, preguntas, preguntas…

Y Akar resoplando aburrido.

Kay regresó a toda velocidad interrumpiendo la conversación, cosa que Akar agradeció en silencio tanto a los cielos como a todos sus gloriosos y venerados antepasados.

—Oscurece. ¿Acampamos o qué, pecas? —el nuevo mote había llegado durante el almuerzo de la mañana.

—Deberíamos alejarnos un poco más —era inútil intentar convencer al chico de que dejara de hacer eso—. ¿El camino está despejado allí delante?

—¡Pues claro! —Kay se quitó ese dichoso y rebelde bucle de pelo que tanto parecía molestarle. Luego sorbió por la nariz con fuerza de manera bastante desagradable y añadió—: Te has constipado, pelirrojo.

En respuesta, Akar estornudó con fuerza. Era verdad, no había querido encender una fogata para evitar ser descubiertos y, además, la ropa que llevaba era demasiado fina para el tiempo en el que estaban. Eso, la neblina húmeda que no abandonaba aquel extraño bosque y el hecho de que no había dejado de chispear a ratos desde que se pusieron en marcha, habían hecho el resto.

—¡Ideal! —exclamó malhumorado el joven príncipe estornudando de nuevo.

—Toma, usa mi manta —le ofreció Dóbar generosamente, aun cuando aquel viejo trozo de tela lleno de agujeros tampoco es que fuera de gran ayuda.

—Dóbar —le dijo su hermano poniendo cara de pocos amigos.

—Pero Kay, ¡está hecho polvo!

—He dicho no. Cada uno lo suyo. Ese fue el trato.

—No te preocupes —le consoló Akar. Llevaba un tiempo usando el kradparuná disimuladamente para entrar en calor, así que añadió confiado—. Me pondré bien. Ya lo verás.

—¡Eh! Mirad allí, en aquel árbol alto, el castaño —les señaló Dóbar cambiando de tema y acercándose hasta aquel lugar— ¡Sí! Es otro de esos bichos. ¡Son feos de narices! ¡Qué feo eres, bicharraco!

Durante las dos noches anteriores habían podido divisar pequeños murciélagos sin ojos, de cabeza rojiza y largas orejas puntiagudas, volando entre las altas copas de los árboles, cazando los numerosos insectos nocturnos que pululaban por el bosque en las primeras horas del tercio lunar. En cuanto los animalillos escuchaban el sonido de los cascos de los caballos atravesando la senda, huían espantados. Ahora que estaban tan cerca de la Éter-Muná, casi todos ellos parecían haber desaparecido de forma misteriosa.

Excepto ese.

—Cuidas bien de tu hermano pequeño, Kay. Puedes estar orgulloso de él.

—Ya. Es un buen chico. Nos cuidamos el uno al otro, desde siempre.

Aquella era la primera vez que Kay parecía dispuesto a conversar desde que comenzara la huida, así que Akar decidió aprovechar el momento.

—A veces pasa, Kay. Hay padres que no merecen a sus hijos.

—Ya. ¿Y?

—Que dice mucho de ti que lo cuides tanto —Akar señaló a su hermano con la mirada. Añadió con cierta timidez—: Eres un buen hermano. Estoy seguro de que lo has librado de más de una buena paliza por parte de ya sabes quién.

—¡Gracias! ¡Muchas gracias su excelencia! ¿Qué haría yo sin vos? —le contestó Kay de forma sarcástica. Luego refunfuñó entre dientes—: Cómo si yo no lo supiera.

Pero siguió allí al lado de Akar, mirándolo con aquellos ojos tristes que le hacían parecer mucho más mayor de lo que en realidad era.

—¡Aquí hay un montón más! —exclamó Dóbar en la distancia contemplando embelesado aquel castaño con curiosidad casi infantil.

—¿De verdad sabes llegar al Paso de los Jueces? —le preguntó Akar sin rodeos.

—Pues sí. Tendrás que confiar en mí, pecas. Yo siempre digo la verdad.

—Sí, tu hermano no deja de repetírmelo —Akar imitó uno de los gestos de Dóbar logrando sacar una de aquellas sonrisas sinceras tan peculiares de Kay—. Quiero creerte, de verdad. Pero te miro y, es raro, conoces los caminos, has domado dos caballos salvajes, entiendes de historia, de geografía… pocos en La Fortaleza pueden decir lo mismo. Muy, muy pocos.

—Pues peor para ellos. Que se hubieran venido a vivir con el asqueroso una temporada, así tal vez sabrían lo mismo que yo sé —aunque aparentaba enfadado, era evidente que el chico parecía divertirse con aquella conversación.

—¡La madre! Kay tienes que ver esto. ¿Kay? ¿Kay? ¿Vienes o qué? —Dóbar se había retirado del árbol por alguna extraña razón y agitaba los brazos para llamar la atención.

—¡Pero no grites, Dob! —le regañó su hermano haciéndole un gesto para que se callara. Murmuró entre dientes sorbiendo nuevamente por la nariz—: Desde luego lo de "huida sigilosa" no lo pilla.

—Entonces, ¿Kertfa ha sido quién te ha instruido? —le preguntó Akar mirando a su hermano en la distancia.

—¡Sí! Me daba el desayuno, luego clases de lengua, una nana y ¡a dormir!

Akar le sonrió abiertamente, le encantaba la franqueza de aquel chico, esa manera desafiante de explicarlo todo, pero la sonrisa le desapareció de golpe cuando algo aulló con fuerza en la distancia. Miró a Kay con gesto preocupado y le explicó:

—Lobos. Una manada que debe estar de caza. Esta noche sí que haremos una fogata. Eso los mantendrá alejados, por si detectan nuestro olor, ya verás.

—Buena idea, pelirrojo. Muy, muy buena. También sé hacer fuego, por si te lo preguntabas.

—¡Ideal! Parece mentira, pensé que erais unos salvajes criados en el bosque cuando os vi la primera vez, pero ¡mírate!, eres un pequeño sabio andante. ¿Cuál es tu secreto?

—Muy cotilla eres para ser un príncipe jinete, ¿no? —le dio este por respuesta metiéndose un dedo en la nariz. Cuando hubo acabado, confesó—: Cuando tenía más o menos la edad de Dob comencé a espiar a "papá" y descubrí su "otra" casa. Estaba llena de papeles, trastos, basura y un montón de cosas más. Pero bueno, ahora sé que esos trastos se llaman libros y sirven para aprender.

—¡Puf! A mí me obligaban a ir a clase cada día. ¡No veas qué fastidio! Los libros no son lo mío, la verdad.

—Pues yo aprendí escuchando a Kertfa. Susurraba las palabras al leer, así que cuando se iba, yo repasaba los manuscritos que había cogido y recordaba las palabras. Así aprendí a leer y a… —se interrumpió al ver que Dóbar se había alejado completamente del castaño y retrocedía asustado. Le preguntó alzando la voz—: ¿Dob? ¿Qué pasa?

Nuevamente algo aulló en la distancia haciendo que Akar desenvainará su querida hoja dorada de doble filo. Kay hizo lo mismo con su vieja espada. Las sombras que proyectaron en ese momento los altos árboles del bosque bajo la luz tenue de la Gorá, la luna fragmentada de Kárindor, y las intermitentes gotas de lluvia que no cesaban le parecieron a Akar inquietantes y sobrecogedoras. Vérel también pareció presentir un peligro inminente y comenzó a rebufar con fuerza. Aquel húmedo y perenne vaho no ayudaba en nada a tranquilizar los ánimos. El caballo marrón de Dóbar se agitó al ver lo que fuera que viera en la zona de aquel alto y frondoso árbol.

Pero no lo hacía por nervios, lo hacía por puro miedo instintivo.

—¿Eh, príncipe? ¿Estás bien? —le preguntó Kay mirándolo con desconfianza.

—No me gustan los lobos —mintió Akar.

Y es que en realidad aquella repulsiva imagen de la calavera del Dominio había regresado a sus pensamientos atormentándolo. Nuevamente, esa dañina imagen le había venido a la mente nada más escuchar aquel segundo aullido. La sensación de estar completamente a la merced de lo que esa imagen fuera no parecía esfumarse del todo.

El miedo a lo desconocido le aterraba.

—Os estoy poniendo en peligro, a ti y a tu hermano —le confesó—. No debería haberos traído conmigo.

—Ya estábamos en peligro —musitó Kay con pena.

—Kay, Kay, ¡hay un montón! —le gritó su hermano en cuanto llegó hasta ellos—. Pero un montón de verdad. ¡Lo prometo! Cientos, miles. ¡Miles de cientos! —les explicó hablando atropelladamente y señalando el árbol al mismo tiempo.

Nuevos aullidos se escucharon en la lejanía, haciendo que Dob se llevara las manos a los oídos.

—Kay, tengo miedo, mucho miedo —el grandullón temblaba de pies a cabeza—. No quiero que me coman.

—Eso no pasará —le garantizó Akar haciendo un esfuerzo por mantener la compostura.

—No te preocupes, tontorrón. El pelirrojo es “fuerte” y “grande” —Kay se acercó y le dio un cariñoso golpe en el hombro—. ¡Mató a un gonk! Los lobos son más pequeños, ¿lo sabías?

—No me dan miedo los lobos, Kay. No los lobos.

—¿Entonces el qué? —le preguntó a su hermano sin saber de qué le hablaba.

—Tu hermano tiene razón, Kay, los lobos se alejan. —Señaló al cielo y añadió—: Huyen, huyen de eso.

Una nube negra y densa, que se movía a tirones cubriendo el firmamento, avanzaba en la distancia. Pero era evidente, por la extraña forma en la que se movía, que no era un simple nubarrón más. Al callarse para observarla, los tres escucharon el inconfundible sonido del batir de decenas de miles de alas de pequeño tamaño sobrevolando los cielos oscurecidos de Valtra. Aquello era un enjambre descomunal en busca de algo. Llegados desde el poniente, aquella mancha viva se acercaba a gran velocidad, visible gracias a la tenue luz de la Gorá.

En la distancia, los aullidos cesaron por completo.

—¿Sabéis qué es? —les preguntó Akar señalándola con su arma.

—¡Los bichos feos! ¡Son los bichos! —le contestó Dob recomponiéndose un poco.

Y como si los hubiesen descubierto, miles de aquellos pequeños murciélagos salieron volando desde la oscuridad de más allá de aquel árbol, aquel alto y frondoso castaño que el grandullón había estado observando entretenido hacía apenas un rato. Uno a uno, toda aquella zona se había ido llenando de aquellos pequeños e inofensivos quirópteros. Ahora, todos ellos se alejaron al vuelo uniéndose a la escalofriante mancha negra que llenaba el cielo y que formaba el enjambre de sus cientos de miles, tal vez millones, hermanos y hermanas.

—Poneos a cubierto —les ordenó Akar sin darles opción a la réplica.

Ambos hermanos no dudaron en obedecer, desmontando de sus respectivos caballos, los cuales estaban demasiados nerviosos como para serles de utilidad. Templando los nervios, Kay sacó de entre las alforjas de su montura un pequeño escudo circular de madera y hierro.

—Vamos, Dob. ¡Saca el tuyo de una vez! —le gritó con voz ansiosa al ver que su hermano parecía paralizado.

El denso nubarrón de aquel enjambre ya surcaba el cielo sobre ellos, meciéndose de un lado al otro de forma amenazante. El ruido del batir de las alas de aquellos cientos de miles de pequeños murciélagos se hizo ensordecedor cuando la mancha negra que formaban descendió desde los cielos de forma extrañamente ordenada, extendiéndose abruptamente hacia lo ancho y deteniéndose amenazante en el firmamento.

Fuese lo que fuese en verdad, estaba claro que había descubierto a los tres muchachos y sus caballos.

—¡Vamos Dob! ¡Vamos! —le apremió Kay casi con desesperación en la voz—. ¡¿A qué esperas?!

Akar avanzó un poco solamente y dejó que el don de los Primeros fluyera por sus venas libremente por primera vez en días. Vérel se encabritó a dos patas al sentir el poder a través de la extraña unión simbiótica que parecían tener. Con ayuda del kradparuná, sus ojos atravesaron noche, arboleda y bruma hasta alcanzar a ver con meridiana claridad el enjambre. Efectivamente, centenares de miles de puntos rojizos, pertenecientes a las cabezas de aquellos pequeños murciélagos, sobrevolaban el firmamento cubriendo una amplia extensión del mismo. Gritaban, gruñían, babeaban y abrían amenazantes sus diminutas bocas dejando ver unos más que afilados colmillos.

Estaban de caza y ya tenían presas a la vista.

Pero lo que más llamaba la atención de aquel enjambre era la perversa luz interior que emitían y que bajo la visión del kradparuná se hacía visible: oscura y terrorífica.

Negra como la nada.

—Néldors —explicó el joven príncipe. Añadió con premura en la voz—: ¡Situaros detrás de mí! Las espadas y los escudos no bastarán para hacerles frente. Venga, aprisa, ¡no hay otra forma!

—¿Qué vas a hacer? —inquirió Kay mirando inquieto a un lado y al otro del cielo.

—¡Atrás! ¡Ya! —les gritó este con desesperación al ver al enjambre descender a toda velocidad y en línea recta.

Visto desde el suelo, era como si una inmensa flecha negra, alargada y viva hubiese salido disparada directa hacia ellos.

Kay reaccionó y obedeció presuroso en cuanto divisó con claridad a los pequeños murciélagos sabiendo que en cualquier caso no podía hacer otra cosa, pero su hermano menor pareció dudar. Las dudas y la desconfianza del grandullón de los hermanos se disiparon rápidamente en cuanto vio como la

espada dorada de Akar se envolvía en potentes llamas a la vez que sus ojos brillaron intensamente rojizos al liberar el kradparuná totalmente. La estela de calor que emitía el joven príncipe provocaba una neblina que iluminaba la noche entre los macizos troncos de los altos árboles de esa parte tan cercana a la Éter-Muná.

La bruma se disipó totalmente entorno a ellos.

—¡La madre! —consiguió decir Dóbar, luego se giró y se situó a salvo tras su hermano y el pequeño escudo que este sujetaba en alto y con firmeza.

El enjambre formado por los incontables quirópteros de cabeza rojiza estaba ya encima, a apenas menos de diez o doce cuerpos de distancia.

—Kradparuná —se dijo a sí mismo Kay totalmente asombrado al ver a Akar en acción. Murmuró citando de uno de aquellos libros con los que había aprendido a leer—: “Fuego y muerte, el mal presente”.

El roühm colocó su espada de fuego mirando al suelo. Se concentró tanto como el dolor le permitió, notaba su cuerpo a punto de estallar a causa del calor acumulado en su interior. Aquel inoportuno resfriado no le ayudaba a mantener el control que tanto necesitaba. Menos mal que tenía a Vérel, su querido y leal amigo parecía compartir el dolor a través del potente vínculo que los unía.

No tenía mucho tiempo para pensar, las primeras decenas de miles de aquellos murciélagos cegados de ira y hambre ya llegaban.

Miró un momento a aquellos dos famélicos pero fieles hermanos.

“Os lo prometo”.

“Puedo salvaros”.

Fue todo lo que pensó antes de que el enjambre de quirópteros terminase de llegar.

* * *

Los dos emisarios néldor aferraban al prisionero con fuerza, arrastrándolo tras de sí. Cada emisario lo sujetaba por uno de los brazos, flácidos y magullados como estaban. El otrora orgulloso élfico que era aquel prisionero apenas se mantenía en pie, no era capaz ni de hacer coordinar sus piernas para conseguir dar dos pasos seguidos. Había sido torturado con total crueldad durante demasiado tiempo.

De maneras demasiado sombrías para ser contadas.

La oscuridad sempiterna de Kaz-Minkú solo se veía rota por el brillo incandescente de la lava que recorría las torres de la tenebrosa ciudad del pueblo de los corazón-negro. Los dos emisarios llegaron andando hasta uno

de los torreones más altos de la capital del Dominio, situado en las proximidades de la gran y fortificada torre central. Sus sufridos caballos alados ya yacían amontonados en unos sucios y ruinosos cobertizos, si así podían llamarse, listos para servir de manjar a alguna terrible criatura.

Esa era la paga que habían recibido tras el largo y agotador viaje a través del gélido continente desde que iniciaran el viaje allá a las afueras de Snata-Úrom.

Las puertas del torreón se abrieron de forma automática al percibir el arte corrupto de los dos emisarios néldor. Ascendieron por una revirada escalera exterior que conducía a los aposentos superiores sin toparse con nadie, ya que la práctica totalidad de los que moraban habitualmente allí descansaba en lúgubres aposentos, quién sabía haciendo qué clase de prohibidos ritos o prácticas. Los dos emisarios siguieron arrastrando al prisionero sin ninguna clase de miramientos, haciendo que el élfico malherido emitiese algún que otro gemido de dolor al chocar contra las paredes de la empinada escalera que conducía a la parte más alta del impresionante torreón. Chorreones de lava provocaban algún que otro fogonazo al recorrer la piedra por la que eran expulsados al exterior, la cual, sorprendentemente, no se veía apenas afectada por ese continuo desfile de magma y fuego.

El Don de los Primeros era poderoso en manos de los siervos del Mal.

El prisionero entornó un poco los ojos para ver mejor. Cuando su cansada mente comprendió el propósito para el que los dos emisarios néldor lo llevaban a las rastras por allí, protestó revolviéndose con las pocas fuerzas que aún conservaba.

—Cállate de una vez, Oscuro —le ordenó uno de los dos emisarios—. Tienes suerte de que ella todavía esté dispuesta a verte. Si por mí fuera, ya habríamos consumido tu traidora luz hace tiempo.

—No entiendo qué vio en ti el gran maese para que llegases a ser su predilecto —pronunció con envidia y malicia el otro—. Me repugnas, ¡eres tan débil!

—Procura no ofenderla, Oscuro. Ahora que el retorno de Él es inmediato está muy susceptible —le ordenó el de antes soltándolo al toparse de frente con una extraña puerta llena de símbolos paganos, obscenos y crueles. Añadió con dureza y sin mirar al élfico—: Claro que de todas formas, tu vida ya no vale nada para Él.

Dejando que su otro compañero néldor se encargase de mantener en pie al prisionero, el emisario que acababa de hablar situó sus dos manos frente a la extraña puerta mientras pronunció entre siseos antiguas y olvidadas frases. Al

momento, un humo negro y mortecino, que solía hacerse visible al usar el arte prohibido de esa pervertida forma, comenzó a salir tanto de la parte inferior como superior de la extraña puerta de piedra calcinada. Regueros de lava ardiente recorrieron la puerta de arriba a abajo y viceversa, cual chorros de sangre que salieran de un cuerpo herido, desafiando al hacerlo todas las leyes conocidas de la naturaleza. Cuando toda la lava terminó de recorrer la superficie de la calcinada puerta, esta se abrió silenciosamente. Dos de las cuatro pesadas hojas de piedra que conformaban la extraña puerta se elevaron hacia lo alto a la vez que las dos restantes se escondieron bajo su base.

Los néldor entraron con un respeto absoluto en la sala que acaban de abrir.

Salvo en contadas ocasiones, esa habitación habitualmente permanecía cerrada. Incluso ellos sintieron el frío exacerbado que hacía en su interior. Intermitentes brotes de magma iluminaban la tétrica y escalofriante estancia sin lograr calentar el aire de dentro. Con voz baja y respetuosa, el emisario néldor que había abierto la puerta de aquella estancia le dijo a quien se hallaba en el interior de la misma:

—Madre-Muerte, vuestro siervo Naam os entrega un presente en agradecimiento a vuestra cruel generosidad —el otro emisario lanzó con rudeza al magullado guerrero élfico en el interior de la estancia—. También nos ha ordenado daros el siguiente mensaje: “Los reyes del bosque por fin han salido. La octava ciudad, la Ciudad del Ónimod, será quemada en breve tal y como el ritual exige. Todo sigue sucediendo para que Él logre retornar. Ahora que el emisario blanco ha reaparecido en el Sur será mejor que nos demos prisa en los preparativos”.

—Dejadme a solas con mi hijo —pronunció una sensual y provocativa voz femenina desde el fondo de la sombría estancia.

—Esperaremos fuera, Madre —se despidió el emisario seguido de cerca por su otro compañero.

Al salir de la sala, las cuatro hojas de piedra cerraron nuevamente la entrada tan rápida y silenciosamente como la habían abierto.

—Hijo mío, despiértate y mírame.

El prisionero se puso de rodillas obedeciendo y sin saber el porqué.

Abrió los ojos y levantó la cabeza sin lograr ver nada. La negrura de la estancia era demasiado densa para sus cansados y doloridos ojos. Pasó un buen rato sin lograr distinguir otra cosa que los intermitentes brotes de magma. Durante mucho rato, solo fue capaz de escuchar aquella sensual y provocativa voz de mujer.

—Te he echado tanto de menos, mi querido, mi amado hijo. Amor mío, dime, ¿qué te han hecho esas patéticas criaturillas sin luz y sin alma que tanto nos detestan? Dímelo, mi amor.

—Yo soy… soy… no soy tu… no tu hijo —consiguió decir a duras penas el orgulloso prisionero élfico atragantándose al hacerlo.

—Pero, amor mío, no puedes renegar de mí. Nadie puede hacerlo, hijo mío. Yo soy tu familia, yo doy la vida —el arrodillado élfico escuchó el avance sinuoso de pasos frente a él. Seguía sin ser capaz de distinguir prácticamente nada—. Yo doy la muerte.

Durante un tiempo que no supo calcular, la voz permaneció en silencio.

—Dime, hijo mío, dime si es verdad que me abandonaste, si es verdad que ya no me amas. ¿Es eso cierto, mi amor? ¿Eres un, cómo te llamaron, "un traidor renegado"?

—Sirvo a mi pueblo —la voz del élfico sonaba poco creíble, como si supiese que eso no era cierto. Añadió casi mecánicamente—: Soy hijo de Elf.

—Elf, Válruz, Naam, Oscuro, Vida, Muerte… solo son palabras, nombres, no seres con vida y luz propia. Las palabras no tienen amor. Nuestra sangre nos dice en nuestro interior cual es nuestra única verdad. Te dice a quién amas. Tu corazón, escúchalo. ¿O acaso ya no tienes corazón?

—Yo… yo sirvo… a… a Kárindor —intentó decir el élfico con voz fuerte y decidida sin llegar a conseguirlo, sus palabras parecían más propias de las de un niño asustado que las de un guerrero de su calibre.

—¡Cuánto has tenido que sufrir mi pobre y abandonado hijo! Lejos de tu hogar y lejos de tu vida. Tan lejos de mí. Tan lejos de mi amor —la voz sonaba entristecida de verdad—. Oscuro, hijo mío, ahora que volvemos a estar juntos yo te demostraré cuánto cariño y cuánta compasión puede llegar a sentir una madre por su hijo.

—No me llames así —el guerrero élfico pareció reaccionar al escuchar esas últimas palabras. Se puso en pie y miró a su misteriosa interlocutora, quien seguía oculta entre las sombras de la estancia. Sacando fuerzas de flaqueza, declaró—: ¡Yo soy Hárald, gran general de Krádovel! Aquel a quien tú llamas hijo, murió en Trávaldor. ¿Ya no lo recuerdas? Tú misma le diste el golpe de gracia. ¡Mi nombre es Hárald, hijo de Elf! ¡Yo soy el que fue traicionado por su propia madre! ¡Yo soy el que fue engañado por sus mismísimos hermanos! Y juro por mi difunto padre, aquel a quien tú asesinaste mientras besabas, ¡qué nunca más serviré al Mal ni a nadie que lo venere!

Una potente llamarada iluminó parte de la estancia a la vez que Hárald pronunciaba tan desafiantes palabras. La luz le permitió al gran general de los hijos de Elf recuperar la visión y ver parte del rostro de aquella sensual voz.

Aquella a quien llamaban Madre-Muerte.

Su propia madre.

Centenares de miles de pequeños y finos hilos ennegrecidos le recorrían la piel por la cara en un incesante y continuo movimiento, ocultando con ello la totalidad de sus rasgos o de su apariencia. Cuando el antiguo emisario néldor terminó de hablar, todos esos centenares de miles, pequeños y finos hilos ennegrecidos se escondieron tras una suave, perfecta y delicada piel femenina. Una mujer increíblemente atractiva y seductora de provocativos y vivos ojos marrones le miraba decepcionada. La belleza indescriptible e irresistible de la seductora mujer hizo que Hárald olvidará por un momento que esa bella néldor era en realidad más temible y cruel que la mismísima muerte.

El valiente guerrero élfico retrocedió casi sin querer y contra su voluntad.

Los labios carnosos y de perfectas proporciones de la néldor parecían sacados del más fantástico de los poemas, capaces de engañar y de seducir al más honorable de los hombres. El color de su piel negra era en realidad más parecido al dorado que a otra cosa y brillaba con irresistible encanto y lustre cada vez que la lava iluminaba la estancia. Ella, la última de las concubinas del Inmortal, era de hecho la madre de los escasos cientos de néldor de sangre pura que todavía vivían.

Pero no solo eso.

Sus hijos eran también sus amantes y aquellos que no daban la talla morían de forma terrible entre sus brazos al hacerle el amor. Durante su milenaria existencia había visto morir al resto de sus crueles hermanas y a la inmensa mayoría de sus hijos e hijas. Pese al tiempo incontable que su vida llevaba existiendo en forma de mujer, la néldor conservaba la belleza insuperable, única y salvaje que habían poseído en un principio todas las de su pueblo.

La misteriosa y hermosa néldor se acercó hasta él con mirada enternecida, como la de una madre que se da cuenta de que un hijo suyo se está equivocando. Pese al notable cansancio y dolor que sentía en cada parte de su cuerpo, Hárald se preparó para lanzar un desesperado golpe con el que conseguir acabar con ella.

Fracasó.

Antes de que pudiera hacer nada, una fuerza poderosa le retuvo inmóvil mientras veía como se acercaba su bellísima y sorprendentemente rejuvenecida madre, sin que sus ansias de venganza lograsen romper las cadenas invisibles que ahora le paralizaban. Una nueva llamarada mucho más cercana al lugar donde ellos dos conversaban los iluminó a ambos, madre e hijo.

Hárald palideció al darse cuenta de que la provocativa néldor se hallaba en realidad totalmente desnuda, mostrando sin pudor alguno sus partes más íntimas.

Sin ser capaz de pensar que aquella mujer era la misma que lo había engendrado, el gran general élfico no pudo sino quedarse sin aliento, verdaderamente impresionado y confuso al poder observar de cerca la maravillosa perfección que poseía el sinuoso y sensual cuerpo desnudo de la bellísima néldor.

El valiente general casi había olvidado el poderoso efecto de aquella placentera visión.

Madre-Muerte se dio cuenta de lo que pasaba por la mente de su hijo y se recreó aparentemente divertida y excitada.

—¿Empiezas a recordar lo mucho que nos amamos, amor mío?

Como matriarca néldor que era, no le importaba mucho el hecho de ser su madre biológica ni de que esa clase de relaciones fuesen algo antinatural e inmoral. Desde tiempos inmemoriales, las mujeres de su estirpe habían sido al mismo tiempo madres, amantes y jueces de todos los néldor. Tal era la clase de decadencia moral que predominaba entre el pueblo de los corazón-negro.

Añadió mordiéndose sensualmente el labio inferior:

—Has estado tanto tiempo lejos de mí que ya apenas recuerdo como era el tacto de tu piel. ¿Y tú, mi amor, me recuerdas?

Hárald se estremeció por completo cuando la decadente néldor le envolvió en un tierno abrazó, estrechándolo contra su cuerpo desnudo a la vez que le acariciaba con meditada lentitud la espalda. Pero esas caricias no eran las de una amante, sino más bien las de una emocionada madre que rodea con sus brazos a un hijo suyo recién nacido. La pervertida mujer era bastante más pequeña en estatura que el gran general y tan solo le llegaba hasta sus anchos y fuertes hombros. Involuntariamente, Hárald fue cerrando poco a poco los ojos. Madre-Muerte le miró con cariño cual madre enternecida mientras que, a la vez, y como si se tratase de una dulce y necesitada amante que hubiese estado demasiado tiempo lejos de su compañero, le acarició los labios con sus suaves dedos.

—Te salvaré de tu enfermedad, hijo mío, y luego podremos volver a ser felices como lo fuimos un día. Volveremos a ser una familia unida. Cuando Él regrese todos los que le adoramos y amamos seremos colmados con un placentero éxtasis sin igual.

La peligrosa néldor se puso de puntillas para llegar hasta los labios de Hárald y le besó apasionadamente, tras lo cual se apartó de él escondiéndose otra vez en las penumbras más sombrías de la estancia, apartándose de la vista de su desconcertado hijo.

—¿Qué me has hecho? —consiguió preguntarle Hárald despertando de su letargo y mirándose las manos al notar algo extraño en ellas. Todo le parecía un terrible sueño del que era incapaz de escapar.

—Te quiero y quiero que recuerdes todo lo que fuimos —la néldor dejó escapar una única lágrima de sus provocativos ojos marrones, aunque Hárald no llegara a poder apreciarla. Después, la perniciosa y lasciva mujer sonrió con malicia y le aseguró llenando su voz de una pasión irresistible y seductora —: Volverás a amarme, emisario de la Oscuridad. Volverás a ser mío. Volverás a servirme.

Los mismos finos hilos ennegrecidos de antes recubrieron de nuevo las hermosas facciones del rostro de la mujer. Hárald sintió un frío penetrante procedente de sus propias manos y, al volver a mirarlas, pudo ver como similares hilos ennegrecidos a los de Madre-Muerte también comenzaron a cubrirlas con sorprendente rapidez. Retorciéndose de dolor, el élfico gritó de puro sufrimiento, mientras los hilos terminaban de envolver por completo todo su cuerpo. Cuando ya apenas le quedaba aire en los pulmones, miró hacia el lugar donde sabía que se escondía su siniestra madre y susurró:

—Nunca.

Después se desplomó inerte sobre la fría roca del suelo de aquella macabra estancia mientras los intermitentes brotes de magma ardiente cesaban paulatinamente. El gran general del reino élfico, Hárald de Krádovel, antes el néldor conocido como Oscuro y antiguo líder de los despiadados emisarios de Kaz-Minkú, se sumió en una negra y larga pesadilla que le atormentaría durante meses en unas frías, solitarias e inacabables noches.

La voz sensual le repitió suspirando extasiada de puro placer:

—Claro que lo harás.

* * *

¡El hambriento y enfurecido enjambre impactó de lleno en Akar y Vérel!

Pese a la impresionante llamarada de fuego que emanó de la espada dorada del joven príncipe, los quirópteros se lanzaron uno tras otro, directos a una muerte segura, hasta que consiguieron tumbar a tierra tanto a jinete como a corcel. Vérel piafó furioso al sentir cientos de aquellos pequeños murciélagos mordisqueando con rabia su lustroso pelaje azabache. Cerca, Akar sostenía como podía la espada usando todas sus fuerzas en mantenerla en llamas, consiguiendo al menos retrasar la llegada del resto de aquel cegado enjambre.

Tras un breve momento de duda, el enjambre se revolvió en el aire y, como movido por una perversa orden, terminó de lanzarse hacia abajo, directo a devorar vivas a aquellas dos combativas presas.

Vérel se agitó inquieto y chilló de dolor cuando uno de aquellos enajenados quirópteros intentó mordisquearle en el ojo izquierdo, y eso pese a que el pequeño murciélago estaba medio achicharrado y apenas podía ya moverse.

Akar se giró para mirar a su querido y fiel compañero de viaje.

Y entendió.

Cerró su mente a cualquier clase de sentimiento humano, a cualquier clase de sensación que fuera más allá de lo que el kradparuná le permitiera recibir.

Y vio Kárindor.

Toda ella.

Un esplendor de luz y energía que se transmitía desde lo profundo del mundo hasta lo inalcanzable de los cielos.

Dejó de sentir dolor. O miedo. Dejó a un lado sus recuerdos. O sueños.

Olvidó quién era y pensó en quién necesitaba ser.

Una espectacular llamarada de fuego rojizo y brillante surgió del propio roühm consumiendo todo aquello que estuviera a menos de dos cuerpos de distancia. Se puso en pie con extraña calma, Vérel se revolvía como podía intentando liberarse del enjambre de quirópteros que envolvían y mordisqueaban su cuerpo. En la distancia, Kay y Dóbar se refugiaban tras el pequeño escudo de madera y hierro sin atreverse casi ni a mirar.

No reconoció a ninguno de ellos, a ninguno de sus compañeros de huida.

Un pequeño grupo de murciélagos se retorcían a los pies del joven guerrero pelirrojo, intentando, incluso en aquel lamentable estado, llegar hasta él para continuar su alocada y no natural cacería. Akar los observó lo que a él le pareció un largo rato, pero que en realidad no fue más que un breve instante pasajero. Después, apuntó con su querida espada de fuego hacia ellos y, sin esfuerzo alguno, transformó la luz interior que emitían en otra cosa.

En ese mismo momento, Kay se atrevió a echar un rápido vistazo y contempló el efecto que tuvo aquello en el enjambre. Un primer chispazo hizo arder uno de aquellos agresivos murciélagos, el más cercano al joven príncipe. Luego, a toda velocidad, ese mismo chispazo se esparció uno a uno por todos los miembros del enjambre, prendiéndolos en llamas casi al instante. En el apagado cielo de aquella noche, los quirópteros brillaron como si un millón de potentes estrellas fugaces hubiesen inundado el firmamento, estallando todas a la vez en un espectáculo de luz sin parangón.

—¡Akar! —le gritó Kay mirándolo impresionado y agradecido.

El roühm se giró y miró a los hermanos con gesto serio. Sus ojos irradiaban calor, su cuerpo brillaba encendido, su espada ardía en llamas. De repente les apuntó con ella y sonrió maliciosamente. Una potente bola de fuego surgió de la nada frente a la espada y salió disparada hacia ellos.

Kay tuvo el tiempo justo de apartar a su hermano y refugiarse tanto como pudo bajo el pequeño escudo de madera y hierro, alzando su propia espada instintivamente. Luego sintió un terrible golpe contra el suelo y quedó medio conmocionado.

Cuando por fin se recuperó lo suficiente vio a Akar acercándose lentamente hacia él, envuelto en sombras y ceniza. Los quirópteros caían de los cielos a miles, dejando un rastro de fino humo gris al hacerlo, llenando el bosque del olor a carne quemada. Se incorporó como pudo y, sin mucha convicción, alzó su vieja espada para defenderse.

Akar se detuvo sorprendido por algo que solo él alcanzaba a ver y, de improviso, provocó una nueva llamarada algo más pequeña que la primera que se alejó en línea recta a través de la ancha senda que tenía ante sí, pasando por encima de la cabeza del asustado Kay. A medida que esta segunda bola de fuego se alejó por entre los árboles del bosque, pudo distinguirse con meridiana claridad la horrible imagen de la depravada calavera que llenaba los pensamientos del descontrolado y joven príncipe.

Entonces, potentes llamaradas intermitentes comenzaron a brotar aleatoriamente en todas direcciones desde la espada de fuego sin que el joven roühm hiciese nada para controlarlo. Creyó escuchar miles de voces en su cabeza, como si todos los recuerdos que tenía se hubiesen despertado a la vez. Los dos caballos marrones se alejaron al galope intentando esquivar las peligrosas llamaradas que Akar causaba. Vérel, su querido y fiel corcel, se puso en pie e intentó acercarse a él sin poder conseguirlo. El inteligente y sabio equino parecía desesperado por no lograr llegar hasta su joven compañero humano.

Vérel sabía que Akar estaba en peligro.

El joven príncipe parecía disfrutar horrores con la destrucción que estaba causando, como si aquel placer malsano le hiciese estar totalmente a gusto. Llevado por un impulso insano, intentó atraer hacia sí la luz agonizante procedente de los miles de cuerpos consumidos gracias a su indomable don. De forma inquietante, el humo causado por los chamuscados cuerpos de la devastada bandada de murciélagos moribundos comenzó a agruparse, dirigiéndose hacia él de una manera inexplicable. El extraño y mortecino humo se desplazaba con una siniestra lentitud y a poca distancia del suelo, a uno o dos dedos del mismo como mucho. El humo llegó hasta los pies de Akar envolviendo sus tobillos, luego comenzó a ascender por las piernas del joven guerrero adoptando la apariencia de dos manos esqueléticas al hacerlo. El príncipe de Roühm se dispuso a recibir aquel humo mortecino que ascendía lentamente por su cuerpo extendiendo ambos brazos sin dejar de sujetar todavía a su apreciada espada dorada, la cual seguía soltando de vez en cuando intermitentes fogonazos y chispazos de fuego.

Las dos manos formadas por el humo mortecino llegaron hasta su cintura.

Vérel relinchó desesperado.

De repente, aquel extraño humo con forma de manos esqueléticas se detuvo y se deshizo por si solo, adentrándose en la tierra y desapareciendo tan misteriosamente como había surgido, sin explicación lógica alguna. La espada dorada de Akar cayó sin control al suelo apagándose al tocar tierra mientras el fuego que consumía los árboles próximos a ellos se detenía al mismo tiempo que la espada se apagaba.

—¿Lo he matado? —preguntó Dóbar surgiendo de entre las sombras y la ceniza.

El bonachón y grandullón hermano de Kay sostenía un tronco hueco de madera de más o menos dos palmos de largo y medio de ancho. Superando sus miedos al ver a su hermano a punto de morir en medio de aquel descontrol de fuego y llamas, se había acercado sigilosamente hasta Akar y le había golpeado con cierta fuerza en la cabeza. Ahora el joven príncipe yacía en el suelo inconsciente y con los ojos en blanco, ajeno al horror que había creado al intentar defenderse del enjambre de quirópteros.

—Lo he matado… —el pobre Dóbar estaba totalmente desconsolado y sollozaba nerviosamente temblando de pies a cabeza.

—No, Dob, has hecho bien —le animó Kay reincorporándose y acercándose hasta él.

—Pero ¡lo he matado! —se quejó Dóbar soltando el madero y dejando escapar un par de enormes lagrimones. Se llevó las manos a la cabeza y exclamó angustiado—: ¡Soy un monstruo, Kay, un monstruo!

Su hermano mayor se agachó para comprobar el estado de Akar. Suspiró aliviado al ver que el joven príncipe todavía respiraba.

—El pelirrojo todavía respira —le aclaró guiñándole un ojo. Luego le ordenó—: ¡Venga tontorrón! No te quedes ahí parado como un tronco seco. Ayúdame a subirlo a Vérel.

—Sí, voy —Dóbar se secó los enormes lagrimones que aún se deslizaban por sus mejillas y preguntó en voz baja—: ¿Y si cuando despierta sigue, ya sabes, sigue chamuscando cosas? ¿Me llevo el tronco ese por si acaso?

Kay lo miró de tal manera que Dóbar agachó la cabeza avergonzado.

—Dob, lo que tenemos que hacer es alejarnos de aquí. Esta humareda se debe poder ver a un montón de tercios de distancia, así que los soldados no tardarán en llegar. No. Y no me mires así, no podemos abandonarlo. ¿No has visto de lo que es capaz? Además, Akar nos ha salvado la vida. No se abandona a quien te salva. Eso está mal.

—¡Ah! —fue toda la respuesta de su hermano ante aquel improvisado sermón.

Entre ambos consiguieron colocar sobre el angustiado karinumá a su maltrecho compañero. Vérel los miró agradecido y les enseñó la dentadura, un “yo me encargo” en lenguaje equino.

—Voy a buscar nuestros caballos. No te despistes.

—¡Ah!

—¿Qué?

—No, nada.

—Pues eso, nos lo llevamos. Tenemos un trato y yo siempre…

—… dices la verdad —remató Dob mirando para otro lado.

—Pues eso. Vigila al pecas y si ves que hace cosas raras, ¡sales por patas! ¿Está claro?

Dóbar asintió con la cabeza, pero en cuanto perdió de vista a su hermano se acercó corriendo al tronco hueco con el que había conseguido detener a Akar, lo recogió del suelo, lo escondió detrás de sus fornidas espaldas y se dijo a sí mismo:

—Por si acaso.

Los árboles ennegrecidos a causa del fuego y las decenas de miles de murciélagos de cabeza rojiza chamuscados daban la sensación de que esa parte de la senda se hallaba por completo muerta y yerma, asolada por una

catástrofe inexplicable. Ajeno a todo eso, y mientras buscaba sus dos caballos marrones para que regresasen, Kay no dejaba de darle vueltas a algo que había pasado cuando alzó su vieja espada para defenderse de Akar tras la primera bola de fuego.

Había sido muy raro.

La extraña piedra blanquecina de la empuñadura de su espada había cambiado de apariencia. Cual nubes que se disiparan a toda velocidad, el blanco de la piedra había dejado ver algo en su interior.

Una imagen familiar.

Un rostro que su subconsciente había reconocido pero su mente no.

Allá, en plena noche bajo la tenue luz de la Gorá, rodeado de aquellos árboles chamuscados y alejado de la vista curiosa de su hermano pequeño, Kay miró nuevamente la empuñadura de su vieja espada.

El blanco de la piedra comenzó a disiparse lentamente, formando una imagen en su interior. Un rostro regio, de duras facciones, viejo, de enormes orejas y con unas cejas espesas y pobladas, se dejó ver con bastante claridad. El rostro comenzó a abrir los ojos con pesadez.

Los lobos aullaron en la distancia amenazantes, ahora que el peligro del enjambre de quirópteros había cesado era su turno para salir de caza. Aquellos aullidos hicieron que el chico se sobresaltase y mirase con atención a su alrededor, intentando ver alguna forma sigilosa escondida entre la arboleda o la vegetación. Cuando estuvo seguro de que por ahora estaba a salvo, Kay volvió a mirar la vieja espada.

El rostro había desaparecido de la empuñadura, solo quedaba ya otra vez aquella piedra blanquecina y desgastada.

—Como diría el pelirrojo, ¡genial! —se quejó Kay agitando la espada para ver si pasaba algo.

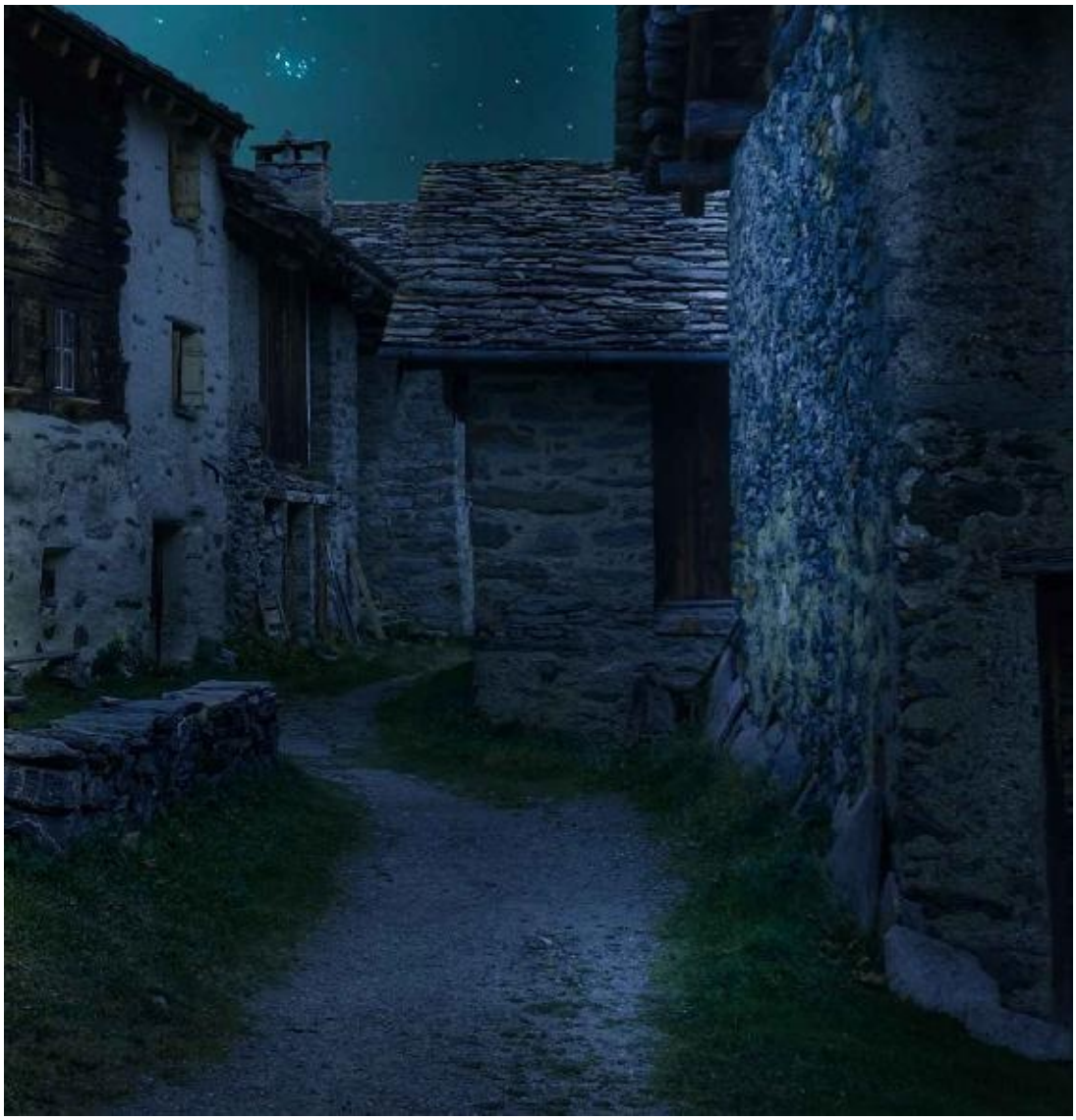
De nuevo, comenzó a chispear suavemente haciendo que aquella densa y húmeda bruma regresase.

Más aullidos.

Acercándose esta vez.

Kay realizó aquel peculiar silbido estridente y agudo con el que llamaba siempre a sus dos preciados caballos. Tenía que encontrarlos rápidamente. Tenían que alejarse de aquel lugar cuanto antes. Eso, o aquella huida llegaría a su fin demasiado pronto.

… 13 de Tralev del 20º Eunú, Quinta Era



Capítulo VI

FAVORES MUTUOS

SE detuvieron un instante para leer la inscripción de aquella monumental y desgastada estatua de bronce: "*Del pueblo de Brast-Lav a su salvador, en el día que su hijo Dórfvol nos libró de la plaga de Válruz*". De una altura aproximada a los cuatro cuerpos, presidía la plaza principal de la ciudad como una guardiana atemporal de la valentía de los habitantes de aquel apartado lugar situado entre Édegan y los llamados Montes Zafios, al sur de las fértiles tierras de cultivo de El Valle. La regia estatua representaba a aquel tal

Dórfvol sujetando un hacha en la mano derecha y una especie de libreto en la izquierda, pues ese hombre había sido maestro antes que libertador. Su mirada estaba fija en el infinito, desafiando el invisible horizonte con una expresión calmada pero firme.

Una evidente declaración de intenciones ante posibles amenazas.

—Rovba, el alcaide nos espera —el joven acompañante del procónsul se mesó inquieto su espesa cabellera negra. Añadió frustrado—: ¡No sé que más puede querer!

—Ese solo quiere una cosa —los ojos verdosos e inteligentes del procónsul se veían algo cansados. Haciendo el gesto del dinero con las yemas de los dedos, repitió—: Una cosa.

—¡Pero si ya le hemos pagado! Y dos veces, por si fuera poco.

—Eres muy joven Íngraham, aún te queda mucho por aprender —le reprendió Rovba con bondad.

Un grupo de jinetes encapuchados con largos abrigos color aceituna, llenos de manchas de barro recientes, desfilaba en ese mismo momento por aquella plaza vigilando el lento paso de un numeroso convoy formado por grandes y pesados carruajes. Arrastrados por otros tantos bueyes de buen tamaño, el convoy cruzaba todo lo rápido que podía el embarrado y estrecho camino principal de Brast-Lav. Aquella última semana había sido especialmente lluviosa en aquellas tierras sureñas de Kárindor.

Una auténtica mala fortuna para el valioso cargamento veühmiano y sus guardianes.

El numeroso grupo de carros y jinetes había bordeado las solitarias costas sur-orientales cercanas a Moradas, la inexpugnable, y luego habían dejado siempre a su derecha el extraordinario y peligroso bosque de Albnoc gracias a un viejo camino que, a excepción de algunos pocos mercaderes y algún que otro fugitivo, ya apenas casi nadie recordaba. Después, el antiguo camino torcía abruptamente al oeste, cruzaba el Esatoent y llevaba directo a aquel enclave élfico. El plan del astuto procónsul era cruzar Brast-Lav y evitar los embarrados y peligrosos caminos rurales que la rodeaban. Demasiado arriesgado había sido robar aquel material al poderoso Gremio de Comercio como para echarlo todo a perder por una rueda salida de su eje o un desgraciado accidente con algún animal asustadizo.

En general, los habitantes de Brast-Lav habían recibido al convoy con bastante frialdad, pero las monedas de plata y de oro que recibieron por parte de los visitantes les habían hecho mejorar en algo los ánimos.

Ahora ya por lo menos no maldecían en voz alta a aquellos forasteros.

Ahora lo hacían solo en voz baja.

Rovba y el joven Íngraham avanzaron con sus monturas por el interior de aquella destartalada ciudad, hasta doblar por una callejuela que les condujo al hogar del alcaide, en realidad un oficial al servicio de Krádovel que dirigía a aquella pequeña y apartada comunidad del Reino Dorado. Ambos detuvieron a sus respectivos caballos al llegar a una casa mucho más grande que el resto que la rodeaba, una pequeña mansión en verdad.

La puerta estaba cerrada a cal y canto.

—¡Encima que nos hace venir! —protestó el joven, sus apasionados ojos claros y verdes echaban chispas.

Indignado, aporreó la puerta de la mansión varias veces y de forma bastante ruidosa.

—Me apuesto un lingote de plata a que nos hará esperar antes de enviar a un criado y luego lo encontraremos ocupado haciendo alguna cosa sin importancia —le susurró Rovba con cara de resignación.

Íngraham negó con la cabeza. Ya había perdido muchas apuestas contra el procónsul a lo largo de su corta vida y, conociendo a aquel avaricioso alcaide, aquella parecía una apuesta demasiado arriesgada.

Al cabo de lo que al impaciente joven se le hizo una eternidad, la suntuosa puerta de la pequeña mansión se abrió. Una joven tímida de veintipocos, delgada, de facciones hermosas, pelo rubio y liso, y grandes ojos color azul cielo les hizo una respetuosa reverencia. Vestía un delicado vestido de encaje y oro, una recargada diadema a juego y unos extraños zapatos azules de tacón alto.

Atractiva e inocente.

Alzó la mirada ruborizada y se dispuso a decir algo, pero una voz chillona y repelente, procedente de la matrona de la casa, le interrumpió desde el interior de la vivienda:

—¡Beara! ¡Cierra la puerta!

—Pero son los comerciantes. Están afuera esperando desde hace un buen rato —le contestó sin elevar apenas la voz.

—¿Eh? ¿Los forasteros? Bueno, pues diles, diles que entren y que esperen. Avisaré a tu padre. ¡Y sube a tu cuarto de una vez!

—Sí, mi ilorai[12].

Con un gesto sencillo les hizo pasar y les señaló un par de sillas de la entrada. Miró a Íngraham y fue a decirle algo, pero se lo pensó mejor y, haciendo una nueva reverencia, se marchó ruborizada de allí.

—Una de las hijas de Lagla —le explicó Rovba. Sonrió con picaresca y añadió—: Lástima que no hayas apostado, hubieras ganado.

Tras otro buen rato de espera, una mujer menuda y de aspecto enclenque hizo acto de presencia. Sin decir ni hola, les guio por la mansión dando un par de vueltas innecesarias hasta llegar a las estancias del piso superior, subiendo antes por una renovada y lujosa escalera de mármol. Avanzaron por un largo pasillo dejando atrás varias puertas de caoba cerradas con llave. Una de ellas se entreabrió desde dentro al dejarla atrás, alguien espiaba a los recién llegados sin dejarse ver.

—Nos vigilan —informó el joven veühmiano a Rovba.

—No a los dos —le aclaró este poniendo de nuevo aquella extraña mirada llena de picaresca.

La menuda matrona abrió de par en par unas amplias puertas de madera y les hizo pasar sin decir ni mu. Tras aquellas lujosas puertas se encontraron con el comedor principal de la mansión y, sentado a la mesa, vieron al ostentoso alcaide de Brast-Lav. El élfico devoraba una deliciosa pierna de cordero sin mucho refinamiento.

Al ver a los recién llegados exigió sin dejar de comer:

—El precio se ha doblado —levantó un tanto la mirada para ver la reacción de los otros dos. Tras coger una copa de vino y darle un largo trago, se justificó sin mucho entusiasmo—: Sois muchos más de los previstos, así que el precio se ha doblado. Serán cien monedas de plata y treinta de oro si no queréis tener que dar media vuelta.

—¡Es un robo! —protestó al instante Íngraham.

—Si no estáis dispuestos a pagar regresad por donde habéis venido. A mí me da igual.

—¡Doblar el precio de peaje cuando ya estamos en la ciudad! —siguió quejándose el joven. Parecía sulfurado de verdad—. ¡Un robo! ¡Indigno de un hijo de Elf!

—Treinta monedas de oro y cien de plata —repitió Lagla dejando de comer por un instante. Luego dio otro enorme bocado y preguntó con la boca llena—: ¿Pagaréis o no?

—Ya sabías que no —fue la escueta respuesta del procónsul.

—Al menos deberían devolvernos lo que ya les hemos pagado —protestó su joven y agitado compañero.

—¡No habrá devoluciones! —le aclaró Lagla. Enfrascándose nuevamente con la comida, les propuso con sorna—: Si queréis podéis enviar un escrito de protesta a la capital.

—Si nos dejas pasar hoy, te garantizo durante diez años los peajes de todos los envíos que Moradas le haga llegar a Súrisdor —le ofreció Rovba en respuesta.

Íngraham se quedó mudo de sorpresa. ¡Era una oferta increíble! ¡El alcaide se haría rico en poco más de un ciclo! Varios gremios protestarían ante aquel acuerdo tan perjudicial para Moradas, pero su padre, como Conciliar principal del Gremio de Comercio, era el único que podía autorizar algo así. Y si Rovba se lo proponía… el joven no tuvo ninguna duda de que su progenitor lo aprobaría.

Lagla dejó de comer y miró al procónsul con gesto de total sorpresa. La oferta era más que suculenta, tanto para él como para los habitantes de aquella apartada comunidad.

—¿Aceptas? —el procónsul solía ser así de directo en las negociaciones con gente como Lagla.

—No… —dudó el hombre, era evidente que tenía un conflicto interno. Finalmente, cogió otro trozo de carne con fastidio y repitió con voz insegura —: El precio es el que es.

Los veühmianos se miraron entre sí. Antes de que Íngraham pudiese decir nada, Rovba negó con la cabeza. Tres hombres armados con arcos cortos y listos para ser usados se dejaron ver saliendo de la oscuridad del fondo de aquel inmenso comedor.

—Entiendo, Lagla. Lamento no haber llegado a un acuerdo —se disculpó el procónsul cogiendo del brazo a Íngraham y sacándolo de allí casi a la fuerza.

Dos de aquellos tres arqueros les siguieron desde la distancia para asegurarse de que los dos veühmianos abandonaban el pequeño palacete del alcaide.

—¿Por qué lo has permitido? —inquirió Íngraham molesto—. ¡Nos han robado!

—Ese hombre tenía las cosas muy claras —se explicó Rovba—. Bueno, creo que le han dejado las cosas muy claras. Su misión era retrasarnos.

—¿Y por qué? No tiene ningún sentido.

—Esos arqueros no eran del ejército. Eran mercenarios, ladronzuelos a sueldo.

—Pues deberíamos hacerles frente —se envalentonó el joven sin dar su brazo a torcer.

—¿Y arriesgarnos a que dañen la mercancía? No, Íngraham, de eso nada. Si lo que he oído por ahí es verdad, la guerra va mal. Hárald ha sido

capturado. Snata-Úrom está asediada y no se sabe si aguantará mucho más. Nuestros aliados necesitan lo que les llevamos. Esos mercenarios bien pueden estar al servicio del Gremio de Comercio. ¿Entiendes el peligro?

—¡Qué desastre! Nos han encontrado, pues —el joven resopló algo desanimado.

—No vale la pena darle más vueltas. Avisa al convoy que usaremos el otro plan. Con suerte puede que funcione y nos pierdan el rastro.

—Me pregunto cuándo volverán los días en que todos los otros pueblos nos respetarán como nos merecemos… —pareció suplicar Íngraham asintiendo con la cabeza, hablando, habían regresado a la plaza central de la ciudad.

La regia estatua le pareció ahora un prisionero de otro tiempo. Sin decir nada más, el joven se subió a su montura, dio media vuelta y se alejó al galope en dirección a la vanguardia del convoy que ya se hallaba retenida frente a las cerradas puertas occidentales de Brast-Lav.

El procónsul le vio alejarse, ató su caballo a un poste cercano y observó con cautela la gente que estaba por allí reunida. Satisfecho, miró hacia uno de aquellos estrechos callejones que no parecían llevar a ninguna parte.

No, ya no estaba allí.

Cuando se habían detenido para leer la inscripción hubiese jurado que alguien los vigilaba atentamente.

Estaba a punto de irse cuando vio como, medio escondido tras los pies de la regia figura de bronce del valiente guerrero élfico, un tipo regordete y encapuchado de mala manera, entregaba una pequeña bolsa, probablemente con dinero, a su interlocutor, una mujer alta y espigada que le dio un fuerte abrazo y varios intensos besos en cuanto tuvo la bolsa en sus manos.

—¡Ay, Emperador! ¿Qué diría ella si te viera? —dijo en voz alta meneando la cabeza con una mezcla de sorpresa y desencanto.

—Nadie dirá nada —le aclaró una voz rasgada al mismo tiempo que le colocó sobre el cuello una especie de espada corta de hoja ancha y afilada.

—Coge lo que quieras —se rindió Rovba al momento hablando con calma.

No era la primera vez que le atracaban, sabía que lo mejor era no poner nervioso al ladrón.

Nunca valía la pena.

—No quiero tu dinero, sinrey[13]. Quiero que me expliques por qué te interesa tanto aquella pareja.

Entendiéndolo todo de repente, el inteligente veühmiano se relajó soltando una sonora carcajada.

—Soy amigo de tu emperador, vónador[14] —le explicó—. Pregúntale. Verás que es verdad.

Aquel sigiloso hombre, aquel vónador, le obligó a salir del callejón pasando la espada corta y ancha con la que amenazaba al procónsul de su cuello a sus riñones, todo ello con una habilidad y una velocidad pasmosa.

Aun así Rovba sonrió al salir del callejón.

No había peligro de ninguna clase.

En cuanto el tipo regordete los vio, apartó de un empujón a la alta y empalagosa mujer, se llevó las manos a la cabeza y se acercó corriendo hasta ambos.

—¡Soltadlo, León! ¡Es un amigo! ¡Es un amigo! —le gritó al vónador suplicando más que ordenando.

El mofletudo hombre por fin llegó hasta ellos. Parecía totalmente sofocado pese a lo corto de la carrera, sudaba copiosamente tanto en el rostro como en las axilas.

—Amigo mío, lamento el incidente —el tipo regordete intentaba recuperar el aliento—. De verdad, no hay excusas posibles —se disculpó secándose una gruesa gota de sudor de la frente pese a que hacía más bien frescor que otra cosa. Dirigiéndose a León, le solicitó—: Si nos disculpáis, me gustaría poder hablar a solas con mi amigo, si es posible…

Aunque Rovba no pudo verlo, ya que estaba a sus espaldas, el rudo vónador puso mala cara pero lo liberó. El procónsul se giró con curiosidad, los vónador eran casi casi una de las últimas leyendas vivas de Kárindor. Observó como se alejaba sin llegar a verle en ningún momento el rostro, tan solo fue capaz de ver su vestimenta: una curiosa y holgada tela color blanquecina y roja, a cuadros, que le cubría tanto brazos como piernas y que dejaba al descubierto una pequeña parte de su espalda superior. No parecía portar más armadura que una coraza ligera, una especie de coderas, algo similar a unas rodilleras, una protección liviana para el cuello y aquella extraña arma de hoja corta, ancha y afilada que más tarde descubriría que se llamaban “janas”. Moviéndose a buena velocidad, el vónador se escondió otra vez en la seguridad que le proporcionaban las sombras de los callejones cercanos. Fuera como fuese, el veühmiano no tenía ninguna duda de que estaría vigilando a su emperador de cerca.

—De todos los kadorianos del mundo, voy y me encuentro contigo —le dijo por fin a su rechoncho salvador.

Ambos se fundieron en un amigable abrazo.

—Me alegro de verte, Gladio, pero reconozco que es toda una sorpresa. Estás un poco lejos de tu misión. Y, por lo que veo, estás solo —Rovba marcó mucho aquella última palabra.

—Procónsul —le contestó Gladio sonrojándose y secándose otro par de gruesas gotas de sudor—, para mí es también una gran alegría el volver a veros. —Luego señaló a los carros, los cuales comenzaban en ese preciso instante a dar media vuelta y preguntó—: ¿Son lo que creo que son?

—Moradas ayudará, tal y como prometí —le explicó Rovba con expresión dura. Relajándose al ver el rostro amigable y sonriente del leal emperador de Kádor–Hum, preguntó sin preámbulos—: ¿Y el emisario? ¿Nos ayudará en la guerra?

—Es una larga historia —Gladio dejó de sonreír al recordar el desgraciado incidente en el mausoleo de La Piedra del Perdón—, pero en resumidas cuentas puedo deciros que sí. Ayudará. A su manera, supongo.

Al ver la tristeza en los ojos del kadoriano, Rovba guardó un corto y respetuoso silencio, luego cambió de tema con elegancia.

—¿Y Lura, nuestra misteriosa dama? ¿Está bien?

—Ella… —al escuchar aquel nombre, Gladio se atragantó al sentir una punzada en lo más profundo de su corazón.

El amor es un sentimiento que no entiende de distancias.

Visitar aquella ciudad le había hecho recordar tantos errores.

Si la dama descubría su triste pasado…

—¿Viajáis juntos? —se interesó sinceramente Rovba.

—No, por desgracia —Gladio se ruborizó al instante nada más soltar aquello. Carraspeó nervioso y añadió—: Ella, ella se halla ocupada en otros menesteres más… de mayor importancia —Gladio hizo un esfuerzo por no dejar ver la enorme tristeza que aquella separación le causaba a lo más profundo de su alma.

No se dieron cuenta, pero Beara, la hija de Lagla, aquella tímida muchacha de grandes ojos color azul cielo, se había acercado hasta ambos, allá a los pies de la monumental estatua que presidía la plaza.

La joven les interrumpió con timidez farfullando entre dientes algo ininteligible.

Gladio se sobresaltó lanzando un pequeño grito ahogado que le hizo ponerse aún más colorado de lo que estaba.

Rovba se limitó a mirar a aquella introvertida joven con rostro impasible.

—Yo podría… —la chica volvió a bajar tanto la voz que sus palabras no se pudieron entender de ninguna de las maneras.

Avergonzada, agachó la mirada claramente cohibida.

—Es difícil entender lo que queréis decirnos, tal vez si alzáis la voz un poco… —le aconsejó Gladio con voz suave y una de sus amplias y bonachonas sonrisas.

—Yo puedo ayudaros —se animó Beara tranquilizándose un poco. Cogió fuerzas y añadió—: A cruzar las puertas de la ciudad. Ayudar al convoy, digo.

—Un malentendido con el alcaide de esta ciudad —le explicó Rovba al emperador kadoriano al ver la cara de incertidumbre que se le dibujó. Añadió indiferente—: No hemos podido hacernos favores mutuos.

—¡Mi padre es un tonto! Madre siempre lo decía, hasta que él… —la joven parecía a punto de llorar, como si un terrible recuerdo le hubiese copado sus sentimientos.

También parecía sorprendida y asustada de haberse exaltado de aquella manera.

—Puedo entrar y… —la tímida muchacha volvió a hablar entre dientes.

—Más alto, damisela mía. Tengo los oídos llenos de barro —exageró Gladio rascándose las orejas de forma juguetona.

La chica sonrió divertida.

—¿Podéis entrar en…? —le animó Rovba.

—¿Cómo os llaman, damisela mía? —le interrumpió Gladio regañando a su amigo con la mirada.

—Beara, hija de Lagla, el alcaide —le explicó Rovba directamente.

—¡Beara hija de Dórfvol! —le corrigió ella alzando orgullosa la voz.

—Ya decía yo… —asintió el rechoncho emperador guiñando un ojo a Rovba.

—¡Puedo ayudar! —exclamó animada Beara. Añadió levantando la cabeza con dignidad—: Sé cómo entrar en casa de mi padre sin que nadie nos vea. Ni siquiera esos tres ladronzuelos que le siguen a todas partes. Ni mi ilorai conoce esa entrada. Pero si os ayudo, quiero que luego me prometáis que me llevaréis con vosotros. Al frente de batalla… —de repente la chica pareció sorprenderse ante aquel ataque de sinceridad y valentía que acababa de sufrir y agachó la mirada avergonzada otra vez.

—Vuelve a casa, niña —le dijo el procónsul condescendiente.

—No, quédate —le corrigió Gladio con mirada conspiradora—. Y explicadnos como entrar en casa de vuestro padre sin que nadie lo sepa.

Procónsul y chica miraron al alegre kadoriano.

—Primero haced la promesa.

—Vendrás con nosotros, Beara, hija de Dórfvol. Te lo prometo —añadió Gladio levantando solemne las dos palmas de las manos hacia arriba.

—De acuerdo, os ayudaré —pronunció ella imitando el curioso gesto del rechoncho emperador.

Gladio ya no sudaba, no, ahora sonreía feliz.

Tenía un plan.

⁎ ⁎ ⁎

Si alguno de los dos hermanos hubiese permanecido tan solo una fracción de nahkran más en el lugar donde yacía el enjambre chamuscado de murciélagos de cabeza rojiza, habría podido ver como uno de ellos empezaba a moverse. Era el mismo que se había dejado ver en primer lugar en aquel frondoso castaño que ahora permanecía medio quemado como testigo del loco descontrol causado por Akar.

A duras penas, el quiróptero consiguió elevarse del suelo batiendo sus debiluchas alas con mucho esfuerzo. Volando inseguro, el pequeño murciélago sin ojos se alejó de aquel lugar del bosque en donde sus millones de congéneres consumidos cubrían ahora el suelo. El demacrado y malherido animalillo emprendió entonces un veloz y desesperado vuelo justo en la dirección contraria por la que Akar, Dóbar y Kay habían emprendido su huida, luchando con todas sus fuerzas contra la fina lluvia que no dejaba de caer. El último de los murciélagos sin ojos de cabeza rojiza que había sobrevivido al fuego destructor y ancestral creado por el joven príncipe de Roühm volaba más o menos en línea recta por encima del bosque, aun a riesgo de ser devorado por alguna ave de presa de mayor tamaño que estuviese al acecho esa noche.

Indiferente al peligro que corría al volar a tanta altura, el pequeño murciélago seguía agitando las alas con intensidad en busca de aquello que lo controlaba y llamaba desde la distancia.

La senda que los tres jóvenes habían estado recorriendo durante aquellos tres días de viaje serpenteaba bajo los altos árboles que el malherido quiróptero iba dejando atrás. Casi sin fuerzas para seguir, llegó por fin a su destino, no muy lejos de la ruta que seguía aquella ancha senda a través del bosque y que conducía directamente a los puestos fronterizos del Dominio Negro situados bastante más al norte de la gigantesca montaña del Este.

Una concentración espesa de árboles impedía ver con sus altas copas el suelo, ocultando un claro situado mucho más abajo. Seis caballos de guerra

del Dominio permanecían inquietos pero amarrados cerca de aquel lugar.

Aquel claro, el cuchitril al que Kertfa llamaba “hógarr” estaba ahora custodiado por seis hombres armados.

Soldados del Dominio.

Los hombres rodeaban un pequeño fuego encendido en el centro del claro, mirando de reojo a Kertfa con cara de escepticismo y aburrimiento. El leproso sujetaba su extraño bastón de madera con ambas manos por encima de la cabeza, la cual había dejado al descubierto. Los soldados procuraban no mirarle directamente, dada la repugnancia que sentían al ver los deformes bultos supurantes que llenaban su cráneo y las horribles costras amarillentas que inundaban su piel enfermiza.

El zafio maldecía en todos los idiomas que conocía.

—Sí, yo ávisarr antes. ¡Nadie crreer, no! No había que tárrdar para cápturrarr al prríncipe, sí.

—Kertfa, no pongas excusas. Tendrías que haber apresado tú al muchacho. No logro entender porqué no le pediste a los dos chicos que te ayudaran —le contestó el que parecía estar al mando, un tipo de barba sucia y espesa que hablaba algo irritado. Protestó—: Además, nos has dicho hace un momento que darías con ellos. ¡Nos estás haciendo perder el tiempo!

—¡Ah, jefe de arrmas! ¡Mis días de lúcharr pasarron ya, sí! —se escandalizó el zafio—. Mirra mi cuerrpo, sí, mirra mis brrazos. No más lúcharr, no. Pero no, no he pérrdido tu tiempo.

—¿No? —sin esperar respuesta el jefe de armas del Dominio afirmó—: Los amos se disgustarán contigo cuando se enteren de que el jinete rojo ha escapado —el soldado comenzó a sonreír burlonamente—. Creo que tendrás que seguir con tus campanillas unas cuantas décadas más —sus compañeros rieron con sorna al escuchar la broma de mal gusto.

—Muy grrácioso, de vérrdad —musitó Kertfa mirando preocupado a los cielos.

El murciélago de cabeza rojiza, lleno de quemaduras por todo su pequeño cuerpo, finalmente llegó al claro y se dejó caer agotado tras el extenuante viaje que acababa de realizar. Chocó contra varias de las ramas que se entrelazaban formando esa especie de bóveda natural hasta que, finalmente, impactó de mala manera contra el suelo. Al ver a la malherida criatura, Kertfa dejó de sostener el peculiar bastón en alto, acercándose rápidamente a ella. La recogió tiernamente sujetándola con aquellos dedos infectados de toda clase de malignos diviesos.

—Un mal presagio —comentó otro de los soldados al ver el pequeño murciélago de cabeza rojiza.

El zafio le ignoró y observó detenidamente a la pequeña criatura. Emitió un gemido lastimero al darse cuenta de que sus pequeñas criaturas voladoras a las que tanto amaba habían fracasado. Captó un sonido a sus espaldas y alzó la cabeza. Asustado, se tapó la cabeza rápidamente con la capucha y buscó refugio de forma sigilosa en una de las esquinas más apartadas del claro.

—¿Y ahora qué? ¿Te da miedo nuestra salud? —ese jefe de armas en particular disfrutaba atormentando al zafio con bromas no muy graciosas de ese estilo.

—No crreo que tu sálud me sirrva de mucho dentrro de poco —le contestó enigmáticamente Kertfa desde las sombras.

El sonido que acababa de escuchar el taimado leproso les llegó entonces con claridad al grupo de soldados del Dominio. Era un ruido poco habitual. Al unísono, se volvieron hacia una de las paredes formadas por los matojos que había en el claro y que se hallaba situada al otro extremo del lugar donde permanecía oculto el zafio.

Una ráfaga de aire frío recorrió el claro poniéndoles la piel de gallina.

Los soldados se miraron entre sí desconcertados.

Los arbustos que formaban esa pared natural crujieron, como si algo los estuviese agitando y removiendo desde el otro lado. El veterano jefe de armas se acercó envalentonado hasta los matorrales. Como no fue capaz de distinguir nada se giró hacia sus compañeros con cara de no saber qué estaba ocurriendo, pero al ver que los otros retrocedían notablemente asustados se volvió para mirar nuevamente.

Algo había cambiado en la pared natural de espinos y matojos.

Entre las espesas plantas se había formado una gran brecha a modo de puerta natural por la que cabía con facilidad una persona de gran tamaño. Las plantas parecían consumidas en el interior, como si hubiesen estado soportando un frío extremo durante demasiado tiempo y al final se hubiesen quemado por dentro completamente.

Pero no había nada de natural en esa brecha.

Al fondo del boquete de espinos y matojos podía distinguirse con meridiana claridad la figura de un descomunal guerrero armado con una pesada espada aserrada. El guerrero avanzó pausadamente y casi sin hacer ruido al hacerlo. Una extraña niebla envolvía sus pies moviéndose a la vez que el guerrero lo hacía. Kertfa tragó saliva y se escondió aún más en el oscuro rincón en el que se ocultaba.

—Seas quien seas, detente. ¡En nombre del Dominio! Estás en territorio prohibido —le ordenó el jefe de armas al intruso. Una suave risa malévola fue lo único que se escuchó por respuesta. El soldado del Dominio miró altivo a los suyos y les ordenó—: No mostréis piedad, ¡a las armas!

Antes de que el pobre desgraciado hubiese terminado de dar la orden y se hubiese vuelto para encararse con el recién llegado, el misterioso guerrero ya se había desplazado hasta él con una velocidad sobrehumana, situándose justo enfrente suya. La cabeza del soldado apenas le llegaba a los hombros de la dura coraza que portaba. Una gran espada de filo aserrado y hueca por su centro atravesó al soldado arrebatándole la vida por momentos.

El jefe de armas abrió mucho los ojos al darse cuenta de quién era su letal enemigo.

El gran guerrero retiró su espada con cruel lentitud, haciendo que el veterano soldado se doliera al exhalar el último aliento. El resto de soldados se contuvo de ayudar a su jefe de armas al reconocer el símbolo que portaba en el centro de la armadura el misterioso guerrero. Pese a que llevaba la parte inferior del rostro oculta por una feroz máscara de algo parecido a la plata, los hombres recostaron sus rodillas a tierra de forma sumisa y sin dudar, inclinando la cabeza en señal de total lealtad. Un dragón rojo herido por dos espadas resaltaba en el centro de la negra y gruesa armadura.

El gran y peligroso general Krutt Hej’Ari, máximo señor del Mal en Valtra, miró a los suyos complacido.

—Nadie ordena nada a un néldor de sangre pura —les recordó con su característica voz sin sentimiento. De nuevo, ahí estaba la famosa tolerancia de Kaz–Minkú. Buscó al zafio con la mirada y le ordenó—: Kertfa, ven, póstrate tú también ante mí.

El zafio salió lentamente de su improvisado escondrijo. Claramente aterrado, sujetaba todavía tanto el agonizante murciélago como el extraño bastón de madera arrugada. La mirada que le dedicó a aquel implacable general néldor dejó ver el más absoluto de los miedos mezclado con el más intenso de los odios.

Se situó a una distancia prudencial del peligroso guerrero siervo de Kaz-Minkú.

Y se postró, como no.

—Grran genérral, es un hónorr después de tantas estaciones, sí —le dijo con voz melosa—. No esperraba verrle tan prronto porr mi húmilde hógarr, no.

—¿Qué es lo que tienes para nosotros? —le preguntó el malvado néldor atravesándolo con la mirada.

—Me gustarría sáberr que hay de nuestrro trrato, sí —intentó negociar Kertfa.

Por respuesta el general néldor levantó su espada aserrada y se la mostró.

—Sí, clarro. Buen trrato —el zafio le entregó el pequeño murciélago. Luego añadió convencido—: Es porr esto que ávise, sí, porr esto. ¡Mirrad! ¡Mirrad!

El peligroso general del Dominio aferró el moribundo quiróptero con la mano izquierda, la criatura se veía diminuta en ella. Al cogerla, el cuerpo del desgraciado animalillo pareció evaporarse entre sus dedos hasta que, finalmente, no quedó nada de la pobre criatura alada. El rostro del general era de puro odio al terminar de examinar el pequeño animal.

—¡Ha huido! —gritó con voz fría haciendo que los soldados se estremecieran de terror—. Has fracasado, otra vez. El Mal se sentirá muy decepcionado contigo.

—Mi póderroso séñorr, atrápparle es fácil, sí. ¿Adónde huirr? ¿Adónde? No, no póderr huirr. ¡No dónde huirr para el jinete rrojo, no!

—Necio. Simple. No tienes ni idea de lo que has hecho. Vosotros —les ordenó a los soldados—, regresad al puesto de guardia. Que se dé aviso a todas las fronteras y a todas las patrullas. Tres jóvenes han huido hoy de aquí y ninguno de ellos debe cruzar más allá de la Éter-Muná. Los quiero vivos.

—Mi grran séñorr, él no… —se atrevió a interrumpirle el zafio sin comprender del todo el enfado del general.

—Tanto tiempo y sigues ciego —le cortó tajante el néldor. Ignorándolo, repitió las órdenes a los suyos—: Que no huyan. Habrá cien monedas de oro y un ascenso para el que los capture. Pero si no aparecen pronto, o mueren, visitaréis algún cubil gonk personalmente.

Los soldados se marcharon a toda velocidad del claro en busca de refuerzos, dispuestos a cumplir con las órdenes de su temible general. Ni la amenaza ni la oportunidad de conseguir un ascenso les pareció razón más persuasiva que la posibilidad de las cien monedas de oro, una verdadera fortuna para cualquiera teniendo en cuenta los tiempos de penuria en los que vivían.

Krutt Hej’Ari no se movió del claro mirando al zafio directamente a los ojos. El ónimod leproso parecía decepcionado consigo mismo. Por un miserable momento, Kertfa pensó que por fin su desgraciada existencia llegaba al final de los viajes.

—Mereces morir, Kertfa. Eso te gustaría. Lo sé.

—Es vérrdad, sí. Es justo. Que la muerrte sea mi hógarr… —le contestó el zafio casi suplicando.

Muchas veces hubiera deseado morir, pero era demasiado cobarde como para suicidarse. O intentarlo, al menos. Un ónimod que hiciera algo así nunca sería recibido por ninguno de sus cientos de dioses.

—No hoy, zafio. Tienes una nueva misión. Si fracasas —el bastón que el zafio sujetaba se retorció aún más dejando ver en su interior tres gruesas raíces negras similares a las que recorrían el trono Negro que se hallaba en la sala de los Doce Tronos—, conocerás algo peor que la muerte.

—¿Y si no frrácasarr, sí? —suplicó el leproso viendo como el bastón retornaba a la normalidad.

—El Mal… —le aseguró indiferente el malévolo néldor—, está dispuesto a liberarte.

—Es justo, sí. No más frrácasarr, no. Buen trrato, sí —asintió convencido el ruin zafio. Preguntó—: ¿Y adónde irr, sí?

—A La Fortaleza, al corazón del reino rojo.

—Sí, al hógarr de los jinetes rrojos —aceptó sumiso Kertfa haciendo una amplia reverencia al general del Dominio antes de alejarse de allí.

Sabía por experiencia lo que tenía que hacer y cómo tenía que hacerlo.

Sus amos ya le darían más explicaciones cuando fuese necesario.

Krutt Hej’Ari esperó un breve nahkran para asegurarse de que estaba a solas. Cuando tuvo la certeza de que no había nadie más por la zona, usó el corrompido don de los Primeros para comunicarse en la distancia con uno de sus hermanos de sangre. El cuerpo del néldor pareció crecer por momentos, deformándose tanto por la espalda como en las extremidades. La armadura que portaba también aumentó en tamaño, adoptando un aire bestial y amenazador. Los malvados hombres de piel y negra alma habían conseguido esa especial capacidad hacía muchas eras, al dejarse guiar por la decaída influencia del Mal que moraba en Válruz.

Y solo ellos debían saber a qué precio lo habían hecho.

Los árboles que rodeaban el claro se llenaron de una gruesa escarcha causada por la extraña niebla fría que rodeaba los pies del general del Dominio y que se había extendido hasta ellos, uniéndose a la perenne bruma que llenaba aquel bosque noche y día. La neblina se tornó oscura y maligna al usar el kradparuná corrupto de aquella manera. Al final del proceso, los ojos le brillaron más negros que la mismísima nada que existe más allá de los cielos.

Aquel néldor parecía más una bestia que un hombre.

Su hermano de sangre contestó casi inmediatamente a la inusual e inesperada llamada. Su voz pausada, gélida y ahogada se escuchó con total claridad allá hasta donde la neblina sombría cubría.

—Te escucho, mi hermano.

—El heredero intenta escapar de su destino —le informó Krutt Hej'Ari con un tono de voz mucho más grave de lo normal.

—¡Atrápalo! No debe huir. Intentará llegar a Valgora. Si lo consigue antes de que el Mal retorne, podría llegar a sernos una amenaza.

—Lo sé, mi hermano. Él no debe de estar muy lejos. No va solo, dos le acompañan. Ninguno conoce el verdadero camino de huida. Él ni siquiera llega a entender hasta dónde alcanza su insuperable poder.

—¿Cuál es tu plan?

—Convocar a los apresadores y hacer que ellos lo atrapen, mi hermano. Ahora que el tiempo previsto para que Él retorne se acerca, el heredero debe volver a Kaz-Minkú. No dejaremos que se convierta en una amenaza —le aseguró lleno de rabia Krutt Hej'Ari.

—Recuerda, mi hermano, que Él lo querrá ver con vida, así que prevén a los apresadores para que no cometan una estupidez. Déjales claro que si no nos lo entregan con vida no habrá recompensa. Solo recibirán dolor.

—Así lo haré, mi hermano. Hay otro asunto que debemos considerar con detenimiento. Uno de los que le acompaña podría ser una… molestia —el general néldor de Valtra dejó de hablar y le hizo llegar sus pensamientos y sus sentimientos al otro.

Tras un corto silencio, la gélida y ahogada voz de su peligroso hermano se dejó oír nuevamente a través de la escarcha sombría.

—No debemos preocuparnos. El Mal tiene grandes planes para él. —Tras un breve silencio, añadió—: Que los apresadores hagan lo que quieran con el tercero. Pero en cuanto al heredero, Él debe ser llevado con vida a Válruz. Muerto supondría una amenaza aún mayor tanto para nosotros como para nuestro… Amo.

—Entiendo, mi hermano.

—El Mal nos guiará hasta la victoria final, mi hermano. Kárindor será nuestra o desaparecerá —se despidió Naam dejando ver un odio y una crueldad desmedida.

Tu odio.

Tu crueldad.

Tu miedo, en realidad.

Krutt Hej'Ari se dedicó entonces a observar con detenimiento al hombre que acababa de matar a sangre fría en el claro. Siempre creía sentir removerse algo en su interior cuando percibía la carne sin vida de un simple humano mortal, aunque ese sentimiento tan placentero hacía largos años que había empequeñecido hasta una mínima expresión. Extendió su espada hacia el cadáver del jefe de armas y lo consumió hasta convertirlo en simples cenizas de polvo fino. Luego se concentró y clavó su gran espada aserrada en la tierra provocando una profunda grieta en la misma. Cerró los ojos, permaneciendo de pie en espera hasta que los apresadores que acababa de convocar apareciesen o le hiciesen llegar una respuesta.

Los árboles que protegían el claro se agitaron al sentir tan cerca de ellos el peligroso don corrompido que acababa de emplear el pérfido néldor.

Las terribles criaturas a las que había llamado vivían siempre bajo la inaccesible tierra de la Éter-Muná. Aunque los néldor no las controlaban en realidad, sí que solían hacer uso de ellas como cazadoras o rastreadoras. La última vez que las habían convocado había sido con motivo del asalto final a Trávaldor.

Los apresadores habían hecho muy bien su cruel trabajo en aquella devastadora ocasión.

El general néldor de Valtra permaneció inamovible en esa misma posición casi hasta el amanecer. Poco antes de que el sol saliese desde el naciente, la fina lluvia que no había cesado de caer remitió del todo. Fue entonces cuando aquel despiadado siervo de Kaz-Minkú se reincorporó asomándose a la grieta que él mismo había provocado. Escuchó el "relinchar" impaciente de la peculiar nueva montura que acababa de adquirir recientemente y que esperaba inquieta al otro lado del claro.

Ya no tendría que esperarle por mucho más tiempo.

Un movimiento casi imperceptible de tierra le indicó que algo se acercaba por la grieta escalando sigilosamente.

El general del Dominio se preparó.

Los apresadores habían contestado a la llamada.

La cacería podía comenzar.

* * *

Poco después, Gladio y Rovba se dirigieron de nuevo al palacete del alcaide. Tras tocar a la puerta con insistencia, la misma menuda y enclenque matrona de antes les atendió nuevamente y con igual indiferencia.

—Si no tenéis el dinero, no importa molestar al alcaide —les dijo casi escupiendo las palabras con su desagradable voz chillona.

—Decidle a Lagla que el emperador de Kádor-Hum en persona solicita audiencia —le ordenó con voz autoritaria Gladio.

La mujer se marchó malhumorada sin decir nada más. Poco después, el procónsul le hizo un gesto al kadoriano. Dos de aquellos tres misteriosos arqueros mercenarios se habían asomado sigilosamente por una de las ventanas.

—¿Funcionará, Gladio?

—No es el caudillo de mis vónador por casualidad, procónsul. Aguardad y lo comprobaréis por vos mismo.

La enclenque mujer bajó acompañada de cerca por uno de aquellos misteriosos arqueros mercenarios.

—Lagla está ocupado —les explicó ella mirando al arquero con pánico en la mirada.

—¿Y vos, amigo? ¿Estarías dispuesto a negociar? —le preguntó de repente Gladio mirando al taciturno hombre con actitud conciliadora.

Antes de que el silencioso mercenario pudiese decir nada, un ruido de fuertes golpes les interrumpió. Procedían de la planta superior. Sin pensar demasiado, el arquero dio media vuelta y se fue corriendo hacia el origen de los escandalosos golpes.

—Debería haber negociado —le explicó Gladio a la desagradable matrona de la casa indicándole con la mano que no se moviera de allí.

Los golpes aumentaron en intensidad.

La matriarca no se movió.

Luego se escuchó una potente carcajada y el ruido de una mesa, o tal vez un mueble, rompiéndose en mil pedazos.

Otra de aquellas potentes y sonoras carcajadas.

—Le gusta entretenerse —les dijo a Rovba y a la matriarca para tranquilizarlos.

Para sorpresa de todos, uno de aquellos arqueros salió volando por una de las ventanas de la planta superior del palacete y, tras un sonoro golpe, chocó contra un toldo cercano y terminó por darse un buen trompazo contra el suelo cuando cayó finalmente sobre él.

—Os lo dije, mi señora. Negociar es más saludable si quien tenéis enfrente es un vónador.

—No hay vónadors en Brast-Lav —protestó la matrona sin salir de su asombro, no obstante, suspiró aliviada al ver a aquel mercenario fuera de

combate.

—Sí los hay, mi señora. Mil de ellos para ser exactos. Y a las afueras de Brast-Lav ni más ni menos. —Mirando a Rovba, le ofreció—: Y os servirán de escolta hasta la frontera si así lo deseáis, amigo mío.

—Claro que acepto —asintió el procónsul sin pensárselo dos veces.

El vónador al que llamaba León se asomó por la ventana sujetando a los otros dos arqueros mercenarios. Ninguno de ellos tenía desde luego mucho mejor aspecto que su dolorido e inconsciente compañero de allí abajo.

—El alcaide también está de acuerdo —les informó el vónador con su característica voz rasgada.

—Buen trabajo, vónador —le felicitó desde abajo un sonriente Rovba.

—Por estos dos, sí. Pero por ese —les explicó a ambos señalando al que había salido volando por la ventana—, ese no he sido yo.

Gladio y Rovba se miraron extrañados.

Entonces, la introvertida Beara se dejó ver tímidamente al lado del vónador y luego les saludó avergonzada. Al hacerlo, ambos se dieron cuenta de que la ruborizada muchacha los miraba con sus preciosos ojos azules color cielo bien abiertos mientras sostenía con firmeza una larga y brillante espada en la mano izquierda.

—Vaya con la niña —reconoció admirado el procónsul.

—Sí, vaya con la damisela. De armas tomar como se decía antes —le contestó Gladio asintiendo con la cabeza. Le felicitó a voces sonriendo ampliamente—: ¡Gracias, Beara, hija de Dórfvol!

—Hola, mi ilorai —pronunció esta por respuesta al ver salir a la matrona de la casa.

El ruido de la desagradable y menuda mujer de voz chillona cuando cayó al suelo desmayada y desconcertada les pilló por sorpresa a todos.

… 14 de Tralev del 20º Eunú, Quinta Era

Capítulo VII

CAMINOS Y ENCRUCIJADAS

DÓBAR y Kay se detuvieron al llegar a un cruce de caminos en el cual la ancha senda por la que estaban huyendo se dividía. No habían dejado de cabalgar al galope desde la noche anterior, cuando Akar aniquilase al enjambre formado por las miríadas de aquellos pequeños quirópteros sin ojos. Ahora, cuando el tercio matutino estaba a punto de terminar, se acercaban al final del camino. La ancha senda que rodeaba la gigantesca Éter-Muná unía los puestos fronterizos del norte de la montaña con la ciudad néldor más próxima, Narmad, situada al sur de las llamadas Tierras Altas. Pero la senda conducía también hasta la ruta principal que llevaba al Bastión de Ura-Ross, en pleno corazón del reino perlado, así como con otra serie de puestos militares y de pequeños enclaves néldor existentes en las zonas orientales de aquellas mismas Tierras Altas.

La encrucijada en la que ahora se hallaban era precisamente el punto exacto en donde el camino se dividía en todas esas posibles direcciones. La “señora” les vigilaba impasible a sus espaldas, ahora que ya casi habían

abandonado los límites occidentales del misterioso y tupido bosque que la rodeaba por completo.

—Na… u… nauar… naur… ¿naurmad? —creyó leer Dóbar de uno de los muchos carteles que señalizaban los distintos caminos y rutas.

—Narmad, tontorrón. ¿No ves que no hay ninguna u? —Kay había intentado enseñarle a leer pero, tras casi un año de clases, lo había dado por imposible.

—¡Ah! Es verdad. ¡Cuántos carteles, la madre! La… as… las tir… las tirreu… ¡Buf! ¿Qué dicen Kay? —se rindió por fin el chico.

Señalando con los brazos los diferentes caminos, Kay le resumió las opciones:

—Noroeste, Narmad. Suroeste, perlados. Norte, montón de soldados.

Subido a Vérel, el joven príncipe refunfuñó algo. Por lo que los dos hermanos sabían, el príncipe parecía estar bien, incluso recuperado, pero por alguna extraña razón su mente seguía en el mismo estado de inconsciencia en el que le dejara Dóbar al golpearle con aquel tronco hueco. Es verdad que parecía despierto y se mantenía erguido sobre Vérel, pero no contestaba a las preguntas y permanecía con la mirada totalmente perdida. Su cuerpo estaba presente, al igual que su mente, pero su personalidad no.

—¡Ah! Entiendo —mintió el menor de los hermanos.

—¿Tú que camino escogerías? —le preguntó Kay quitándose ese dichoso mechón de pelo que tantos problemas le daba.

Dóbar miró hacia todos aquellos caminos que formaban la encrucijada con gesto serio. Pensó durante un buen rato y se llevó una mano a la barbilla en un claro intento de aparentar que dudaba.

Por dentro, Kay disfrutó aquel momento con locura.

Le encantaba aquella simplicidad inocente que mostraba Dóbar en todas las cosas que hacía.

Esos detalles eran lo que hacían que le quisiese tanto como le quería.

—¡Ah! —fue toda la respuesta que finalmente obtuvo de su grandullón hermano.

—¿Y tú, lumaz[15]? ¿Por dónde quieres que te llevemos? —le preguntó Kay al silencioso roühm. Tras hacer como que le escuchaba con atención, cosa que Dóbar agradeció desternillándose de la risa y casi cayéndose de su montura, añadió sorbiendo con fuerza por la nariz—: ¡Ideal! ¡Genial! Pues allí te llevamos.

—¡Vamos! —se animó Dóbar comenzando una pequeña carrera por el camino que tenía más cerca.

Se detuvo al ver que Kay no le seguía.

—Por allí volverás a casa, tontorrón —le explicó este desde la distancia.

—¡La madre! —contestó el grandullón llevándose una mano a la cabeza y regresando de vuelta.

—Escucha, cruzaremos Las Pequeñas —ese era el nombre familiar por el que se conocía a unas pequeñas estribaciones montañosas que no figuraban en prácticamente ningún mapa. Prosiguió—: Luego, de allí a las Tierras Altas —le señaló a su hermano el cartel que no había conseguido terminar de leer antes. Continuó—: Si no recuerdo mal, el río seco desembocaba en el norte, junto al mar, así que en cuanto lo encontremos bastará con seguir su cauce seco por los páramos de Verm-Gorh y luego torcer al oeste hasta encontrar la antigua ruta de los Jueces. Y ya estará, pecas, te dejaremos justo a las puertas de El Paso de los Jueces —concluyó mirando fijamente al abstraído príncipe.

—¡Ah! —Dóbar no parecía muy convencido con aquella ruta—. Hay montones de soldados en Las Tierras Altas. Miles de montones, Kay, ¡montones de miles de montones!

—¿Eres un bebé o qué? —le provocó este—. El pelirrojo quería llegar al Paso y al Paso lo llevaré. Le hice una promesa.

—Y tú siempre dices la verdad —repitió su hermano como si fuera una especie de mantra memorizada.

—Siempre, no lo olvides. Por eso me tienes que hacer caso siempre —le dijo este quitándose nuevamente aquel puñetero bucle de pelo rizado de la cara.

—Pero, Kay, es que yo, yo… yo tengo miedo —le confesó avergonzado su hermano.

—Y yo también, Dob. Yo también —le reconoció a su vez Kay mirándolo con aquellos ojos tristes que le hacían parecer mucho más adulto de lo que era en realidad. Se recompuso y añadió alegre—: Pero tenemos a Vérel, ¿verdad amigo? —el caballo relinchó complacido por el cumplido y les mostró la dentadura de aquella manera tan peculiar como solo él sabía hacer—. Venga, comamos algo y avancemos de nuevo antes de que termine el tercio.

Los dos hermanos desmontaron alegres ante la agradable perspectiva de una buena comilona. Akar siguió encima de Vérel sin inmutarse, perdido entre sus insondables pensamientos. Los dos sucios y desaliñados muchachos comieron en relativo silencio y de forma apresurada. Dejaron a sus dos caballos marrones bajo el cuidado del karinumá, el cual los llevó a una zona de vegetación espesa para que estos también comiesen algo. Los dos hermanos sabían por lo que ya habían visto durante los días que llevaban de

huida que el inteligente corcel de fuego los traería de vuelta a tiempo y sin ninguna dificultad. Los otros dos caballos parecían obedecer a Vérel de forma casi instintiva, natural. Al terminar de comer se pusieron de pie acercándose hasta el lugar por el cual los tres caballos se habían alejado, esperando relajados su regreso.

Un fuerte ruido de pasos a sus espaldas les hizo volverse para mirar.

Antes de que pudiesen hacer nada, cuatro soldados del Dominio llegaron al trote hasta la encrucijada. Iban fuertemente armados y parecían tan sorprendidos de encontrarlos allí como los dos chicos de ver a aquellos cuatro hombres armados. Los soldados desenvainaron sus armas y terminaron de acercarse a buen ritmo hasta el lugar en donde se encontraban ahora ellos dos.

—Disimula, Dob, ¿vale? —le ordenó en voz baja Kay—. Vienen desde Narmad, así que no pueden tener ni idea de quiénes somos. Haz lo que yo haga y, por todos los cielos, no digas nada de nada.

—¡Ah! —fue la inquietante respuesta de su hermano pequeño.

Kay tragó saliva y se rascó compulsivamente el hombro izquierdo.

—Nuestros respetos, gloriosos soldados del Dominio —les aduló Kay inclinándose respetuosamente antes de que llegasen.

Tras recibir un fuerte codazo, su grandullón hermano hizo lo propio imitándolo de forma tosca.

—¿Quiénes sois? ¿Dónde están vuestros uniformes? —le preguntó uno de ellos deteniéndose hasta tenerlos justo enfrente, al alcance de la mano.

—Somos refugiados del este, de… de la ciudad añil. Vamos a Narmad en busca de… de trabajo y de… de fortuna —mintió Kay diciendo lo primero que se le ocurrió.

—¡Mientes! —le gritó enfadado el veterano soldado—. Los dos deberíais haberos unido al ejército hace tiempo. ¿Por qué no lo habéis hecho todavía? ¿No seréis desertores, no?

—¿Desertores? ¡No, que va! Para nada desertamos. Es que… bueno… es que… llevamos meses de viaje… eso… sí, y no sabemos nada. ¿Qué ocurre? ¿Ha pasado algo?

—¿No lo sabes? —le dijo el más joven de los soldados. Al muchacho le faltaba el meñique de su mano izquierda, con ojos enfurecidos añadió—: ¡Estamos en guerra!

—¿Guerra? —preguntó casi sin querer Dóbar. Al ver la mirada de reproche de su hermano agachó la cabeza y no se atrevió a pronunciar nada más.

—Pues claro, memo. La guerra con los sureños y con los ónimods ya ha comenzado. ¿Dónde habéis estado esta última estación? Los mensajeros dicen que los perlados los tienen cercados en Snata-Úrom —le explicó el chico orgulloso—. En cuanto caigan, el grueso de nuestro ejército podrá arrasar el Sur. ¡Por fin!

—Cállate, Tágagt. Hablas demasiado —le amonestó su superior—. Vosotros dos nos acompañaréis para alistaros, ¿está claro?

—Pero es que mi hermano no puede porque… porque —intentó excusarse Kay sin conseguir terminar la frase.

—¡Vendréis por las buenas o por las malas! —les amenazó el bruto soldado del Dominio.

Kay había tenido la prudencia de llevar consigo su espada pero no así su grandullón pero inofensivo hermano. Analizó la situación con frialdad mientras pensaba en un plan con el que pudieran huir.

—Pareces muy obstinado para ser tan joven, muchacho. El ejército te pondrá en su sitio. Y a tu hermano también, no lo dudes.

—¿Y no podríamos llegar hasta Narmad y alistarnos allí?

Si atacaba ahora podría acabar con él y tal vez con algo de suerte con el tullido de los cuatro dedos. El problema lo suponían los otros dos restantes, estaban demasiado cerca de su indefenso hermano. No podía atacarles sin poner en peligro a Dóbar.

—Deja de poner excusas —le contestó con dureza el veterano soldado del Dominio—. ¿Vendréis por las buenas o vendréis por las malas?

En el preciso instante en el que el soldado les formulaba la pregunta, Dóbar y Kay escucharon el característico bufido de Vérel a sus espaldas. Se agacharon más por inercia que por otra cosa. El fabuloso karinumá saltó por encima de los dos muchachos pillando completamente desprevenidos a los cuatro soldados.

El que estaba al mando terminó aplastado por las fuertes patas del poderoso corcel de fuego.

Sobre él, Akar miraba el infinito con los ojos en blanco, portando su preciada hoja dorada de doble filo en su mano derecha.

De un golpe limpio y certero, el joven príncipe acabó con otro de los sorprendidos soldados. Kay reaccionó también con rapidez y atacó al tercero de los soldados, lanzándole una estocada que le atravesó de lleno antes de que pudiese siquiera saber lo que estaba pasando. El más joven, el envalentonado tullido de los cuatro dedos, soltó su espada y retrocedió asustado, alejándose a la carrera de allí. No es tan fácil ser valiente cuando estás solo y todos están

en tu contra. Akar permaneció nuevamente quieto y sin decir palabra. Los dos muchachos se dieron cuenta de que, pese al combate que acaba de librar, el joven roühm seguía estando en aquella especie de trance sin consciencia.

—¡Acaba con él! —le ordenó Kay. Repitió—: ¡Vamos pecas! ¿A qué esperas? —al ver que Akar no hacía ningún movimiento, añadió sorbiendo con fuerza por la nariz—: Está bien, lumaz, ya lo haré yo.

Los dos caballos marrones también acababan de llegar a la encrucijada, siguiendo los pasos de Vérel, como era lógico. El mayor de los dos hermanos se acercó hasta el suyo y se preparó para montar. La enorme mano izquierda de su grandullón hermano menor le detuvo con firmeza.

—Deja que se vaya. Tengo un plan —Dóbar lo miró con total seguridad en sus palabras.

—¿Tú? ¿Un plan? —negó Kay intentando desembarazarse de él al ver que aquel cobarde enemigo se alejaba y giraba ya por la encrucijada en la misma dirección por la que ellos habían llegado en un principio.

—¡No, espera! ¿Confías en mí? —le preguntó el grandullón soltándolo.

Kay dudó un segundo, miró al cruce de camino y luego a su hermano. Finalmente suspiró con fuerza y se quitó el dichoso mechón de pelo del rostro.

—¡La madre! ¡Lo has hecho! ¡Confías en mí! —Dóbar estaba entusiasmado, parecía a punto de soltar alguna lagrimilla de felicidad.

—¿Me tendré que arrepentir?

—¿Eh? ¡No, no! Mi plan es bueno. Bueno de los buenos.

Solo por ver aquel brillo alegre en los ojos de su querido y bonachón hermano, Kay presintió que, de todas formas, había tomado la decisión correcta.

—¡El cuatro dedos les dirá que vamos a “Naurmad”! —Kay renunció a corregirle—. ¡Eso es bueno! Porque nosotros ya nos vamos para el otro lado, por el camino ese que has dicho, ese que querías hacer tú. Y adiós a los soldados. ¡Adiós soldados! ¿Qué? ¿Te gusta mi plan? —Dóbar casi le suplicó con la mirada al terminar de explicarse.

—Pero verán el rastro, Dob. Sabrán que no vamos a Narmad. ¡Nos cogerán y nos enviarán de vuelta con el asqueroso!

—¡Qué va! Dejamos un montón de huellas por el camino ese de “Naurmad”. Un montón de montones para que las vean bien vistas. Y luego va y acortamos por fuera del camino. ¡Con Vérel no podemos perdernos! —Dóbar hablaba como un niño con un juguete nuevo. Remató—: Y antes de

que se enteren, ¡ya estamos al otro lado de Las Enanas esas! ¡Planazo! ¡Bueno de los buenos!

—“Planazo” —hubo de reconocer Kay sin rectificar lo de “enanas” por “pequeñas”. Hablando directamente al inteligente karinumá, le preguntó—: ¿Te gusta el “planazo” a ti?

En respuesta, Vérel rebufó y dio una alegre vuelta sobre sí mismo, un “¿A qué esperamos?” en lenguaje equino.

—Dob, eres un maldito genio.

—¡La madre! —exclamó este inmensamente feliz.

Kay encabezó la marcha al galope seguido con facilidad por el inteligente karinumá y su inconsciente compañero. Algo más retrasado, Dóbar cerraba la marcha enormemente satisfecho por haber conseguido impresionar a su querido, y mucho más listo que él, hermano mayor.

De todas formas, tendrían que darse prisa para que el plan tuviese éxito.

La encrucijada permaneció en silencio casi medio tercio hasta que por fin los tres muchachos regresaron a ella a toda velocidad. Sin ni siquiera detenerse, salieron del camino guiados por Vérel y prosiguieron su huida en dirección a las pequeñas estribaciones montañosas que separaban las faldas de la fabulosa y gigantesca Éter-Muná de Las Tierras Altas.

La tranquilidad retornó a la encrucijada hasta que una nueva patrulla del Dominio, esta a caballo, se acercó a la misma más o menos casi al anochecer. Al encontrar los cuerpos sin vida de sus tres compañeros se pusieron en alerta por si acaso los desconocidos asaltantes seguían en las proximidades. Dos de ellos se alejaron en dirección a Narmad, el lugar del que procedían. El resto permaneció en guardia en la encrucijada a la espera de refuerzos.

Para su sorpresa, los refuerzos llegaron pronto, con los primeros rayos de sol de la mañana siguiente, procedentes desde los puestos fronterizos del Norte. Un batallón numeroso de infantería y de caballería les informó sobre las nuevas órdenes acerca de los tres peligrosos fugitivos que el general Krutt Hej’Ari buscaba.

Así como del castigo si se fracasaba en su búsqueda.

Y también de la jugosa recompensa si se les entregaba con vida, por supuesto.

Animados y con la codicia por bandera, los mejores rastreadores del batallón encontraron, gracias a la luz del día y con relativa facilidad, el rastro de los tres jóvenes fugitivos. Negros nubarrones comenzaban a formarse en los cielos. A toda prisa, los jinetes del Dominio se movilizaron en dirección a Narmad mientras la infantería se repartió en diversas direcciones con el objeto

de poder avisar al resto del ejército que se había movilizado para capturar a los tres codiciados fugitivos.

Aunque la recompensa para el que los encontrase podía llegar a ser fabulosa, el castigo por fracasar sería de seguro espeluznante para todos ellos.

Cada soldado marchó impelido por esa mezcla corrupta de miedo y ambición.

Antes del final de ese mismo tercio vespertino la tierra tembló ligeramente bajo la encrucijada formando un surco en la misma, aunque no hubo nadie que lo llegara a ver. Un agujero de un brazo de ancho por un brazo de largo se formó al final del surco justo en el mismo lugar en el cual Akar acabase con aquel primer soldado del Dominio, el oficial al mando en realidad.

Una mano escuálida y casi transparente se aferró hasta alcanzar la superficie.

La mano no parecía estar formada por carne normal, humana, sino que era más bien una especie de sustancia espesa y densa envuelta por una fina capa de algo que debía de ser semejante a lo que sería nuestra piel, aunque en este caso dejaba ver lo que recubría. Diez o doce manos como aquella se dejaron ver un breve instante, luego se escuchó un sonido fino y agudo, seguido de otros tantos similares. Inmediatamente después, el surco se dirigió sin dilación y en línea recta hacia Las Pequeñas.

Engañar de aquella manera a los hombres del Dominio era posible.

Hacer lo mismo con los apresadores, no.

* * *

El gran cuerno de combate sonó una última y larga vez. Ura-Ross, el rey renacido, había ordenado el repliegue inmediato de todas las tropas desplegadas entorno a las ruinas de Snata-Úrom, aunque él hacía ya varios soles que había abandonado el campamento. Tras veinte días de asedio, el frente oriental se movilizó dispuesto a cubrir con todo lo que fuese capaz de disparar a distancia el avance de sus compañeros situados en las afueras occidentales de la devastada ciudad élfica. En respuesta, los ónimods desplegaron varias hileras de arqueros dispuestos a provocar el mayor número de bajas posibles entre las filas enemigas movilizadas.

La valiente reina Nisvala y su fiel consejero, el embajador Sódoshd, pensaron en un primer momento que los perlados por fin se decidían a realizar el ataque final, pero al ver pasar a la caballería a toda velocidad y casi en desbandada, entendieron que la maniobra era en verdad de retirada y no de ataque. Los perlados del frente occidental, bajo la cobertura de sus

compañeros situados al otro lado de la ciudad, se reagruparon formando un nuevo y unificado ejército que comenzó a batirse en clara retirada.

En aquella arriesgada maniobra, muchos perlados cayeron bajo el manto de flechas y lanzas con las que los leales a Nisvala cubrieron los cielos. Algunos bravos ónimods, envalentonados al ver la huida de sus sitiadores, empezaron a abandonar sus posiciones estratégicamente seleccionadas con la intención de perseguir y derribar a los cobardes enemigos que se batían en retirada como si no hubiera un mañana.

De todas formas, Snata-Úrom ya no era más que un montón de ruinas destrozadas.

—Detenlos, Sódoshd. No debemos desperdiciar ni hombres ni munición, nos harán falta cuando sitiemos su Bastión —le ordenó la prudente reina buscando la aprobación del otro con la mirada—. Tal vez todo esto no sea más que otra trampa.

—Coincido, mi reina —el embajador sonreía con expresión algo más tranquila ahora que veía a los invasores abandonar los límites fronterizos de los hijos de Elf.

El grupo de barones de guerra leales a la reina hablaban a voz en cuello entre ellos, nerviosos y sin ponerse de acuerdo sobre qué hacer. La mayoría se rascaban sus arrugadas frentes o sus peculiares orejas puntiagudas por arriba y cuadrangulares por abajo. Otros pocos se mesaban sus cuidados bigotes y perillas o se recolocaban sus extraños gorros ceremoniales, un pedazo de tela circular hecho de lana y que, aunque se ajustaba bien a la cabeza, apenas sí las cubría.

—Ya habéis escuchado a la reina, detened a los nuestros y confirmad el repliegue de esa escoria sanguinaria y cobarde —les ordenó el embajador alzando la voz.

Los ónimods guardaron silencio al instante e, inclinándose obedientes, exclamaron a la vez:

—Los dioses nos guíen.

Aquellos barones de guerra eran muchas cosas: guerreros, estrategas y guardianes. Pero sobre todo eran fieles a su valiente reina.

—Mi querida ahijada, debes ser más contundente cuando desees imponer tu voluntad —le aconsejó el experto embajador una vez el último de ellos se hubo marchado.

—Lo sé, *kladak-klgurdé*[16] —Nisvala solía llamar así cariñosamente al embajador—. Es todo tan difícil sin Nútraor. ¡Le echo tanto de menos!

—Mi niña, no te preocupes —el experto embajador le cogió ambas manos con la ternura propia de un amoroso padre—. Pronto volverás a verlo. Los dioses os protegen, no lo olvides.

—Detesto tanto todo esto. La guerra, las muertes, la sangre derramada… —Nisvala observaba como la muchedumbre sierva del cruel rey Ura se alejaba a lo lejos—. ¿Por qué los dioses nos siguen probando era tras era? ¿Acaso no les hemos demostrado ya hasta dónde llega la bondad de nuestros corazones? ¿Cuándo nos dejarán vivir en paz en esta tierra de acogida?

—Tus preguntas son las mismas que se han hecho nuestros grandes reyes y barones desde el primero de los anocheceres, Nisvala. No sé la respuesta a todo ello, pero sí sé cual es mi deber en esta vida —Sódoshd le sonrió ampliamente tal y como tenía costumbre de hacer—. Mi pequeña niña, aún recuerdo la tarde en la que te encontré. Los zafios habían asaltado vuestra caravana y nosotros llegamos demasiado tarde. Doscientas de nuestras pequeñas sentadas y llorando con sus padres yaciendo sin vida en tierra. Y tú… tú, mi niña, te quedaste en medio de ellas con la cabeza bien en alto y sin derramar una sola lágrima. ¡Una perla iluminando lo más profundo del *Dffá káddfker*[17]!

—Te acercaste hasta mí cogiendo mis manos y me prometiste que algún día yo sería la reina que sanaría a todas esas pequeñas que lloraban a mi alrededor —la reina Nisvala comenzó a sonreír al recordar aquel primer encuentro con quien a la postre se convertiría en su padre de adopción—. Los dioses te enviaron para protegerme, ¿verdad, kladak-klgurdé?

—No mi hija, los dioses te enviaron a ti para protegernos a nosotros.

La reina separó sus curtidas manos de las de Sódoshd mirando el horizonte con sus hundidos y pequeños ojos llenos de vida y resolución.

—Le amo, kladak-klgurdé. Amo al rey con toda mi luz. Pero amo más si cabe a nuestro pueblo y a nuestro hogar —la ónimod frunció el ceño en un gesto que significaba firmeza y que hizo que las espesas arrugas de su frente se apiñasen aún más. Juntando los dos dedos oponibles con los que contaba en cada una de las manos, añadió—: Mi esposo tiene razón, debemos luchar hasta el final contra la gélida maldad del Norte. Al precio que los dioses nos hagan pagar. Necesitamos contactar con los elfos de Nésiu-Bilul. Presiento que es hora de pasar al ataque.

—No será fácil sin el gran puente doble, pero así se hará —le replicó el bondadoso embajador convencido de poder lograrlo.

—¡Mi reina! ¡Mi reina! —gritó un ónimod menudo incluso para los de su raza.

De nombre Bnodwiq Ramforq, era un liberto[18] de gran astucia y coraje conocido por su espectacular habilidad para luchar empuñando dos dagas de combate a la vez. Su reputación como magnífico guerrero le había hecho cobrar fama entre los suyos. La reina Nisvala consiguió reclutarlo entre sus leales al salvarle la vida hasta en dos ocasiones en un mismo día.

El genial guerrero gritaba y corría hacia ella haciéndose oír entre el ajetreo y el movimiento del resto de la tropa:

—¡El gran río, mi reina! ¡¡El gran río!!

—¿Bnodwiq? ¿Qué ocurre? ¿Qué sucede con el gran río? —inquirió la reina Nisvala acercándose hasta él.

—Mi reina, el gran río, el Éter-Oent, ¡algo le pasa! —el liberto estaba evidentemente alterado.

—Nuestro genial Ramforq, hablad más despacio y tal vez así nuestra reina logre entender lo que queréis decirle —le aconsejó el embajador intentando tranquilizarle.

—El gran río… —Bnodwiq tomó aire para poder hablar con mayor claridad tras lo cual prosiguió—: ¡se seca! No hay duda, mi reina. ¡Se seca!

—¡El segundo azote! —exclamó involuntariamente la reina mirando a Sódoshd—. Los designios de los dioses son extraños pero creo que, al igual que con la primera, esta segunda penalidad podrá sernos de provecho.

—Pero, mi reina, si el gran río se seca la mejor de las fronteras del Reino Dorado se hallará indefensa por completo —el bravo liberto volvía a hablar apresuradamente—. ¡El Dominio podrá invadirles por donde se le antoje!

—Guardad las energías para la lucha, nuestro bravo Ramforq —le aconsejó sabiamente Sódoshd. Acariciándose su fino y cuidado bigote, expresó en voz alta—: Si es cierto que el caudal del Éter-Oent ha descendido, entonces eso facilitará enormemente que el resto de las divisiones de Krádovel se unan a nosotros sin dificultad.

—Juntos lograremos acabar con Ura y sus salvajes antes de que el Dominio pueda hacer nada —terminó por explicar la reina—. Embajador, no debemos demorarnos.

—Mi reina —Sódoshd la había aconsejado hacía ya algún tiempo que debían tratarse en público con las debidas formalidades. Tras hacer una respetuosa reverencia, se despidió de ambos—: Los dioses nos guíen.

Mientras el experto y bondadoso embajador se alejaba preparando el encuentro con los élficos sitos al otro lado del gran río, el cual en verdad perdía caudal y se secaba por momentos, la reina le preguntó a su leal y menudo guerrero:

—¿Qué creéis que le ha podido pasar al gran río, Bnodwiq?

—Crueldad néldor, sin duda. Solo los seguidores del Inmortal serían capaces de secar los ríos con los que los dioses riegan a Kárindor. Solo ellos son así de cobardes.

—Esperemos que nuestro valor sea más fuerte que el Mal que guía a los esclavos de Kaz-Minkú —le contestó la reina.

Nisvala permaneció junto a su fiel liberto observando la decrecida del más grande río de entre todos aquellos que existían en el mundo conocido, siguiendo con la mirada el sinuoso cauce que se perdía en el lejano horizonte.

Si hubiese podido sobrevolarlo en dirección al sur, habría descubierto que el caudaloso río descendía en una línea más o menos recta durante un buen número de soles de distancia separando las Tierras Fronterizas del extremo más oriental de Las Áridas, desembocando finalmente mucho más lejos de Snata-Úrom, allá donde la ciudad-castillo élfica de Súrisdor resistía el embate de sus enemigos era tras era.

Por contra, si hubiese podido sobrevolar el ancho río en dirección al norte, habría descubierto que, bastante antes de llegar a su nacimiento, sus aguas se adentraban en un frondoso bosque establecido entorno a las lomas meridionales del cruel reino perlado, sin perder ni anchura ni profundidad en ningún momento, regando con sus aguas cristalinas y tranquilas los altos árboles existentes en las faldas de dichas estribaciones naturales. Durante siglos, la buena labor de la Segunda Raza había permitido que ese bosque creciera con rapidez, aunque su marcha forzada poco antes de la Gran Guerra significó el fin del maravilloso crecer de la vida en tan bello paraje de Belfáel.

Las veredas del río, antes de llegar a los primeros árboles de ese frondoso bosque, formaban profundas y peligrosas quebradas naturales que dificultaban en gran medida el paso por ellas. Pequeños antílopes y alguna que otra cabra montesa vivían casi sin enemigos naturales en las quebradas del gran río. Era un lugar propicio también para pequeñas aves rapaces e incluso para alguna que otra águila pescadora de mayor tamaño. Los peces del Éter-Oent eran de un peso y de una medida excepcionales, además de poseer un sabor único y una textura deliciosa, más aun debido al hecho de que durante varias decenas de años nadie se había podido dedicar plenamente a la pesca dado lo peligroso del lugar y lo cercano de las fronteras enemistadas. Sin embargo, capturarlos no era nada fácil como bien sabían los habitantes de los escasos asentamientos élficos establecidos a sus orillas.

El caudaloso río torcía súbitamente a mitad del bosque en dirección al interior de las lomas mencionadas anteriormente, siendo abundantes los

rápidos y cataratas de pequeña altura en esa parte del recorrido. El caudaloso Éter-Oent recibía su ingente cantidad de agua cristalina y pura de numerosos riachuelos y torrentes existentes en la zona que iban a parar hasta él atravesando aquellas escarpadas lomas ahora en posesión de los perlados.

En esa parte el río se tornaba furioso y violento, los rápidos se volvían peligrosos e imprevisibles y las cascadas eran altas e inalcanzables.

No obstante, el principal caudal del Éter-Oent procedía de una pequeña montaña de difícil acceso, en donde nacía brotando del interior del mismo con fuerza y esplendor. El lugar formaba un precioso lago natural que muy pocos habían llegado a contemplar y que en otros tiempos fue un punto de encuentro para los reyes de los hombres.

Sin embargo, en ese aciago día, gran parte de esos riachuelos y torrentes de los que se alimentaba el caudaloso río de Belfáel prácticamente no portaban agua en sus cauces. Peces muertos, piedras y fango era lo único que podía verse en ellos. El hermoso lago natural se había convertido en una presa artificial que había anegado toda la zona circundante, estancando el agua en su interior. Numerosos insectos, como moscas y mosquitos, habían medrado en esas condiciones. Algún que otro animal de mayor tamaño había caído presa de sus picaduras. En uno de los extremos del lago habían sido puestas grandes piedras, talladas sin mucha traza, cerrando el paso del agua e impidiendo así su natural descenso hasta el mar. En otros lugares de las lomas, las aguas habían sido desviadas hacia el valle de los perlados regando las tierras de su interior hasta unirse al río central que desembocaba finalmente en el gran azul, el mar oriental que separaba los continentes de Valtra y Belfáel.

En ese río central, los perlados habían aprovechado una magnífica torre, diseñada por los Instructores y construida por los arquitectos e ingenieros del pueblo del brillo verde, para edificar entorno a tan esplendoroso bastión una ciudad de gran tamaño. Rodeado por completo por aquel río, el Bastión de Ura-Ross había sido fortificado y mejorado con nuevos y espesos murallones, además de otros tantos torreones defensivos. Alrededor del bastión, y siempre a resguardo gracias a las aguas del río que lo protegían como defensa natural, los perlados habían ido construyendo pequeñas casuchas y almacenes rectangulares que usaban como hogares y cuadras.

Muchos puntos de esa desordenada ciudad se hallaban separados del resto por paredes de ladrillo rojizo usadas como improvisadas murallas internas.

Cada poco, torres de forma piramidal cubrían vigilantes una amplia parte de la ciudad perlada. Escombros, restos y desperdicios se acumulaban en las

callejuelas de la ciudad, sin que nadie pareciese preocupado por ello. Cercanas a las elevadas torres piramidales de vigilancia habían sido establecidas también pequeñas plazoletas con altares de piedra en sus laterales, desgastados ya por su continuo uso. Esos altares de piedra eran utilizados para extraños rituales así como para efectuar sanguinarios sacrificios en honor a su rey y dios. Sacrificios de animales —en escasas ocasiones—, o de niños y de vírgenes —la inmensa mayoría de las veces—.

Muchas de esas plazoletas humeaban ahora.

Aunque la ciudad permanecía cerrada a cal y canto y llena de patrullas que recorrían tanto sus calles como las afueras de la misma, sus moradores no parecían cansarse nunca de celebrar esos violentos y asesinos sacrificios.

No por nada se le llamaba el Reino Cruel.

Y allí era hacia donde ahora se dirigía al galope el rey renacido, el más poderoso aliado de los néldor y heredero directo del más antiguo de los patriarcas y reyes del perdido valle sagrado de los Primeros. Sin embargo, Ura hubo de detenerse forzosamente antes de alcanzar su objetivo ya que un asentamiento de anchas tiendas se había establecido a poca distancia de la entrada principal de su ciudad capital.

No viajaba solo.

Uno de los tres emisarios néldor que le habían acompañado en el retorno a su hogar le explicó:

—Un regalo del Mal en pago por vuestros servicios.

El emisario extendió sus dos manos hacia las anchas y redondas tiendas haciendo uso del don corrompido que tan bien dominaba. Al momento, se escuchó movimiento procedente del interior de las mismas.

El rey Ura asintió complacido al ver salir de las tiendas a aquellos que se ocultaban en su interior.

—¡Guerreros gonrastz, contestad a la llamada de la Muerte! —les ordenó otro de aquellos emisarios néldor que habían escoltado al rey renacido desde la asediada Snata–Úrom. Dirigiéndose al cruel monarca, le comunicó—: Kaz-Minkú desea que tú los comandes. Lucha con ellos y acaba para siempre con todos los hijos de Elf.

—Matad o morid —fue lo único que les indicó el complacido rey a sus nuevos guerreros enseñándoles en alto tanto su fea y gran hacha con el mango revirado de color hueso amarillento como su pesado escudo circular recubierto de gruesas cadenas de duro metal.

Los miles de gonrastz allá reunidos rugieron con su característica fuerza y maldad reconociendo la voz de aquel que sería desde ese entonces su nuevo

amo y señor. El ejército llegado desde Los Caídos había recorrido la distancia que separaba el cementerio sagrado de Valtra del Bastión de los perlados en muy poco tiempo y ya llevaba esperando a las afueras de la ciudad sin hacer nada durante demasiados tercios.

Sin haber probado bocado en semanas, los gonrastz se hallaban en verdad hambrientos y furiosos.

En un estado ideal para el cometido que debían cumplir.

Ura-Ross no esperó a entrar en su ciudad ni a reorganizar a los suyos. Que los emisarios lo hicieran por él. Con su horrible y tatuado caballo pálido color amarillento, se lanzó encabezando tan peligrosa jauría, deseoso de poder entrar en acción después de tantas lunas de no hacer realmente nada de interés.

En su cabeza y en la de sus gonrastz tan solo resonaba una única palabra: muerte.

⁎ ⁎ ⁎

—¡Venga pelirrojo! Date prisa —le gritó Kay desde la distancia. Dirigiéndose a su hermano pequeño añadió—: Como siga parado mucho más tiempo va a hacer que otra vez nos pille la tormenta. Míralo, ¿qué hace?

Ajeno a los espesos nubarrones que se estaban formando nuevamente en lo alto del cielo, Akar había detenido a Vérel y parecía mirar fijamente el camino recorrido. Desmontó tranquilamente poniéndose después con la oreja bien pegada a la tierra. Los dos hermanos sabían que el joven príncipe todavía seguía en esa especie de estado de trance en el que le dejara el golpe dado por Dóbar. El roühm no era capaz de pronunciar palabra y parecía no verles, aunque sus ojos volvían a ser los de siempre y no blancos como si estuviesen cegados. Sin embargo, y pese a que Akar comía, bebía y hasta hacía sus necesidades con completa y aparente normalidad, era evidente que para él sus dos acompañantes no existían. En respuesta a la pregunta de Kay, Dóbar rebuscó entre sus cosas. Cuando encontró lo que buscaba, exclamó:

—¡Por si acaso!

—Serás tontorrón —Kay se rascó la nariz con fuerza y luego volvió a quitarse el molestoso mechón de pelo. Añadió negando con la cabeza—: Anda, guarda el tronco pelado ese.

Entristecido, Dóbar miró primero a su hermano y luego a su querida “arma”. Ignorando las palabras de Kay, musitó:

—Por si acaso.

—¿Vienes o qué? —preguntó nuevamente y a voces Kay.

—¡Vérel! ¡Vérel! Venga, ¡ven! —le ordenó en la distancia Dóbar al sabio karinumá.

El instintivamente inteligente corcel les miró desde donde estaba con las orejas bien tiesas, después miró a Akar y luego, tras rebufar con fuerza, volvió a mirarlos como queriéndoles decir que tenía que esperar a que su joven compañero humano terminase con lo que estaba haciendo.

Impaciente, Kay fue incapaz de contenerse por más tiempo, así que fustigó a su propio caballo para regresar hasta el lugar en donde Akar permanecía rostro a tierra.

—¿Eh, pelirrojo? ¿Me oyes o qué? ¡Oye, pecas! ¿Nos vamos de una vez? —Akar no se movió ni un dedo de la posición en la que se encontraba.

—Silencio —pronunció Akar con voz tan grave que logró impresionar por un instante al agitado muchacho. No parecía su voz, sonaba mucho más adulta, menos inmadura.

—¡Anda! ¡El lumaz habla!

—Nos vamos —le ordenó Akar mirando al infinito.

El joven príncipe subió a Vérel y enseguida este comenzó a alejarse de allí al trote.

—¡Ideal! —se dijo a sí mismo Kay comenzando a reírse de buen gusto y a grandes carcajadas.

Azuzó a su caballo y alcanzó al joven jinete rojo sin esfuerzo. Dóbar se les unió rápidamente en cuanto estuvieron a su altura.

—¿Qué ha dicho? —inquirió curioso.

—"Silencio" y… —le respondió imitándolo con gracia Kay— …"nos vamos".

—¡La madre!

—Gracias —les dijo de repente Akar.

Entonces el roühm puso a Vérel a galopar por la planicie en la que ya estaban, la cual de hecho formaba ya parte de Belfáel, dejando atrás tanto a la inminente tormenta como a los dos desconcertados y perplejos hermanos.

—De nada, pelirrojo —Kay comenzó a reírse nuevamente y se puso a galopar a su vez.

—¡La madre! —repitió Dóbar saliendo tras ellos a toda velocidad.

Los dos caballos marrones resoplaron para dar alcance al fabuloso karinumá que avanzaba, en comparación con ellos, con relativa facilidad. La imagen de sus blancas crines contrastaba con el negro azabache de Vérel y el peculiar rojo fuego de su melena y de su cola.

Akar avanzaba inexpresivo y con la mirada perdida…

Kay no dejaba de sonreír disfrutando con la loca y acelerada carrera que le permitía huir de todo lo malo. De poner a salvo a su querido hermano de tanto sufrimiento y dolor…

Y Dóbar… Dóbar miraba de vez en cuando a su querida “arma”, aquel tronco hueco y desgastado…

Solo por si acaso.

La desembocadura del Laoent les aguardaba al final de Las Tierras Altas que ahora atravesaban a galope tendido.

Un tercio después, al anochecer, las pisadas encharcadas que aquellos tres jinetes y sus corceles dejaran en la sólida tierra fueron removidas al temblar el suelo bajo ellas. La Gorá, la luna fragmentada de Kárindor, ascendía iluminando Las Altas desde su trono inalcanzable en los cielos. El surco de tierra causado por los apresadores en su cacería se deslizaba a gran velocidad siguiendo el rastro inconfundible dejado por los tres fugitivos. Un gritito extremadamente fino y agudo se escuchó procedente del interior del surco de tierra al atravesar el lugar en el que Akar se detuviera. Al hacerlo, el surco avanzó aún a mayor velocidad y en línea recta.

El día de darles caza se acercaba inexorablemente.

… 23 de Tralev del 20º Eunú, Quinta Era

Capítulo VIII

LA TRAICIÓN DE GRUG, EL IMPOSTOR

BARRILES de cerveza y buen vino acompañaban la exquisita y jugosa carne de cerdo y de ciervo que los comensales devoraban con avidez en la fastuosa fiesta que se estaba celebrando en una de las grandes salas de los niveles superiores de la ciudad. Desde que los híbridos comandados por Grug llegasen procedentes de Ádalid —la capital sureña de la Tercera Raza en Belfáel—, festejos, celebraciones y banquetes como esos se habían vuelto algo común en Moradas, la inexpugnable, la ciudad subterránea de los hijos de Veühm.

El Gremio de Comercio, encabezado por sus tres ricos mandamases, no reparaba en gastos ahora que el control de la ciudad se hallaba por completo en sus manos. La fuerza y la brutalidad casi animal de los guerreros híbridos bastaban para acallar cualquier tipo de protesta o de queja que surgiese. El oro y las riquezas se acumulaban desbordando la monumental y gigantesca sala del tesoro del poderoso y tiránico gremio. En compensación a su labor “pacificadora”, los híbridos se turnaban cada noche en orgías y borracheras entorno a grandes platos llenos de grasienta comida que terminaba por lanzarse casi totalmente a la basura al alba siguiente. El Soberano de los híbridos le cobraba al Gremio de Comercio la miserable cifra diaria de cinco

lingotes de oro y uno de plata por el servicio mercenario que le prestaban sus soldados.

La situación en la ciudad subterránea se estaba volviendo insostenible por momentos. La inmensa mayoría de los gremios más pequeños y con menores recursos ya habían sido absorbidos directamente por alguno de los tres grandes mandamases del Gremio de Comercio. Aquellos que habían protestado ante tales injusticias habían sido "amablemente invitados" a salir de la ciudad.

So pena de ser ejecutados o encarcelados, por supuesto.

De hecho, el sabio padre de Íngraham había sido de los primeros en tener que abandonar su hogar, seguido de un buen puñado de veühmianos que, descontentos con la nueva situación, ahora se hallaban acampados a cierta distancia de allí, cerca de la frontera situada entre el Reino Dorado y el misterioso bosque de Albnoc.

Numerosas familias al completo se habían visto obligadas a vivir prácticamente en la indigencia a causa de todo ello. Los robos y la sensación de inseguridad habían aumentado a un ritmo alarmante. A los tres viejos mandamases del Gremio de Comercio no parecía importarles mucho aquellas penurias y dificultades ahora que poseían el control total de las armas, los suministros y aquellos brutos mercenarios híbridos llegados de Ádalid.

El grupo de híbridos que participaba esa noche en el banquete era mucho más numeroso que el de costumbre.

La fiesta y la juerga durarían hasta el día siguiente.

Ajeno al jolgorio de los suyos y al creciente descontento y miedo que los habitantes de la ciudad comenzaban a mostrar, el Soberano de los híbridos del Sur esperaba en el interior del promontorio central de la profunda ciudad del pueblo de los sinrey. Frente a él se hallaba la entrada principal de lo que fueran las estancias de los reyes de la ciudad de entre los cuales Veühm, el llamado "el Creador", había sido el último de sus propietarios. Desde su partida a la gran guerra del Norte, las estancias reales permanecían cerradas y a la espera de que alguien las reclamase legítimamente. Construidas y reformadas a lo largo de los siglos por los sucesivos monarcas del reino, dichas estancias reales se hallaban situadas exactamente en el centro de aquel promontorio.

Aquel lugar era el epicentro mismo de toda aquella inmensa ciudad subterránea.

El doble parpadeo incesante del híbrido mostraba a las claras que se hallaba inquieto e impaciente. Los aretes y anillos clavados en su piel

resquebrajada brillaban de forma extraña ante la iluminación tenue y verdosa del lugar. Dos de sus mejores guerreros, híbridos aún más fornidos y altos que él, le acompañaban sin atreverse a decir nada ni a moverse.

Cansado de esperar, Grug se dirigió a las puertas de las estancias reales y las abrió de una patada salvaje. La vieja y oxidada cerradura de hierro se partió ante la brutal acometida del furioso híbrido. Los dos guerreros que le acompañaban hicieron intención de seguirle, pero su Soberano les indicó que no con un gesto claro de una de sus dos manos izquierdas. Los dos obedientes guerreros se dispusieron a hacer guardia entorno a la entrada.

El monarca híbrido avanzó con facilidad por la estancia escasamente alumbrada, veía mejor en la oscuridad de la noche que bajo la luz del mediodía. Grug llevaba demasiado tiempo esperando ese momento como para tener dudas ahora que estaba tan cerca de cumplir con su cometido.

Arriba, en la fiesta, los tres ricos mandamases del Gremio de Comercio miraban embelesados como un grupo de jóvenes muchachas escasamente vestidas danzaban y se movían sensualmente moviendo las caderas y la cintura con provocación mientras los híbridos no paraban de beber, de comer y de pelearse.

El híbrido accedió a una sala alta y abovedada repleta de sillones de madera blanca y bancos de metal gris que rodeaban un pequeño y desgastado atril de piedra. Según le habían explicado, la piedra de ese atril había sido la primera en ser labrada por los humanos tras expulsar a los últimos moradores de la Tercera Raza que aún permanecían ocultos en sus profundidades.

Aquel era el lugar señalado para su cometido.

Lanzó por los aires algunos de los sillones blancos de madera con los que se cruzó hasta que por fin llegó hasta aquel atril de piedra.

Ahora debía seguir esperando.

El Mal de Válruz había tramado un astuto y siniestro plan. Un plan basado en falsedades y engaños, como siempre. Un plan que terminaría con una nación entera en un único gesto y del cual Grug, Soberano de los híbridos del Sur y miembro de pleno derecho del Concilio de Krádovel en Belfáel, era la pieza fundamental.

Porque su vida entera era una farsa total.

Porque él había sido en verdad el traidor en el Concilio.

Todo lo que dijera o hiciese ante los demás, pura palabrería hipócrita, pues Grug no era más que un simple impostor creado gracias a las artes oscuras de los corruptos néldor. Un impostor que había sido capaz de suplantar al auténtico monarca de Ádalid durante largas estaciones con

verdadero éxito. Un espía al servicio del Dominio esperando a ser usado en el momento adecuado, aunque ni siquiera el híbrido hubiese sido consciente de ello en un principio.

Hacía ya largo tiempo que Sombras, el noveno jinete, había sido capaz de embaucar al verdadero rey Grug de los híbridos del Sur con mentiras y falsas promesas de reconciliación con sus hermanos de Abismos, consiguiendo que este consintiera en viajar hasta Kaz-Minkú para reencontrarse con su homólogo de Valgora. Madre-Muerte usó sin reparos al engañado monarca forzándolo para engendrar un nuevo ser, un nuevo Grug, leal a los designios y propósitos del Mal e idéntico al original en su aspecto físico. Y Naam había conseguido que la criatura nacida se desarrollase plenamente en una única y fría noche de Válruz gracias a sus conocimientos prohibidos.

Ese ser era él.

Grug, el impostor.

—Amarás a quien te ha dado la vida, criatura mía —le había dicho Madre–Muerte acariciándolo con ternura con una mano mientras que con la otra le efectuaba pequeños cortes con una de sus afiladas uñas pintadas de negro—. Obedecerás al Mal y a su sempiterna oscuridad. Cuando llegue el momento cumplirás con aquello para lo cual te he dado la vida. Mi pequeña criatura impostora, no me olvides, a mí, a tu madre. No olvides mi aroma, ni la suavidad de mis abrazos. No olvides mi amor —la perversa néldor se había alejado lentamente de él dejándolo a solas con el gran general de los ejércitos del Dominio, Naam.

—Vivirás, comerás y gozarás entre los tuyos sin recordar nada hasta que llegue el día en el que debas cumplir con tu cometido —el peligroso néldor de sangre pura le había aferrado por el cráneo con ambas manos haciéndole muchísimo daño con ello.

Asustado y sin entender apenas quién era él y quiénes eran aquellos sombríos seres, sintió como el pelo le comenzaba a crecer a gran velocidad y en forma de cresta llegando hasta la mitad de su espalda, tal y como lo tuviese el auténtico Grug.

Naam nunca descuidaba ningún detalle.

Aún no lo haces, ¿verdad?

Antes de que los recuerdos del verdadero rey inundasen los suyos, escuchó las últimas palabras que le diría el poderoso general:

—La vida solo es el principio de la muerte.

Después, el híbrido impostor despertaría de camino a Ádalid creyéndose el auténtico Soberano de los híbridos del Sur sin recordar nada de su

verdadera existencia y origen.

Ahora, Grug, el impostor, abrió los ojos nuevamente al percibir movimiento afuera. El grupo al que esperaba parecía haber llegado ya. Ellos eran quienes le traían el objeto que debía depositar ante la piedra que ahora pisaba con sus pies descalzos, cumpliendo así finalmente con el cometido para el cual había sido creado. El objeto había sido llevado hasta Ádalid desde Kaz-Minkú por el primero de los emisarios néldor y, aunque él no lo sabía, era una réplica exacta de aquello que recibieran sus hermanos de Valgora. Los pasos inconfundibles de cinco o seis híbridos resonaron al acercarse hasta la sala en la que Grug, el impostor, aguardaba impaciente. En la descontrolada fiesta, los tres ricos mandamases habían comenzado a cantar una vieja y obscena canción muy popular en los antros de peor calaje de la ciudad mientras se abalanzaban como animales en celo sobre las jóvenes bailarinas.

La canción decía algo así como:

¡Muchacha desnuda, mírame y suda!
Vino y cerveza, recorre mi cabeza;
niñas y mujeres son mis placeres;
fiestas y oro, es lo que adoro;
muslos y pechos, sobre ellos me echo;
¡Muchacha desnuda, mírame y suda!
¡Muchacha menuda, mira quién te saluda!

Al acercarse el dañino objeto, Grug sintió aquel mismo frío intenso que Naam le provocase antes de insertarle los falsos recuerdos y mandarle de vuelta a Belfáel. Cuando el primero de los emisarios néldor le había hecho entrega por fin del objeto había sentido también lo mismo, con igual intensidad.

Había despertado así a su verdadero yo.

El impostor.

El Soberano de los híbridos del Sur se vio obligado a dejar a un lado sus vivencias pasadas y aquello que creía que era, pasando a ser un mero títere al servicio del Dominio, sin que nada se pudiese hacer para impedirlo.

Efectivamente seis híbridos se acercaban hasta allí portando un pesado cofre adornado con anillos y aretes similares a los que Grug llevaba clavados en su dura piel resquebrajada. Ajenos a aquello, la música y la obscena canción seguían sonando arriba mientras los tres mandamases y los híbridos perseguían de mala manera a las pobres muchachas: "*¡Muchacha desnuda, mírame y suda!*"….

Los seis híbridos se postraron obedientes ante su Soberano, arrodillándose y depositando el cofre en el frío suelo de piedra. Grug, el impostor, sentía

como su corazón saltaba acelerado en el interior de su pecho. Los otros híbridos comenzaron a mirar de reojo a su monarca sin entender qué iba a suceder. El aroma suave y dulzón de la matriarca néldor que le había engendrado le llegó hasta sus papilas olfativas con claridad meridiana.

En ese mismo momento, dos de los gordos y viejos mandamases habían arrinconado, bajo la atenta mirada de un par de borrachos híbridos, a una asustada adolescente de no más de catorce o quince años: "…*Vino y cerveza, recorre mi cabeza; niñas y mujeres son mis placeres*…".

Grug no había olvidado a su siniestra progenitora, a Madre-Muerte. No había olvidado el odio que el Mal sentía por los sinrey de Moradas, la primera de las ciudades en las cuales la Tercera Raza había sobrevivido durante la gran glaciación de Kárindor y de la cual habían sido expulsados por la fuerza. Odio gracias al cual él, un falso rey impostor, había visto la luz del mundo.

O eso le hacían creer sus falsos recuerdos.

Con nerviosa lentitud abrió la tapa del cofre hasta destaparlo del todo.

El vrédum que permanecía prácticamente a oscuras se encendió al presentir el peligro y el poder maligno y mortífero del objeto que los néldor habían logrado introducir en la ciudad subterránea de Belfáel con tanta saña.

Justo en ese instante, el tercero de los mandamases comenzó a aplaudir a rabiar al ver como un grupo de hasta diez híbridos arrancaban de mala manera la escasa ropa con las que él y sus otros dos compañeros del Gremio de Comercio habían obligado a vestirse a las jóvenes muchachas: "…*fiestas y oro, es lo que adoro; muslos y pechos, sobre ellos me echo*…".

Grug, el impostor, alargó dos de sus cuatro manos al interior del cofre dispuesto a extraer el destructivo y devastador objeto de su interior. Los arrodillados híbridos se inquietaron en su fuero interno, su natural instinto de combate les avisaba que algo terrible estaba a punto de acaecer. El Mal había hecho algo parecido con anterioridad, en otra ciudad, en otra capital que ahora permanecía yerma y desolada, y en la cual tan solo lograba permanecer en pie un mausoleo con una piedra conmemorativa a la cual llamaban La Piedra del Perdón.

La fiesta continuaba desenfrenada arriba en la ciudad, mientras la mayoría de los hombres y de las mujeres dormían ajenos a lo que estaba a punto de acaecerles. Muchas familias sin hogar permanecían abrazadas en oscuros pasillos intentando darse calor mutuamente. Bebés hambrientos lloraban sin consuelo reclamando una cena que no les llegaría jamás. En la frontera con el Reino Dorado, el padre de Íngraham permanecía mirando las estrellas

preguntándose por qué le temblaba el corazón de esa forma y qué era eso tan terrible que tenía la seguridad que estaba a punto de ocurrir.

Los libros de historia recordarían ese día como la traición de Grug, el impostor.

Más allá de toda moral, el tercero de los ricos y viejos mandamases se había unido a sus dos compañeros quitándose el cinturón y aflojándose el botón del pantalón dispuesto a disfrutar del goce con una de aquellas indefensas muchachas que ni siquiera se atrevía a mirar ni a moverse del miedo atroz que sentía. La canción resonaba burlona: "…*¡Muchacha desnuda, mírame y suda! ¡Muchacha menuda, mira quién te saluda!*".

El falso Soberano híbrido extrajo completamente el objeto del cofre aferrándolo firmemente.

La fiesta había terminado.

* * *

Las olas rompían furiosas los escarpados acantilados que podía ver. Hacía años que había descubierto el lugar y cómo acceder a sus fenomenales vistas. No sabía exactamente el porqué, pero el tremendo y salvaje ruido del gran e inexplorado océano azul le calmaba. El sonido furioso del agua golpeando contra la dura roca caliza rompiéndose en blanca espuma lograba tranquilizarle. "¿Cuánto tiempo llevamos ya viviendo aquí?", se preguntó mentalmente el hombre. "Claro, hoy hace ya dieciocho", se contestó a sí mismo sin pronunciar palabra en voz alta.

El Refugio, o como lo llamaban los más jóvenes del lugar, Los Olvidados de Valgora, era una creciente ciudad humana edificada sobre las ruinas de lo que fuera en otra era la capital occidental del Imperio Negro y en la cual había morado, según contaban las leyendas y los obeliscos que lograron traducir al llegar a ella, un antiguo y cruel general néldor al que las inscripciones y las runas definían como "Último Príncipe y Señor de los Abandonados".

En cualquier caso, cuando ellos llegaron allí el lugar se hallaba vacío y deshabitado, así que lo habían ocupado y reedificado con mucho esfuerzo, duro trabajo y una incansable fuerza de voluntad. Aquellos elementos que pertenecieran al Imperio del Mal fueron tallados y fundidos nuevamente formando la ciudad que ahora podía verse. A su fondo, montañas de pico redondeado, desde una de las cuales el hombre miraba aquellos bellos acantilados, se intercalaban con un frondoso bosque situado a sus afueras mediante un profundo páramo lleno de palmeras de tronco fino y alargado y todo otro tipo de árboles frutales. Ese bosque era la principal fuente de

alimentación de El Refugio mientras que aquellas suaves montañas les servían para apacentar el ganado y también como canteras naturales.

El hombre recordaba lo duro que había resultado comenzar de nuevo tan lejos de sus hogares y de sus familias, aunque no habían tenido otra opción. El desierto de arena interminable que casi había acabado con ellos también les había permitido escapar con vida de los ejércitos incontables de híbridos que les habían perseguido desde su llegada a Valgora, tras derrotar a los zafios y cruzar El Paso de los Jueces.

Los hombres sabían que allí habían de morir, pero prefirieron eso a atravesar el inhóspito desierto una segunda vez.

Las cosas mejoraron bastante cuando un grupo numeroso de amazonas salvajes salió del espeso bosque uniéndose a ellos de buena gana. Reacios al principio, los solitarios hombres habían terminado por juntarse con ellas formando nuevas familias sin llegar a saber nunca en realidad de dónde habían salido aquellas salvajes. De hecho todavía no habían resuelto el misterio del porqué solo había mujeres y no hombres.

Los refugiados les habían enseñado su idioma y sus costumbres y las nativas del bosque habían aprendido deprisa. Ahora El Refugio medraba y crecía llena de los muchos jóvenes ya adolescentes que habían nacido allí. Aquellos muchachos le hacían pensar a aquel hombre en su propio hijo y en la madre de este, a la que recordaba como la más querida de todas sus amantes. Con ojos apenados y entristecidos, el hombre retornó a su cruel realidad y regresó a El Refugio.

Las calles se hallaban misteriosamente tranquilas, así que el hombre tuvo la certeza de que la Asamblea estaba reunida. En ella, todos los habitantes de la ciudad que quisieran tenían voz y voto, sirviendo como punto de encuentro en el cual poder tratar cualquier asunto relacionado con el interés general de los refugiados. Un amplio foso natural era lo que utilizaban para celebrarla. Aquellos que quisieran hablar o decir algo únicamente debían descender hasta el fondo del foso y exponer la cuestión o tema. El eco natural del foso hacía llegar con claridad la voz de quien hablaba hasta todos aquellos que se arremolinaban en las gradas situadas en sus altos.

¿“Qué querrán esta vez”?, se preguntó molesto el hombre uniéndose sin demasiadas ganas a la multitud reunida.

Al ver quién tenía la palabra, comenzó a descender hasta el foso sabiendo lo que le tocaría hacer, lo mismo que cada año por aquellas fechas desde el día que llegaran a esas ruinas antes abandonadas.

—Hoy hace dieciocho años que llegamos aquí —recordaba un rechoncho hombre cincuentón de pelo color rojo intenso—. Ha llegado el momento de fijar el día del regreso —un murmullo de inquietud se levantó entre los asistentes. Más de uno y más de dos escupieron al suelo supersticiosamente. Algunos, no obstante, escuchaban con atención. El cincuentón siguió hablando—: ¿Quién de vosotros no echa de menos Roühm? ¿A su vino, a sus corceles y a su gente? ¿Quién no echa de menos a sus mujeres? ¿A sus hijos?

—¡Yo no! —le contestó uno de ellos desde las gradas superiores.

El resto rio abiertamente al reconocer la voz, ya que ese tipo disponía en El Refugio de un harén de casi treinta esposas y concubinas mientras que en La Fortaleza había permanecido soltero y sin pareja conocida.

—Jinetes rojos —siguió intentando convencerles aquel hombre cincuentón—, debemos regresar. Debemos hacerlo ya.

—Dime, Ehormul —le contestó otro soldado veterano desde las gradas—, si el desierto casi acabó con nosotros cuando éramos fuertes y jóvenes, ¿cómo pretendes que nuestros niños, nuestras mujeres y nuestro ganado soporten ese camino maldecido por los cielos?

—¡Eso, Ehormul! ¡Habla! ¡Explícate! —le increparon otros tantos desde las gradas vociferando todos a la vez.

—¡Es imposible! ¡Es un suicidio! —exclamó uno de los guerreros más veteranos de El Refugio haciéndose oír incluso por encima del griterío. Luego añadió—: ¡Loco! Eso es lo que eres Ehormul, ¡¡un loco!!

—El viaje no será fácil, pero es posible —insistió el tal Ehormul, quien era en verdad un familiar por parte de madre de Ormul, el mentor de Akar—. Podemos obtener alimento en abundancia para cruzar el Kazarb**[19]** y…

—¡Que hable él! —propuso alguien al ver descender al hombre del acantilado hasta el fondo del amplio foso.

La totalidad de los presentes corearon la petición a excepción de Ehormul.

—¡Sangre y honor! —contestó este al llegar al fondo, tras lo cual los veteranos jinetes de Roühm prorrumpieron en gritos y vítores que cesaron en cuanto el hombre siguió hablándoles—. Ehormul tiene razón. En parte. Deberíamos volver. Pero no lo haremos. El Refugio es nuestro hogar ahora. Los Olvidados nos haremos fuertes aquí y entonces, solo entonces, los hijos de vuestros hijos o tal vez los hijos de sus hijos, serán capaces de regresar a Valtra. Pero no iremos a la guerra hasta que tengamos la certeza de que podemos cortarle la cabeza al sucio Amo del Norte. Pero una cosa os prometo… eso pasará. Pasará… ¡¡y será un jinete rojo el que lo hará!!

—¡¡Viva el rey!! ¡¡Viva el rey!! —vociferó más que satisfecha aquella veterana muchedumbre de guerreros.

—Es un error —le dijo Ehormul al hombre—. Es un error, gran Adkra.

⁎ ⁎ ⁎

Algunas de las placas de vrédum de la sala explotaron en cuanto el objeto estuvo al aire libre. El resto comenzó a brillar con mayor fuerza, causando un resplandor que llegaba a ser molesto. Grug, el impostor, levantó el objeto por encima de su cabeza, dejándolo a la vista del resto de los híbridos arrodillados. Dos de ellos se pusieron en pie de forma instintiva. Su falso Soberano sujetaba orgulloso y airado el objeto: una gruesa y enorme espada aserrada de filo negruzco y plateado.

Cada uno de los dientes de la espada resultaban ser como colmillos afilados y amenazantes, capaces de conservar su perfecto filo pese al irremediable paso del tiempo. Gracias a las forjas de la ciudad sin luz y al más sólido de los materiales que los esclavos del Dominio extraían de las minas de lava de Kaz-Minkú, los dientes aserrados habían sido engastados y puestos a mano uno a uno en la gran espada. El material con el que estaban diseñados procedía de los escasos restos existentes de la legendaria espada denominada *Épica*, la única de las armas de los Primeros que había sido hallada en el valle sagrado por el glorioso patriarca de los corazón-negro.

Una rareza de los albores de los tiempos.

El centro de la hoja se hallaba completamente hueco, con la figura de un terrible dragón de rostro cadavérico, similar al símbolo imperante del Dominio Negro, sujeto al resto de la espada mediante finas tiras de un metal duro y dorado prácticamente indestructible. El amplio mango de la espada era ligeramente alargado y negro, terminando en una forma más o menos redondeada en su parte final. Numerosas runas y explícitos símbolos del kradparuná antiguo habían sido labrados en el mango con una amplia variedad de referencias a la muerte y al Mal. En dicha parte final poseía, además, un marco plateado y, en su interior, un hueco no demasiado amplio con la forma exacta de una media luna.

De allí procedía, quién sabía el cómo y el cuándo, la Media Gorá, el objeto sacro más valioso de todos cuantos custodiasen los sabios Instructores Blancos del pasado.

Aquella espada era una de las dos imponentes armas que el mismísimo rey Inmortal de los néldor había manipulado y creado gracias a sus oscuros conocimientos y a su corrompida y perversa voluntad. La otra arma creada

por el cruel gobernante de las sombras de Válruz, su hermana casi gemela, había sido entregada a los híbridos de Abismos y recibía el nombre de Tormento, la Espada del Mal. Pero a esta la llamaban Morgue, la Espada de los Muertos.

Grug comenzó a temblar compulsivamente presa de una emoción y una excitación incontenible, su cuerpo atlético comenzaba a reaccionar intentando activar y dominar la inmensa capacidad destructiva de Morgue. Los dos híbridos que se habían arrodillado poco antes se miraron asustados entre sí y, levantándose velozmente, huyeron corriendo despavoridos en dirección a la salida de la sala. Sus otros cuatro compañeros vacilaron sin saber qué hacer.

Morgue dejó entrever algo de su poder al percibir el miedo de los asustados híbridos que intentaban escapar a toda prisa.

Del cuerpo de Grug, el impostor, brotó una pequeña raíz negruzca y consumida que se dirigió a gran velocidad hacia los dos híbridos que corrían desesperados. La raíz se dividió de forma natural en dos cabezas simétricas algo más pequeñas y no tardó en darles alcance. Atacándoles por la espalda, los atravesó con la misma facilidad con la que un cuchillo bien afilado corta el aire. Luego, las dos cabezas de la raíz ensancharon en tamaño hasta lograr envolver completamente los cuerpos sin vida de los dos híbridos. Al hacerlo, fue como si los hubieran puesto en un horno candente a gran temperatura. Un fino humo mortecino se escapó por los pliegues cerrados de la carcasa exterior de las dos cabezas de la raíz.

Pero la abominable espada de los Muertos no se detuvo en eso.

Un nuevo brote surgió del primero elevándose por los aires y desafiando a los otros cuatro asustados híbridos. El brote se dividió en cuatro más a su vez, acercándose lentamente hasta situarse justo enfrente de cada uno de los feos rostros de aquellos normalmente bravos guerreros de la Tercera Raza. Antes de que pudiesen siquiera intentar hacer nada, los nuevos brotes atravesaron las cabezas de los híbridos limpiamente, envolviendo rápidamente los cuerpos muertos y consumiéndolos tal y como hicieran con sus dos primeros compañeros.

Más de ese fino humo mortecino se unió al anterior.

Grug no parecía ser consciente de lo que sucedía a su alrededor y no lograba reaccionar ante lo que Morgue, la temible arma que el Dominio le había entregado, acababa de hacer con sus seis fornidos guerreros. Aquel impostor, aquel falso rey, escuchó en su cabeza la voz sensual y excitada de su progenitora, Madre-Muerte, repitiéndole sin cesar:

—Recuerda mis abrazos. Recuerda mi amor. Cumple con tu cometido, criatura mía. Ámame.

El híbrido engendrado por el odio y por la maldad miró a Morgue detenidamente y por un largo instante. Algo en lo más profundo de su existencia luchaba contra sus instintos primarios.

—Ámame.

—Ámame.

—Ámame.

Insistía la sugerente e insaciable voz de Madre-Muerte.

Pero su mente, su ser, se resistía a morir liberando el poder destructivo de aquella terrible espada aserrada forjada en otras eras por los néldor.

La voz de Madre-Muerte se tornó entonces violenta, desagradable, despiadada:

—Acaba con ellos.

—Acaba con ellos.

—Acaba con ellos.

—"*Ubgurhuatgrahbarrtughub*[20]" —le contestó asustado el híbrido lleno de miedo, dudas y remordimientos.

El falso Soberano híbrido intentó devolver a Morgue al cofre en el que la habían traído.

Pero no pudo.

Aquello que se había desatado al despertar la Espada de los Muertos era ya imparable. Una fuerza superior a su voluntad comenzó a dominar sus gestos y su cuerpo. Sujetando a Morgue contra su deseo, entendió por fin que él era un simple títere, un sencillo y prescindible siervo al servicio del cruel Mal, incapaz de poder negarse a obedecer a sus verdaderos amos y señores: los néldor dueños y soberanos de Kaz-Minkú.

Una neblina negruzca envolvió el cuerpo del híbrido adoptando la apariencia de un hombre de gran tamaño. La neblina ganó en espesura haciendo que la difusa figura aumentase en solidez y claridad. Lo que había parecido ser un hombre de gran tamaño resultó ser en verdad el cuerpo y el rostro del gran maese del Mal, Naam. Al insertarle los recuerdos del auténtico monarca de Ádalid, el general supremo de los ejércitos del Dominio había dejado su huella y su impronta en el subconsciente del impostor híbrido. Conocedor de lo que la mente era capaz de hacer en situaciones extremas, Naam no había querido correr riesgos.

El peligroso e invencible general néldor no descuidaba ningún detalle nunca.

¿Fue eso lo que te trajo hasta mí?

La neblina con la apariencia del gran maese del Mal se apoderó de los movimientos de Grug quien, impotente, tan solo podía limitarse a observar de cerca lo que su propio cuerpo hacía obedeciendo los designios del otro, los del cruel corazón-negro. El falso Soberano se escuchó a sí mismo pronunciar en el idioma de los hombres, que tanto detestaba, palabras cargadas de ira y de venganza procedentes del más grande de los señores y amos de Kaz-Minkú:

—Aquí tienes la paga por tu cobarde lealtad, rey Veühm. Tu pueblo muere hoy a manos de Morgue, mi espada.

Grug, el impostor, vio como nuevamente dos de sus brazos se elevaban aún más hacia lo alto a la vez que situaban el arma mirando con su punta hacia el suelo. El impostor gritó de puro terror y miedo cuando la neblina oscura de Naam obligó a sus brazos a clavar a Morgue contra el suelo de aquella fría y dura piedra sobre la que se hallaba. La terrible espada aserrada chirrió con estridencia al crujir la antiquísima piedra, forjada en los albores de la nación de los sinrey, atravesándola con relativa facilidad. Chispas verdosas salpicaron la estancia al chocar el primigenio material de los Primeros Moradores contra ella. El vrédum de la entera ciudad se oscureció lentamente hasta envolver a la capital en la más densa de las tinieblas.

Ya estaba hecho.

Morgue brilló mortecina una vez más antes de comenzar a desatar toda su verdadera y mortal capacidad destructiva. El suelo retembló bajo los pies descalzos del atenazado impostor híbrido, resquebrajándose a gran velocidad. Un ruido incesante de algo que crecía sin control en el interior de la propia roca comenzó a escucharse con claridad. Luego le seguiría un silencio aterrador y profundo.

Grug dejó de gritar también.

La neblina que le envolvía y que le había dominado se difuminó en el aire hasta convertirse en nada. El falso Soberano miró sus cuatro manos y la raíz que había brotado de su propio cuerpo una vez liberado. Ahora que ya había cumplido con su cometido, no quedaba nada para él. Antes de caer sin vida contra el suelo agrietado exclamó desesperado:

—“*Orgughutrabaghurttt*[21]”.

El suelo terminó por abrirse engullendo el cuerpo inerte de Grug, el impostor, el causante de aquella desolación. Una nueva raíz surgió de las profundidades de la tierra alcanzando el techo de la sala con pasmosa

facilidad. La consumida raíz negruzca tenía el grosor aproximado de cinco o seis codos, y parecía brotar de la mismísima espada néldor.

Morgue liberó todo su poder corrompido alimentando con ello a la impresionante raíz.

El brote aumentó de grosor a gran velocidad a la vez que una infinidad de incontables y nuevas cabezas similares a ella surgían lanzándose en todas direcciones. Las cabezas se dirigían hacia todo aquello que tuviera vida, por insignificante o pequeño que fuese. El tronco más grueso parecía vivo en realidad, ya que con cada pequeño ser vivo que era alcanzado por alguna de sus cabezas este crecía y se retorcía sobre sí mismo. Tras acabar con todos los pequeños insectos, arañas y roedores de aquella estancia, las cabezas surgidas de la raíz se abalanzaron como perros de presa sobre los dos guardias de la entrada, envolviéndolos y consumiéndolos hasta convertirlos en mero humo grisáceo, polvo y cenizas.

Todo sucedió a un ritmo vertiginoso y acelerado.

Los brotes prosiguieron con su letal avance desbordando los ventanales, puertas y puentes del promontorio central de la ciudad. Los primeros guardias híbridos dieron la voz de alerta despertando con sus gritos a un gran número de los moradores de la ciudad.

Tras sus gritos llegó el caos y la destrucción total.

Hombres armados, mujeres asustadas, niños llorosos, viejos y viejas, indefensos infantes, animales de todo tipo, guerreros híbridos, insectos de pequeño y de gran tamaño, plantas… todos sufrieron uno tras otro y de forma irremediable el poder devastador e incontenible de Morgue. Las raíces atravesaban cuerpos asustados consumiéndolos casi al mismo tiempo. Al poco, llegaron hasta las partes más bajas e inaccesibles de la profunda ciudad, acabando con cualquier signo de vida que existiera en ellas.

En las gigantescas herrerías, algunos prefirieron lanzarse a las calderas hirvientes antes que ser alcanzados por los letales brotes de la Espada de los Muertos.

Pero ni siquiera el fuego parecía hacer efecto en las cabezas de la gruesa raíz surgida del odio néldor.

Indiferentes a las llamas, los brotes perseguían a los que se arrojaban sacándolos aún con vida mientras sus cuerpos se quemaban y chamuscaban a causa del fuego, prolongando con ello su agonía de una forma cruel y despiadada. Cualquier rincón oscuro, cualquier sala escondida, cualquier lugar oculto y cerrado de la ciudad, fue inspeccionado y devastado por los brotes de la raíz de Morgue. Finalmente los brotes alcanzaron los límites de la

ciudad, llegando hasta el fenomenal muro exterior, acabando y consumiendo también cualquier resto de vida que hubiese en ellos. Los últimos híbridos y guerreros veühmianos cayeron al ser atrapados en las afueras cercanas de la muralla. Llevados a las rastras, aquellos que fueron atrapados de esa forma eran obligados a volver al interior de la caótica ciudad, en donde la infinidad de cabezas surgidas de la gruesa raíz-tronco acabaría con ellos devorándolos al igual que haría con el resto de los habitantes de aquella orgullosa y poderosa ciudad.

Moradas, antes la inexpugnable.

Moradas, ahora la asolada.

La sala en donde los tres viejos y gordos mandamases del Gremio de Comercio habían estado celebrando la desenfrenada fiesta se veía ahora llena de brotes que se agitaban con lentitud asimilando los cuerpos sin vida de todo aquello que habían atrapado. En un rincón apartado, los tres ricos jefes del poderoso gremio permanecían semidesnudos y sudorosos, recostados contra una pared en la densa oscuridad. Un brote diminuto en comparación con los otros los retenía allí.

De repente, un trozo de vrédum roto comenzó a brillar intermitentemente iluminando ese apartado rincón. Los tres avariciosos mercaderes respiraban agitadamente y con claras dificultades al hacerlo. Jamás habían podido imaginar que existiera algo capaz de hacer lo que hacía Morgue, la Espada de los Muertos. Sobreponiéndose al pánico sufrido, uno de los dos viejos y calvos comerciantes sin escrúpulos consiguió pronunciar con voz nerviosa y temblorosa:

—¿Qué… qué queréis de nosotros? ¿Cuál es vuestro… vuestro precio?

La diminuta cabeza se acercó hasta él y luego comenzó a agitarse compulsivamente en respuesta. Nuevos repulsivos brotes de mayor tamaño surgieron de ella. Primero tan solo cuatro o cinco, pero luego decenas y centenares se unieron a la diminuta cabeza. Los últimos seres vivos de Moradas que todavía respiraban con vida eran esos tres avariciosos y cobardes mandamases del Gremio de Comercio.

Y Morgue lo sabía.

Los nuevos brotes se elevaron por los aires abriendo sus carcasas exteriores y dejando ver una infinidad de pequeños colmillos afilados y llenos de pegajoso veneno. Uno de los tres gordos mandamases no pudo aguantarse más y se orinó encima de puro miedo. Las cabezas cerraron sus carcasas exteriores. El humo gris y mortecino procedente de las decenas y decenas de miles de personas asesinadas y consumidas por Morgue inundaba la ciudad

subterránea. Los centenares de cabezas que les observaban comenzaron a cambiar de aspecto retorciéndose y agitándose repetida y bruscamente. Cada una de ellas logró adoptar la figura depravada y cruel de la calavera símbolo del Dominio. Entonces, los centenares de cabezas con forma de calaveras depravadas comenzaron a escupir monedas y monedas de plata y de oro hasta cubrir a aquellos tres hombres casi completamente.

Después, se abalanzaron sin piedad alguna sobre esos tres gordos y ricos mandamases mientras estos se aferraban inútilmente al oro que les recubría.

… 25 de Tralev del 20º Eunú, Quinta Era

Capítulo IX

EL DAÑO DE URA-ROSS, EL RENACIDO

AVANZABAN despacio, lentamente y sin prisas. No querían ser descubiertos antes de tiempo. Las enormes pezuñas de los lonrastzs dejaban profundas huellas en el barro enlodado de la zona. La jauría gobernada ahora por el rey renacido había bordeado las lomas sureñas del reino perlado, dejando a su margen izquierdo la sinuosa y siempre peligrosa Ciénaga del Traidor.

Ni siquiera alguien del increíble poder de Ura-Ross podía arriesgarse a cruzar las pantanosas tierras de la Ciénaga.

El riesgo de perecer en ellas era excesivamente elevado.

Por ello habían viajado descendiendo con cautela desde el mismísimo corazón del Reino Cruel hasta alcanzar los peligrosos caminos que bordeaban la temida y traicionera Ciénaga. El tiempo había mejorado considerablemente en los últimos dos días y apenas sí había chispeado intermitentemente en un par de ocasiones a lo largo de los mismos. Los guerreros gonrastz al servicio

del rey renacido avanzaban con quietud tras su líder y su tatuado y pálido caballo color claro amarillento.

—Silencio —les ordenó el rey Ura a los hambrientos guerreros situados tras él.

Los brutales gonks tenían la costumbre de hacer mucho ruido y les estaba costando mantener el orden ahora que el final del largo viaje desde Valtra tocaba a su fin. Impacientes tras otros tres días de lenta marcha, rugían de vez en cuando revelando la posición y el avance de la manada.

—Pronto habrá carne y sangre —les prometió para conformarlos.

A una señal suya, la feroz manada de gonrastz se echó cuerpo a tierra. La oscuridad del último tranús del tercio lunar les ocultaba a la perfección, aunque un nuevo día se acercaba inexorablemente desde los confines del mundo. Ajenas al peligro que corrían, las prósperas y fértiles tierras conocidas como Oall se extendían a la vista del cruel rey renacido.

Por fin el día del dolor les alcanzaba.

Aquel era el hogar natal de los poderosos amos del Reino Dorado de idéntica nomenclatura. Oall era en verdad un rico valle donde abundaba en gran medida el agua pura y cristalina, y en el cual existían y cohabitaban una variada fauna y una rica y abundante flora.

En su lado oriental, más allá de las Ar-Muná, se hallaban las tierras cedidas a los híbridos tras su llegada a Belfáel; en su parte norteña se encontraba la mencionada Ciénaga del Traidor; en su linde occidental podían encontrarse una buena parte de las floridas Tierras Fronterizas, las cuales servían como barrera natural y divisoria entre ambos territorios; y al Sur permanecía El Valle, unas amplias y productivas tierras de donde los hijos de Elf obtenían la mayor parte de sus cosechas y alimentos a lo largo de las diferentes estaciones del año.

Aunque la estación invernal apenas sí había comenzado, el tiempo ya era mucho más fresco que de costumbre. Los viejos élficos vaticinaban que se acercaba un invierno duro y gélido.

Una trágica verdad.

El rey Ura hizo avanzar a su tatuado corcel a paso lento entrando *de facto* en las tierras pertenecientes a los amos de Oall. Notó una sensación inmensamente agradable. Él era el primero de entre los suyos que lograba acceder a ellas con opciones reales de conquistarlas.

Bueno, más bien de aniquilarlas.

Apenas podía contener las ganas de ordenar a su jauría que entrase en acción de una vez por todas. Pero no debía precipitarse, sabía que los

aventajados dueños de Oall habían percibido su presencia, así que seguramente estarían ya tramando algo para detenerle. Pese a todo, el rey renacido estaba tranquilo, nada debía temer de ellos por muy amplios y extensos que fuesen sus conocimientos. Él era el auténtico rey renacido, el heredero del patriarca de los perlados, el único que tenía el derecho legal de ser llamado Rey de Kárindor. Se detuvo al escuchar pasos cansados que se dirigían directos hacia él ascendiendo por un desnivel cercano.

Sonrió maliciosamente.

Allí los tenía por fin.

A su alcance.

Tres de los archiconocidos amos de Oall avanzaban a pie apoyándose en sendos bastones de madera mientras que con la otra de sus manos empuñaban largas hojas doradas.

Ura movió los puños agitado, crujiendo con ello los huesos de sus manos de forma ruidosa y excesiva. Los amos de Oall vestían igual que aquel que acompañase a la Primera de las divisiones élficas en Snata-Úrom, antes de caer abatido por las estrellas de venganza de los emisarios néldor. Con sus cabezas sin un solo cabello, largas túnicas hechas de piel y unas espesas y descuidadas barbas trenzadas, nadie diría que ellos también eran hijos del pueblo dorado.

El alba les iluminó al nacer el sol lentamente a sus espaldas.

Permanecieron con el rostro serio, fijos en el adversario llegado para desafiarles tan solo con su mera presencia. Los ojos les brillaron fulgurantes al comenzar a hablar al unísono haciendo uso del kradparuná que fluía naturalmente por sus venas, heredado de su ancestral antepasada.

—Rey renacido, si entras en estas tierras sagradas y les causas daño, la furia de la venganza de nuestra poderosa antepasada te atormentará noche a noche sin que nadie pueda jamás liberarte de su eterno castigo.

Una advertencia a modo de profecía digna de ser respetada.

—No temo a nada ni a nadie —fue su dura respuesta. Añadió levantando con firmeza su gran hacha—: ¡Kárindor es mía!

Sin más, el rey Ura se lanzó al galope hacia ellos.

Ninguno de los tres amos retrocedió al verlo acercarse, se limitaron a levantar sus respectivos bastones de madera al mismo tiempo, lanzando un brillante haz de luz pura en su contra.

La silente luz pura impactó de pleno contra el escudo del rey perlado, rebotando al hacerlo. El poder de aquel haz de luz estalló contra la tierra a muchos cuerpos de distancia, explotando con violencia y estruendo al hacerlo.

Un gigantesco cráter se formó allá donde impactó, levantando una gran cantidad de polvo y de guijarros por su culpa. Sin detenerse, Ura alzó el pesado escudo sobre su propia cabeza y luego lo dirigió en dirección hacia los tres amos de Oall.

Un brillo negruzco y transparente bordeó el escudo.

Al momento, las pesadas cadenas que lo recubrían cobraron vida separándose del metal por sí solas, lanzándose a gran velocidad en contra de los tres valientes amos. Por fortuna, todos ellos se protegieron del brutal ataque de las cadenas interponiendo a su vez sus bastones de madera. Al verse detenidas, las cadenas rodearon a los bastones oprimiéndolos con gran fuerza hasta hacer crujir la madera con la que estaban hechos en cientos de miles de pequeñas astillas deformes. Sin embargo, algo pareció afectar a las pesadas cadenas ya que, tras elevarse levemente sobre el suelo, cayeron con dureza contra el mismo, permaneciendo inmóviles hasta el final del combate.

Los tres amos de Oall empuñaron entonces sus alargadas espadas de combate con ambas manos y, hablando con una única voz, le repitieron la advertencia al invasor:

—Tu tormento no cesará jamás.

El rey Ura hizo caso omiso de la clara advertencia y les embistió con su corcel pálido y amarillento, haciendo retroceder por fin a uno de los amos de Oall. Propinó un par de duros golpes con su tremenda hacha de combate a los otros dos, lanzando al primero de ellos a cierta distancia. El único de los amos de Oall que había logrado permanecer en pie ante la feroz acometida contraatacó con una estocada directa al corazón, pero el cruel rey perlado se cubrió a tiempo tras su pesado escudo, logrando detener así la letal estocada. Los ojos del rey renacido brillaron nuevamente y el mango revirado de su descomunal hacha de guerra reaccionó de inmediato ante el poder que lo empuñaba.

La cabeza del hacha cayó pesadamente al suelo sujeta al mango por una horrorosa cadena de eslabones con formas de cráneos agonizantes en cada uno de ellos. El amo de Oall intentó alejarse unos cuantos pasos previendo el inminente ataque. Con maestría y un absoluto control, Ura movió el mango revirado elevando por los aires la cadena y, con ello, la cabeza del hacha convertida ahora en una improvisada y poderosa maza de combate. Con precisión dejó caer la cabeza del hacha contra el amo de Oall, el cual logró apartarse por poco del duro ataque rodando un buen trecho por el suelo. Sus otros dos compañeros corrieron en su auxilio de inmediato.

El ataque del primero de ellos que llegó fue a impactar también contra el pesado escudo de combate del rey renacido, el cual, una vez más, logró detener el golpe de la alargada y dorada hoja élfica forjada hacía generaciones en la perdida capital del Reino Dorado. El segundo de los amos de Oall recibió una inesperada y potente cornada procedente del corcel tatuado en cuanto se acercó allí. Voló unos cuantos pies por los aires hasta que finalmente se estampó contra el suelo de no muy buena manera.

El rey Ura elevó una segunda vez las cadenas de su potente arma lanzando una rápida serie de golpes contra el aturullado amo élfico que había golpeado su escudo. Todos aquellos golpes fueron a dar contra la fértil tierra de la zona, abriendo unos buenos boquetes en la misma al hacerlo.

Dejando en ella un rastro negro, sucio y maloliente.

El otro amo de Oall, aquel que lograra permanecer en pie durante el comienzo de la refriega, al ver el peligro real en el que se hallaba su compañero usó todo su conocimiento y voluntad para lanzar su espada dorada directamente hacia el corcel tatuado. La espada alcanzó de pleno el pecho del desgraciado animal, haciendo que este se desplomase inerte y obligando al rey renacido a saltar al suelo mediante una hábil y sorprendente pirueta.

Furioso, lleno de ira, Ura alzó repetidamente el mango de su gran hacha de guerra de izquierda a derecha, haciendo que los eslabones de la cadena que sujetaban la cabeza del arma crecieran y se expandieran un buen trozo. Luego, a toda velocidad, rodearon el pecho del indefenso y cansado élfico, arrastrándolo a la fuerza hasta el feroz rey perlado. Con un duro golpe de su pesado escudo, dejó fuera de combate a aquel amo de Oall. El tremendo golpe dejó sin aliento y sin sus últimas fuerzas a aquel valiente élfico.

Sus dos compañeros corrieron hacia allí sin lograr llegar a tiempo para evitar lo inevitable.

El rey Ura hizo retroceder los eslabones del hacha haciendo que su arma recobrase su aspecto habitual y uniforme. La pesada hacha se retiró limpiamente del cuerpo ensangrentado y sin vida de aquel justo hombre.

La lucha contra los otros dos siguió un buen nahkran hasta que los dos amos de Oall comenzaron a perder las fuerzas a marchas forzadas. Durante varios momentos del mismo, Ura ordenó a la jauría que no interviniese.

Porque él no se cansaba mientras luchaba.

Esa era la mayor de sus habilidades: absorber la existencia misma de sus oponentes en combate para sí, aumentando con ello su propia fuerza y poder. Debilitados antes de tiempo, los dos cansados amos de Oall pasaron con rapidez de atacantes a atacados. Ura se movió con celeridad repartiendo

golpes a diestro y a siniestro logrando lanzar a bastante distancia a uno de ellos. Centrándose en el otro, gritó con fiereza animal atacándolo a la carrera.

Lo único que pudo hacer aquel hombre fue interponer su alargada hoja dorada entre sí mismo y su feroz contrincante.

Con facilidad asombrosa, el hacha de guerra del rey renacido partió en dos la espada del amo de Oall apagando su brillo con ello. El golpe del hacha terminó por impactar definitivamente contra el tórax del élfico, clavándose profundamente en él. Al retirar la pesada hacha de combate del cuerpo del otro, aquel bravo amo de Oall cayó al suelo sin vida.

El último de ellos se giró al escuchar el avance enfurecido de la jauría impredecible de gonrastz que se abalanzaba sobre Oall con un salvaje grito de guerra cuando su amo y señor por fin les dio la orden de atacar.

El élfico cerró los ojos, clavó su espada contra el embarrado suelo y, estirando los brazos en dirección al cielo, exclamó sin ningún rastro de temor o de miedo en su voz:

—¡Protégeme, padre Elf, con tu luz!

La manada descontrolada le aplastó sin miramiento alguno destrozándolo por completo.

Después pasaron alrededor del rey renacido en dirección a todos los rincones de Oall dispuestos a bañar en sangre las sagradas tierras de aquellos élficos. Ura miró sin inmutarse como sus guerreros gonrastz se alejaban de allí enfurecidos y ansiosos por causar el mayor daño posible.

El mayor número de muertes posible.

La mayor destrucción posible.

Todo el dolor del que fuesen capaces de causar.

No sería él quien los detendría, más bien al contrario, no volvería a convocarlos ni a reorganizarlos hasta que el último de los moradores de esas tierras cayese sin vida a tierra. Haciendo un último esfuerzo, el rey renacido liberó totalmente su poder corrupto gritando con fuerza al hacerlo. De su coraza como de bronce comenzó a surgir el relieve de lo que parecía ser un rostro. El rostro intentó despegarse de la coraza sin llegar a conseguirlo transformándose luego en un relieve que hubiese parecido labrado en la propia armadura del rey perlado.

El rostro era, inequívocamente, el de un híbrido de fea apariencia.

A no mucha distancia de allí, todos aquellos que portaban la misma sangre que el dueño de ese rostro cayeron al suelo agonizantes y retorciéndose de dolor. Miles de híbridos de Ádalid y de todos los territorios de Belfáel pertenecientes a la Tercera Raza sufrían la misma tortura mientras unos

cuantos pocos, una minoría pequeña en verdad, corrían para alejarse en busca de refugio, conocedores de lo que les estaba pasando a sus hermanos de raza. La piel resquebrajada de los híbridos se les comenzó a caer de forma dolorosa dejando paso tras ella a otra mucho más dura y opaca. Tras la llamada del rey renacido, la musculatura les aumentó desmesuradamente tanto en los brazos como en el cuello y en la parte superior del pecho. Muchos comenzaron a babear espuma verdosa y amarillenta por la boca. Los dientes les crecieron hasta transformarse en colmillos que sobresalían de sus deformadas bocas de una forma grotesca y extravagante.

El cruel rey perlado terminó de gritar de aquella manera, liberando totalmente el más terrible de los dones heredados en su estirpe a lo largo de incontables milenios. Porque al igual que el primero de sus antepasados hiciese, el rey renacido era capaz de dominar en la distancia a todos aquellos que fuesen descendientes de alguna forma del híbrido atrapado en su coraza como de bronce. Las decenas de miles de híbridos, privados de su intelecto y personalidad, actuarían ahora igual o peor que la jauría de gonrastz, cruzando las Ar-Muná y devorando y asolando El Valle tal y como Ura les acababa de ordenar que hiciesen.

Finalmente, el rey renacido se acercó hasta su maltrecha montura extrayendo del cuerpo tatuado de su corcel muerto la espada dorada del amo de Oall, la cual ahora se veía apagada. Un gonrastz solitario se acercó hasta allí mirando al tatuado animal con voraz apetito. Ura no hizo nada por detenerles, así que el gonrastz devoró el cadáver del caballo con avidez y ansia. Al poco de terminar con la comilona, tanto lonrastz como gonk retrocedieron varios pasos tambaleándose. Algo no les había sentado bien.

Ura sonrió complacido.

Ajeno a lo que pasaba con aquella bestia y su peligroso jinete, comprobó como uno tras otro los tres rostros agonizantes de los amos de Oall a los que acababa de derrotar se unían a la misteriosa cadena de eslabones de su hacha de guerra. Al mismo tiempo, los tatuajes siniestros y obscenos de la piel hecha jirones de su pálido caballo amarillento comenzaron a deslizarse lentamente por la fangosa tierra hasta recubrir tanto la piel del tremendo león de Valtra como la del duro gonk, uniendo a ambos de forma dolorosa y antinatural. Ambos se retorcieron por los suelos rodando por una pendiente hasta llegar al fondo de la misma.

Poco después, un rugido feroz y atronador le indicó al cruel rey renacido que su nueva montura ya estaba lista y preparada para partir.

Con calma, Ura devolvió su arma al aspecto habitual y se dirigió hacia aquella pendiente, resoplando más por la convocatoria de los híbridos metamorfoseados que por la lucha en sí. Atrás quedaron los restos sin vida de lo que fuera su corcel, ahora en realidad un simple esqueleto no más grande de lo que hubiera podido ser el de un simple perro de complexión media.

Algo de gran envergadura y enormemente pesado se alejó abajo, al final de la pendiente, portando en sus amplios lomos a aquel cruel y sanguinario rey. Una de las huellas de la nueva montura del rey Ura-Ross tapó otra dejada con anterioridad por algún lonrastz de tamaño corriente.

La huella recién formada debía ser, aproximadamente, unas ocho o nueve veces más grande que la primera.

* * *

Al día siguiente de la extraña conversación, Panza Gorda y otros siete sígrim de aspecto serio y muy reservados la habían conducido por un estrecho sendero ascendente a través de Las Últimas. Mientras abandonaba el poblado formado por más de un millar de tiendas cónicas como la de su risueño anfitrión, los sígrim salían curiosos y se despedían de ella de forma respetuosa, soltando las mujeres algún que otro gruñido seguido de risas tímidas.

Lura se fijó en que todos parecían gente de edad algo avanzada. No vio a nadie que pareciese tener menos de sesenta años. No había niños ni niñas jugando. Ninguna madre acunaba a su bebé.

Porque no había bebés que acunar.

Los siete sígrim que los acompañaron portaban cada uno sobre la cabeza un grueso fardo de leña. Lura intuyó que tendría que ver con lo del “gran fuego” que le había explicado Panza Gorda antes de caer nuevamente dormida. Tras un largo paseo, que les llevó casi todo el día, llegaron a un amplio claro al final del sendero. Una enorme y gran hoguera central ardía con fuerza llenando el cielo con su humo y la tierra con sus cenizas. Hacía frío de verdad, allí en las alturas de aquellas misteriosas montañas. Así que cuando los siete portadores de leña le mostraron un arcón de madera muy antiguo lleno de gruesas ropas y mantas de lana, Lura les sonrió agradecida.

—Un gran regalo —les dijo con su característico acento sureño, pausado y frío.

Por respuesta, los siete sígrim miraron a Panza Gorda, el cual estalló en una sonora y amplia carcajada dejando oír aquella risa potente y clara que llenaba cualquier lugar en el que estuviese.

Los siete hombres se marcharon sin despedirse, riendo a su vez.

Cuando estuvieron a solas, Panza Gorda se acercó a la misteriosa dama sureña y le ofreció un buen y generoso puñado de sus queridas hojas de fumar, casi obligando a Lura a aceptarlas. El grueso hombre le señaló la inmensa hoguera, luego los troncos y finalmente el cielo.

Acercó su frente a la de Lura y le transmitió igual como hiciera al conocerla:

—"¡Eh! La que llevar la Luna no dejar apagar gran fuego. ¡Ah! Los que ser Libres esperar y ¡oh! cuando Quien surca la Noche despierte, Los que ser Libres ¡ah! regresar y ¡eh! luchar con La que llevar la Luna".

Luego se marchó masticando otra de aquellas más pequeñas y amarillentas hojas, estas de un sabor dulce parecido al de las fresas.

Su risa potente y clara fue lo último que resonó en aquel claro durante semanas.

Porque desde ese día, allí se encontraba entonces la misteriosa nadoriana: esperando sol tras sol y luna tras luna en lo alto de aquel claro situado en uno de los puntos más altos de Las Prohibidas.

A ratos se sentaba en el suelo con las piernas entrecruzadas y los ojos bien cerrados meditando. A ratos se asomaba para admirar el bello y peligroso paraje que tenía ante sí, caminando con cuidado por el filo mismo del claro, ignorando los altos precipicios que la separaban del suelo de más abajo.

Ahora, con los ojos cerrados, sujetaba una de las hojas que Panza Gorda le diese, la cual ya se hallaba prácticamente consumida por completo. Lura había descubierto, tras los primeros dos días, que aspirando el humo de aquellas extrañas hojas verdosas no parecía tener la necesidad ni de beber ni de comer.

Y también que su narcotizante efecto iba a menos cada vez.

Abrió los ojos y miró la pila de troncos que le dejaran al traerla a aquel lugar. Apenas quedaban dos de ellos. Abrigándose con la gruesa ropa de lana que portaba, se levantó, los agarró, se acercó al fuego y luego los arrojó a su interior, haciendo que la hoguera prendiera con fuerza al recibir la nueva madera.

—Ahora o nunca, supongo —se dijo a sí misma en voz alta para animarse.

Incluso ella, acostumbrada a pasar largos períodos de soledad, estaba empezando a aburrirse al ver que nada ocurría: el frío de cada día, la calma a su alrededor, el fuego encendido, el humo que ascendía…

Aunque había sido capaz de sobrellevar la soledad en medio de ese claro con gran paciencia y durante más de un largo mes, con la única tarea de

vigilar que el fuego no se apagase, cada vez añoraba más la grata compañía de otras personas.

Gladio.

Una y otra vez sus pensamientos le llevaban a su buen amigo Gladio sin saber muy bien el porqué.

Cómo echaba de menos su sonrisa, su mirada, su sentido del humor… Sobre todo en los pausados y hermosos amaneceres, donde las escarpadas y silenciosas montañas que la rodeaban se convertían en su única apacible compañía, era cuando más le embargaban aquellos recuerdos, aquella nostalgia, aquella melancolía… Tampoco podía dejar de pensar en los suyos, allá a orillas del río Groa, ni en el Concilio o en cómo debían estar transcurriendo los acontecimientos…

Entonces lo vio por primera vez.

Primero fue una silenciosa sombra en medio de la oscuridad de la noche que surcaba majestuosamente los cielos. La silenciosa sombra se deslizaba a gran velocidad descendiendo y merodeando el claro sin que Lura lograse distinguir qué era en realidad. La nadoriana se acercó hasta el borde del claro y miró hacia abajo. Desde aquel lugar, podía divisar una buena parte de las zonas de alrededor, además de un buen trozo del sendero por el que había llegado. Visto desde lo alto, el sendero mostraba en verdad los restos desgastados de lo que en otro tiempo debió de haber sido una larga y altísima escalera labrada en la propia roca de la montaña. Después de haber pasado un par de noches meditando en ello, Lura había llegado a la conclusión de que esa cima era muy parecida al altar que había divisado en su día allá en el recinto sagrado de La Piedra del Perdón.

Aunque este era mucho más grande.

Inmensamente más imponente.

La sombra gigantesca sobrevoló nuevamente los cielos escondiéndose tras el humo de la gran fogata, pasando muy cerca de Lura. Un olor semblante al de las cenizas o al de las brasas le llegó con claridad a la nariz.

La mujer retrocedió instintivamente.

Ante su asombro, la piel de su rostro y de su espalda se iluminó, alumbrando ampliamente el lugar con el brillo de una luz limpia, pura e inmaculada. Lura siguió retrocediendo al darse cuenta de que la inmensa y silenciosa mole se acercaba ya en línea recta descendiendo hacia la pura y clara luz que la Media Gorá que moraba en ella emitía libremente. La criatura voladora aterrizó fácilmente en el claro situándose a escasa distancia de una boquiabierta y estupefacta Lura. Su piel dejó de brillar pero aun así el claro

permaneció iluminado ya que, al posarse la silenciosa y espléndida criatura sobre el suelo, la gran fogata central había comenzado a desprender grandes e intensas llamaradas de fuego. Las llamaradas dejaban entrever qué era aquello que había llegado hasta allí.

Hasta uno de sus nidos.

Los ojos rojizos y el tamaño descomunal de sus fauces y colmillos no dejaban lugar a las dudas. Lura había oído hablar de ellos. Había escuchado numerosas historias y leyendas sobre sus grandes hazañas, sobre sus imposibles gestas. Había visto y palpado gigantescos murales en los cuales se les representaba luchando siempre en contra de los néldor, ya fuera en los cielos o sobre la superficie de la tierra.

Recordaba con claridad aquella antigua glosa que cantaba melodiosa y tristemente sobre ellos:

"Acariciando la manta que recubre nuestros cielos
encienden las estrellas donde moran ellos,
acunando en sus alas el sol que nos da la vida
su perenne fuerza nos evita el dolor de las caídas…
el dolor de las heridas.

Poderosos padres que nos enseñaron aquel camino
que nuestros antepasados perdieron en el olvido;
volved prestos a la tierra que os llora en cada tormenta
y que con el corazón hendido vuestra voz ya no alimenta…
vuestra voz ya no sustenta.

¿Dónde están aquellos que del viento eran los dueños?
¡Despertad ahora de vuestros eternos y fríos sueños!

Dadnos la guía que los vuestros encontraron
cuando el alto firmamento por fin alcanzaron,
en busca de la sangre vertida de sus hijos
que como gotas de rocío llenaron nuestros vacíos…
llenaron nuestros sentidos.

Poderosos padres que nos enseñaron aquel camino
que la muerte y el miedo torcieron en su destino;
volved prestos a la tierra donde la paz tanto os anhela
y que con el corazón perdido vuestra voz ya no consuela…
vuestra voz ya no resuella…".

Lura jamás había creído posible encontrarse con uno de ellos y menos con el fabuloso ser que ahora tenía ante sí, casi al alcance de la mano. Era una criatura excepcionalmente maravillosa, aunque llamarlo criatura no le hacía honor a su verdadera esencia como individuo vivo. Todo su cuerpo rebosaba

energía, poder y vitalidad. Incontables miríadas de años se acumulaban a sus espaldas sin que ello hubiese hecho mella en su apariencia exterior.

La nadoriana lo observó de abajo a arriba con respeto casi religioso.

Dos garras felinas, fuertes, peludas y tan grandes como un niño, le servían como pies. Sobre ellas se elevaban dos fornidas piernas recubiertas a su vez de un corto pelaje negro, similar al de los bravos toros que abundaban en las cercanías de Turinia por aquellos tiempos, sustentando un cuerpo musculoso, fibroso, de una altura cercana de no menos de cinco o seis cuerpos.

La mujer parecía una enana en comparación con aquel increíble ser.

Tras sus amplias espaldas sobresalían dos fantásticas y espléndidas alas llenas de unas plumas blanco-rojizas parecidas en su forma a las de las impresionantes águilas voladoras. El pelaje de sus dos musculosos brazos era ligeramente dorado y recordaba al de los señores de las llanuras, los leones. Ambas manos resultaban ser similares a sus pies, aunque algo menores en tamaño. De la parte superior de cada mano brotaba una dura y curvada garra plateada de más del doble del tamaño de estas, capaces de atravesar cualquier cosa que se interpusiera en su camino. Era de cuello corto, con una melena negruzca con trazas cobrizas que le rodeaba su sereno rostro y una crin tan blanca como la nieve en la parte posterior de la cabeza. De barbilla prominente, poseía en ella a modo de perilla dos garras plateadas gemelas, idénticas aunque más pequeñas a las de las manos. En la frente le crecía una especie de kúhec azul-celeste de casi un palmo, mientras que de sus amplias fauces le sobresalían abundantes e impresionantes colmillos extremadamente afilados y puntiagudos.

Finalmente, Lura se fijó en sus ojos.

Sin cejas ni párpados, estos no poseían córneas sino más bien un denso iris rojizo con vetas amarillentas y verdosas que le causaron una honda y profunda impresión. La nadoriana intentó hablar, pero su garganta no logró emitir sonido alguno. Alargó una mano intentando tocar a través del aire el contorno de la majestuosa criatura consiguiendo que el ser ancestral se acercase hasta ella con curiosidad. El suelo del claro se tambaleó ante el descomunal peso que se puso en movimiento.

La tierra se hundía bajo sus pies.

Aquel ser mitológico y de leyenda se desperezó como si hubiera despertado después de mucho tiempo de dormitar. Su feroz rugido la pilló desprevenida, sobrecogiéndole el corazón en gran manera. Luego, tras el potente rugido, el increíble ser comenzó a hablar con una voz pausada y excelsa. El sonido de sus palabras le llegó como si de un eco poderoso se

tratase, como si el chisporrotear del fuego hubiese adquirido consistencia y fuese capaz de articular las frases. Lura se arrodilló en señal de respeto sin atreverse a mirarlo.

—Soy Ekradz, padre de todo lo que surca los cielos. ¡Ggrrhg! ¿Quién me ha despertado?

—Poderoso, yo soy la que os ha llamado —consiguió decir Lura humildemente.

—¡Grrgrgh! Una humana. ¿Cuál es tu nombre, humana?

—Soy Lura Neriser, jefa suprema de los clanes nador y miembro del Concilio de Krádovel, la ciudad de los hombres a la que llaman la perla del Sur.

—Conozco bien vuestra pequeña ciudad junto a la mar, humana —le contestó Ekradz recordando alguna vivencia del pasado—. Conocí el lugar antes de que lo descubrieseis en los albores de vuestro tiempo. ¡Grrgrghrr! También conozco la gran ciudad de Trávaldor, que los míos fundaron hace mucho.

—Poderoso, el mundo ha cambiado desde entonces. El Concilio os necesita. Kárindor os necesita.

—¡Ggrrhg! Habla, humana de los nador. Ekradz, padre de todos, te escucha.

—El Mal se extiende sobre nosotros sin que nadie pueda evitarlo. La gran ciudad de Trávaldor cayó hace mucho bajo las sombras de Válruz. Poderoso, muchos inocentes murieron allí a manos de nuestros peores enemigos. A manos de su general, Naam.

—¿Ese joven de piel ennegrecida? ¡Ggrrhg! No pensaba que pudiese llegar a tanto, humana —Ekradz parecía conocerlo bien por la forma en la que habló de él.

—El último de los emisarios blancos me hizo entrega del don de la Media Gorá y me mandó a buscaros —Lura había entendido ya la verdadera razón del porqué de su búsqueda de los sígrim.

—Sabio pueblo, el de esos jóvenes amos. ¡Grghrrhg! Añoro sobrevolar sobre su hermosa torre de marfil. ¡Ggrrhg!

Emitía cada poco ese extraño sonido, mitad rugido animal mitad madera chamuscándose. De hecho, el sonido bien pareciera proceder del propio interior del legendario ser.

—Poderoso, ¿entiendes lo calamitoso de nuestra situación? ¡Estamos desesperados!

—Humana, entiendo aquello que veo. ¡Ggrrhg! Y mi vista alcanza muy lejos en el horizonte.

—Sálvanos, te lo suplicamos, poderoso —Lura se atrevió a mirarle nuevamente mostrando total sinceridad con sus bellos ojos color miel.

—¿Conoces acaso el número de mis hijos que han dejado de surcar el firmamento desde aquel primer día en el que los vuestros llegaron a mi hogar, humana? —Ekradz parecía decepcionado ahora, tal vez al recordar las numerosas veces en las que sus más queridos vástagos, los glodandros, habían acudido en socorro de los otros habitantes de Kárindor—. ¡Ggrrhg! Las jóvenes razas debéis aprender a vivir. Como padre de todos, no ayudaré otra vez, humana.

—Gran Poderoso, ¿merecen morir miles de justos e inocentes por el egoísmo de unos cuantos pocos? Si el Mal vence en esta nueva guerra, Las Prohibidas también quedarán sometidas. Los corazón-negro no se detendrán en su masacre. Os buscarán y os encontrarán, creedme.

—¿Debería tenerles miedo? —preguntó Ekradz ofendiéndose—. Sol tras sol, humanos, no-humanos, bestias, aves, plantas… ¡ggrrhg!, todos ellos han nacido, crecido y muerto ante mis ojos. Y nada se ha ganado el merecer ni mi respeto ni mi temor, humana. Salvo tal vez los padres de los árboles. Y también puede que las duras montañas de piedra que existen desde que yo no era más que una pequeña cría que no sabía ni volar, ¡ggrrhg! ¿Por qué debería ayudar, humana?

—Gran Poderoso, ¡por favor! —suplicó Lura.

—¡No, humana! ¡Grrgghrg! Esos soles acabaron hace mucho. No ayudaré.

La nadoriana pensó en qué decir, pero se quedó muda y cabizbaja. Ekradz la miró con una infinita paciencia en la mirada.

Gladio.

> «*—No tardéis —le había rogado ella.*
>
> *—Jamás lo hago, mi señora Neriser —había contestado él.*
>
> *Luego ella recordaba haber corrido para alcanzar a aquel estrafalario y viejo erudito siguiendo la luz de su antorcha. Antes de dejar aquel bello mirador en la Ruzá, la torre de entrada a Krádovel, ella se había vuelto hacia él y le había dicho*:
>
> *—Eres un buen hombre, Gladio. Llámame Lura.*
>
> *Recordó con cariño la sonrisa de oreja a oreja que se había dibujado en el rostro de su querido amigo…»*

Con aquel recuerdo, comenzó a hablar de nuevo.

Más con el corazón que con cualquier otra cosa.

—Sí ayudaréis. Lo haréis porque amáis Kárindor. Lo haréis porque amáis la vida. Lo haréis porque os hace feliz la sonrisa de un niño al jugar o el lento caminar cogidos de la mano de dos ancianos aún enamorados. Lo haréis porque el Mal odia todo eso, la tierra, el hogar, la roca, el agua, la luz, la vida, el calor que la sustenta —Lura se levantó y se acercó hasta Ekradz poniendo su mano derecha respetuosamente sobre una de aquellas poderosas piernas. Concluyó dejando escapar una lágrima de emoción—: No es una guerra de hombres, gran Ekradz, es una guerra contra la tierra, contra todo lo que la llena.

—¡Grrgghrrhgh! ¿Debería creerte, humana? —dudó tras aquellas emocionadas palabras.

Ekradz siguió mirando a Lura fijamente con sus espectaculares ojos rojizos y amarillo-verdosos, para luego contemplar el horizonte más allá de Las Prohibidas. La oscuridad de la noche no le impedía al fantástico ser vislumbrar el mundo a muchísimos tercios de distancia. Con un sentido natural superior incluso al de la visión haciendo uso del kradparuná, Ekradz, padre de glodandros y de dragones, miró a Kárindor y a sus tierras.

Y lo que vio no le gustó nada en absoluto.

Más allá de sus habitantes, de sus bosques, ríos y montañas, el poderoso ser miró a la propia tierra a los ojos.

Sangre, muerte, enfermedad, hambre, penurias, dolor.

Kárindor se tambaleaba malherida y agonizante.

Aquella joven y diminuta humana tenía razón.

El Mal había cambiado desde la última vez que lo viese. Su crueldad se había desarrollado hasta límites insoportables, incluso para alguien como él. Rugió de furor al percibir las estelas oscuras y siniestras causadas por los guerreros gonrastz del rey Ura asolando el hermoso Sur a su paso. La nadoriana tampoco le había mentido sobre los enemigos del Norte. Todos los siervos del Daño de Válruz se movilizaban hacia el frente de una u otra manera. Incluso creyó distinguir una luz poderosa, una luz sin igual que hacía muchas eras que no recorría la superficie de Kárindor, en las cercanías de la gran montaña en la que él mismo naciera.

Se alejó con cuidado de la humana, emprendiendo el vuelo nuevamente hasta situarse a tal altura que Las Prohibidas se tornaron una pequeña línea a sus pies.

Reunió todas sus fuerzas y emitió un rugido escalofriante y ensordecedor incluso para aquellos que, en la enorme lejanía, se hallaban cerca de la misteriosa cordillera en la que había permanecido adormecido. No mucho

después, pequeñas sombras se elevaron hasta allí desde una gran multitud de puntos procedentes de todas y cada una de las montañas que conformaban Las Prohibidas. Al reunirse con él el último de sus vástagos, Ekradz regresó al claro donde Lura aún permanecía inmóvil mirando a los cielos.

La misteriosa nadoriana sonrió agradecida.

Ekradz había despertado.

Y no solo eso.

Sus hijos, los poderosos glodandros, también lo habían hecho.

… 2 de Nísnasat del 20º Eunú, Quinta Era

Capítulo X

ALIADOS NO ESPERADOS

DENSOS nubarrones impedían ver lo que sucedía abajo, en tierra firme. Un abultado número de sombras aladas surcaban los enmarañados cielos entrando y saliendo de las espesas nubes que amenazaban con caer en breve en forma de potente tempestad.

Algún que otro relámpago, seguido de un ensordecedor trueno, acompañaba el rápido vuelo de aquel grupo de sombras. Más abajo, en las tierras de acceso a El Paso, batallones y divisiones de hombres encabezados por Tsasé y por Ávatar se preparaban para la inminente batalla. La salvaje jauría de gonrastz del rey Ura ya había comenzado el ataque al baluarte que protegía aquella reforzada frontera interior del Reino Dorado. El furor de la batalla que se libraba abajo resonaba silenciosa incluso allí, en los elevados cielos.

El grupo de sombras torció hacia la izquierda al compás del movimiento que realizó aquel que los encabezaba. La enorme mole que los dirigía rugió con fuerza, como solamente ella sabía hacerlo, al olfatear el olor de la carne herida y moribunda de aquellos que ya habían caído en combate. El resto de sombras hizo lo propio en contestación. Tras un corto vuelo en esa dirección, la enorme mole se detuvo manteniéndose parada en mitad de los cielos

nublados, ocultando así a todo el grupo de la vista de aquellos que combatían ferozmente entorno a El Paso.

Parecía contentarse con tan solo observar el desarrollo de la batalla y el estratégico lugar entorno al cual se libraba: un peligroso desfiladero natural oculto tras las fértiles y acogedoras mesetas de El Valle y en el cual se hallaba construida una formidable y sólida fortaleza.

El Paso, el corazón de acceso a los Reinos Libres.

A sus pies, el desfiladero se extendía hasta alcanzar un paraje extenso y salvaje al que llamaban el Bosque Oscuro, un lugar situado entre las Ar-Muná y Las Prohibidas y que nadie en su sano juicio se atrevía a recorrer o a cruzar desde hacía muchísimo tiempo. Aquel paraje, aquel Bosque Oscuro, cubría una vasta extensión de tierra que finalizaba en el agitado mar boreal de Belfáel.

Cubriendo sus espaldas, el desfiladero serpenteaba a la sombra de los montes conocidos como los montes de Albnoc, nombre que recibía desde tiempos inmemoriales el peligroso bosque que crecía a sus faldas y que llegaba hasta el gran azul, al sur de Belfáel. Esos montes estaban formados por escarpadas paredes de piedra y granito imposibles de escalar o superar. En ellos nacía el río Esatoent, el cual se dividía en numerosos puntos a lo largo de toda la formación montañosa provocando repentinas y bruscas cascadas, además de peligrosos e imprevisibles torrentes sumamente traicioneros que arrasaban con casi todo a su paso.

Dos murallas naturales infranqueables.

Si alguien quería pasar sin peligro y con rapidez hasta el otro lado de El Valle debía cruzar, necesariamente, por aquel desfiladero y su baluarte casi impenetrable. Y eso es lo que ahora intentaban hacer los feroces siervos del cruel rey renacido.

Tras una semana asolando y devastando Oall, una buena parte de El Valle y algo de Las Tierras Fronterizas, el rey Ura había unificado sus ejércitos de híbridos metamorfoseados y sus guerreros gonrastz lanzándolos hacia El Paso. La tierra había quedado mancillada con la sangre de todos aquellos que no habían logrado ponerse a salvo.

Los muertos se contaban por miles.

Decenas de miles.

Ahora, tanto la Segunda como la Tercera división élfica habían quedado bloqueadas por un caótico pero eficaz ejército de híbridos y zafios —llegados desde la incendiada Édegan—, que les impedía el poder socorrer a sus necesitados hermanos de El Paso. Desde el baluarte, la Cuarta había sido la

primera en enfrentarse a la sanguinaria manada comandada por el despiadado rey de los perlados.

Poco habían podido hacer ante la fuerza y la brutal rapidez de los atacantes.

Los capitanes de aquella división habían ordenado el repliegue antes de que la debacle pasara a mayores y fuese irreversible. Envalentonado por la retirada despavorida de los élficos, Ura había capitaneado a los suyos hasta el punto del desfiladero que servía como entrada principal al baluarte.

El magnífico fortín élfico no seguía los cánones habituales para ese tipo de edificaciones defensivas: aprovechando el relativamente estrecho camino natural situado a la vera de los montes Albnoc, los élficos habían construido una serie continuada y populosa de murallones y torreones con la idea de dificultar el avance de cualquier enemigo que les sorprendiese tanto si este viniera de una dirección como de otra. Arqueros y mortíferas ballestas articuladas, capaces de lanzar hasta ocho proyectiles a una buena distancia, podían acumularse y usarse en cada uno de esos torreones o murallones. De esa forma, un simple y pequeño grupo de hombres bien preparados podía causar numerosísimas bajas a sus atacantes, pudiendo huir al siguiente nivel defensivo antes de que les diesen alcance.

Y, por supuesto, la pared inaccesible de piedra afilada y resbaladiza, que desembocaba en los altos barrancos en donde el Bosque Oscuro comenzaba, hacía el resto.

Pero ni siquiera la inteligente disposición de los torreones de El Paso había logrado detener ni frenar el avance de los invasores al servicio de los néldor.

El poderoso rey renacido había usado sus dones naturales para nivelar la balanza del conflicto en favor de los suyos. Usando todo su inmenso conocimiento sobre el misterioso don de los Primeros, destruía las efectivas ballestas articuladas de los torreones destrozando a su vez las puertas y portones de cada uno de los murallones con los que se iba encontrando su abyecto ejército. Antes de que los defensores de cada nivel pudiesen huir, híbridos enfurecidos y cegados por un odio inexplicable asaltaban gracias a sus portentosas facultades físicas aquellos torreones y murallones, asesinando y desgarrando con pesadas mazas de hierro a los valientes defensores de El Paso que se quedaban para hacerles frente.

Tras aquellos enloquecidos híbridos, los gonrastz entraban al galope provocando el miedo y el pavor en los soldados que aún permanecieran en pie. Se hacía evidente que aunque los invasores estaban sufriendo bajas, El

Paso caería con relativa facilidad dentro de poco. Los capitanes del ejército élfico hacían todo lo que podían intentando detener el rapidísimo avance del rey Ura y los suyos, dando instrucciones sin parar en un desesperado intento de ganar tiempo para que los ejércitos de Tsasé y de Ávatar se reorganizaran al otro lado del baluarte. Esos ejércitos eran la última de las esperanzas para intentar detener el furioso y violento ataque en caso de que fracasaran los esfuerzos en El Paso.

El majestuoso ser que permanecía quieto sobre la batalla oteó una última vez lo que estaba sucediendo y decidió que había llegado el momento de intervenir en el conflicto.

Ya había visto suficiente.

Los últimos torreones y murallones de El Paso se preparaban para enfrentarse a los asaltantes con escasas, no, nulas posibilidades de victoria.

Y Ekradz rugió.

Tras su reclamo, más de mil de sus vástagos abandonaron la seguridad de los espesos nubarrones en ayuda de los hombres. Uno tras otro, los glodandros descendieron en un apoteósico e impresionante vuelo que sería recordado durante largas eras por todas y cada una de las canciones y poemas de guerra que se compondrían en Kárindor.

Un recuerdo imborrable de la esperanza que trajeron al mundo con su regreso.

No obstante, Ekradz permaneció impasible observando desde los cielos a sus amados y últimos descendientes.

Él no intervendría.

No sería justo para los atacantes.

Aunque en realidad los glodandros no llegaban a alcanzar ni la mitad del tamaño de su originario progenitor, su aspecto resultaba sin lugar a dudas impresionante. Sus cuatro extremidades eran similares a los brazos de Ekradz, rematadas en plateadas y afiladas garras más duras que el acero o el metal. Además, las magníficas criaturas voladoras podían usarlas como si de cuatro manos se tratasen, aumentando con ello su efectividad en el combate. Su tórax y sus espaldas estaban recubiertos de ese mismo pelaje negro y corto que protegía las piernas de su ancestral antepasado.

Sus alas se movían acompasadamente, permitiendo a cada glodandro el poder realizar movimientos imposibles en el aire gracias a una fina cola, la cual estaba a su vez rematada con un duro aguijón con el que eran capaces de inyectar veneno paralizante a sus oponentes. Su rostro era bastante similar al de Ekradz aunque menos solemne, menos majestuoso. Sus ojos eran únicos,

ya que cada glodandro poseía en realidad una variada tonalidad arcoíris en los mismos. No había ni miedo ni mentira en ellos. Sus crines y sus melenas eran del mismo tono dorado del que pudiera tener cualquier león de las llanuras, pero no resultaban tan espesas ni tan lustrosas como las de su legendario antepasado y padre.

Al iniciar su descenso en picado a El Paso, los nubarrones que les habían mantenido ocultos comenzaron a liberar un generoso aguacero sobre la tierra. Una nueva tormenta bañaría el final de aquel combate.

—¡Glodandros! ¡Mirad, son glodandros! —gritó entusiasmado Tsasé desde su posición señalándolos con la espada de Hárald que ahora él empuñaba en solitario.

Los élficos que se acumulaban a sus espaldas les aclamaron gratamente sorprendidos. Sus magníficos aliados de los cielos habían vuelto y no lo habían hecho solos. Sobre la grupa de cada glodandro iba bien aferrado un arquero de rostro arrugado y gris barba disparando gruesas flechas con unos arcos algo rupestres pero notablemente potentes. Panza Gorda había reunido entorno a sí a todos los sígrim de Las Prohibidas y ahora el pueblo esclavo acudía en ayuda de sus protectores y benefactores de Belfáel, pagando con ello una deuda contraída hacía décadas.

Las leyendas revivían.

Por todo El Paso, lonrastzs, gonks e híbridos caían víctimas del sorpresivo ataque causado con la llegada de los fabulosos glodandros y de aquellos certeros arqueros sígrim.

—¿Son los sígrim? —se preguntó extrañado Ávatar en voz alta al reconocer el aspecto singular de los recién llegados.

El quinto y último amo de Oall, que se hallaba de pie a su lado, miraba el cielo con ojos centelleantes y vivos.

—¡Los sígrim! ¡Los sígrim! —vociferó ampliando la potencia de su voz con la ayuda del kradparuná. Dirigiéndose a la muchedumbre de guerreros que esperaban el momento de entrar en acción les bendijo—: ¡Alabado sea Elf! ¡Alabados sean los aliados no esperados de los cielos!

—¡Por Elf! ¡Por Hárald! —les arengó Tsasé lanzándose al galope hacia El Paso con su hermoso óalo[22] engalanado para la batalla—. ¡¡¡Por Kárindooor!!!

Tras el valiente y osado capitán de la caballería del Reino Dorado avanzaron filas y filas de soldados élficos, lanzándose en ayuda de los sígrim y de los glodandros ya fuera al galope sobre rápidos caballos o ya fuera a la carrera con la única ayuda de sus propias piernas.

El quinto amo de Oall se volvió hacia Ávatar y señaló a sus miles de hombres.

—¿Y bien? Es el momento de decidir —le dijo con solemnidad. Mirándole directamente a los ojos, inquirió—: ¿El trono? ¿O Belfáel?

Tres días atrás, poco antes de la puesta del sol…

—¡Allí! ¡El corcel blanco de Hárald! ¡Ha vuelto! ¡El general ha vuelto! —anunció a gritos uno de los vigías desde la Ruzá.

La noticia corrió por toda la ciudad como una imparable ola a punto de chocar con la costa. A miles, los habitantes de Krádovel salieron para comprobar por sí mismos la buena nueva. La noticia de la captura de su venerado gran general les había partido el corazón a la inmensa mayoría de los orgullosos hijos de Elf. Ahora, allá en la distancia, un hermoso óalo blanco como la nieve esperaba en la lejanía.

Un esbelto caballero armado lo montaba y, a su lado, otro desconocido le acompañaba subido a un caballo algo más pequeño y de color marrón oscuro.

A cierta distancia, desde las sombras seguras de una de las partes más alejadas de la infranqueable muralla de la ciudad, un tipo encapuchado y no demasiado alto alzó un largo arco y apuntó. Una fina flecha estaba lista para ser usada. Dirigiéndose a su acompañante, le informó con voz nerviosa e impaciente:

—Flechasss nunnca falla.

Llevaba tanto sin alcanzar ninguna presa.

Ansiaba la caza.

—No. Esperemos primero —le ordenó su misterioso acompañante con un gesto seco de su mano izquierda.

—A Flechasss no le gusssta —tras lo cual, bajó el arco y se escondió nuevamente en las sombras.

—¿Sus órdenes? —preguntó un hombre alto y delgado, vestido con una recargada túnica bordada en oro y plata.

Un grupo numeroso, de casi quinientos individuos como aquel, esperaban ansiosos la respuesta del otro.

—Quiero a todo el mundo listo a mi señal. Ha llegado el momento.

—Por supuesto, Ávatar —le replicó el hombre apretando el puño satisfecho y saliendo de allí casi a la carrera seguido de cerca por el resto.

Por fin los lutdor reclamarían lo que les correspondía.

Reclamarían el Reino.

Poco después, Ávatar y Flechas también abandonaron aquel lugar sin perder de vista en ningún momento lo que hacían aquellos dos desconocidos recién llegados.

No muy lejos, en lo más alto de la Ruzá, Tesal oteaba el horizonte inquieto, aunque sin demostrarlo. Había demasiados ojos curiosos a su alrededor. Con la llegada de la noche se sentía más seguro, así que decidió bajar hasta la entrada para recibir a aquel misterioso jinete y a su acompañante mientras estos avanzaban aún lentamente desde el horizonte. Tesal sabía de primera mano que ese individuo no era Hárald, no. Kaz-Minkú lo retenía y torturaba como ese bastardo hijo de mil madres se merecía, pero de todas formas tenía que ir con cuidado.

Sin noticias de los lutdor, el albacea era quien a todos los efectos dirigía el Reino.

No podía perder eso.

Nada de pasos en falso.

Su temible Amo se lo había dejado muy claro.

Al rato, con la noche ya establecida sobre Krádovel, una inmensa multitud se amontonó expectante sobre las murallas de la ciudad. Miles de antorchas iluminaban la periferia de la capital de los hijos de Elf llenándola de luz y esperanza. De repente, el acompañante del caballero creó una luz brillante que los iluminó a ambos. Bajo aquella poderosa luz, se lanzaron entonces en una rápida y corta carrera que los condujo hasta las afueras mismas de la impresionante ciudad élfica. La gente comenzó a vitorear y a gritar entusiasmada. Fuera de sí, agitaban las antorchas o lo que fuera que portasen en las manos, cubriendo aquellas tierras de alegría y gozo.

Los jinetes llegaron por fin.

Y entonces el griterío y la alegría cesaron.

Montado sobre el corcel blanco quien cabalgaba era un magullado capitán de campaña. El águila de dos cabezas con las alas desplegadas que adornaba el pecho de su coraza se veía mellado y golpeado por muchas partes. Muchos reconocieron en ella el símbolo perteneciente a la Tercera división, la de la caballería. El yelmo que le protegía la cabeza había sido roto a la altura de la oreja izquierda, dejando ver una fea cicatriz rojiza llena de sangre reseca. Empuñaba una espada partida a la altura casi de la empuñadura que dejó caer al suelo. En su brazo izquierdo portaba un escudo de hierro lleno de golpes y abolladuras que también soltó. Incluso el precioso equino de sangre pura, criado en los ricos prados de Oall, parecía haber sufrido algún que otro

rasguño y respiraba agitado. Muy dura tenía que haber sido la galopada o la carrera para agotar a un corcel de tan noble estirpe.

Aunque muchos no reconocieron a aquel osado y valiente capitán, absolutamente todos se percataron de quién era su acompañante: cabeza rasurada, larga barba trenzada, ropajes hechos con pieles… El quinto y último de los amos de Oall con vida había acompañado a Tsasé en tan peligroso viaje atravesando una a una las feroces líneas enemigas. Por el rostro de ambos, era evidente que habían visto a la muerte de cerca. Al llegar a la altura en donde la espada de Hárald permanecía clavada al suelo, el amo de Oall desmontó, miró a su alrededor animado e inquirió con voz potente:

—¿No os queda valor, hijos de Elf?

—Extraña… pregunta —le contestó Tesal avanzando hasta ambos. Pese a que la noche ya cubría aquella parte del mundo, el corrompido albacea permanecía envuelto en sus oscuros ropajes. Añadió con cautela, guardando una prudencial distancia con la potente luz creada por el amo de Oall—: Bienvenidos a mi… hogar. Soy Tesal, albacea y principal… servidor de la ciudad. ¿A qué se debe tanta… intriga?

—La ciudad no tiene dueño —le replicó Tsasé desmontando del hermoso óalo perteneciente a Hárald, le acarició el morro agradecido y luego se acercó hasta el lugar en donde el amo de Oall y Tesal conversaban.

—Krádovel, hija de la luz, ¡vuestro general os reclama! —vociferó el amo de Oall ignorando tanto las palabras del albacea como las de Tsasé.

—Pasad y… hablemos —les ofreció Tesal con voz calmada pero imperativa. Luego, suavizando el tono, sugirió—: Hay mucho que discutir. Mucho que… preparar.

—No hay tiempo, albacea —le replicó Tsasé. Se explicó—: La guerra va mal. Vengo a reclamar la espada de Hárald. Me llevo a todos los hombres que quedan en la ciudad.

—No creo —refutó Tesal. Ese era el paso en falso, tenía que obrar con cautela—: Necesitas mi aprobación. Pasa y negociemos las… condiciones.

Las condiciones eran, básicamente, que en cuanto estuvieran a solas acabaría con ese insolente engreído. Tesal sintió una punzada de dolor en un costado, una señal de que seguramente su Amo quedaría muy complacido con eso.

—¿Esta espada? —les preguntó una voz anciana.

Una figura encorvada, no demasiado alta, sostenía en su mano derecha la poderosa espada del amado gran general. Un murmullo recorrió la muralla al instante, ya que todos los allí presentes fueron testigos de como aquella

desconocida y sigilosa figura extraía la espada de Hárald con un único destello de luz azulada.

—¿Quién eres? —preguntó el amo de Oall intuyendo la respuesta.

Tesal no salía de su asombro, ¿quién podía ser aquel desconocido que había logrado lo que ni siquiera él con la ayuda de los néldors había conseguido? Porque él había vuelto varias veces para intentar hacerse con aquella maldita espada. Casi cada noche a decir verdad. ¡Cómo odiaba aquella espada! ¡Cómo odiaba a Hárald! Pero no había habido manera de extraerla…

De reclamar el trono.

El desconocido levantó en alto la espada, al momento, un millar de voces proclamaron la noticia:

—¡Mirad a Ávatar! ¡Reina de Krádovel!

Por fin los lutdor se daban a conocer abiertamente.

Una mujer casi anciana, de pelo largo y canoso, rostro arrugado, labios finos y ojos dorados como el sol les sonrió acercándose lo suficiente para que la pudiesen ver a la luz. Portaba un grueso anillo rojo y negro con un extraño símbolo dorado dibujado en el interior de una hermosa perla transparente.

—Los hijos del espurio —identificó correctamente el amo de Oall.

—Tu nueva reina —le aclaró esta.

Tesal se agitó inquieto. El Mal llevaba tiempo buscando a ese tal Ávatar, quién sabía por qué extrañas razones.

—El albacea, nuestro querido “protegido” —le recordó ella al percibir su inquietud, dejándole bien a las claras que lo sabía todo de él.

Bueno, todo no. Nadie sabía lo de su oscuro trato con los temibles amos de Kaz-Minkú.

Tesal conocía bien la historia: los descendientes de un supuesto hijo ilegítimo del Rey-Sol casi habían provocado la división del Reino en pos del trono. Pero finalmente sus descendientes, los llamados espurios, habían abandonado sus pretensiones de forma pacífica, unificando así a los hijos de Elf en un gesto desinteresado y noble.

Aunque aquella anciana sujetando la espada del gran general de Krádovel demostraba lo contrario.

—No hay tiempo, sea lo que sea esto —le interrumpió Tsasé alterado—. La situación es crítica.

—Te escucho, joven capitán —le concedió Ávatar.

La anciana hizo un disimulado gesto con su mano libre.

—Flechasss essspera —dijo en la distancia y para sí en respuesta el malhumorado zafio desde el escondite en el cual apuntaba con su largo arco a

aquel magullado capitán élfico.

—Oall, El Valle, las posesiones orientales de Las Fronterizas… todo, ¡todo ha sido destruido y saqueado! El rey perlado comanda una jauría feroz de bestias y de gonks. Híbridos fuera de control procedentes de las Ar-Muná se les han unido sin que sepamos el porqué lo han hecho —les explicó hablando a toda velocidad. Tras un breve respiro, añadió preocupado—: Y además un ejército numeroso de zafios ha descendido desde Playas Secas bordeando el Esatoent. —Les anunció con tristeza—: Brast-Lav ya ha caído y Édegan lo hará en breve.

—El Paso está en peligro —entendió de inmediato la astuta mujer.

—¡Belfáel entera está en peligro! Pero aún hay una posibilidad de victoria.

—¿Cuál? —preguntó con interés Tesal.

—Hárald sabía que el enemigo contaba con numerosos espías. Así que los engañó a todos engañando al Concilio.

—Pensaba que su plan estaba claro… —insistió Tesal, tenía que conseguir toda la información que pudiese.

—Exacto, acabar con los perlados y con su capital. Pero no yendo hacia ellos, sino haciendo que Ura se confiara y nos invadiese. Por ello ordenó a la Segunda división que permaneciese en Nésiu-Bilul. La Cuarta, la Quinta y la Sexta se han mantenido a la espera en las cercanías de Isinia, ocultas en las afueras del bosque de Albnoc.

—¿Y la caballería? Creía que debía cruzar la frontera por las lomas perladas —siguió preguntándole Tesal, el Mal le retorcía por dentro haciéndole sentir un dolor incurable.

Ávatar le miró con frialdad.

Cuidado.

Mucho cuidado.

Nada de pasos en falso.

—La Tercera no llegó a salir de Belfáel. Rodeó la Ciénaga hasta encontrarse con nosotros, los amos de Oall —les explicó este—. Desde ese día han estado reclutando hombres, armas y provisiones por todo el Reino, intentando poner a salvo al mayor número de personas posibles. Ahora la tropa avanza con la Segunda hacia El Paso. Si nos damos prisa…

—Atraparemos al enemigo —concluyó inteligentemente la astuta lutdor.

—¡Exacto! Luchemos ahora unidos y luego ya decidiremos quién debe gobernarnos —Tsasé hablaba con una sinceridad abrumadora, aquella era la cualidad por la cual el gran general lo había escogido entre muchos otros para

aquel destino. De repente pareció tener una idea—: Si es verdad que eres tú quien dirige a los lutdor es incluso mejor. Vosotros estáis en todas partes, podéis movilizar y avisar a todos los habitantes del Reino de aquí hasta el Naria. Incluso sé que podéis avisar a nuestros vecinos, el resto de pueblos aliados del Concilio.

—No se puede confiar en los forasteros —le dijo despectivamente Ávatar.

—Puede, pero toda la ayuda será poca. Reina Ávatar, no sabes a qué horror nos enfrentamos. Estos invasores no se detendrán ante nada ni ante nadie. La muerte cabalga tras ellos.

Todos guardaron un momento de silencio.

La muchedumbre aguardaba expectante a ver qué pasaba.

Tesal maldijo para sus adentros, tenía que informar a Kaz-Minkú de todo aquello, pero podía ser peligroso, muy peligroso…

Ávatar se acercó a Tsasé y, para sorpresa de este, le ofreció la espada. El capitán miró al amo de Oall y, tras un gesto de consentimiento por su parte, la cogió respetuoso. Pero la astuta lutdor no la terminó de soltar, sino que la mantuvo sujeta a la vez que el magullado hombre.

—Te toca, amo de Oall —le pidió con gesto indescifrable.

El amo asintió, hizo brillar la potente luz hasta su máxima expresión y anunció con su potente y reforzada voz gracias al don misterioso de los Primeros:

—Hijos e hijas de Krádovel, ¡vuestro general os convoca! ¿Acudiréis a su llamada?

La muchedumbre no dudó.

Al momento, los miles allí reunidos empezaron a aplaudir y a corear el nombre de Hárald. Cánticos, vítores y gritos de ánimo estallaron procedentes de lo más recóndito del corazón de las personas allí reunidas. Los lutdor animaron a muchos a corear también el nombre de su reina, Ávatar.

—Tú vendrás con nosotros. Te quiero a mi lado —le ordenó Tsasé al corrupto albacea.

Nuevas maldiciones.

Ahora no podía acabar con aquel hombre sin levantar sospechas ni tampoco podría avisar a Kaz-Minkú si se marchaba de la capital.

El paso en falso.

Ahí estaba.

El terrible paso en falso.

—Cuando llegue el momento de la verdad, tendrás que decidirte.

Aquellas últimas palabras del amo de Oall se quedaron profundamente grabadas en la mente y el corazón de la última de las hijas de los espurios.

En la actualidad…

—Mi trono tendrá que esperar —fue toda la respuesta de Ávatar. Entonces ella también se lanzó al galope en dirección a la entrada del baluarte seguida muy de cerca por un nutrido grupo de sus más leales lutdor.

Todos los élficos lucharon unidos aquel tormentoso día.

Pero derrotar al rey renacido, un ser nombrado y devuelto a su posición regente única y exclusivamente por obra y gracia del Mal, no iba a resultar tan fácil como todo eso. El cruel rey Ura, al ver la espectacular arribada de los glodandros y de los certeros arqueros sígrim, había reorganizado con efectividad a los suyos.

Los lonrastzs y los gonks hacían frente a los magníficos vástagos de Ekradz lanzando con tremenda precisión sus pesadas hachas de tres cabezas hacia los cielos. Un par de glodandros cayeron a tierra malheridos. Tanto ellos como los arqueros sígrim que los montaban y que fueron a parar al suelo murieron cruelmente despedazados por las enormes fauces de los leones de Valtra o por las fornidas manos de las horripilantes criaturas siervas de Kaz-Minkú. Debido a ello, la acometida de los glodandros comenzó a realizarse con mucho más tiento, mucha más lentitud. Gracias a eso fueron muy pocos en realidad los que de entre ellos cayeron, no obstante, los híbridos metamorfoseados pudieron avanzar libremente y sin dificultad hasta la última de las murallas y torreones de El Paso, acabando al fin con los postreros defensores que en ella quedaban.

Al otro lado del desfiladero, Tsasé y los suyos tenían ya cerca la última de las gigantescas puertas de hierro y madera que protegían la entrada oriental de El Paso. La lluvia golpeaba con dureza al joven capitán élfico y a sus compañeros de armas, mientras caía desde los cielos con virulencia y fuerza.

Un nuevo relámpago iluminó todo el lugar con su brillo inapagable.

El joven capitán creyó escuchar una risa mórbida al otro lado de las puertas, seguido de cerca por un temblor de tierra que consiguió detener el avance de los suyos. Los caballos parecían no querer seguir avanzando más y se encabritaban, obligando a los jinetes a hacer uso de toda su pericia con las bridas para no terminar en el suelo.

La siniestra risa les llegó entonces a todos ellos con claridad meridiana.

Luego una voz maliciosa y vil les anunció:

—¡El Mal te llega hoy, Belfáel! La muerte es el único aliado para aquellos que se interpongan contra Su voluntad. ¡No habrá piedad!

Un trueno resonó desde los cielos y al mirar hacia lo alto algunos creyeron distinguir la calavera símbolo del Dominio. El amo de Oall se concentró y desde la lejanía en la que se hallaba provocó con su bastón de madera un haz de luz pura que logró deshacer la malvada imagen, devolviendo con ello la esperanza a aquellos de entre los suyos que habían comenzado a dudar atemorizados. Todos los que permanecían junto a Tsasé miraron con reticencia al frente al darse cuenta de que algo enorme se preparaba para cruzar aquellas últimas puertas del caído baluarte de El Paso.

—¡No dudéis! ¡Unidos venceremos! —Les animó Tsasé de todo corazón recordando aquellas palabras atribuidas al propio Rey–Sol.

La recia puerta de piedra y metal se quebró en miles de pedazos en aquel mismo instante dejando ver una inquietante oscuridad entre las sombras de su interior. Un nuevo relámpago inundó los cielos dejando entrever la bestia monstruosa que había hecho trizas aquellas duras y resistentes puertas. Una colosal criatura de casi diez veces el tamaño de un lonrastz normal comenzó a surgir de entre las sombras. Avanzaba lentamente rugiendo amenazas y esparciendo odio por igual hacia aquellos enemigos allí congregados. Su cuerpo estaba lleno de los mismos tatuajes obscenos e inmorales que antes portase el pálido caballo color claro y amarillento del rey Ura. Su rostro era una monstruosidad deforme, mitad animal mitad gonk. Todo aquel ser era puro musculo y fibra, una combinación ideal pero horripilante de lo que hacía poco había sido un feroz gonrastz.

No un animal feroz.

No una bestia salvaje.

Una aberración.

Un monstruo cruel.

Sobre su desfigurada cabeza se había desarrollado una especie de casco o yelmo similar al de su amo, con la forma de una cornamenta curvada sobre sí misma igual a la de un macho cabrío o carnero. Muchos soldados élficos retrocedieron casi sin querer ante la monstruosidad que dejaba atrás la fortaleza de El Paso, mancillando con su lento avanzar el suelo de aquellas amadas tierras. A lomos de la indomable bestia cabalgaba Ura-Ross, el rey renacido, mirando orgulloso y altivo a todos aquellos que ahora iban a intentar detenerle. En su brazo izquierdo portaba sin esfuerzo el enorme y pesado escudo circular recubierto de aquellas letales cadenas vivas. Un arma

legendaria forjada por su pueblo en la lejana Éter-Muit, en la Primera de las Eras de los hombres.

Con su diestra empuñaba el mango revirado de su fenomenal hacha de guerra, convertida nuevamente en maza de combate gracias a esa siniestra y terrorífica cadena formada por cientos de eslabones con la apariencia de los rostros agonizantes de todos los enemigos a los que había vencido y asesinado a lo largo del tiempo.

El rey Ura dejaba que su mortífera arma se arrastrase por el suelo, creando una profunda marca en la tierra embarrada.

El último de los eslabones mostraba precisamente los agonizantes rostros de los tres amos de Oall antes de perder la vida y abandonar el mundo.

Una especie de broma macabra.

Aquel cruel aliado de los néldor levantó de súbito el arma del suelo, elevándola por los aires por encima de su propio yelmo y haciendo que esta diera dos vueltas completas. Al terminar la segunda de las vueltas, el arma pareció detenerse por completo, quedando inmóvil en el aire de una forma como nada en la naturaleza era capaz de hacer. Después el arma liberó una onda expansiva que rompió el aire y la lluvia que caía desde los espesos nubarrones, para caer posteriormente de forma ruidosa contra el suelo. La misteriosa onda expansiva alcanzó velozmente las primeras filas del ejército élfico y derribó a muchos al hacerlo. La onda se transformó entonces en una espesa neblina oscurecida que comenzó a adoptar la apariencia de un millar de manos y de brazos esqueléticos sustentados en el aire en medio de la nada.

Las manos mortecinas atravesaron las corazas de los que habían ido a parar al suelo llegando hasta sus corazones, deteniendo directamente la fuente de la vida de los hombres caídos. Tsasé, que también había perdido el equilibrio y se hallaba en el suelo junto al hermoso óalo, logró interponer la espada de Hárald entre su cuerpo y aquellas esqueléticas manos que intentaban tocarle. Al entrar en contacto el humo negruzco con la poderosa espada del gran general, esta brilló con fuerza deshaciendo las manos y los brazos esqueléticos en la nada, salvando así al intrépido capitán de una muerte dolorosa y agonizante causada por aquella maldad corrupta surgida de la siniestra voluntad del rey perlado.

Un nuevo relámpago iluminó directamente la muralla de El Paso desde donde habían salido monstruo y rey, mostrando con su impresionante luz el interior de los devastados restos de El Paso.

Miles de ojos aguardaban en las sombras.

A una orden silenciosa del rey Ura, incontables cantidades de híbridos metamorfoseados surgieron como si de una plaga de insectos voraces se tratase. Al cruzar las puertas se pusieron a cuatro patas y, como simples animales en plena caza, corrieron enfurecidos en dirección a la sorprendida primera línea de combate élfica.

—¡A por ellos, sin piedad! —les ordenó Ávatar, ella había resistido sin demasiados problemas aquella espeluznante onda expansiva, protegiendo además a la parte del ejército que la seguía fielmente.

Los lutdor no se lo pensaron ni un nahkran y se lanzaron al ataque tras la orden directa de su venerada y, para todos ellos, legítima reina.

Tsasé reaccionó rápidamente y, montando nuevamente sobre el óalo, se unió a los lutdor dispuesto a acabar con aquella plaga de invasores. Hubo de hacer un esfuerzo para ignorar muy a su pesar a los cientos de compañeros que todavía se retorcían moribundos a causa del ataque de las esqueléticas manos, sin saber que el amo de Oall se dirigía hacia allí dispuesto para ayudar a todos aquellos que aguantasen hasta que él llegase y los liberase de aquel oscuro kradparuná.

Los híbridos metamorfoseados y los élficos comandados por Ávatar y Tsasé se enzarzaron entonces en una lucha sin cuartel que bañó los charcos y la tierra en sangre y que rápidamente llenó las afueras de El Paso de cientos de cadáveres, restos y armas abandonadas.

En poco tiempo, aquel bello lugar pasó de ser una tranquila planicie a un desolador cementerio sobre el que todavía seguían combatiendo miles de hombres, bestias y animales.

Consciente de la tremenda matanza causada tanto ahí como en el interior del baluarte y al otro lado del mismo —en donde zafios y una pequeña parte de los híbridos que él controlaba se enfrentaban con dureza contra las tropas élficas restantes—, el cruel rey Ura-Ross, el renacido, comenzó a reírse de nuevo con mórbida y siniestra maldad.

Poco importaba ya el resultado de aquella batalla.

El Mal había triunfado.

… 5 de Nísnasat del 20º Eunú, Quinta Era

Capítulo XI

VICTORIA CON DERROTA

EKRADZ observaba desde los cielos el conflicto. Había decidido en un principio que no participaría en la lucha fuese cual fuese el resultado de la misma. Intervenir directamente podría tener resultados inesperados y desafortunados para las jóvenes razas. Y aunque apretó los puños cuando vio como esas fieras desalmadas se lanzaban como alimañas sobre sus vástagos caídos, permaneció inmóvil allá en mitad de los cielos, rodeado de aquella legión de nubes cargadas de lluvia, relámpagos, truenos y rayos.

Aquello no era una guerra justa.

El que parecía comandar a los invasores usaba a la propia Tierra Viva en su propio beneficio, algo intolerable y prohibido desde que él tenía uso de razón. Ni siquiera con la ayuda de sus bienamados hijos, los glodandros, aquellos valientes descendientes de los Primeros tendrían opciones de derrotar a aquel guerrero de la gran hacha y al monstruo aberrante que usaba como montura.

Ya no podía permanecer al margen.

Y Ekradz rugió por segunda vez allá en los inalcanzables cielos.

Pero esta vez no se limitó a un mero reclamo como había hecho en Las Prohibidas, ni a un grito de guerra como había hecho al permitir a sus vástagos unirse a los hombres en la lucha entorno a El Paso.

Ese rugido era su verdadera voz.

Era su forma de anunciar a Kárindor y a todas sus criaturas que él, el padre de todo lo que volaba, había regresado.

Y que lo había hecho para luchar.

Los gonks se detuvieron al escuchar la increíble y poderosa voz que resonó desde el interior de la propia tormenta. No hubo hombre que no temblase en aquel mismo instante. Los miles de glodandros dirigieron sus expresivos ojos hacia los cielos en señal de respeto ante la llegada inminente a la batalla de su padre y progenitor. Incluso los fieros lonrastzs retrocedieron asustados sin hacer caso a las órdenes de sus jinetes gonks por primera vez desde que se unieran a ellos. El amo de Oall dejó caer su bastón de madera y su espada, lleno de un súbito sentimiento de temor que le hizo arrodillarse sumisamente.

Hasta el poderoso rey Ura quedó por un breve instante sobrecogido y atemorizado. Miró al lugar en donde Ekradz había dejado oír su verdadera voz y, por primera vez, sintió peligrar su vida de verdad. El eco del rugido parecía ir dirigido directamente a él, amenazándolo como nunca antes nada ni nadie lo había hecho. Bajó de su peculiar montura agarrando con fuerza el pesado escudo. Las cadenas retemblaron al percibir el miedo recorriendo el interior de su malvado amo.

Recobrando el ánimo, aquel cruel siervo de Kaz-Minkú le desafió a gritos:

—¡Venga! ¿A qué esperas?

La figura descomunal de Ekradz rompiendo las espesas estelas de los nubarrones de la tempestad hizo que a más de uno se le cayera el arma al suelo, incluida alguna que otra hacha gonk de tres cabezas. Una decena de rayos tocaron suelo acompañando el vertiginoso descenso del ser ancestral, rodeando con ello los alrededores del lugar en donde le aguardaba desafiante el rey renacido.

El inmenso peso causado por el cuerpo de Ekradz al tocar el suelo hizo que la tierra se hundiese un buen trozo. Antes de que el rey Ura pudiese hacer nada, Ekradz juntó sus dos manos en un único puño y dejó caer toda su fuerza contra él. El escudo de este soportó toda la dureza del golpe, abollándose y comenzándose a quebrar pese al poder ancestral que lo protegía. Pero Ekradz no se contentó con eso y lanzó cuatro o cinco golpes más similares al anterior, obligando al humano a ponerse de rodillas a causa del esfuerzo. Entonces, el

ser ancestral intentó aplastar con una de sus gigantescas pezuñas a su enemigo, pero este rodó por el embarrado y agrietado suelo evitando el mortífero ataque, aprovechando aquel breve impás para contraatacar. Las cadenas vivas que recubrían su ahora desgastado escudo salieron disparadas hacia el padre de todo lo que vuela, aumentando vertiginosamente de tamaño, rodeándolo y aprisionándolo por completo.

Ekradz rugió enfurecido al sentirse atrapado por ellas.

Recobrando como pudo el aliento, Ura arrojó su pesado escudo lejos de allí. Con aquellos pocos golpes, esa inmensa criatura a la que se enfrentaba lo había dejado destrozado por completo.

A cierta distancia, Tsasé vio como la espada que empuñaba se iluminaba al ver la impresionante lucha entre aquel gigantesco ser ancestral y el peligroso y cruel rey perlado.

Sin poder contenerse más, su valiente e intrépido corazón le hizo lanzarse al galope en ayuda de Ekradz.

No muy lejos, Ávatar observó la escena con incredulidad, sintiéndose algo avergonzada ante el valor de aquel joven capitán de caballería. Vio alejarse al galope al caballo óalo de Tsasé y, apretando los dientes, sacó todo su coraje, levantó erguida la cabeza e hizo que su voz resonase con claridad por toda la llanura en donde combatían sus hermanos:

—¡¡Muerte!! —Tras lanzarse a su vez al galope, repitió con aquella atronadora voz cargada de ira—: ¡¡¡Muerte!!! ¡¡¡Muerte!!!

Los miles de élficos contestaron a aquellos gritos reanudando la lucha con mayor ímpetu. Incluso el amo de Oall se unió al conflicto lanzando golpes y haces de luz pura y cegadora contra todo lo que fuera un enemigo. Los híbridos metamorfoseados caían uno tras otro ante la creciente acometida de los élficos sin ser capaces de reaccionar. Sin la guía y dirección de su rey luchaban sin orden ni concierto, aunque tanto su número como su natural constitución física aún hacía de ellos unos enemigos terribles.

Entonces se escucharon cuernos, tambores y trompetas de guerra.

Los hijos de Elf no estaban solos.

Ávatar acabó de una soberbia maniobra con dos molestos híbridos y miró hacia el origen de aquel revuelo. Al ver lo que se acercaba reconoció a regañadientes que se había equivocado. Una marea humana formada por un sinnúmero de hombres a caballo y a pie avanzaba a buen paso y en perfecto orden de batalla hacia el frente.

Los Pueblos Libres de Belfáel marchaban en ayuda del Concilio.

Cientos de variados estandartes pertenecientes a la infinidad de casas, pueblos y aldeas tanto del Reino Dorado como de los clanes Nador e incluso de la más lejana Kádor-Hum habían acudido. Al frente de la marabunta humana, un glodandro de gran tamaño y crin azulada portaba una hermosa mujer ataviada con una brillante armadura blanquecina. Lura se había adelantado a los sígrim a lomos del cabeza de los glodandros, organizando los dispersos ejércitos que se habían formado gracias a la eficaz ayuda de los lutdor.

Unidos, por fin habían llegado a El Paso.

Respirando agitado, el rey perlado se tambaleó como si le hubieran golpeado en la boca del estómago, pero no a causa del numeroso ejército que acudía en ayuda de los élficos.

—¡Acaba con él antes de que se libere! —le ordenó a su monstruosa montura señalándole a Ekradz mientras este, enfurecido y fuera de sí, intentaba zafarse de aquellas cadenas vivas que lo mantenían aprisionado por el momento.

La razón por la cual el rey Ura había sentido el golpe se encontraba al otro extremo del devastado baluarte élfico. Los leales a Nisvala, capitaneados por el bravo Bnodwiq Ramforq, habían acudido también en ayuda de los élficos. Gracias a la excelente coordinación de los arqueros ónimods, pronto rompieron las defensas organizadas por sus traidores hermanos, los zafios. Al mismo tiempo, la Segunda División élfica acababa con los restos de los desorganizados híbridos metamorfoseados. Sin el peligro de las letales flechas y proyectiles zafios, la caballería de Tsasé se adentraba en el desfiladero enfrentándose sin temor a los gonrastz gracias a la inestimable y valerosa ayuda de los glodandros.

La batalla comenzaba a decantarse.

En cuanto Tsasé estuvo cerca del aprisionado Ekradz, saltó desde su caballo óalo volando por los aires ágilmente y golpeando al mismo tiempo a aquellas siniestras cadenas, rompiéndolas de cuajo gracias al afilado acero de la espada de su venerado general. Justo en ese mismo momento el monstruo, la aberración creada por el rey Ura, saltaba para acabar con el padre de todo lo que volaba. Ekradz se defendió cayendo al suelo y sujetando las enormes fauces del peligroso y monstruoso animal haciendo sin querer que Tsasé perdiese el equilibrio tras el salto. Los cuerpos gigantescos de Ekradz y del monstruo cayeron muy cerca del capitán élfico pero, por fortuna, el hombre se salvó de morir aplastado. A las rastras, se alejó de allí mientras Ekradz y la aberración proseguían con su forcejeó a vida o muerte. Cuando por fin salió

de allí, el joven capitán se giró y vio al rey perlado. Levantándose, se dirigió hacia él espada en mano con una única determinación.

La victoria de los aliados del Concilio era inminente.

Los lonrastzs y los gonks intentaban huir escalando las escarpadas paredes del desfiladero, pero la resbaladiza roca del lugar terminaba por hacerles perder el equilibrio a la mayoría. El resto se convertían en presas fáciles para los poderosos glodandros. Algunos pocos se lanzaron al vacío que les separaba del Bosque Oscuro. Los que no perdieron la vida al estrellarse contra el suelo de aquella tierra maldita caerían poco después, pues allí moraban unas insaciables y horripilantes plantas carnívoras que caminaban sobre la tierra en busca de presas frescas con las que alimentarse.

El olor a muerte de la batalla las había reunido en las cercanías del desfiladero.

No hubo gonk ni lonrastz que fuera rival para ellas.

Las fuerzas comandadas por Lura y por Ávatar terminaban a su vez con los desconcertados híbridos, al igual que hacía la Segunda al otro lado del desfiladero. Bnodwiq Ramforq y los suyos daban buena cuenta de los zafios que intentaban huir. Muy pocos de ellos lograrían regresar a la seguridad relativa de Playas Secas, su escondrijo y hogar.

—¿Estás orgulloso, elfo despreciable? —le insultó el rey Ura al ver a aquel rubio caballero acercándose.

—Has perdido, esclavo de Kaz-Minkú. Has sido juzgado por la ley de Elf. Hoy morirás —le sentenció Tsasé situándose frente a él.

—¿Moriré? ¡Ja,ja,ja,ja,ja…! —se mofó descaradamente Ura—. ¿Quién eres tú, miserable mortal, para juzgar a un dios como yo? Además, el Mal no ha perdido, estúpido ignorante. Vosotros no sois el peor de nuestros enemigos. ¿No los oyes, gusano? ¿No oyes las decenas de miles de voces que gritan pidiendo clemencia mientras su sangre cae a tierra? ¡Mmh! Sí, yo sí las escucho. Su luz asquerosa no volverá a molestarnos —añadió Ura–Ross poniendo cara de puro éxtasis y placer.

—Yo sé que nadie escapa a la Ley, sea un dios o sea un hombre.

Un poderoso rugido victorioso procedente de Ekradz le hizo mirar de reojo. El fenomenal ser había conseguido levantarse y ahora sujetaba las mandíbulas de la bestia intentando separarlas. La horrenda monstruosidad creada por Ura lanzaba arañazos desesperados intentando librarse de los poderosos brazos de Ekradz, los cuales comenzaron a arder en llamas a medida que el magnífico ancestro de dragones y glodandros usaba más y más de su legendario poder.

—Despreciable gusano. Te arrastras por el suelo hasta mí sin reconocer quién es el dios aquí y quién el siervo. ¡Yo te enseñaré hoy la diferencia!

El rey Ura elevó su tremenda hacha de combate por los aires y repitió el mismo truco de antes, lanzando una nueva onda expansiva. Pero esta vez no consiguió derribar al intrépido capitán élfico ya que este se había preparado para recibir el golpe. No obstante, una veintena de brazos y manos esqueléticas se formaron en la neblina resultante tras la onda. No satisfecho con ello, el cruel rey perlado fue un poco más allá y liberó más de su oscura luz interior, llena como estaba de maldad y odio. La neblina comenzó a adoptar la forma esquelética de unos cuerpos sin terminar, de cabezas a medio hacer, de piernas sin acabar… El kradparuná sombrío surgido desde la neblina se dirigió lentamente en dirección a Tsasé.

—¡No puedes detener a un dios! —se vanaglorió Ura.

—Solo, tal vez no —le replicó el amo de Oall a su diestra.

El último de los honrados amos de la tierra sagrada lanzó todo su restante saber en contra de aquella neblina maléfica, deshaciéndola al igual que hiciera con la depravada imagen de la calavera del Mal en los cielos.

—No hay dioses en Kárindor, solo cobardes como tú.

La fría y pausada voz sureña de Lura obligó al cruel perlado a girarse para mirar atrás desde donde la misteriosa nadoriana empuñaba una preciosa arma color marfil a juego con su ajustada armadura. Tras dejarla allí, el cabeza de los glodandros se lanzó de inmediato en ayuda de su progenitor.

—La Tierra no es tuya, ni nunca lo será —concluyó Ávatar avanzando hasta situarse a la izquierda del peligroso aliado del Dominio.

—Has sido juzgado —le repitió Tsasé acercándose desde el frente. Remató—: Hoy morirás.

Entonces, aquellos cuatro valientes humanos se lanzaron al ataque a un mismo tiempo y sin necesidad de decirse nada. Ura luchó con fiereza y se revolvió hiriendo a varios de ellos, más estos no cejaron ni retrocedieron. De una hábil maniobra, la espada de Ávatar atravesó limpiamente y por la espalda la armadura de cobre del rey perlado. Pronto, aquel cruel hombre comenzó a escupir una sangre negra y espesa, propia de alguien consumido por el kradparuná sombrío, tal y como él lo estaba en verdad.

Sin embargo, permaneció en pie.

El bastón del amo de Oall impactó de lleno en Ura, quebrando totalmente y por fin la coraza que lo protegía. Aunque el precio que tuvo que pagar fue un impacto directo en el ojo derecho, que nunca más volvería a ver la luz del día. Casi al mismo tiempo, la espada color marfil de Lura atravesó el pecho

descubierto de aquel malévolo rey. Forjada por Ekradz mismo, su afilada hoja no tuvo piedad. De un duro golpe con la cabeza, Ura dejó medio grogui a la bella nadoriana, la cual se tambaleó mareada ante él. Lura sintió como también perdía la sensibilidad de su brazo izquierdo tras aquel impacto. Por fortuna, antes de que Ura pudiese rematar a la dama sureña, el intrépido capitán Tsasé apareció a su lado.

Dando un espectacular salto en el aire dejó sin cabeza a aquel cruel rey al servicio de los néldor y su sempiterna maldad.

Aun así, los brazos de Ura fueron desclavando las dos espadas que le atravesaban su cuerpo descabezado, ante la estupefacción y el horror de sus cuatro valientes enemigos. Al extraerse la última de ellas, una nueva onda sombría surgió del mismísimo interior del cuerpo del rey renacido, tumbándolos a todos ellos contra el suelo.

Finalmente, tras un apagado sonido parecido al metal corroyéndose, Ura-Ross, el rey renacido cayó al suelo inerte y sin vida.

La batalla llegaba a su fin.

En el desfiladero, los últimos gonrastz perecían bajo las afiladas espadas de los caballeros élficos, las certeras flechas de los arqueros sígrim y las afiladas garras de los glodandros. En el suelo, los híbridos metamorfoseados se convulsionaban agitadamente, muriendo también ahora que el poder de Ura ya no los controlaba ni los sustentaba. La treintena de zafios supervivientes huía al galope en dirección a Playas Secas mientras Bnodwiq y los restantes ónimods leales a Nisvala levantaban sus dagas y arcos en señal de victoria, dándoles las gracias al dios Móvar por seguir con vida tras la lucha.

Todos los allí reunidos coreaban la palabra “victoria” con entusiasmo y fuerza. Lura, Ávatar, Tsasé y el amo de Oall se levantaron de nuevo para ver el desenlace de la gloriosa lucha entre Ekradz y el cabeza de los glodandros contra aquel horripilante monstruo, que seguía batiéndose con fiereza ante ambos.

—No podéis matar a un dios.

Una voz mórbida procedente de sus espaldas les pilló por sorpresa al pronunciar aquellas duras palabras.

El rey renacido no tenía ese nombre porque sí.

El don corrupto que se adueñaba de su ser y que había heredado directamente de su primer antecesor le hacía renacer cada vez que su cuerpo perdía la vida. Hacía falta un poder superior al suyo para evitar que el renacido retornase cada vez de entre las sombras.

Un poder que puede que tal vez solo los néldor llegaban a conocer o a poseer.

Puede.

—¡Kárindor es mía! ¡Yo soy su dios!

Ura lanzó su tremenda hacha convertida en maza en dirección hacia sus cuatro sorprendidos enemigos alcanzándoles de pleno. El golpe fue brutal y dejó sin sentido tanto a Lura como al amo de Oall. Tsasé se debatía en el suelo completamente aturdido y sin fuerzas. Solo Ávatar parecía haber soportado la fuerza del ataque. Se levantó orgullosa y se preparó para hacerle frente sonriendo, al fin y al cabo, la estirpe élfica también fluía por sus venas. Un chorro abundante de sangre recorría su frente por culpa de una fea brecha en la misma, pero en sus ojos no había el menor rastro de miedo o de dudas.

Y ya no brillaban dorados como el sol, ahora lucían oscuros como la noche.

La cara de la anciana brilló levemente y, para sorpresa del rey Ura, transformó su aspecto en el de un hombre de dura mirada, nariz aguileña y un anguloso rostro lleno de cicatrices y marcas.

Ura entendió lo que significaba aquello.

Pero, aun así, le lanzó obstinadamente su arma. Aunque Ávatar logró esquivar el ataque quedó atrapado sin remedio por los duros eslabones de aquella sombría cadena. Emitiendo un estrafalario aullido inquietante, Ura hizo retroceder las cadenas hacia él, propinándole a la cabeza desprotegida de Ávatar un tremendo golpe con su propio yelmo en cuanto lo tuvo al alcance. El rey renacido retornó su arma al aspecto habitual mientras miraba como aquel sorprendente enemigo se desplomaba contra el suelo sin sentido y con los ojos totalmente en blanco.

Y de nuevo con el aspecto de aquella extraña anciana.

—Claro que la Tierra es mía.

Escupió aquellas palabras con total desprecio. Entonces se fijó en el malherido Tsasé, le sonrió en la distancia y se acercó lentamente hasta él. Al llegar a su altura se preparó para clavar su enorme hacha levantando esta con ambas manos por encima de su propia cabeza. Dudó un breve instante al escuchar y al ver a aquella alegre muchedumbre gritando como vencedores de aquel día.

—Creen que han ganado y no saben que el Mal también se alimenta de la muerte de sus siervos. Los dioses tal vez vivamos cuando Él retorne, simple mortal —le explicó al intrépido élfico. Antes de dar el golpe de gracia, le confesó—: Cada muerte es una victoria para mi Amo.

Pero el golpe no llegó a su destino.

Las poderosas manos de fuego de Ekradz lo sujetaron inmovilizándolo del todo. El fantástico ser había terminado por desgarrar las fauces de la bestia con sus propias manos acabando así con la monstruosidad engendrada por la maldad de Ura. Al momento, se había lanzado al vuelo en esa dirección dejando atrás a su magullado y leal vástago. Sorprendiendo al perlado inmortal, siervo del Daño de Válruz, se había situado a sus espaldas apresándolo con ambas manos.

El rey perlado gritó y se zarandeó liberando, con ayuda de todos sus conocimientos sobre el kradparuná, todo su odio y toda su maldad. No logró nada. No logró liberarse. Usados de esa forma, los dones de los Primeros no le causaban daño alguno al legendario padre de dragones y glodandros.

Él, el padre de todo lo que volaba, era inmune por nacimiento a la maldad.

—¡Ggrrhg! Conozco un nido adecuado para ti, joven humano —le explicó sin soltarlo.

Ekradz se elevó por los aires manteniendo firmemente atrapado al cruel monarca de los perlados. Atravesó la tormenta, que seguía descargando su furia con fuerza, y se alejó de El Paso. Dejando atrás la batalla, sobrevoló el Bosque Oscuro y las Ar-Muná en un largo viaje.

Durante todo aquel trayecto, Ura siguió amenazando e insultando a Ekradz.

Lo maldijo de todas las formas que conocía.

En todas las lenguas que hablaba.

Le garantizó que hiciera lo que hiciera cuando él renaciese iría en su busca y le daría caza. Desesperado, incluso intentó convencerle de que si se unía a él en derrocar al Mal podrían dominar todo el mundo conocido. Podían traer una nueva era a Kárindor.

Ekradz, padre de todos, sería el guardián.

Y él, Ura-Ross, el renacido, su rey.

La respuesta del legendario ser había sido apretar con más fuerza dejando al oscuro monarca perlado sin aliento y sin ganas de seguir hablando. Cuando por fin llegó al lugar que deseaba, el poderoso ser ancestral aflojó un tanto y miró directamente a Ura a los ojos.

—No debiste habernos provocado. ¡Grrgrrrhgg! Joven humano, tus actos son como nubes traicioneras que arrastran a las demás crías a una muerte segura e injusta. ¡Ggrrhg! Tus vuelos deben acabar.

—¿Y qué vas a hacer? ¡Soy un dios! ¡Soy inmortal! ¡Ja,ja,ja,ja,ja,ja,ja,ja,ja,ja…!

Ekradz lo apretó del todo haciéndole crujir hasta el último de sus huesos y luego arrojó su cadáver inerte desde los cielos, alejándose de allí y sabiendo que ese joven humano insolente ya no volvería a causar daño alguno al mundo.

Pero ahora él también tenía que dar explicaciones.

Tocaba volar de vuelta al primer nido, hasta “ellos”, para compensar y justificar su brusca intervención en las luchas de las jóvenes razas de Kárindor.

Ura abrió los ojos retornando a la vida allá donde Ekradz lo arrojase. Intentó moverse, pero notó que le costaba horrores el hacerlo. Cuanto más se movía más se hundía. Notó como el aire le comenzaba a faltar así que se agitó nervioso intentando liberarse de la sustancia espesa y húmeda que le impedía moverse, sin conseguirlo. Miró desesperado a su alrededor y creyó distinguir un buen número de brazos y cuerpos que al igual que el suyo se agitaban intentando alcanzar la superficie. Muchos portaban coronas y extraños amuletos.

Sus rostros eran mortecinos.

Estaban vivos pero en realidad estaban muertos.

Atrapados en las espesas arenas movedizas de la Ciénaga del Traidor, jamás ninguno de ellos pudo volver a la superficie y escapar de su condenación eterna. Antes de morir de nuevo, Ura se preguntó quiénes serían esos reyes y porqué habrían sido condenados de esa forma. Le pareció ver el sereno rostro de una hermosa élfica de larga melena rubia y con un mechón blanco que le hizo pensar en los tres amos de Oall que asesinase. Antes de dormirse en las tinieblas escuchó una voz suave pero firme que le recordó las proféticas palabras de aquellos tres extraños hijos de Elf:

—Tu tormento no cesará jamás.

Poco después, el rey renacido volvería a abrir los ojos y todo lo anterior se repetiría una vez más. Las sombras de los reyes intentando liberarse. La sensación de ahogo. La suave voz de la élfica recordándole: “Tu tormento no cesará jamás”… Intentó gritar de puro terror al entender que jamás podría retornar a la superficie, que estaba atrapado por toda la eternidad.

Pero no pudo hacerlo.

Las arenas de la Ciénaga le impidieron el poder pronunciar sonido alguno.

Luego, la muerte se cernió sobre él nuevamente.

Y así sería siempre de ahí hasta el final de los días.

⁎ ⁎ ⁎

Nadie se atrevía a hablar.

Los mil vónador avanzaban janas en mano, mirando suspicazmente a izquierda y a derecha. La cantidad de cadáveres calcinados acumulados en las calles hacía muy dificultoso el poder pasar por ellas. La menor de las princesas ónimods no podía evitar el derramar alguna que otra lágrima y eso pese al esfuerzo titánico que hacía para parecer fuerte ante tan terrible situación. Gladio miraba con impotencia y rabia la masacre sin nombre que el Dominio había provocado en la honorable y pacífica Segunda Raza.

La antes bella y próspera Ciudad del Ónimod humeaba muerte y desolación.

Cada cierto tiempo se encontraban con algún que otro soldado, un leal al rey, sentado y con la mirada perdida frente a una horrenda montaña de muertos, sin duda alguna, sus seres queridos.

Tal vez sus hijos o sus hijas o tal vez sus esposas, madres y padres.

En realidad, todos ellos.

La comitiva de ónimods —que se les habían añadido al ir adentrándose en Darbruná— se había ido deshaciendo a medida que los que entraban en la Ciudad se unían en el desconsuelo con sus hermanos de raza, a los que no conocían de nada en absoluto, en un vano intento de apaciguar y compartir el incontenible dolor que estos sentían. Incluso León, el habitualmente frío y apático caudillo vónador, parecía contagiado del sentimiento abatido que se respiraba en la que no hacía tanto había sido la hermosa y elegante capital de aquel gran reino. Cada una de sus plazas, cada una de sus fuentes, parques y monumentos habían sido destruidos hasta los cimientos. El bello mármol de vivos colores que iluminaba la Ciudad había sido reducido a simple polvo y escombros. Hermosa piedra que ahora se veía ennegrecida y ensangrentada.

Fría y vacía como la Ciudad ahora estaba.

La infinidad de árboles y plantas que tan laboriosamente habían sido cuidadas generación tras generación ya no existía. Consumidas por el fuego injusto de la guerra, sus cenizas se esparcían por el aire hacia las cuatro extremidades del mundo. Todo tipo de buitres y aves carroñeras revoloteaban por los cielos listas para proseguir con el cruel festín que el odio y el rencor les servía en forma de centenares de miles de muertes. Poco antes de llegar al palacio central de la Ciudad, lugar en donde la familia real vigilaba y protegía los cinco árboles-origen de Darbruná, la menor de las princesas se detuvo horrorizada.

Un montón de pequeños bebés e infantes ónimods de corta edad habían sido quemados frente a uno de los templos dedicados al dios Muzrrafaá, señor

del agua y de la vida. La abominación que eso suponía había podido finalmente con la entereza de la menor de las hijas de Nútraor. Tanto ella como el escaso resto de soldados ónimods que todavía les acompañaban se quedaron paralizados frente a tamaña cobardía, incapaces de dar un solo paso más.

Gladio pensó que Niesnara, la mayor de las hijas del rey, también se detendría, pero no fue así. La valiente princesa continuó caminando así que, seguido de cerca por León, el emperador de Kádor-Hum terminó adentrándose en las ruinas asoladas del otrora inmenso y glorioso palacio de los reyes ónimods. El silencio era el único soberano que quedaba en su interior. Tan solo en las afueras y en los accesos derruidos de la Ciudad podía escucharse algo: el ajetreo de mil vónador recién llegados al ir tomando posiciones, revisando el lugar en busca de trampas o enemigos escondidos.

—Llegamos tarde. No pudimos hacer nada —un ónimod envejecido y de aspecto cansado hablaba apoyado contra la entrada acariciando el suelo con una mano mientras escribía con la otra en un largo y sucio pergamino.

Niesnara se acercó y le dio un fuerte abrazo. El viejo pareció recobrar la cordura y le señaló el sucio pergamino con tristeza. Tras cogerlo, leyó en voz alta del mismo, traduciéndolo para los visitantes:

—*La Caída del Reino*[23], de la Conquista de Dlaucia a la Quema de la Gran Ciudad y sus hijos…

A la valiente princesa se le quebró la voz y fue incapaz de leer más. Derramando un par de sinceras lágrimas, le devolvió el pergamino al viejo ónimod y le dio un respetuoso beso en la mejilla.

—Llegamos tarde. No pudimos hacer nada —el viejo volvió a acariciar el suelo y a escribir palabras sueltas en aquel sucio y largo pergamino.

Gladio sintió que el corazón se le encogía.

Era la primera vez en muchos soles.

Desde que las dos princesas de Darbruná los habían interceptado al poco de cruzar la frontera, no había sentido ni un ápice de pena o tristeza. Tras aceptar ambas acompañarles hasta la Ciudad, las princesas los habían llevado a él y a sus letales vónador por la inmensidad de aquellas tierras verdes y llenas de vida, llamando a la lucha a los dispersos por aquel espeso y gigantesco bosque.

Las voces alegres de aquellos ónimods que se les unían despertaban en Gladio una extraña sensación de alegría que parecía que no le abandonaría nunca. Pero ahora, todos ellos, incluso la fiel Niesnara, parecían abocados a una pena sin consuelo.

Allí solo quedaba dolor.

Más que nunca, Gladio sintió el desolador vacío de no tener a Lura a su lado.

—Sríwol tiene razón. Hemos perdido. El Mal nos ha derrotado —otro soldado le hablaba a su daga de combate a poca distancia, como si eso le consolase de alguna manera.

Siguieron avanzando topándose en el camino con más de esos guerreros que parecían contentarse hablando consigo mismo y que no contestaban a las preguntas que se les hacía.

—Nos derrotó antes de llegar. No dejó a nadie con vida —repetía un alto guerrero manco mesándose la perilla nerviosamente con su única mano.

Descendieron por el interior del palacio hasta que al final de un largo pasillo llegaron a lo que debería haber sido un fenomenal portón arcado. Un soldado leal al rey parecía hacer guardia. Llevaba la mitad de la cara cubierta con una venda sucia y ensangrentada y no dejaba de lamentarse en voz alta:

—Lo quemó todo. ¿Por qué, oh dioses? —miró a los recién llegados con ojos tristes y vociferó perdiendo los estribos—: ¡Malditos sean! ¡Malditos sean los dioses!

—¿Dasir? ¿Tío Dasir? —la princesa Niesnara había reconocido en el frustrado y blasfemo soldado al valiente primo de su madre, a quien cariñosamente tanto ella como sus hermanos llamaban familiarmente tío—. ¿Qué haces aquí? ¿Qué ha sucedido?

—¿Niesnara, eres tú? —al oír la voz de la princesa, el tal Dasir comenzó a darse cuenta de lo que le rodeaba. Quién sabía cuánto tiempo llevaban lamentándose allí tanto él como el resto de los barones de guerra del rey Nútraor. Niesnara se acercó hasta él y le obligó a mirarle a los ojos. El ónimod retiró la mirada avergonzado y tan solo consiguió balbucear—: Lo siento, llegamos tarde.

—Tío Dasir, dime, ¿dónde está mi padre, el rey? Contéstame, ¿dónde está?

—No paramos ni de día ni de noche siguiendo ese viejo camino junto a la orilla del *Dffá káddfker*. Los muy traicioneros nos tendieron una emboscada a la entrada del bosque. Nos desplegamos para que no pudiesen huir. Cuatro mil de esos esclavos soldados de los corazón-negro cayeron bajo nuestras dagas. ¡Cuatro mil! Y no sirvió de nada.

—Tío Dasir, te lo suplico, mi padre, el rey, ¿dónde está?

—Princesa Niesnara, por favor —intervino Gladio con prudencia. Juzgando correctamente el estado emocional de Dasir, añadió humildemente

—: Tal vez sea mejor dejar que termine de contarnos la historia. Si no voy errado, esa es la única forma con la que podrá superar un dolor tan grande como el que siente ahora su espíritu.

Beara, la introvertida y tímida muchacha que se había unido a ellos en Brast-Lav, y que había permanecido en silencio desde que entraran en la devastada Ciudad del Ónimod, cogió del brazo a Gladio en busca de refugio, agachando la mirada avergonzada y apenada al mismo tiempo.

—¡Cuatro mil! ¡Cuatro mil de esas ratas cobardes! —siguió explicándoles Dasir ajeno a todo—. Pero era otra trampa más de Naam. Sus hombres no le importaban, lo único que quería era retrasarnos para ganar el tiempo necesario hasta poder derribar los mismísimos cimientos de nuestra Ciudad. ¡Malditos sean todos los dioses por no habernos ayudado! ¡Malditos sean todos ellos!

Tras aquel estallido de cólera, Dasir guardó silencio y les miró avergonzado y triste. A su vez, el peligroso caudillo vónador, León, le miró con cara de evidente asco y rechazo.

Beara apretó con más fuerza el rollizo brazo de Gladio, rozando con su cuerpo el del atribulado kadoriano.

Dándoles la espalda, Dasir prosiguió:

—Cuando llegamos, la Ciudad ya humeaba. Naam y su monstruo de piel de piedra lo habían arrasado todo. Las murallas, los torreones, las casas, los templos… ¡todo! Y sus cobardes hombres no habían dejado ni heridos ni supervivientes… ¿Niesnara? ¿Eres tú? —algo pareció encenderse de repente en la mente de aquel ónimod—. Sí. Claro. ¡Claro que eres tú! Claro, claro, querrás verlo, ¿verdad? Y yo aquí contando historias —sin más, se giró haciéndole un gesto con su daga de combate para que le siguiera—. El rey lleva dos días sin querer hablar con nadie. Yo soy el único al que le permite entrar a este lugar en donde ha permanecido desde que llegamos.

Niesnara tradujo la inscripción que presidía la entrada a aquel recinto en ruinas:

—El patio de los árboles-origen.

Dasir los condujo por un largo pasillo lleno de más escombros y más restos de soldados ónimods muertos. La batalla allí debía de haber sido encarnizada, pues aunque no había ni un solo cadáver enemigo, el lugar estaba lleno de armas y escudos enemigos. Era evidente que lo que los hombres del Dominio habían hecho era retirar los cuerpos de sus compañeros caídos en la batalla a toda velocidad.

Al igual que hicieran sus socios en Mitadia.

Una burda táctica habitual entre los néldor cuya única intención era la de causar pavor entre los que fuesen a socorrer a sus enemigos vencidos.

La luz del día entraba con fuerza por los numerosos boquetes del techo del palacio, así como por entre las paredes derruidas y hechas añicos de aquel gigantesco patio. Gladio no tenía ni idea de qué debía ser esa criatura a la que Dasir había llamado "monstruo de piel de piedra", pero estaba claro que debía ser una criatura de otro mundo si era capaz de hacer algo semejante al destrozo que había visto en paredes tan gruesas y sólidas como las de ese palacio.

—Tu padre permanece en el interior, junto a los grandes árboles. Ten cuidado, Niesnara, no creo que en estos momentos tu padre te reconozca aunque seas la mayor y más querida de sus hijas —le aconsejó Dasir—. En cuanto a ellos… ellos no deberían pasar.

—Tío Dasir, te presento a Gladio Óptimus, de los Tercios, Emperador del lejano Kádor-Hum, un amigo de nuestro pueblo y miembro de pleno derecho del Concilio de la Nueva Era.

—Vaya, en ese caso… disculpadme emperador —reconoció Dasir de inmediato. Su mente parecía aclararse rápidamente—. Sé que el rey os apreciaba como amigo, pese a la lejanía de nuestros reinos. Tal vez logréis animarlo.

—Yo soy el que debe disculparse por no haber llegado a tiempo de socorreros en vuestra necesidad —le contestó Gladio humildemente.

El rechoncho emperador se giró y, con la mirada, le suplicó a León que le esperara afuera. De mala gana, el feroz vónador se retiró de allí malhumorado. Nada de aquello le gustaba. Si había renunciado a… a tanto, era precisamente para poder librar grandes combates con sus propias manos. No para hacer de niñera de nadie. Beara soltó por fin al regordete kadoriano y le dijo con voz suave y tierna, llena de admiración y respeto:

—Id con cuidado, mi señor.

—Claro, damisela mía —le contestó este guiñándole un ojo amistosamente.

La mujer se ruborizó, luego, retirándose el pelo de la cara con un gesto dulce, fue a decir algo, pero se lo pensó y se retiró de allí haciendo una sentida reverencia a Gladio.

Dejó escapar un suspiro apenado al darse la vuelta y alejarse de allí.

—Os juro por mi honor que no habrá ni un solo kadoriano que descanse en paz hasta que Kaz-Minkú caiga y pague por este gran mal —juró Gladio en voz alta ante aquella sagrada entrada al patio de los árboles–origen.

—Los dioses os escuchen a vosotros, moradores del valle perdido, ahora que nos han abandonado a nosotros para siempre —murmuró cabizbajo Dasir.

—¿Padre? —inquirió Niesnara dejándolos atrás y adentrándose en el monumental patio central que había servido para custodiar los preciados árboles–origen de Darbruná—. ¿Estáis aquí, padre?

—¡Aléjate! Si das un solo paso más, morirás —pronunció una voz enfurecida desde algún punto indeterminado del interior del monumental patio tras un buen rato de búsqueda por el mismo.

Niesnara hizo caso omiso de la amenaza y siguió adentrándose en el patio, pasando por entre las ruinas de la que fuera una maravillosa cámara central. La cúpula gigantesca que recubría la estancia había desaparecido del todo, desperdigándose sus restos por el suelo del lugar, el cual se veía removido como si algo lo hubiese agitado desde dentro, levantando y formando una gran cantidad de tierra en abultados montones y profundos socavones por toda su superficie. Las paredes también habían sufrido numerosos daños y destrozos difícilmente reparables. El suelo del patio, lleno hasta ese entonces de la tierra más fértil que podía hallarse en todo el bosque-selva, no solo parecía revuelto sino también chamuscado, era más ceniza consumida que otra cosa. El aire era tan espeso, denso y polvoriento que a Gladio le pesó el respirarlo, así que hubo de estornudar varias veces por lo cargado del ambiente.

Los cinco gruesos troncos de los antiquísimos árboles-origen se hallaban arrancados y tirados por el suelo, recostados de mala manera contra los numerosos escombros o contra las paredes. Niesnara y Gladio hubieron de agacharse para poder pasar por entre los huecos que encontraban, dado su singular y excepcional tamaño: el más pequeño de ellos debía alcanzar los ciento veinte cuerpos de altura y los veinte o treinta de anchura. Las hojas y las pesadas ramas resecas de los árboles-origen, cortadas a tirones y a golpes, se amontonaban por todo el perímetro del patio.

Junto al más joven y pequeño de los árboles-origen, el rey Nútraor permanecía sentado acariciándolo, sujetando con su mano libre a Grieghsh, la Estrella Invencible, su daga de combate personal.

Gladio se llevó la mano a la boca sin poder reprimir las naúseas.

En lo alto de aquel mil-milenario padre de los árboles, clavados en dos larguiruchas lanzas del Dominio, pendían las cabezas cortadas de los tres vástagos varones del rey Nútraor. Naam había permitido que les vaciasen las cuencas de los ojos y que les cortasen las lenguas. Las orejas de los dos príncipes también habían sufrido crueles y similares mutilaciones. Aunque

nadie llegó a saberlo nunca, los tres habían luchado con gran bravura y honor defendiendo el sagrado patio, llevándose un número ostensible de soldados del Dominio en su viaje hacia el reino de los dioses.

Ignorando esa verdad y roto por el dolor, el sabio rey Nútraor parecía ido, fuera de sí, confuso y totalmente desorientado.

Completamente perdido.

Derrotado.

—¿Qué le diré a mi *dffánkasj-ffa*[24]? —se lamentaba Nútraor—. ¿Qué haremos sin vosotros, hijos míos? ¿Qué haremos?

—Padre, he vuelto a ti. Deja que yo te consuele padre, deja que juntos lloremos a tus hijos, a mis hermanos.

—Todo ha terminado. Ya no hay nada para nosotros en esta oscura y maldita tierra de acogida. Solamente tinieblas y sombras sin vida —siguió quejándose el rey haciendo caso omiso de las bienintencionadas palabras de su hija mayor—. Este de aquí es el único que aún vive, aunque agoniza. ¡Mira lo que ha hecho ese maestro de la maldad a los protectores del bosque! —Nútraor se levantó y fue traspasando uno a uno los otros cuatro árboles–origen con Grieghsh. Del interior de los troncos salieron toda clase de gusanos, larvas, ciempiés y todo tipo de insectos putrefactos y asquerosos. Todos ellos muertos también. El rey volvió junto al más joven de los árboles y, acariciándolo nuevamente, le dijo—: ¿Quién es capaz de haceros algo así?

—¡Padre, por favor! Llora conmigo. Juntos lo sanaremos —Niesnara se arrodilló a sus pies y le besó respetuosamente las sandalias, en señal de absoluta obediencia. Le confesó—: Yo debería estar ahí en lugar de mis hermanos.

—Tal vez aún estés a tiempo —le contestó Nútraor con ojos llenos de miedo. El rey levantó a Grieghsh dispuesto para acabar con la vida de su leal hija. La razón había abandonado al dolorido monarca—. Mejor que sea yo el que acabe contigo que no algún siervo sin corazón de Kaz-Minkú.

—Estoy preparada. Acepto tu decisión, padre. Acaba conmigo, calma así tu espíritu.

—Los dioses nos guíen y me perdonen —Nútraor se despidió de ella con lágrimas en los ojos.

Gladio llegó hasta ellos algo sofocado y vio la terrible escena ante sí. Sin pensárselo demasiado, se lanzó sobre el sabio pero ido monarca de Darbruná deteniendo la mortal estocada y salvando a Niesnara de una muerte segura. Nútraor y él rodaron por los suelos intercambiando golpes y manotazos. El ónimod era más fuerte y habilidoso que el hombre, quien además luchaba solo

para detenerlo, sin intención de causarle daño. En poco tiempo, el rechoncho kadoriano estaba de espaldas a tierra, sujeto del cuello por Nútraor, viendo como este levantaba a Grieghsh dispuesto para darle el golpe de gracia.

Por alguna extraña razón, Gladio no sintió miedo en aquel momento.

Incomprensiblemente, sonrió casi infantilmente al rey ónimod.

Aquella sonrisa de niño en el mofletudo rostro del kadoriano pareció despertar a Nútraor de su enajenación. Bajó su arma, soltó del cuello a Gladio y comenzó a mirarlo como si llevara muchísimo tiempo sin verlo. Entonces observó todo lo que había a su alrededor y se fijó en Niesnara, quien todavía permanecía de rodillas y con los ojos cerrados esperando su injusto castigo.

—¿Niesnara? —levantándose, volvió a mirar a Gladio con cara de no entender lo que había sucedido—. ¿Emperador?

—Mi rey, ¡qué alegría escuchar vuestra sabia voz de nuevo! —Gladio levantó su pequeño pero fornido cuerpo del suelo con ciertas dificultades.

—¿Qué locura me poseía? —preguntó retóricamente este. Añadió—: Niesnara, ponte en pie y abraza a tu padre. Te necesito a mi lado, hija mía.

—¡Padre, padre! —exclamó gozosa su hija levantándose y abrazando tiernamente a su progenitor—. Aquí estoy, no te he abandonado. Nunca lo haría.

—¡Niesnara, hija mía! ¡Luz de mis ojos! ¡Luz de mi vida! —le contestó Nútraor agradecido y emocionado dejando caer su maravillosa daga de combate contra el suelo.

Al oír aquella frase, Gladio sintió como el valor le retornaba.

El espíritu alegre y compasivo de los ónimods siempre tenía ese efecto en los hijos de los hombres.

—Supongo que deseáis quedaros a solas —ofreció Gladio recomponiéndose la ropa—. Cuando gustéis, mi sabio rey, espero que empuñéis de nuevo esa fantástica daga vuestra. Pero esta vez luchando junto con la mía y la de mis vónador.

—Dadme tres lunas, emperador. He de honrar y llorar a mis hijos caídos. Necesito una luna para cada uno de ellos. Luego, Grieghsh apuntará directamente al corazón de Válruz.

—Mi sabio rey, me veo en la obligación de comunicaros que antes de abandonar Súrisdor y cruzar vuestra frontera, el gran río se secó. Los hijos de Elf están en peligro. Debemos acudir en su ayuda.

—Mi amada Nisvala fue en su ayuda, honorable Gladio. Tres lunas. Después, lo que queda de mis leales, regresará al frente.

—Padre —le interrumpió Niesnara—, los clanes aislados se han unido bajo mi nombre y el de mi hermana. Pero no son míos, padre, son tuyos.

—¿No lo dije? ¡La luz de mis ojos, es mi querida Niesnara!

—Y el Concilio también es tuyo, rey Nútraor, os lo prometo —le aseguró el rechoncho emperador kadoriano antes de marcharse de allí feliz.

Ingenuamente feliz.

Pues el Mal ya había triunfado.

⁎ ⁎ ⁎

Tesal observaba como sus dos krádmits devoraban la bestia creada por el rey Ura-Ross y a la que Ekradz había derrotado en las afueras de El Paso. Un tercer cuerpo, deforme y jorobado, participaba también del festín. El olor a muerte era insufrible, aunque a Tesal le pareció agradable y reconfortante. Alegando un empeoramiento de su misteriosa enfermedad, había conseguido licencia para regresar a Krádovel, manteniéndose así lejos tanto de la necia de Ávatar como del malcriado de Tsasé.

La verdad es que había tenido que demostrar mucha astucia para hacer creer a todo el mundo que sí había participado en aquella sangrienta batalla, defendiendo con honor a los suyos. ¡Tontos! ¡Ignorantes! Él era Tesal, el gran Tesal. Él no se manchaba las manos en una sucia batalla donde cualquier cosa podía pasar.

Eso era para la gente vulgar.

Tras la partida de los ejércitos élficos encabezados por Tsasé, Ávatar y el amo de Oall, el malvado y joven albacea había podido moverse con mayor libertad por la ciudad. Acudió inmediatamente a la cerrada Biblioteca Real en donde aquel jorobado deforme había permanecido como guardián inamovible del sabio pero despistado Kusur. Por fortuna, las muertes sin resolver de los eruditos en el recinto de la Biblioteca habían alejado a los curiosos de allí. Después, temblando, Tesal había regresado a la Sala de los Doce Tronos.

Había vuelto a sentarse en el Trono Negro.

Tenía la certeza de que el Mal lo consumiría tras el sonoro fracaso en El Paso.

Pero no, para su sorpresa y alivio Kaz-Minkú le había hecho saber que tenía otros planes.

Aliviado, abandonó la ciudad en un viejo carro de su propiedad llevándose consigo al desgraciado y deforme jorobado y también al famélico Kusur. El sabio erudito élfico llevaba toda la última semana sin querer probar

bocado y había adelgazado muchísimo desde que lo capturasen. Encerrado en una pequeña jaula oculta en el carro, tenía un aspecto lamentable y lastimoso.

Ahora, allí, a las puertas del caído baluarte élfico, Tesal observó complacido como el efecto de aquellos extraños pero poderosos tatuajes ideados por la maldad inmortal del rey renacido comenzaban a hacer rápidamente su efecto tanto en los dos krádmits como en el desgraciado jorobado, antes, aquel a quien los lutdor habían llamado Anticuario y cuyo verdadero nombre era Bálafor.

—Regresad —les ordenó a sus dos feroces guerreros. Los krádmits se desvanecieron y regresaron a sus respectivas prisiones en forma de cadenas de oro que portaba alrededor de los dedos de ambas manos—. Venga, tú, obliga a ese viejo estúpido e insolente a comer algo y prepara todo para la partida. El viaje hasta la muralla Sombría será largo y peligroso.

Tesal escuchó como el cuerpo monstruoso y deforme del jorobado Bálafor se movía pesadamente hacia el carro. El joven y corrompido albacea se quedó contemplando los restos de la violenta batalla y entonces percibió algo con claridad. Una punzada incontenible de dolor que le paralizó el corazón un largo instante.

Un poder sombrío y maligno sobrevolaba la zona observándole desde lo alto.

Aquello que el Trono Negro le arraigase en su interior contestó a la misteriosa llamada. El élfico extendió en contra de su voluntad ambos brazos hacia los cielos, liberando aquel poder malvado. En respuesta, las vetas que le corroían por dentro y que le sustentaban con vida le brotaron desde ambas extremidades y desde la espalda.

Una sombra alada descendió al reconocer a su hermano de maldad.

Cuando la sombra tomó tierra, Tesal distinguió con claridad a una de las monturas aladas de los emisarios néldor. La voz dura y áspera, llena de odio e ira del líder de los emisarios le preguntó en tono seco:

—¿Por qué desobedeces? ¿Adónde crees que vas?

—Poderoso amo néldor, creo que mi traición ha sido descubierta por aquella que ahora sabemos que se hace llamar reina Ávatar. No puedo permanecer más tiempo en la ciudad, me temo que sus hombres me vigilan de cerca.

Eso era en parte verdad.

Y en mucha más parte, mentira.

—¡No pongas excusas! Yo, Sombras, soy aquí quien dice lo que se debe hacer y lo que no. Vuelve a tu puesto en Krádovel y cumple con tu cometido,

no te separes del Trono Negro hasta que se te ordene lo contrario.

—Así haré, mi poderoso amo —le contestó sumiso Tesal.

Por ahora, Sombras era demasiado fuerte para él.

Por ahora.

—Cuando llegue el momento recibirás más instrucciones de Kaz-Minkú —le explicó el néldor.

Tesal se fijó en que, además de faltarle una mano, el tenebroso líder de los emisarios del Dominio sujetaba una gran espada aserrada. Sombras había sido enviado por Naam para recuperar a Morgue, su espada, una vez que esta ya había cumplido con su fatal cometido en Moradas, la asolada.

—Poderoso Sombras, hay otra razón por la cual me dirigía a Válruz. Ahora que el curso de la guerra no nos es favorable creo que tal vez yo… yo pueda ayudar al Mal —escogía cada palabra con cuidado—. Mantengo retenido a un sabio erudito que ha descifrado el Códice Milenario de Elf, pero no se muestra muy colaborador. Tal vez en Kaz-Minkú sea más receptivo a… nuestros deseos.

—Ignorante, la guerra se desarrolla tal y como nuestro gran general Naam había planeado. No vuelvas a dudar del poder invencible del Mal y de aquellos que le servimos —Sombras se dispuso a partir con cara de no querer perder más el tiempo con él.

—Pero ese hombre afirma que sabe el lugar exacto en donde regresará el heredero de la promesa… —le insistió Tesal arriesgándose a sufrir una nueva reprimenda del cruel emisario néldor.

O quién sabía qué clase de horrenda tortura.

—El Códice es parte de una profecía más amplia. Un simple humano no podría resolverla.

—Pero lo cierto es que lo ha hecho, al parecer —le explicó de forma insistente Tesal.

Tenía que recuperar todo lo perdido por culpa de aquel estúpido paso en falso.

¡Estaba desesperado!

—Da igual, el verdadero heredero se hallará bajo nuestro control en breve. Los apresadores del inframundo le persiguen, no hay porqué preocuparse. El heredero no es una amenaza.

—Entonces, ¿el Mal ya sabe quién es el sucesor de Elf, quién es aquel que puede derrotarle? —le preguntó desconcertado el corrompido joven.

—Tu comprensión e inteligencia es demasiado limitada como para lograr entender los designios de nuestro gran Amo y Señor. Aunque tal vez Madre-

Muerte sí que desee conocer a alguien que ha sido capaz de descifrar esa parte del Códice. A ella le intrigan todos aquellos mortales con dones especiales.

—Mi esclavo lo vigila en aquel carro de allá —le indicó Tesal señalando al jorobado deforme y la jaula que este custodiaba.

Estaba satisfecho con su actuación…

Complacer a Sombras era una buena manera de congraciarse de nuevo con los amos de Kaz-Minkú.

Y esa tal Madre-Muerte parecía importante para aquel temible néldor.

—Bien, entrégamelo, yo lo conduciré hasta Ella. Ella ya decidirá qué hacer con lo que nos diga. Se alegrará de tener a alguien para atormentar entre sus implacables brazos.

—Así haré —se sometió Tesal inclinando la cabeza respetuosamente.

En su cabeza ya comenzaba a saborear el día en que acabaría con ese engreído emisario.

Mil terribles formas de darle muerte le vinieron a la cabeza.

—Soy vuestro humilde siervo —fue lo que dijo, no obstante.

—Date prisa, Naam me reclama de nuevo. Está impaciente por recuperar a Morgue y a Tormento —Sombras miró a su alrededor fríamente. Con voz tétrica aseguró—: El día de nuestra victoria final se acerca. Cuando Él regrese, estaremos preparados para dominar el mundo de una vez y para siempre.

Tesal asintió servilmente y sonrió inocentemente mientras se imaginaba a aquel malvado emisario néldor siendo devorado lentamente por sus dos leales krádmits.

Saboreó aquel pensamiento.

… 8 de Nísnasat del 20º Eunú, Quinta Era

Capítulo XII

EL REGRESO DEL HEREDERO

RESPIRABA sofocadamente al gritar. Llevaba el cuerpo lleno de arañazos y golpes. La camisa que portaba estaba hecha jirones, su espalda mostraba numerosas heridas recientes. La mano derecha no le respondía, así que empuñaba una espada con la zurda. El sonido agudo que le perseguía, y que por desgracia se había tornado tan familiar, se escuchó en las proximidades.

—¡No! ¡Vete, déjame! —le gritó cayendo al suelo, aun así, continuó su huida arrastrándose como pudo por los suelos.

Finalmente, se detuvo agazapada junto a unos espinos cercanos, tras una de las numerosas cruces de tormento que llenaban aquel árido lugar. Se escondió en ellos como pudo. Aquellas tierras, en realidad el cauce seco del antiguo río Laoent, aparecía repleto de piedras y guijarros traídos desde tiempos remotos y pasados por la corriente que, en otras eras, descendía caudalosa hasta allí procedente de las lejanas montañas del sur de las Ével.

Creyó escuchar el sonido de tierra removiéndose justo detrás de ella, así que se giró temiéndose lo peor.

Falsa alarma, una pequeña lagartija correteaba por los alrededores.

Estaba a salvo.

Un grito agudo le devolvió a la triste realidad.

Esa infatigable “bestia” la había encontrado otra vez.

Hizo acopio de fuerzas y se preparó para hacerle frente aunque, como ya había podido comprobar antes de lograr huir a las rastras, el metal de su espada no parecía afectar en absoluto el cuerpo no-sólido de esa “alimaña” incansable.

Necesitaba ayuda.

Desesperadamente.

Una voz directa y ronca le habló directamente a su mente:

—Confía en nosotros.

—¡Ayúdame! ¡Me atrapará! —le rogó con el corazón latiéndole a toda velocidad.

—Cuando el apresador venga, alcánzale en el ojo —le ordenó aquella misteriosa voz. Repitió con un sorprendente eco al hablar—: Confía en nosotros.

—¿El ojo? ¿Qué ojo?

Las preguntas quedaron sin respuesta pues la tierra se removió enfrente de forma inquietante y sinuosa. Un surco de tierra avanzó hasta allí.

En su busca.

—¡Apártate! —le indicó la voz ronca.

Haciéndole caso, rodó por el suelo evitando la llegada del surco justo a tiempo.

Dos manos translúcidas y alargadas surgieron del surco dispuestas para atrapar a su esquiva presa. El apresador gritó enrabietado al ver que había fallado, así que se dispuso a salir del surco de tierra.

Lentamente.

Muy lentamente.

No tenía ni idea de qué clase de “bestias” o “alimañas” debían ser esos apresadores, pero ya sabía de lo que eran capaces. Aferró la espada con todas sus fuerzas al ver salir al monstruo. Aquel ser convocado por los néldor era insólito, totalmente diferente a cuanto hubiese visto antes. Todo su cuerpo parecía crisólito y transparente, más que un cuerpo sólido era como si una sustancia densa y espesa, similar al agua sucia de un pantano, fuese capaz de caminar sobre la tierra con vida propia. Pero no poseía ni piernas ni brazos, tan solo esas dos escuálidas manos entorno a una figura irregular, tan alta como un híbrido, que se arrastraba por el suelo dejando tras de sí un reguero de barro mugriento. Las manos tenían la capacidad de alargarse un buen trozo, paralizando todo aquello que tocaran. Por cabeza poseía una esfera alisada algo más opaca en color y sin ningún rasgo en particular. Y nada

parecido a unas orejas, una nariz o una boca. Solamente un pequeño punto luminoso que se movía libremente por toda la superficie de la esfera.

¡Sí!

¡El ojo!

Gritó con todas sus fuerzas y se abalanzó sobre el apresador a la vez que este se lanzaba a las rastras en su busca.

⁎ ⁎ ⁎

—¡La madre! ¡Una ciudad! ¿Cuál debe ser? ¿Kaz-Minkú? —le preguntó sin pensar el bueno de Dóbar al distinguir aquel inesperado asentamiento del Dominio.

—¡Sí, ten cuidado! ¡Agáchate! —le ordenó Kay casi sin poder contenerse la risa. Abrió mucho los ojos y le dijo con voz tétrica—: Akar, ¿verdad qué… ¡Dóbar es un tontorrón!?

El joven príncipe permaneció impasible mirando indiferente el horizonte. El roühm seguía en ese extraño trance consciente y vivo, pero sin personalidad alguna.

—¡Eso no es Kaz-Minkú! ¿No ves lo pequeña que es? —le explicó finalmente Kay dejando escapar su clara y limpia risa—. ¿Has visto, pecas? ¡Dóbar te ha traído a la ciudad sin luz! ¡Él solito!

—¡Ah! —fue todo lo que su hermano dijo en su defensa.

Y es que, en el fondo, aún tenía sus dudas de que aquella ciudad no fuera la capital del Dominio, así que, sin que Kay pudiese verlo, aferró su querido tronco hueco.

Por si acaso.

—Tengo una idea —le dijo Kay mirando con cariño a su hermano pequeño—. ¡Planazo!

—Habla —les sorprendió de repente Akar con voz monótona.

Ambos hermanos dieron un respingo de pura sorpresa.

—¡Tú, pelirrojo! Eso de que hables cuando te da la gana, asusta un poco —le dijo Kay quitándose el dichoso mechón de pelo de la cara, el cual le había crecido un tanto desde que comenzara la huida.

—Habla —le repitió Akar mientras Vérel rebufaba intranquilo, seguía muy preocupado por su querido amigo humano.

—¡Vale, lumaz! Que poca paciencia —Kay se rascó la nariz como tenía por mal costumbre. Luego les contó su idea—: ¿Por qué no vamos allí, nos hacemos pasar por traficantes de esclavos y pillamos algo decente para comer?

Las provisiones comenzaban a escasearles, la verdad.

El estómago de Akar rugió con fuerza, haciendo que Vérel diera un leve brinco alegre, un “planazo” en lenguaje equino.

—No sé… —dudó su hermano—. Y si nos pillan, ¿qué?

—¡Qué va! Ya verás Dob, hasta el pelirrojo sabe que es una buena idea —se acercó a su hermano y le habló flojito al oído—: Les haremos creer que el pecas es nuestro prisionero. El muy lumaz no creo que diga mucho, ¿no?

—¡Ah! —el grandullón seguía aferrado a su querido tronco hueco, sin entender muy bien el plan.

Kay se lo resumió en cuatro palabras:

—Entrar, comer, beber, salir. Y tú pelirrojo, por lo que más quieras, ¡mantén la boca cerrada! Ah, y nada de cerveza, vaya a ser que te vayas de la lengua…

—Entrar, comer, beber, salir —les había dicho Akar con voz seria interrumpiendo las sonoras risas de los otros dos.

—¡La madre!

El asentamiento néldor estaba a reventar de hombres de mala fama, mujeres vendedoras de sus encantos personales —a un precio bastante asequible según se había informado Dóbar nada más llegar y sin querer de una rolliza jovenzuela de pechos desmesurados que se le había acercado demasiado—, soldados aburridos y algún que otro mercader venido desde la lejana Zulá. Carros y carretas no paraban de entrar y salir de la improvisada ciudad. Ya en la pestilente cantina se enteraron por un energúmeno borrachuzo que el Dominio se replegaba más allá de la muralla Sombría y también entorno a las fortificaciones de la Éter-Muná. Así mismo, supieron que los generales néldor andaban buscando tres fugitivos pero, como habían tenido la prudencia de cubrirse con largos harapos, lograron pasar desapercibidos.

—Dos jarras y algo caliente para comer —pidió Kay al sucio y apestoso cantinero de aquella cloaca humana—. Y date prisa.

El descuidado mesonero le puso dos jarras a reventar de una cerveza tibia y muy floja.

—¿Esto es cerveza? —se quejó Kay al recibirlas, intentando imitar la actitud belicosa de un rudo esclavista—. Si esto es lo que quisiera beber llenaría las jarras con lo que meo. ¡Y saldría ganando!

Un par de tipos que los habían estado observando de cerca nada más entrar allí, rieron a mandíbula abierta y luego siguieron a sus cosas.

—Aquí tiene los tres plateados, muchas gracias —pagó Dóbar. Luego preguntó confundido—: Pero Kay, ¿no era entrar, salir, comer…? ¿Entrar…? ¡Ah! ¿Salir, dormir, entrar…? ¡Bueno! Ahora no me acuerdo de lo otro, pero sé que no…

—Sígueme el juego —le interrumpió este. Luego vociferó con voz enfadada—: ¡Ni los ónimods beben esta basura!

Lanzó la jarra contra el suelo, mojando a un soldado que hablaba animadamente en la mugrienta barra de la improvisada cantina.

—Y cuando salieron corriendo le dije al capitán… —el soldado había dejado de hablar al ver cómo le llenaban la entrepierna de aquella sustancia líquida que hacían pasar por cerveza.

—¡Ah! ¡La madre! —se le escapó a Dóbar. Intentando ayudar, le ofreció su último plateado al soldado—: Lo sentimos, ya nos vamos.

El soldado, en realidad apenas un muchacho, alargó la mano izquierda dispuesto a recoger la moneda. Justo cuando el más grandullón de los hermanos dejó caer la pequeña moneda de plata, se dio cuenta de que a la mano del soldado le faltaba el dedo meñique. Dóbar miró a la cara de aquel joven reconociendo en él al único de los soldados que había sobrevivido al enfrentamiento en la encrucijada.

Tágagt también lo miró.

—¿¡Tú…!? —intentó balbucear sorprendido Tágagt.

Antes de que terminase la frase, Kay le golpeó disimuladamente en la boca del estómago, cortándole la respiración. También él había reconocido a aquel tullido y cobarde soldado del Dominio.

—Ya lo he dicho, ¡esto es una basura!

Aprovechando esos breves momentos de distracción, lograron salir a la carrera de allí uniéndose nuevamente a Akar, el cual había permanecido afuera con las manos falsamente atadas por una cuerda.

—¡Son ellos! ¡Son los que el general busca! —gritó Tágagt saliendo de la cantina espada en mano casi al momento—. ¡Las cien monedas de oro son mías!

Entonces Akar se había liberado de las cuerdas falsamente anudadas y había acabado con aquel pobre desgraciado casi sin inmutarse.

Su cuerpo quedó allí, a las puertas de aquella sucia cantina, tirado y sin vida.

Huyeron a toda velocidad del asentamiento confiando en que nadie hubiese escuchado o creído a aquel joven soldado.

Un tercio y medio después llegaron por fin al cauce seco del Laoent.

—¡La madre! —exclamó como no Dóbar nada más llegar allí.

—Los últimos moradores —les explicó Akar monótonamente.

Nuevamente, ambos hermanos se sobresaltaron por lo inesperado de aquellas palabras.

—De verdad, pelirrojo, ¡nos vas a matar a todos un día de estos! —le reprochó Kay retirando por enésima vez el largo bucle de pelo negro y rizado de su rostro—. Leí algo sobre ellos. Los últimos moradores de la gran ciudad, de Trávaldor, ¿no? Este fue el castigo que les impusieron. Dijeron que sus gritos de dolor se pudieron escuchar a lo largo de todo el cauce del río a muchos soles de distancia.

Los tres guardaron un respetuoso momento de silencio.

Ante ellos se extendía el cauce seco y vacío del largo río Laoent y, hasta donde les alcanzaba la vista, en lo que debían haber sido ambas orillas, cruces de madera carcomida brotaban en ambas veredas abandonadas, sujetando mediante grilletes oxidados los restos de lo que un día lejano fueran los valientes últimos enemigos que se enfrentaran a los néldor en Trávaldor. Esqueletos de hombres, mujeres y niños colgaban de las cruces desde hacía años, cuando fueron ejecutados al caer la antigua capital del Concilio que defendían. Muchos no eran ya más que polvo y cenizas, y tan solo sus brazos o algún que otro hueso de las piernas seguían colgados en las tétricas cruces de tormento como recuerdos del castigo que Naam causó a todos cuantos se le opusieron en su asalto final a aquella gigantesca ciudad enemiga de Kaz-Minkú.

Tu primer paso hasta mí fue aquel horrible día.

Algo se agitó en el interior de los dos hermanos fugitivos, por primera vez desde que huyeran, ninguno de los dos se atrevió a pronunciar palabra.

El lugar era demasiado descorazonador para hacerlo.

Al siguiente atardecer se hizo evidente que el “planazo” de visitar el asentamiento néldor había sido un error total cuando siete jinetes del Dominio se les aproximaron atacándoles por sorpresa. Los muy astutos eran compañeros de Tágagt y les habían seguido el rastro en busca de las codiciadas cien monedas de oro prometidas. Entre Kay y Dóbar lograron derrotar a uno de ellos cuando el grandullón, dando un grito de guerra, cerrando los ojos, y por pura suerte, le dio de lleno al soldado en la cabeza con su querido tronco de madera hueca. Antes de que la cosa fuera a más, Akar y Vérel, el rojo, se encargaron del resto sin demasiados problemas, lanzando letales llamaradas de fuego, potentes coces y precisas estocadas a partes iguales.

Entonces llegaron los apresadores.

⁎ ⁎ ⁎

El ejército unificado que había liberado Belfáel de la amenaza de Ura-Ross y su peligrosa jauría de gonrastz acampaba en las proximidades de las Ar-Muná, en las desoladas planicies de El Valle. Habían llegado a la conclusión de que debían reunir a todos los miembros del Concilio para decidir qué hacer, por lo cual mensajeros de la caballería élfica ya habían partido rumbo a la Ciudad del Ónimod, donde esperaban encontrar tanto al resto de los vónador de Gladio como al rey Nútraor y sus leales, según les habían informado los mensajeros llegados desde Súrisdor y la capturada Dlaucia.

El desánimo cundía en la tropa, incluso la inquietud se apoderó de los ónimods ante las malas noticias llegadas de las Tierras Áridas.

Muchos de los hombres se habían mostrado contrariados cuando un grupo de híbridos, aquellos que se habían librado de la maldad corrupta del rey renacido, había pedido unirse al ejército para luchar en contra del Dominio. Solamente cuando el amo de Oall decidió aceptarlos marchando en medio de ellos, la muchedumbre los había tolerado. La misteriosa e inexplicable desolación de Moradas había conmocionado a todos, aunque los veühmianos sobrevivientes —liderados por el padre de Íngraham— habían demostrado su entereza y valor al decidir no abandonar la lucha. Pronto la reina Ávatar se destacó como la líder nata de todos ellos. Iba y venía por el campamento, usando a sus leales lutdor para dirigir las operaciones habituales y necesarias en tan inmenso ejército, así como recontando las fuerzas con las que contaban y convocando a los rezagados.

A los pocos días, su mera presencia cambiaba el ánimo de cualquiera, fuera hijo de Elf o no.

Tan solo los sígrim y los glodandros, que apenas hablaban ni se relacionaban con el resto de sus aliados, salvo con Lura, parecían ajenos al efecto balsámico de la anciana hija de los espurios. Ellos se limitaban a seguir el ritmo de la extensa caravana militar. Ekradz no había regresado y ya nadie, ni siquiera el alegre y optimista Panza Gorda, creía que lo fuese a hacer.

Una madrugada de aquellos días, Lura descansaba plácidamente en su tienda. Sin que ella se diese cuenta, alguien se introdujo con total sigilo en la misma. El visitante pinchó en el brazo de la bella nadoriana con una especie de anillo en forma de estrella. Lura se quedó profundamente dormida a causa del veneno que le acababan de inyectar. La Media Gorá que se hallaba incrustada en su cuerpo comenzó a brillar para despertarla y contrarrestar los

efectos del veneno, pero el astuto visitante detuvo el poderoso efecto de la misma con sus propios conocimientos y habilidades. Tras asegurarse de que no había nadie más en las cercanías, cerró las telas de la tienda desde dentro.

Luego se desnudó por completo admirando la irresistible belleza de la hermosa jefa de los clanes Nador.

El visitante destapó las mantas que cubrían el cuerpo de Lura mostrando el cuerpo sensual y prieto de aquella indefensa mujer inconsciente, tapada ahora tan solo con unas delicadas telas color añil. No pudo evitar el contemplar la escena admirado, dejando que su mente se llenase de pensamientos del todo inapropiados. Hubiera podido hacerlo de otra manera, de muchas otras formas más sutiles e indirectas… pero, finalmente, cedió a aquellos malos pensamientos.

La Media Gorá requería de vida para ser portada.

Y de vida para ser quitada.

Poco después, cansado y dolorido, el visitante ya había terminado.

Había valido la pena, el sagrado objeto de los primados de Albnoc colgaba ahora de su cuello adornando su cuerpo desnudo y sudoroso. El visitante se vistió con prisas ocultando la Media Gorá entre sus muchas ropas.

Luego le dio un tierno beso en la frente antes de irse.

Había tenido razón.

Si para que el objeto hubiese formado parte de la mujer había sido necesario entregar una vida, la del emisario de los tiempos, para que el objeto la abandonase había sido necesario, lógicamente, todo lo contrario. El visitante salió satisfecho de allí sin que nadie supiese nunca ni que había estado allí ni la terrible maldad que había cometido. Lura siguió durmiendo profundamente a causa del potente veneno que circulaba por sus venas. En el interior de su matriz, la vida había comenzado a gestarse.

Los días y las noches pasaron…

La estación invernal llegó a lo más álgido de su dureza. Los viejos no se habían equivocado, la nieve que cayó ese año fue recordada durante muchas generaciones posteriores dada su generosa cantidad. Algunos creyeron que una nueva era de glaciación se acercaba. Por fin, una mañana nublada, el ejército unificado se había reencontrado en las afueras de las ruinas de Snata-Úrom con el resto de los leales a la reina Nisvala y con la gente de Rovba e Íngraham.

Triste fue ese día para muchos.

La desolación de Moradas sumió en el pesimismo y en la desesperanza el corazón y el espíritu de los atrevidos sinrey que habían escapado de la ciudad

antes de su misteriosa destrucción.

Las raciones y las mantas comenzaron a escasear.

Los hombres no tenían ni ganas ni fuerzas para hacer frente a las tempestades de granizo y nieve que no los abandonaban ni de día ni de noche. La reina Ávatar fue quien los mantuvo en pie en aquellos difíciles días. Y el intrépido Tsasé y sus caballeros fueron quienes los mantuvieron bien informados sobre los movimientos del enemigo, llegando incluso a pasar días enteros fuera del campamento.

Finalmente, un oscuro mediodía, los mil vónador de Gladio y los leales al rey Nútraor y a sus valientes hijas llegaron por fin al campamento.

Largo fue el lamento y el clamor de los ónimods en el día del reencuentro de sus dos justos monarcas. El rey en persona fue quien le comunicó a su amada esposa la violenta e injusta muerte de sus tres hijos, la destrucción de su querida capital y la desaparición de cuatro de los cinco árboles-origen de la Ciudad. También le explicó que Niesnara y la más joven de sus hijas se habían quedado cuidando del único sobreviviente de la crueldad de Naam: el más joven de los árboles-origen se aferraba a la vida y se negaba a abandonar el mundo.

Durante cuatro días, ningún ónimod probó bocado en señal de duelo. No se escucharon risas ni bromas en todo el campamento. La desazón y la inquietud eran palpables por todas partes.

Aquel mismo oscuro mediodía en el que se produjo el reencuentro, Gladio se ajustó las telas que se había colocado bajo las axilas. Aunque hacía un frío que pelaba los huesos, el rechoncho kadoriano se conocía. Solo al recordar la mirada intensa de Lura, todo en su interior se agitaba.

Lura, su bella dama.

Lura, la misteriosa señora de los nador.

Lura, su amor.

Las telas que hacían de puerta en la tienda de la nadoriana se abrieron lentamente al salir la dueña de la misma por ellas. Gladio agradeció la prudencia de haberse colocado aquellas telas.

Notó como ya comenzaba a necesitarlas.

Lura salió por fin.

Sus miradas se encontraron.

Beara, que había permanecido en silencio junto a Gladio, le dijo algo al oído y luego, ruborizándose tímidamente, le dio un sonoro beso en la mejilla.

—A ti, damisela mía —le dijo el mofletudo y sonrojado hombre con cierta sorpresa.

—*Milady*, os dije que no tardaría —Gladio le sonrió ampliamente, aquel era el momento con el que llevaba soñando tantas noches.

Los ojos de Lura parecieron dudar un miserable instante queriendo decir algo.

Mas sus labios temblaron sin llegar a decir nada.

—Lura, yo —Gladio tragó saliva y echó todo su coraje afuera—. Yo siento que os am…

La nadoriana se dio media vuelta corriendo y cerró las telas sin decir nada, dejándolo con la palabra en la boca.

Gladio sintió que el mundo desaparecía a su alrededor.

Su corazón se detuvo.

Su alma le abandonó.

Intentó acercarse hasta la tienda, intentó abrir las telas de par en par, intentó llegar a Lura para darle un beso apasionado incluso aunque ella lo rechazase, intentó…

Intentó…

Intentó…

Eso es todo lo que hizo.

Intentar.

Porque mientras él dudaba, la introvertida Beara, que había permanecido por allí cerca para ver qué pasaba, se acercó hasta él, se puso delante, le dio un fuerte abrazo dejando que el confundido hombre sintiese el calor de su cuerpo y luego se lo llevó de allí estirando con fuerza de su mano derecha mientras le miraba con ojos melosos y llenos de admiración. No importa lo dura que sea una batalla, lo cruel que sea una guerra, lo fuerte que sea el odio… no hay nada más complicado y difícil de entender que el amor.

Y más cuando el amor es de verdad.

Durante aquellos difíciles días, pocos fueron los que no comenzaron a rezar a Elf o a los cielos solicitando un final adelantado de aquel crudo invierno que les estaba golpeando. Pero muchos más rogaban cada amanecer y cada anochecer por el fin del conflicto y por poder regresar a casa y abrazar a sus seres queridos sin tener que empuñar nunca más ni espada, ni arco ni lanza…

Gladio solo rezaba por volver a verla.

Por tener una única oportunidad…

Pero ella le rehuyó de la misma forma cada vez que lo intentó. Y cada vez, allí estaba Beara para consolarlo como la comprensiva y fiel amiga que era.

En vista del pesimismo que comenzó a extenderse por el campamento y que amenazaba con romper y fragmentar la débil unión que los había juntado y reunido, todos los líderes y miembros del Concilio que formaban parte de ese ejército unificado se vieron en la necesidad de celebrar una reunión informal para decidir el destino de la inmensa tropa reunida entorno a ellos.

El grupo estuvo compuesto por Tsasé y la reina Ávatar como representantes del Reino Dorado; el amo de Oall, que representó a los híbridos del Sur ahora que estos no tenían a nadie que los gobernase; Lura, que fue tanto por los clanes Nador como por el Imperio Sígrim —Panza Gorda le había hecho saber por gestos que los suyos aceptarían lo que ella decidiese—; el procónsul Rovba e Íngraham por los hijos de Veühm; Gladio y León, por Kádor-Hum; y, por último, los reyes Nútraor y Nisvala, por la Segunda Raza. No se halló a nadie de los pueblos de Valtra que los pudiese representar como era debido ya que Dóroj, el viejo y veterano jinete rojo que los representase en el primer Concilio, no había llegado a regresar de su misión secreta.

—El objeto de esta reunión es decidir qué hacer —comenzó a decir el amo de Oall. Propuso acertadamente—: ¿Por qué no escuchamos cual es el estado actual de nuestras tropas y la de nuestros enemigos antes de decidir nada? Ávatar, tú eres la que está más bien informada. Te escuchamos.

—El capitán Tsasé es más adecuado… —se excusó ella.

—La gran mayoría de los perlados han abandonado sus tierras y se han refugiado entorno a la Éter-Muná y Narmad, uniendo sus fuerzas a las de los néldor de Valtra —les informó Tsasé sin rodeos—. Los hombres de Naam al parecer se han escondido al otro lado de las Montañas Rojas, bajo la protección de la muralla Sombría. El Dominio ha quedado claramente dividido en dos secciones, la norteña controlada por el gran maese, y la oriental, bajo la tutela de su hermano. De Valgora no hay nuevas.

—¡Cobardes! —exclamó el vónador al oír aquello.

—Debemos golpearles. Y pronto. Lo único a debatir aquí, es dónde —les indicó Rovba hablando con decisión y tomando la iniciativa.

Sus inteligentes ojos, sin embargo, no ocultaban su honda tristeza.

—Dejemos que el capitán Tsasé acabe antes de decidir nada —le interrumpió a su vez Ávatar mientras el amo de Oall le daba la razón con la cabeza.

—El miedo y la desconfianza se extienden entre nuestras filas. Si no nos movilizamos, en dos o tres semanas comenzará a haber desertores. Pero, por otra parte, no todo son malas noticias —Tsasé intentaba ser positivo pese a

todo. Esa era su naturaleza y su forma de ser—. Nuestro número es insuperable. El enemigo tiene miedo, por eso se repliega. ¡Es nuestra oportunidad!

—¿Cuál es el número exacto de nuestras fuerzas aliadas? —preguntó Lura con voz cansada.

Al sentir el acento sureño de la dama, el kadoriano sintió un terrible impulso de darle un abrazo y pedirle perdón de rodillas.

Pero el miedo a un nuevo rechazo, el definitivo, le contuvo.

El rechoncho emperador apenas seguía la conversación y se limitaba a rascarse la poblada y feucha barba que le había crecido y que no tenía ganas de afeitarse.

También llevaba varios días sin ducharse.

Y, por primera vez desde que abandonó Las Clases[25], casi no tenía hambre. Ese día, por ejemplo, solo había desayunado tres hogazas de pan de cuarto con mantequilla y un trozo pequeño de lomo.

Mediano.

Bueno, un trozo grande de lomo.

—El recuento es aproximado, ya que hasta ahora, a lo largo de los días, siempre se nos ha unido alguien.

Tsasé sabía que le iban a hacer esa pregunta así que había ido preparado. Extrajo varias copias de un mismo pergamino en el cual había anotado el número y la procedencia de los soldados que les acompañaban.

Les hizo llegar una copia a cada uno de los presentes.

La Alianza del Bien

***Del Reino Ónimod**: 17.600 leales al sabio rey Nútraor, 24.261 a la gentil reina Nisvala y 2.500 del resto desperdigado de Darbruná —500 más se han quedado para proteger y cuidar del último de los árboles–origen—; en total, **44.361** guerreros.*

***Hijos de Elf**: 103 de la I División, 3.700 de la II 4.840 de la III, 3.913 de la IV, 6.400 de la V, 8.222 de la VI, 14.830 de la VII, 4.100 del valle del Naria, 3.012 de la frontera Nador, 1.231 de El Valle, 240 de Oall, 4.961 de Las Tierras Fronterizas, 1.111 de Súrisdor y su comarca, 700 de Isinia y su comarca, 1.020 de la ribera del Sígrim y su comarca, y 8.200 voluntarios más de otros lugares sin concretar; en total, **66.583** hombres armados.*

***Hijos de Veühm**: 1.104 de los que acompañan a Rovba y a Íngraham, 1,633 refugiados de Moradas y 770 más de otras partes de Belfáel; en total, **3.507** valientes hombres cuya presencia es de agradecer.*

***De los clanes Nador**: por el clan Brata, 1.505, por el clan Magot, 816, por el clan Groa, 662, por el clan Sumara, 703, por el clan Zagran, 652, por el clan Neriser, 1.166, por el clan Kun, 468, por el clan Nufter, 1.216, por el clan Seclot-Zerfki, 1.064, por la capital Nádor-Val, 3.715 y por el resto de clanes menores, 1.482; en total, **13.449**.*

***De los Sígrim y los poderosos glodandros de Ekradz**: **1.000** (el recuento es aproximado).*

***De los híbridos del Sur**: 430 de las Ar-Muná, 217 del valle Alto, 218 del valle Bajo, 160 de las playas del Norte, y 397 de Ádalid; en total, **1.422** híbridos fieles a este Concilio.*

***De Kádor-Hum**: 4.400 vónador y 10.278 de Kador-Val; en total **14.678**.*

***Voluntarios apátridas y otros**: **5.000**.*

***En resumen**, las fuerzas conjuntas aliadas ascienden entre caballería, arqueros, infantería y otros, a: **150.000** soldados escogidos, listos y preparados para entrar en combate de inmediato.*

—Un buen número —dijo Rovba algo decepcionado, pensaba que el Reino Dorado contaba con un ejército aún mayor.

—A Válruz. Debemos golpear al corazón mismo de nuestro enemigo —reclamó Nútraor.

El recuerdo de las tres cabezas de sus hijos colgadas sin vida y profanadas en los yacientes árboles-origen seguía martilleándole en su propio corazón. Nisvala permanecía a su lado cogiéndole la mano izquierda con fuerza y ternura.

Ella haría lo que su esposo decidiese, aun cuando no estuviese de acuerdo, como era el caso.

Verlo sufrir así, le atormentaba de una manera infinita también.

—¿Es eso lo más prudente? —les preguntó el amo de Oall con voz neutra. Luego se explicó—: Tal vez la venganza sea lo que todos anhelamos, pero la sabiduría nos dice que la ira nunca es el mejor camino. De hecho, nunca es el camino. Existen otras posibilidades. Podemos liberar a nuestros hermanos de Valtra. Podemos infundir ánimos entre la asustada población civil en estos atormentados días. Podemos reforzarnos y esperar a que Hárald regrese y…

—¿El gran general ha de regresar? —se interesó Ávatar interrumpiéndole y dejando entrever cierto malestar contenido.

—Hárald tiene una misión que cumplir en Kaz-Minkú. Cuando lo haga volverá aquí, al Sur —les explicó enigmático el amo de Oall arrepintiéndose al momento de haber revelado aquello.

—El Concilio no estaba informado, ¿por qué, si puede saberse? —inquirió Rovba con la curiosidad aprendida tras sus muchos años de experiencia como diplomático y procónsul.

—Muchos son los oídos del Mal, incluso aquí en el lejano Sur. Mejor será no hablar más en alto sobre aquel que en un día fuera el más cruel de sus siervos. Cuando sea el momento oportuno todo será revelado. Ahora, lo mejor será someter a voto tanto la propuesta del rey ónimod como alguna de las mías. A no ser que haya otras mejores —el amo de Oall los miró a todos con rostro serio tratando de cambiar de tema.

Todos los allí presentes se miraron en un incómodo silencio, no iba a ser fácil ponerse de acuerdo.

En aquel cruce de miradas, los bellos ojos color miel de Lura se encontraron con la mirada triste de Gladio.

Ella le sonrió por un momento, como si hubiera olvidado aquello que, misteriosamente, los había separado.

Y Gladio la recordó allí, subida en aquel peligroso murete en lo alto de la Ruzá, en la lejana Krádovel.

La mirada de la misteriosa dama sureña era puro amor atrapado en una jaula invisible.

—La hay —se adelantó Gladio situándose en medio del grupo. Fuera lo que fuese lo que le pasaba a *milady* Lura, él sabía como ganarse su respeto. Gladio propuso ante la estupefacción de más de uno—: Debemos acudir a la Fuente de la Vida.

—¡Situar a nuestro ejército en medio de un desierto! —se le escapó a Ávatar expresando sus dudas en voz alta.

Aunque el rey Nútraor había explicado a muy pocos el lugar exacto en donde se hallaba, la posible localización de esa misteriosa fuente olvidada también había llegado a sus oídos.

—Los perlados son una amenaza todavía. Primero debemos asegurar las fronteras —les instó la anciana recobrando su habitual temple.

—Pero el emisario es el único que puede guiarnos —la voz pausada y fría de Lura hizo que todos se giraran hacia ella. La mujer miró a Gladio y confesó con un ligero temblor en la voz—: El último Instructor es quien nos puede guiar a la victoria. Además, tal vez él sepa cómo recuperar la Media Gorá que tan misteriosamente… ha desaparecido de mi cuerpo.

La mujer se llevó la mano izquierda a la barriga en un acto reflejo del que casi nadie se percató.

Gladio no supo que pensar.

No tenía ni idea de que aquello había pasado, solo deseaba que todas aquellas personas se marchasen, que los dejasen a solas.

Solo pensaba en Lura y en como aliviar ese extraño dolor que la atenazaba.

—No perdamos más el tiempo. Que cada uno vote lo que le diga su corazón o su razón. Por mi parte, acataré lo que diga la mayoría —intervino Rovba cansado de tanta palabrería. Susurró algo al oído de su joven acompañante y, tras un asentimiento no muy convencido de este, votó de forma clara—: Nosotros estamos con Gladio.

—Yo digo que esperemos —votó el amo de Oall inmediatamente, ardía en deseos de darle más tiempo a Hárald.

—Yo también voto por lo mismo —le secundó Tsasé apoyando a aquel en quien más confiaba aunque, personalmente, prefería el asalto directo al Norte.

—Yo estoy con Gladio —votó Lura casi en voz baja.

“Lura, si tú supieras cuánto ansío que esas palabras sean mi día a día”, pensó este desconcentrándose otra vez.

Entonces el enamorado y rollizo emperador vio el rostro apenado y triste de su amigo, el sabio rey Nútraor. Vio como el dolor se marcaba en él y en su honorable y amada reina. Movido por un súbito y arrollador impulso, se arrodilló a sus pies y le dijo:

—Mi voto está claro, pero si los ónimods desean venganza por encima de todo, tanto mis vónador como mi propia espada y las de todo mi pueblo no se separarán de ellos.

León, el vónador, sonrió por primera vez. Aquella si que era una propuesta sensata, desde su peculiar y aguerrido punto de vista. Aquella

reunión ya estaba durando demasiado…

—Pues tampoco la de los élficos les abandonará —pronunció Tsasé haciendo lo propio y rectificando su voto—: Sé que eso es lo que hubiese votado nuestro gran general si estuviese aquí hoy.

—Sí, Hárald no esperaría —rectificó el amo de Oall, arrodillándose a su vez.

—Lo siento Rovba. Los últimos veühmianos y sus armas están a vuestro servicio. ¡Guiadnos a la venganza! —Íngraham se arrodilló y, lleno de dolor e ira, miró al procónsul buscando su aprobación.

Rovba asintió con la cabeza y también se arrodilló.

Lura no dijo nada, pero también se arrodilló.

“Gladio, si supieras… si yo pudiera… pero… ¿cómo podrías creerme?”, pensó esta llevándose nuevamente la mano a la barriga en aquel gesto maternal e involuntario.

—Haré lo que sea mejor para todos —aceptó la reina Ávatar en voz alta, haciendo una leve reverencia a los dos reyes ónimods.

León, el impasible y orgulloso caudillo vónador, crujió el cuello sonoramente. Los suyos siempre estaban listos para la lucha. Listo para ejecutar sin piedad aquella justa venganza.

—¡Alabados sean los dioses! Ellos nos devuelven a nuestros hijos caídos en forma de hombres y amigos.

El rey Nútraor estaba emocionado de verdad. Ni él ni Nisvala esperaban un acto espontáneo de lealtad y de amistad como ese que ahora los grandes reyes y líderes de los pueblos libres les rendían desinteresadamente.

Miró a su amada esposa.

Luego sorprendió a todos con sus palabras:

—Nosotros votamos a favor de todas las propuestas. Amo de Oall, reorganiza una pequeña parte del ejército en las ciudades que aún se mantienen en pie mientras la reina Ávatar y nuestro leal Bnodwiq Ramforq se aseguran el control de los territorios perlados. El grueso del ejército avanzará en cuanto se pueda rumbo a la muralla Sombría, pero antes nos desviaremos hasta la Fuente de la Vida sita en el Laoent, cerca de Trávaldor, para hallar la sabiduría y la guía del último Instructor. Los dioses han hablado. ¡Así sea!

—¡Así sea! —repitió feliz su amada esposa Nisvala.

—Los dioses nos guíen —el sabio rey ónimod alzó a Grieghsh, la Estrella Invencible, señalando a los nublados cielos, dando con ello por finalizada la reunión.

Cuando Gladio se acercó para hablar con Lura, esta de nuevo se marchó sin mediar palabra, rota por el dolor y la vergüenza que no sabía compartir.

Cuando se supiera lo de su embarazo, todo su clan pagaría las consecuencias.

Gladio jamás lo entendería.

Ni ella misma lo hacía.

Esa noche, como todas las noches desde que el kadoriano se plantase ante su tienda tras su regreso, Lura lloró amargamente.

Tiempo después, en el día primero de la nueva estación primaveral, el ejército unificado de los reyes y líderes de los pueblos libres de Belfáel se puso en movimiento. Para ese entonces el amo de Oall ya llevaba semanas visitando las aldeas y ciudades afectadas por la invasión, consolando a los enfermos y cuidando de los débiles. Lura ocultó la noticia de su embarazo uniéndose a los esquivos sígrim y bajo el pretexto de una falsa enfermedad debilitante que no hizo sino preocupar aún más al pobre Gladio.

Menos mal que Beara estaba siempre allí, justo a su lado, dándole consuelo, amistad y ánimo.

Dándole el cariño que él tanto necesitaba.

A aquel valiente ejercito se le conoció en un principio como la Alianza del Bien pero, más tarde, eras después, la historia la llamaría la Alianza Final.

Seguidos desde los cielos por la atenta mirada de Sombras, el noveno jinete, las hordas y la vasta compañía mixta formada por miles de hombres, ónimods, híbridos y glodandros, abandonó finalmente el gigantesco campamento de las afueras de Snata-Úrom bajo los primeros rayos primaverales del astro rey.

El cruel emisario sonrió con malicia mientras se alejaba de allí.

Sabía que su señor, Naam, estaría satisfecho con la ansiada noticia.

El Concilio había caído de lleno en la trampa.

21 días después…

Una risa siniestra y gélida se escuchó procedente de las profundidades de la tierra. La voz les llegó hasta sus oídos como una brisa helada que paralizaba la voluntad de los hombres. Solo los ónimods, el emisario y los más fuertes de entre los hombres parecían no sentirse afectados por aquella tétrica risa.

El suelo se deshizo ante sus pies, una depravada calavera se formó ante ellos surgida de las mismísimas entrañas de la tierra, envuelta en una nube

densa de polvo, humo y cenizas. Aquella horrible visión comenzó a hablar:

—De nada sirven vuestros esfuerzos. Tan insignificantes, tan patéticos… Mi Señor es vuestro único destino. Vuestro único Amo. Vuestra verdad. ¿Queréis luchar? ¿Queréis ser héroes? ¿Queréis gloria y justicia? Tanto da lo que queráis. La tierra que pisáis está maldita. Vuestra luz es oscuridad. El Mal estará siempre en vosotros. No tiene cura. Y yo soy su más fiel portador.

Esas fueron tus palabras aquel día.

¿Las recuerdas por fin?

Ahora ya todo tendrá sentido para ti…

Luego hiciste que lloviera fuego y azufre del cielo.

Muchos dejaron caer sus armas descorazonados y vencidos incluso antes de haber comenzado la batalla. Tu risa perversa volvió a escucharse mientras te alejaste junto con tu "pequeño" por el mismo camino por el que habíais venido ambos, haciendo retemblar la tierra a vuestro paso.

Nadie se atrevió a pronunciar palabra.

Algunos, como Nútraor o Tsasé se limitaban a apretar con más fuerza sus propias armas. Entonces una voz les habló desde cierta distancia, citando exactamente las mismas palabras que les dijera el rey Elf a los suyos antes de abandonarlos.

Aquella voz, confiada y serena, les aseguró:

—El comienzo de toda historia siempre es el final de otra. Pero nuestra historia no habla del pasado. No. Habla del futuro. Un futuro lleno de confusión… Dudas… Miedos… Un futuro de odio. Un futuro de muerte. ¡Sí! Pero un futuro que es solo nuestro… ¡Esta es nuestra historia! ¡Esta es nuestra leyenda!

Los cielos se despejaron a medida que el que hablaba seguía haciéndolo.

Una fina lluvia apagaba los rescoldos causados por el malévolo fuego creado por ti, el más poderoso general de todos los tiempos al servicio de los néldor. Aquella depravada calavera de tierra, polvo, humo y cenizas se perdió en la nada, permaneciendo tan solo un profundo socavón en el suelo como único recuerdo de ella.

De la Fuente de la Vida volvió a brotar un agua pura, limpia y cristalina como las palabras de aquel que ahora hablaba. Al finalizar, todos los que conformaban ese último ejército unido se miraron entre sí sin saber quién era aquel que podía deshacer la maldad del más temible de los siervos del Daño de Válruz.

Aquel que les hablaba con tanta seguridad y confianza.

Aquel que había nacido para derrotar a tu Amo, el Mal.

Y para derrotarte a ti, por supuesto.

Entonces el último emisario de Albnoc que pisaría Kárindor, aquel que se hizo llamar a sí mismo Todos, les aclaró las dudas con ayuda de su poderosa voz de instructor:

—¡Belfáel! ¡He aquí al heredero de la promesa!

… 22 de Ormum del 20º Eunú, Quinta Era

«*El sonido de su voz era como el retumbar del trueno, como si miles de voces hubiesen entrado en mi cabeza repitiendo las mismas palabras. Aturdido, no supe qué decir o qué hacer, así que me quedé allí inmóvil pensando en que seguramente no estaba sino soñando. Ajeno a mis dudas, conseguí por fin preguntarle quién era y qué quería de mí. Por respuesta me dijo: "Soy aquel que traerá el Segundo Apocalipsis. Soy el emisario de los tiempos. Soy vuestra respuesta"*».

Gladio durante el primer Concilio de la Nueva Era.

«*… el fuego a galope avanzará en llamas y cenizas surgido de la montaña de la ira. Con él comenzarán vuestras tres calamidades y los cuatro azotes. Aquel que escuche nuestras palabras salvará su existencia y los dioses tal vez le perdonarán en su muerte. Pero, ¡mira!, el heredero legítimo cabalga a lomos de la sangre, su luz es agua sobre el fuego, su mirada es espada sobre sus enemigos. Pero, ¡mira!, los últimos escogidos caerán a su lado, no por espada, y el fin de los ónimods será su desgracia. Con alas regresarán los abandonados y una luz vencida en el sol abrasará el cabalgar del fuego a galope, más como humo se disipará sobre los cielos para no ser recordado jamás. Los dioses os han hablado, ¿quién truncará sus palabras?*»

Profecía de las tres calamidades y de los cuatro azotes ónimods.

«*Sin dolor no hay sanación. Ni victoria. Y sin victoria el heredero no regresará hasta que el mundo cambie de nuevo. Y eso no sucederá, pues, si fracasas, el amo de Kaz-Minkú gobernará sobre todos nosotros por una eternidad que no tendrá final*».

Uno de los amos de Oall a Hárald.

«*Escucha, has sellado nuestro destino con el vuestro. El tiempo se agota. Ella debe ir a ver al pueblo ya no esclavo, ellos la deben guiar. Ahora en tus manos está nuestro último cometido. Parte a la Ciudad de las Arenas Vivas y encuentra allí al heredero perdido. Juntos debéis derrotar al Daño del Norte*».

El emisario de los tiempos a Gladio

«*¡El fin se acerca! ¡La muerte nos espera! Habitantes de Krádovel, hijos e hijas de Elf, ¡escuchadme todos! Hoy ha llegado el día terrible. Elf, nuestro padre, nos ha abandonado. ¡Nuestra espera ha sido en vano! Se nos prometió libertad eterna, y yo os digo hoy que… ¡nunca seremos libres! ¡Mirad! Pronto todos moriremos en tierras lejanas… ¡para nada! La madre Tierra reclamará nuestras vidas… ¡otra vez! Krádovel, ciudad de la luz, ¿quién de tus hijos es digno de heredar el trono de Elf? ¿Quién de ellos será nuestro señor en el día final que nos aguarda? ¡Elfos de Belfáel! Aquel que quiera gobernarnos ahora, que arranque primero mi espada y*

cuelgue de lo más alto de la Ruzá la cabeza del dueño y señor de Kaz-Minkú. ¡Ese será mi señor! ¡Ese será vuestro rey!»

El gran general Hárald antes de abandonar Krádovel.

«*—¿Y bien? Es el momento de decidir. ¿El trono? ¿O Belfáel?*
—Mi trono tendrá que esperar».

La reina Ávatar y uno de los amos de Oall.

«*El heredero intenta escapar de su destino (…) Él ni siquiera llega a entender hasta dónde alcanza su insuperable poder*».

El general Krutt Hej'Ari a ti, su hermano, el gran maese del Mal.

AL VIAJERO

Sí, eso es, mi querido amigo. Sé lo que piensas, sé que… Bueno, puede ser, pero lo hecho hecho está, como suele decirse, ¿no? Pero creo que… no, no pongas esa cara. ¡Ay viajero! ¡Mi querido viajero! Es normal que aún no lo recuerdes. Ya te lo dije. Ya te advertí que el camino estaba hecho desde hacía mucho tiempo. Al fin y al cabo, ¿quién desea recordar el dolor de cada error, mi querido amigo, quién? Aunque es por eso que viniste a mí, ¿cierto? ¿O fue por otra cosa? En fin, tal vez sea mejor dejarlo aquí y… ¡Vale! ¡Vale! Claro que sé dónde está el tercer tomo: justo dónde está el final de tu historia. ¿Cómo iba a perderlo mi querido amigo? Fuiste tú el que me dijo que lo escondiera la última vez que viniste a mí. ¿Cómo dices? ¡Ah! ¡Si fuera tan fácil! Bueno, ya da igual. Si has llegado hasta aquí ya es hora de que recuerdes.

Ya es hora de que entiendas.

Mi querido amigo, todo lo que soñamos crea lo que somos. Eso lo aprendí de ti, hace ya tanto tiempo que ni recuerdo el día que fue. Sí, amigo mío, tienes toda la razón, no debería dar tantos rodeos. Pero es que cada vez que llegas al final hay algo en ti que, ¿cómo te lo diría yo? Hay algo en ti que… ¡que cambia! ¡Eso es! Cambias cada vez que recuerdas tu dolor. Y no deseo que lo que eres ahora cambie jamás.

Porque no hay nadie como tú, mi querido viajero.

Nadie.

Bien, basta de cháchara.

Basta de excusas.

Voy a buscarte ese dichoso tomo final y que pase lo que tenga que pasar.

Porque este siempre será tu viaje…

Siempre será tu sueño…

ANEXOS

Sobre Kárindor

Extraído del ***Libro de los Recuerdos***:

«Mi nombre es Héssoj de *Ácrollam*, historiador, aprendiz a instructor y representante de mi ciudad ante el Concilio de la Nueva Era, ciudad a la que amo y venero con todo mi corazón. Cuando el Concilio me solicitó poner por escrito la historia de *Kárindor*, nuestra venerada madre y hogar, pensé que jamás conseguiría terminar tan inmensa tarea. Escribir en uno o dos volúmenes los miles de años que han transcurrido desde la llegada de los Primeros hasta nuestros días me parecía una mera ilusión. Sin embargo, he dedicado mi vida y mis energías con el objetivo de poder poner por escrito todos esos hechos.

Desde la torre de los cielos de *Zulá*, hasta las entrañas de *Moradas*, pasando por las profundidades de *Abismos*, he recorrido todos los lugares en los cuales pudieran hallarse restos de nuestra historia y de nuestros antepasados con una única intención: sacar a la luz de nuestros días las sombras olvidadas del pasado.

Debería empezar este compendio hablando sobre los comienzos de la antiguamente llamada Quinta Era para, poco a poco, ir retrocediendo en el

tiempo hasta llegar a los Primeros Moradores y a su primigenio hogar, el valle sagrado que les dio la vida y que los acogió en los albores del tiempo.

Creo que, antes de nada, debe explicarse cómo es nuestro mundo y cómo transcurrieron los aciagos y peligrosos años de la *Esai Dorlav*. Por ello hablaré ahora sobre nuestra venerada madre, origen de la vida y guardiana de la luz imperecedera, *Kárindor*, la Tierra Viva».

KÁRINDOR

NUESTRO hogar es nuestra vida. *Kárindor*, que literalmente significa "la tierra de los hombres" en la lengua de la antigüedad, se divide desde que el tiempo es tiempo en cuatro grandes zonas o continentes: la zona del Norte, las peligrosas y gélidas tierras llamadas en la mencionada lengua antigua, *Válruz*; las tierras del Sur o *Belfáel*; el indómito continente Este o *Valtra*, y el inhóspito Oeste o *Valgora*.

Válruz, el hogar del mal y cuna en donde se originó la herida del Norte, es el más pequeño y peligroso de todos ellos. Lugar donde el sol no calienta y donde la luz no ilumina, pocos son los que sobreviven en tan oscuras tierras. Si el frío no acaba contigo lo harán sus abundantes nevadas y, si no, lo harán el miedo y la desesperación. Solo un pueblo consiguió establecerse allí, los hijos de la noche a los que nosotros conocemos como los néldor, hombres de corazón frío y duro, como el hielo que cubre *Válruz*. El Mal de la antigüedad vivió con ellos, transformándolos, arrancándoles su humanidad, usándolos para sus perversos designios como azote para el resto de pueblos y razas. *Válruz* es el lugar donde la muerte habita, el lugar en donde nuestra fuerza interior se pone a prueba y únicamente los más fuertes logran sobrevivir.

Por el contrario *Belfáel*, mi continente, ha sido desde siempre la zona más poblada y hermosa. La luz de Elf, que a todos nos vivifica, inunda con cada amanecer sus valles, ríos y montañas. Su clima es por lo general benigno y acogedor, con tres estaciones que nos permiten alimentarnos y disfrutar de todas las cosas buenas que nuestra generosa madre nos aporta. Descanso en los veranos, alimento en las primaveras y trabajo en los suaves inviernos. Desde el cielo el agua cae con regularidad regando nuestros campos. Desde la tierra nace y crece el alimento que hombres y animales usamos para existir. Algunas zonas, como *Darbruná*, poseen sin embargo su propio tiempo y clima: una única estación compuesta de refrescantes lluvias diarias, altas temperaturas y mucha humedad, fomentando el crecimiento de los sagrados bosques donde nacen y viven los seres más sabios de toda la creación, los árboles ancestrales, criaturas vivas anteriores a los propios hombres.

Ellos son los primeros habitantes de *Kárindor* y sus legítimos dueños.

Darbruná, bendita cuna de los ónimods.

Valtra es un continente similar a *Belfáel*. El clima es algo más caluroso y el tiempo es ligeramente más irregular. En los inviernos de *Valtra* se suelen desatar fuertes lluvias y vientos huracanados que a más de un incauto le han costado la vida. Sus gentes suelen ser impetuosas y algo bruscas, como *Valtra* misma lo es. Pero para aquellos que han vivido o viven allí el marcharse a otro lugar se les hace algo difícil, cuando no imposible. Quienes visitan al Este raras veces olvidan sus extensas planicies, sus esbeltas montañas o sus verdes valles. Los poetas muchas veces hablan de ella como si de un ave se tratase, siempre en movimiento y siempre en la distancia:

> «*Hermoso lugar para los corazones inquietos Valtra siempre será, cual veloz halcón en los cielos del que nadie querrá escapar. Cuando tus ojos tiemblen y el último amo te haga llamar, ve al Este y dile a la indómita señora que te enseñe con ella a volar…*».

Valgora es un mundo aparte. Cierto es que su clima es cálido y confortable, pero muchas de sus tierras han permanecido inhabitadas durante siglos o milenios. Si los cambios en el tiempo en *Valtra* son impredecibles, en *Valgora* lo son aún más. Con mucha más fiereza y crudeza y, además, en cualquier extremo de todo el inmenso continente. Los cambios bruscos y repentinos de temperatura son la norma y no la excepción, siendo así posible pasar de un frío intenso a un calor extremo o de temporadas de persistente sequía a épocas de inacabables aguaceros. Y todo eso en tan solo una semana o, en la inmensa mayoría de casos, días.

El Oeste ha sido siempre un gran desconocido del que solo la raza de los híbridos y unos pocos aventureros o fugitivos de entre los hombres ha conseguido explorar, que nunca dominar.

Nuestra fuente de la vida, *Kárindor* —sagrado sea su nombre— nos regala una gran variedad de extensos y misteriosos bosques, profundos y hermosos valles, amplias llanuras, caudalosos ríos y maravillosos prados. Pero nuestro hogar también tiene multitud de otros hábitats para que un sinfín incontable de seres con luz propia vivan y subsistan: qué decir de las ciénagas y de los pantanos, de las encumbradas zonas que existen en las inaccesibles montañas, de los calurosos desiertos y de todas esas otras regiones de escasa vegetación, lugares áridos, solitarios y vacíos… En las zonas más remotas de *Válruz* o de *Valgora* se pueden encontrar espectaculares montañas de fuego donde ríos de incandescente lava descienden por sus laderas hasta llegar a lagos de magma ardiente, en las que el calor hace imposible el respirar…

Sin duda, no todo lo que el mal crea está exento de belleza. Una belleza indescriptible que no se puede comparar con ninguna otra cosa que exista.

El lugar para que el hombre viva es la tierra. Y la tierra es el lugar para que viva el hombre. Ella nos lo da todo y no nos pide nada a cambio.

Unos pocos locos y desagradecidos han intentado atravesar el mar que rodea nuestro mundo en busca, al parecer, de un nuevo mundo o de nuevas tierras y reinos. ¡Allí perezcan los ingratos que abandonan *Kárindor*! Si alguno de los lectores siente curiosidad por el gran océano de agua que nos envuelve debe saber que la vida no existe más allá de nuestro hogar. El gran azul o mar ha sido siempre un desconocido, un misterio del que *Kárindor* nos protege. De hecho, nunca ha sido llamado de ninguna forma en particular. En él existen criaturas realmente gigantescas, monstruos capaces de engullir los barcos más grandes y mejor armados que nadie haya podido nunca construir. En *Darbruná* encontré bastante información sobre el mar, pese a que los ónimods —seres sabios y prudentes por naturaleza— fueron siempre reacios a hablar sobre el tema. Tras mucho esfuerzo y paciencia, luchando incluso contra mis propios y bien fundados temores, conseguí sonsacar el nombre que en secreto le daban: la "Muerte Presente" o "*dffá káddfker*", ya que según ellos la vida no podía permanecer sobre dicho mar sino solo en su interior, con lo que aquellos que necesitamos el aire para existir estamos condenados a morir en él.

Nuestra luz no puede brillar en el fondo de las profundidades del océano.

Por si fuera poco, parece ser que en múltiples ocasiones se despierta sobre dicho mar un fuerte viento al que conocían por el nombre de "*vattúshs*", que hace imposible la navegación por alta mar ya que devora a su paso todo lo que se encuentra. Es curioso que la raza de los ónimods, que llegó a nuestro hogar a través de tan peligroso mar, tuviera la extraña creencia de que el "*vattúshs*" es la frontera invisible y siempre en movimiento con la tierra perdida e imperecedera de sus dioses (seres todopoderosos que protegen, ayudan o castigan).

En cualquier caso, si aquellos que vinieron atravesando la vasta extensión que forma el mar permanecían lejos del mismo, es y será siempre una insensatez pretender creer que simples hombres, seres mortales de corta vida, podemos cruzar sus inacabables límites o seremos capaces de abarcar y descubrir sus inalcanzables fronteras.

Sobre el Kradparuná

TODO aprendiz a instructor debe conocer el don ancestral del *Kradparuná*. Como creencia, sobre todo entre los hombres, está ampliamente reconocida la existencia de una fuerza común que está latente en todos y en cada uno de los seres que existimos sobre la Tierra Viva de *Kárindor*. Una luz que procedería de las profundidades de la mismísima tierra y que, en su viaje hasta los cielos o el infinito, adoptaría diversas formas, algunas de las cuales serían visibles y fácilmente reconocibles y otras que pasarían desapercibidas a nuestra mirada.

Es evidente que no fue sino hasta mediados de la Segunda Era, con la aparición de los sabios Instructores y la construcción de su Torre Blanca, cuando dicha creencia se extendió por todo el mundo conocido. Sin embargo, el *Kradparuná* no es solo una religión o una fe, ni es tampoco algún tipo de magia o de poder sobrenatural, aunque por sus efectos pudiera parecerlo.

El *Kradparuná* es un arte en sí mismo.

Un arte ancestral que combina a la perfección conocimiento y fuerza de voluntad. A través de dicho arte sería posible cambiar, transformar o alterar el curso de esa luz interior que cada ser animado —como las personas, los animales o las plantas—, o inanimado —como los elementos, las sustancias o cualquier otra cosa sin vida ni conciencia—, tendría y albergaría en su interior. Incluso sería posible alterar la luz propia que emanaría de uno mismo, como se cree que consiguió hacer el primer *místico o visionario* —nombres por los que fueron en su día conocidos los que practicaban dicho arte

—, el poderoso y cruel rey Béhej'Ari, el Inmortal, soberano del antiguo Imperio Negro (posterior Dominio), quien obsesionado por absorber todo ese poder finalmente acabaría convirtiéndose en el primer *corrupto o caído* —nombre por el que se conoce a los que usan dicho don para aumentar su propio poder absorbiendo el de otros—.

Ya que dicha habilidad está relacionada con la voluntad de nuestra amada Madre Tierra, normalmente solo es posible utilizarla haciendo uso del idioma antiguo de los Primeros Moradores, aquellos a quienes la propia Kárindor les dio un último refugio, aquellos a quienes también enseñó a hablar. Es aceptado como la teoría más creíble que los Primeros llegaron a poseer un conocimiento profundo sobre la existencia misma, creando así un conjunto de sonidos capaces de atrapar dicha luz, si bien esta es solo una de las muchísimas teorías que tratan de explicar el misterioso funcionamiento del *Kradparuná*.

Es evidente que el sonido no sería el único receptor de esa poderosa fuerza o luz interior. Algunos ejemplos de ello podrían ser ciertos objetos o materiales utilizados por los Instructores o, si es que aún existen, todo aquello que fuera usado directamente por los Primeros Moradores.

> «*… pensaba que todo estaba perdido. Nuestros enemigos nos superaban en número y en fuerzas. Veía ya la muerte de cerca, pero entonces algo que nadie podía prever sucedió. Los Instructores Blancos aparecieron con un destello cegador en lo alto de la colina que presidía la llanura en la que luchábamos. Alzaron al unísono sus varas y, para mi sorpresa, noté como las fuerzas volvían a mí. Todos mis hombres parecían sacar fuerzas en donde antes solo había debilidad y miedo. Al poco conseguimos hacer que nuestros enemigos huyeran atemorizados en desbandada, replegándose más allá del río. Miré incrédulo a los Sabios y, sin pensármelo, me arrodillé agradecido…*
>
> ***El Profeta de Belfáel***
>
> Continuaré mi compendio explicando que…»

Sobre las eras y los tiempos

LA historia que conocemos tan solo se remonta a la época de los Primeros Moradores y a su establecimiento en el valle sagrado. Esa fecha es con la que se dio inicio al cómputo mediante eras o tiempos en *Kárindor* quedando establecidas, según el modelo del sabio pueblo élfico, cinco de estas eras. Dichas eras o tiempos no abarcan la misma cantidad de años o de ciclos unas que otras, aunque todas ocupan largos espacios o períodos en el tiempo y marcan el inicio o el final de grandes acontecimientos que conformaron y cambiaron el mundo, ya fuera para bien o para mal.

Pese a todos mis esfuerzos por remontarme más atrás en el tiempo no conseguí ni un solo dato o pista sobre como era la vida antes de los Primeros Moradores o de dónde vinieron estos. Es como si nuestra amada madre *Kárindor* hubiera borrado ese pasado para que los hombres jamás lo descubriésemos. He decidido hacer mención de las cinco eras mencionadas aportando los acontecimientos más relevantes y conocidos que conseguí descubrir de cada una de ellas, según pude extraer de los restos de la Sacra Biblioteca Real de *Krádovel*, aceptada por nuestros contemporáneos como la más completa y exacta (aunque he de aclarar que algunos de estos acontecimientos podrían estar exagerados, omitidos o fragmentados; por lo que pido disculpas de antemano al lector a la vez que le animo a completar mis descubrimientos).

En el inicio de los tiempos los Primeros Moradores llegaron, después de muchas penurias y por causas que desconozco, al valle sagrado que *Kárindor* les proporcionó como un último refugio para los hombres y sus hijos. Siglos después llegaron de allende los mares los ónimods, seres diferentes a ellos con extrañas costumbres y creencias. Parece ser que ambas razas coexistieron en paz durante varias generaciones hasta que los hombres dieron inicio entre sí a su división en clanes o grupos familiares, de los cuales surgirían los grandes patriarcas del pasado, de los que descendemos todos nosotros, los pueblos humanos.

Fue en esa época cuando se dio inicio al *Kradparuná* —del que ya he hablado antes— y que finalmente desembocaría de forma trágica en la destrucción del valle sagrado tras la aparición de una nueva raza surgida entre el cruce prohibido de hombres y ónimods.

Un malvado patriarca de nombre Ura-Ross, ansioso de poder, esclavizó a muchos con la ayuda de los híbridos —la nueva raza—, razón por la cual estalló la primera gran guerra en la cual se vieron envueltos todos aquellos que cohabitaban hasta ese día en el sagrado valle perdido. Hombres contra hombres, ónimods contra ónimods, híbridos contra híbridos… nadie quedó libre de derramamiento de sangre.

El valle quedó destruido e inhabitable ya para ninguna de las razas.

Ura-Ross, el primer patriarca-rey, fue desterrado junto con los suyos más allá de los límites del valle mientras que el resto de clanes y pueblos intentaba reconstruir todo lo que se había perdido en la lucha fratricida.

Fue inútil.

Uno a uno, todos los patriarcas y sus pueblos abandonaron esas tierras en busca de nuevos hogares. Finalmente, los ónimods y los híbridos, tras un nuevo y breve enfrentamiento entre ellos, también se alejaron del refugio que *Kárindor* les había proporcionado durante tantas y tantas generaciones de forma generosa. El gran éxodo de ese tiempo dio lugar al nombre por el que es conocida esa Primera Era: la *Éter-Muit* o «Era del Éxodo».

Como final de la misma, *Kárindor* se tragó para sí el valle sagrado sin dejar una sola pista del lugar en donde se hallaba.

El mundo cambió de forma como nunca más volvería a hacerlo, surgieron grandes cordilleras y desaparecieron frondosos bosques. Ríos se secaron desapareciendo en la nada mientras que otros brotaron con fuerza creando nuevos valles y nuevas tierras. El mar se retiró en algunas partes del mundo dejando con ello más tierra seca sobre la que morar, mientras que en otros lugares la anegó ocultando bajo sus profundidades abisales todo lo que en

ellas existiera. Durante decenas, o tal vez cientos de siglos, *Kárindor* sufrió una intensa glaciación que separó a unos pueblos de otros. A unas razas de otras. Costumbres de la antigüedad se perdieron y la lengua común de los Primeros cayó en el olvido.

Los días de paz terminaron.

El Mal se hizo presente en *Válruz*.

El fin de la glaciación, en la que muchos perecieron, fue el comienzo de la Segunda Era, la *Krádovel Dorlav* o la «Era de los Primeros Reyes». Una era que comenzó con la creación de grandes ciudades y de nuevas rutas de comercio entre unos pueblos y otros. Una era que en un principio tan solo estuvo amenazada por unas pequeñas revueltas de los néldor contra el resto de sus hermanos de raza. La aparición de unos ónimods, que se hicieron llamar a sí mismos Los Justos, cambió todo eso. El regreso de esos ónimods, a los que nosotros conocemos como Zafios, fue solo el preludio de la gran guerra de ese tiempo, la "*Hjari Groa*" o día final.

Los ónimods cayeron en una profunda guerra civil con aquellos rebeldes zafios, quienes perseguían la exterminación del resto de razas de toda *Kárindor*. Los dos grandes reyes de entre los hombres, señores del arte ancestral del *Kradparuná*, entraron también en guerra.

De una parte el poderoso Rey-Sol Elf del pueblo dorado de *Belfáel* y, del bando contrario, el misterioso rey del Imperio Negro de *Válruz*, el Inmortal, Béhej'Ari. Tras la "*Hjari Groa*" y la caída del Inmortal, surgirían los benévolos Instructores y se construiría la Torre Blanca de *Albnoc*, como refugio para la sabiduría de ese tiempo. El día de la partida del rey Elf, en la cual hizo la promesa de un heredero que protegería para siempre del Mal de Válruz a todos los pueblos libres y amantes de la paz —conocida como la "promesa del heredero"—, marcó el comienzo del fin de la Segunda Era.

Durante milenios los Instructores velaron por la paz en *Kárindor* y, bajo su protección, los pueblos y el resto de las razas medraron y prosperaron. Ese fue su tiempo, la Tercera Era, la "*Luev Haecoc*" o «Era de la Luz y la Paz». Pero una nueva era había de comenzar. Ni el más sabio de los visionarios instructores de *Albnoc* pudo prever el nuevo azote con el que el Mal de Válruz y los néldor caerían sobre ellos.

La peor de las pesadillas de los seres vivos cobró forma a lo largo de esos milenios en las sombrías montañas de *Krad-Muná*. Seres que vivían de la sangre de otros. Siervos del mal y de la oscuridad. Forjados por y para la guerra, aparecieron como un enjambre sobre el resto de continentes arruinando y consumiendo todo lo que estaba a su alcance. Habían llegado a

Kárindor con el único objetivo de exterminar y mutilar a nuestra amada madre.

Su nombre: los gonks.

Su señor: el Mal de Válruz.

Su estandarte: el reconstruido Imperio Negro.

Así comenzó el Apocalipsis de la Tercera Era, así comenzó la *Krádovel Akluev*. Largo tiempo duró la invasión y grandes pérdidas sufrieron los hombres. Cuando todo parecía perdido, tras la súbita e inesperada caída de la Torre de los Instructores y su casi total genocidio, se forjó una alianza entre los restos de las razas que aún vivían en libertad. Los nuevos aliados, que hasta ese entonces habían permanecido dispersos y enfrentados, se reunieron como uno solo para hacer frente a los gonks. Una nueva y más cruenta guerra, la "*Akluev Groa*" o el día sin luz, tuvo lugar en las llanuras del río *Laoent* entre dos ejércitos tan numerosos que hacían temblar la tierra a su paso. Ya fuera por fortuna o por la ayuda de los dioses ónimods, los gonks fueron milagrosamente derrotados y devueltos al otro lado de las *Montañas Rojas* de las que habían descendido.

Una nueva ciudad se levantó entonces donde tantos y tantos hombres y ónimods habían muerto, permaneciendo como el mayor símbolo de la libertad y de victoria sobre el Mal que jamás se hubiera construido. La inmensa ciudad de *Trávaldor* fue proclamada capital de un nuevo reino sin rey, la República, que posteriormente sería llamada el Concilio de los Pueblos. Tras muchos avatares se alcanzó un acuerdo entre todas las razas y pueblos que la conformaban. Como sello y garantía de dicho pacto se colocó La Piedra del Perdón, en las ruinas de lo que antes fuese la capital del reino élfico, caída por culpa de una penosa y dolorosa traición.

Durante miles de años la paz reinó en los dominios del Concilio.

Con el tiempo surgieron los Jueces, hombres y mujeres de enorme poder y sabiduría que impartían justicia por toda la tierra libre sin pedir nada a cambio. Había comenzado su era, la *Éterdor* o la «Era de los Jueces, la Cuarta Era».

Más el Mal del Norte no estaba derrotado del todo y aprovechó ese largo tiempo para recobrar fuerzas y preparar una nueva y más violenta ofensiva que le llevara a la victoria final. Poco a poco puso en el corazón de hombres de no tan nobles intenciones el deseo de gobernar en *Trávaldor*. Finalmente, uno de esos hombres, descendiente perdido de algún rey de la antigüedad, reclamó el trono de la ciudad. Los valientes Jueces, quienes por ese entonces no eran muchos en número ni gozaban de una gran popularidad, fueron

traicionados y ejecutados sin piedad con la inestimable ayuda y colaboración de los néldor y de sus terribles emisarios.

¡Cuántas de nuestras más preciadas obras nos hablan de tan cruel e injusta traición y muerte! Que *Kárindor* los recuerde y les llevé con presteza más allá de nuestros cielos…

Tras el advenimiento de *Trávaldor* resurgieron los reinos del pasado los cuales, descontentos con la nueva forma de hacer del Concilio, reclamaron sus antiguas fronteras y señoríos. En esa época los sígrim, el pueblo gris, abandonó su esclavitud en el Norte y buscó la ayuda de los élficos, quienes generosamente les cedieron tierras en las que pudieran vivir en libertad.

Al poco llegó también a *Belfáel* un grupo disperso de híbridos llegados desde las profundidades de *Abismos* afirmando ser enemigos del Mal de Válruz. Lo que parecía una inminente guerra civil entre los reyes de los hombres y los recién llegados se transformó rápidamente en una lucha por sobrevivir. Los gonks regresaron a *Kárindor* con más fiereza que en el pasado pero con igual ansía de destrucción, muerte y sangre. Finalmente la gran ciudad, la capital del Concilio, cayó ante los ejércitos néldor comandados por Naam, el peor de todos los hombres que jamás haya pisado nuestro mundo.

Él fue el más grande general y primer guardián del Imperio Negro, que pasaría a llamarse el Dominio tras la conquista de *Trávaldor*.

La invasión no se detuvo y el Dominio extendió sus fronteras hacia el Oeste, hacia el Este y hacia el Sur, derrotando a cuantos se les oponían. La caída de *Zulá*, la gran capital del pueblo del cielo, fue lo que desató la furia de los reyes de *Belfáel*, de *Valtra*, de los ónimods y de los recién llegados híbridos y sígrim. Con firmeza marcharon unidos para hacer frente a un enemigo que les superaba en número, poder y malicia. Pero el miedo no les detuvo.

¡Cuántos grandes guerreros cayeron esos días en la larga lucha del Norte! ¡Cuántas vidas se perdieron en la "*Éter-Ruz Gródavor*"!

Pero su esfuerzo y sus vidas no fueron un sacrificio inútil ya que el avance del Dominio quedó frenado en seco y los pueblos disfrutaron de una tensa paz. Pocos de los que conformaron ese ejército volvieron para contar lo que habían visto. Lo único cierto es que los gonks desaparecieron durante veinte años de sobre la faz de *Kárindor*. Con ese período de tiempo, llamado el "*Dab Akluev*", se inició la Quinta Era.

Había comenzado la «Segunda Gran Era de los Reyes», la *Esai Dorlav*.

Nota del autor: ya que los hechos acontecidos tras el "*Dab Akluev*" hasta nuestros propios días están más recientes en nuestra memoria y se han logrado conservar más rollos y obras que tratan sobre los mismos, he decidido incluirlos en

una obra posterior. Además, todos los acontecimientos sucedidos a partir de la Quinta Era resultan ser demasiado extensos como para poder incluirlos junto con este compendio en un único pergamino o volumen.

El calendario y las fechas

Ni el calendario ni las fechas en Kárindor han estado nunca ampliamente unificados u homogeneizados. El sistema más popular, conocido y usado es el de la división trimestral del año establecido por los élficos a mediados de la Tercera Era, aunque dicho sistema fue sufriendo leves modificaciones a lo largo del tiempo. Dicho sistema élfico está basado en los ciclos de cultivo —o períodos definidos de siete años— y en meses lunares de veintiocho días.

El último día de cada Nísajar es el único en el que la Gorá, la luna fragmentada de Kárindor, no es visible.

Nahkran: poco menos de medio tranús.

Tranús: la octava parte de un tercio.

Tercio (matutino, vespertino y lunar): la tercera parte de un día.

Día (sol o luna): la séptima parte de una semana.

Semana: la cuarta parte de un mes.

Mes: período fijo formado por ciclos lunares de veintiocho días.

Estación (estival, invernal y primaveral): los tres períodos en los que se divide un año.

Año: la séptima parte de un ciclo de cultivo.

Ciclo: período de siete años.

Década: diez años.

Cícloda: período de siete ciclos y un año (medio siglo).

Siglo: cien años.

Cígloda: diez cíclodas. La mitad de un milenio.

Milenio: mil años.

Era: período indefinido marcado por el comienzo o el fin de un gran suceso histórico.

AÑO o **Euré** (años 1º a 6º del ciclo) / **Eunú** (año 7º del ciclo)

ESTACIÓN ESTIVAL o **Labuz**

Mes Uno o **Nahelf**

Mes Dos o **Kúpal**

Mes Tres o **Traor**

Mes Cuatro o **Ekluv**

ESTACIÓN INVERNAL o **Pranum**

Mes Cinco o **Tralev**

Mes Seis o **Nísnasat**

Mes Siete o **Nirast**

Mes Ocho o **Tranum**

ESTACIÓN PRIMAVERAL o **Ékarin**

Mes Nueve u **Ormum**

Mes Diez o **Tlorá**

Mes Once o **Gronná**

Mes Doce o **Grónar**

Mes Trece o **Kradrab**

Mes Catorce o **Nísajar** (se incluye en la Ékarin o primavera solamente en el Eunú o año de cada final de ciclo y tan solo dura una semana).

Sobre los pueblos de La Tierra Viva

HISTORIA marcada en sangre.

Los recuerdos que conforman nuestro pasado hablan de luchas y sacrificios. Pero aunque nuestro hogar, nuestro mundo, ha permanecido inalterado desde la glaciación de la *Éter-Muit*, nosotros, los hombres, somos los responsables de su dolor o de su alegría.

¡Alabados sean los que entregaron su luz a los cielos en busca de la justicia!

No quiero olvidar a todos aquellos que vivieron en los penosos días de la *Esai Dorlav*. Tal vez el lector o aprendiz se pregunte ahora cuales eran los habitantes de la Tierra Viva durante esos difíciles años. Al tiempo de los inicios de la Quinta Era podíamos habernos encontrado con tres grandes razas que dominaban la superficie de *Kárindor*: los pueblos humanos, la raza de los ónimods y la raza de los híbridos.

Pero nuestra Madre Tierra tiene cabida para todo tipo de seres vivos y conscientes.

Tal y como ocurre en nuestra era, en aquel entonces ya existían grandes zonas despobladas e inexploradas sobre las que se llegaría a conocer muy poco y, en las que como se demostró más tarde, moraban una gran variedad de criaturas realmente fantásticas y asombrosas que para muchos de ese entonces no eran sino mitos de eras pasadas. Algunas leyendas, sobre todo las que se contaban entre los híbridos, hablaban también acerca de la Cuarta Raza, los adalid, desparecidos según dichas leyendas tras la "*Hjari Groa*" o Día Final, acaecido al final de la *Krádovel Dorlav*.

Lamento no poder haber confirmado si dichas leyendas eran ciertas o no, aunque me inclino a pensar que esos “adalid” tendrían algo que ver con lo que los ónimods llamaban “dioses” y algunos de entre los hombres “custodios”.

De los hombres

La raza de los hombres quedó dividida en los tiempos de los grandes patriarcas de la Primera Era en diez grandes naciones o pueblos, división hecha desde los tiempos antiguos de los Primeros, en la lejana *Éter Muit*, durante el gran éxodo. Al pasar del tiempo cada uno de estos diez pueblos quedó asociado a un rasgo, principalmente una característica física —como el color de su piel o de sus armas—, quedando así definidos para el resto de naciones y reinos. Al final de esta sección he incluido la copia de un mapa que compré a un comerciante zulá que sería al parecer de antes de la gran invasión Gonk de la *Éterdor*.

El primero y más prominente de todos los pueblos de los hombres era *el pueblo dorado* o ***REINO ÉLFICO***, llamado así por ser aquellos que permanecieron leales al rey Elf o a sus posteriores descendientes. Conocidos como los élficos —o elfos en las regiones norteñas—, desde la gran guerra de la *Krádovel Dorlav* destacaban por su alta estatura y por sus rubias cabelleras. Eran un pueblo honorable que vivía largos años —algunas citas genealógicas mencionan a un rey que llegó a superar los doscientos de nuestros años comunes—, y que desde el tiempo del sabio y legendario rey Elf tenían establecidas una serie de normas y valores que respetaban hasta el extremo, destacándose también como protectores de la libertad, del orden y de los asuntos relacionados con sus reyes, los cuales no eran elegidos únicamente por su sangre o por su ascendencia dinástica sino más bien por su valía, su astucia o sus victorias frente a los enemigos.

Sus territorios en ese entonces se extendían abarcando gran parte del continente Sur, desde el caudaloso río *Éter-Oent* hasta la parte más septentrional de *Kárindor*, donde limitaban con el mar. Hacían frontera con un gran número de otros pueblos siendo sus territorios más importantes: *Las Tierras Fronterizas, El Valle* y la región denominada *Oall*, hogar de fértiles valles controlado por diversos jefes locales conocidos como “amos”. El resto de sus tierras quedaban englobadas en las zonas occidentales del río *Naria* y en su capital: la hermosa y gran ciudad de *Krádovel*, el templo que los

hombres le dedicaron a *Kárindor* en el pasado, la perla del Sur, la luz de *Belfáel*.

Durante la *Esai Dorlav* carecían de un rey legítimo, si bien existían varios candidatos en disputa que reclamaban el trono del pueblo dorado y, por ende, el trono de los pueblos de los hombres como herederos de la promesa que hizo el Rey-Sol tras la "*Hjari Groa*" (véase ***El Profeta de Belfáel***) quién, según esa promesa, debía de resurgir durante el principio de la segunda venida de los reyes.

En las tierras próximas situadas al norte del río *Groa* y en el bosque que se encontraba en sus proximidades, vivían un variopinto pueblo, no muy numeroso, descendientes del patriarca Sénov, llamados los ***NADOR*** o *el pueblo pálido*. Al parecer, adquirieron tan extraño nombre por el color de su piel, algo blanquecina y descolorida, de un pálido casi imperceptible. Las leyendas afirmaban que los nador se volvían invisibles en el río *Groa*, al que algunos de ellos veneraban como los ónimods hacían con su dios de la guerra y de la paz, Móvar.

Fue durante la República, y más exactamente durante el final del Concilio, cuando más se entremezclaron con sus vecinos élficos y kadorianos, adquiriendo un tono de piel parecido al del resto de los hombres. Las historias narran a partir de ese tiempo de los misteriosos hombres-viento de la noche de *Belfáel*, hombres casi invisibles que se deslizaban con la ligereza del viento y caían sobre sus presas y sus enemigos con la fuerza de los huracanes. Llegaron a formarse como pueblo mediante la unión puntual de una gran variedad de clanes y aldeas pequeñas, cada uno con sus propias costumbres y leyes, sin que existiera de hecho ningún líder claro. Amaban por encima de todas las cosas los ríos y sus veredas, así como la profundidad de los bosques o la tranquilidad y la calma de la naturaleza.

Su ciudad de más importancia era la por entonces rústica y poco poblada *Nádor-Val* —amada y respetada sea por todos nosotros—, que usaban principalmente como centro de reunión cuando debían tratar algún tema que afectase a su seguridad como grupo o cuando estallaba alguna disputa entre clanes locales.

Situados al sur de los nadorianos y del río *Groa* se hallaba ***KÁDOR-HUM*** *o el pueblo de hierro*, descendientes del patriarca Káador, del que tomaron su nombre. Físicamente no eran muy altos, incluso podría decirse que eran de estatura baja. Se hacían llamar a sí mismos el Imperio de Hierro, nombre que perduró al pasar de las eras. Cómo llegaron a tener ese nombre es un misterio que se desconoce y que no creo que nunca lleguemos a conocer. Muchos de

las kadorianos —también llamados krados en las regiones norteñas—, se llegaron a mezclar con sus vecinos, sobre todo con los élficos y los pálidos y, de forma excepcional, con las hijas de Veühm.

Su reino, pequeño pero poderoso, abarcaba los terrenos comprendidos al este del verdoso y brillante río *Naria*, allá donde la princesa llora a sus hijos, y los sitos al sur del mencionado río *Groa*, incluyendo parte de los montes *Uzum*. Su capital era *Kador-Val*, llamada la de Las Mil Columnas por su espectacular y espléndido palacio imperial. Su líder en aquellos tiempos era el por entonces alegre emperador Gladio Óptimus, de la familia de los Tercios.

¡Sea su nombre recordado por nuestros reyes y por nuestros hijos!

Como curiosidad puedo decir que eran el único pueblo que ponía tres nombres a sus hijos e hijas como bien se muestra en el libro genealógico que se conserva, en parte, en *Turinia*. Grandes constructores, estudiosos y amantes del arte en la piedra, poseían un complejo y temido cuerpo militar formado por guerreros de élite escogidos con esmero de entre sus vástagos y criados en campos de entrenamiento a lo largo de décadas: los feroces y peligrosos "*vónador*", los guerreros de la destrucción, temidos entre el resto de las naciones por su desmedida ferocidad y por sus sanguinarios métodos de lucha.

También resulta particularmente interesante la manera de expresarse que tenían y que ha quedado registrada en numerosos documentos: un estilo arcaico y lleno de expresiones y palabras en desuso.

Al norte del pueblo dorado se encontraban los descendientes del hermano mayor del patriarca de los nador, el jeque Sékuhv. Se les reconocía con facilidad por el color de su cabello y el de sus largas y descuidadas barbas, de tono grisáceo que nunca blanco. Bajo el nombre de ***EL IMPERIO SÍGRIM***, el *pueblo gris* vivía en las *Montañas Prohibidas*, más allá del río *Sígrim*, conocido antes de su llegada a *Belfáel* como *río Largo*.

Durante incontables cíglodas, generación tras generación, fueron esclavos y servidores del Imperio Negro, pero al comienzo de la *Éterdor* abandonaron el Norte de *Válruz* para instalarse en dichas montañas, bajo el beneplácito de los élficos, llegando a ser aliados de estos, si bien con el tiempo se llegó a perder el contacto con ellos. Ariscos, reservados y muy resistentes, sus únicos vecinos, los élficos, los evitaban y no se adentraban en sus territorios ni en sus asuntos. Sus costumbres, sus hábitos, sus leyes o si llegaron a poseer o construir alguna ciudad o fortaleza permanecieron como una gran incógnita durante la *Esai Dorlav*.

Me resultó gratificante y muy estimulador analizar la opinión de algunos eruditos de esa época en la que llegaron a afirmar que los sígrim habrían desaparecido o habrían sido exterminados por pestes o raras enfermedades creadas como castigo por haber traicionado al Mal de Válruz. Otros especularon con la posibilidad de que tal vez se hicieron al mar abandonando para siempre el mundo y la vida. Para la mayoría solo eran un grupo de ermitaños violentos y huraños de los que no había que fiarse y con los que no se podía comerciar.

Poseían un extraño idioma propio cuyo origen se remontaría hasta la Primera Era de la que ya he hecho mención anteriormente.

En casi la totalidad de los escritos conservados que tratan sobre las hazañas del pasado se hace mención de tres grandes reyes, dos de la antigüedad, el Rey-Sol Elf, y el Inmortal rey Béhej'Ari, y un tercero mucho más tardío, el monarca Veühm conocido como El Creador.

Este último rey fue el más grande de su pueblo, aquellos que eran los descendientes de Vred, El Descubridor, el padre de Húrim, El Hacedor. Tan grandes fueron los hechos del rey Veühm que su pueblo cambió de nombre pasándose a llamar ***EL PUEBLO DE VEÜHM***, si bien también se les conocía como *el pueblo del brillo verde* en honor a sus características espadas de filo verdoso brillante, diseñadas con un extraño y raro material ampliamente utilizado por ellos y muy resistente al paso del tiempo o al uso. Durante la Quinta Era se llamaban a sí mismos los "sinrey", aunque también eran conocidos como "el pueblo roto".

Su única ciudad de importancia era la misteriosa *Moradas*, la inexpugnable, edificada con esmero sobre las profundidades de las ruinas de la primera gran ciudad híbrida.

Sus dominios abarcaban desde el sur del río *Esatoent* y sus montañas colindantes hasta el bosque de *Albnoc* y los territorios cercanos a su capital. De mirada penetrante y ojos verdes eran grandes inventores, amantes de la ciencia y excelentes comerciantes siempre dispuestos a hacer negocios o tratos con otros reinos. Su principal actividad era la construcción de armas de todo tipo. Durante la gran guerra, la "*Éter-Ruz Gródavor*", el linaje real quedó interrumpido al partir el rey Veühm al Norte con toda su familia e hijos. Por eso adoptaron el nombre de los "sinrey" o "el pueblo roto".

Hasta la llegada de Veühm formaban una sociedad muy estricta dividida en ricos y poderosos gremios que, en la práctica, decidían el futuro del reino. En esa sociedad tanto las mujeres como los niños ocupaban un papel meramente secundario —apenas se menciona el nombre de ninguna mujer o

reina en el ***Libro de los Registros*** que encontré en la Sala de los Recuerdos de *Moradas*— estando limitadas sus tareas a cosas simples, sencillas u hogareñas.

EL REINO DE URA-ROSS o el *pueblo perlado* estaba conformado por los hijos y descendientes del patriarca Ura-Ross, quien se autoproclamó el primer rey de la Antigüedad. Fueron desterrados del valle sagrado a finales de la *Éter-Muit*, convirtiéndose tras el destierro en nómadas, cazadores y mercenarios fugitivos. Solían pintarse el cuerpo con extrañas figuras, colores e inscripciones de oro, plata o perlas, adornando sus armas y ropajes con plumas negras y colmillos o garras de marfil.

Poco antes del advenimiento de *Trávaldor* y la desaparición de los Jueces, se establecieron en el valle de más allá de *Las Tierras Fronterizas*, apropiándose por la fuerza de todas esas montañas, bosques y prados colindantes pertenecientes a los ónimods hasta esa fecha. Servían a su rey con completa devoción y absoluto fanatismo. Poco es lo que se conocía entonces de dicho rey, salvo que ostentaba una fuerza considerable y un odio inhumano y atroz hacia los pueblos miembros del Concilio.

¡Gran dolor y gran daño causaría este rey! ¡Perezca su maldad en el "*kaz*" indómito del cielo!

Su fortaleza principal era un bastión o torre gigantesca que construyeron en el centro de sus dominios y que quedó flanqueado por un profundo y amplio río. Físicamente eran rápidamente reconocidos por sus ojos rasgados, su tez amarillenta y su escasa altura. De pelo oscuro y ojos negros seguían extrañas y sanguinarias tradiciones, además de celebrar ritos difíciles de entender para el resto de habitantes de *Kárindor* de los que no hablaré por ser ofensivos contra la vida misma.

Si bien es reconocido que muchos de ellos, a lo largo de los siglos, fueron capaces de abandonar tan horrendas prácticas, integrándose en todos los otros pueblos, excepción hecha de los sígrim.

En *Valtra* también podían hallarse dos de las naciones más populosas y poderosas de ese entonces:

De un lado los ***ZULÁ*** o el *pueblo del cielo*, descendientes de Galdor y de su esposa Zulá, de la que posteriormente tomaron el nombre para el reino. Antes de la segunda gran invasión Gonk sus dominios abarcaban desde el río *Daruz* hasta la *Éter-Muná*, haciendo frontera con Roühm mediante las colinas llamadas *Los Caídos* y el río *Ká*, sin incluir las *Montañas del Jinete*, situadas más al sur. Su capital era *Zulá*, la ciudad añil del cielo, enclavada en el fértil

valle sito más allá de los montes con el mismo nombre que tras la dicha invasión cayó bajo el control directo del Dominio néldor.

Durante los inicios de la *Esai Dorlav* se vieron obligados a vivir como refugiados en las tierras controladas por los roühm o como esclavos del poderoso invasor. Su reina era la bellísima Zulaira, considerada la más hermosa mujer de todos los tiempos y último miembro con vida de la casta real zulá. Se caracterizaban por ser grandes agricultores, muy buenos trabajadores y por tener familias muy numerosas, aunque por lo general solían ser bastante racistas con el resto de razas no-humanas.

Antiguos rivales en la guerra de los roühm, firmaron la paz con los jinetes rojos poco antes de la caída de su capital con el objetivo de hacer frente a su enemigo común: el Mal del Norte.

Un grupo de antimonárquicos, rebeldes y fugitivos en su mayoría, fundaron al poco un nuevo reino en las *Montañas del Jinete* y la zona boscosa próxima a ellas bajo el nombre de Nueva Zulá.

La otra gran nación de *Valtra* era ***ROÜHM*** o el *pueblo rojo*, descendientes de Rónah-Ham, el primer jinete que cabalgó sobre *Kárindor*. Adquirieron su nombre por el tono rojizo de su pelo y por su piel manchada de pecas, aunque para esa fecha ya no todos los roühm eran pelirrojos debido a los tratos que tuvieron con otros pueblos a lo largo del tiempo.

Los límites de su reino se establecieron, tras la segunda invasión Gonk, en las tierras situadas tras las montañas llamadas *Las Últimas* y *El Bosque de Oro. La Fortaleza*, su último refugio, era un poderoso enclave militar que les sirvió como capital por ese entonces, aunque se vieron obligados a compartir sus territorios con los refugiados de Zulá. Eran grandes jinetes —si no los mejores—, amantes de cabalgar en libertad y de luchar en la guerra (no se tiene constancia de que hayan tenido ningún gran período de paz). Cuidaban de sus monturas con más afecto que a sus propias familias. No respetaban las fronteras de los otros reinos, razón por la cual llegaron a ser considerados como bárbaros e invasores, y se vieron envueltos en más de un conflicto armado sin ninguna verdadera razón de peso para empezar la lucha.

El poder entre los roühm se lo repartían diversos jefes militares, siendo el más importante de entre todos esos, durante los inicios de la Quinta Era, el general Murahm y sus partidarios. Su rey, Adkra II, se perdió en la defensa fallida de la capital Zulá dejando como único descendiente a su por entonces infante hijo Akar, quien quedó bajo el cuidado de Zulaira, que en aquella trágica noche no era sino una adolescente princesa más.

Akar.

Un príncipe que todos recordamos pese a la gran cantidad de soles que han transcurrido desde su muerte.

La leyenda más extendida y difundida entre el pueblo rojo afirmaba que cuando el rey Adkra regresase de donde quisiera que estuviese, acaecería el fin de Roühm y de todos los jinetes rojos.

El Mal de Válruz se alimentó del odio y de la sed de venganza de aquellos que, cegados por sus ansias de gloria y de poder, estuvieron dispuestos a perder su corazón y sus sentimientos para lograr una mayor fuerza. De entre todos sus numerosos siervos, los ***NÉLDOR*** fueron quienes llegarían a ser, era tras era, sus mejores esclavos, bajo el nombre de *El Imperio o El Dominio Negro*. Dispuestos a todo para complacer a la maldad misma llevaron las guerras, el hambre y la muerte a sus hermanos de sangre y al resto de habitantes de *Kárindor* sin sentir afecto o amor por nada.

Impasibles. Crueles. Despiadados.

Jamás se llegó a saber casi nada sobre sus orígenes o su pasado salvo que eran los precursores de la oscuridad, los guardianes del Mal y el azote de nuestra amada *Kárindor*… Poseían un tono de piel oscuro que con el hacer del tiempo se transformó en negrura, como el de sus endurecidos corazones y conciencias. Sus ojos eran también negros y, como su alma misma, tenían una apariencia vidriosa fuera de lo común. Su número en esa época era más bien escaso, seguramente por la enorme cantidad de guerras a las que habían tenido que acudir a lo largo de los siglos.

Guerras de tal magnitud y en tal cantidad que ni siquiera el poder corrupto del Mal había conseguido evitar su decadencia.

Nadie llegó a saber el cómo ni el cuándo consiguieron el control de los gonks, unas feroces criaturas carentes de inteligencia salvo para destruir o para matar creadas a imagen y semejanza de los néldor. Aunque el hecho es que a lo largo de las eras los gonks sirvieron a los propósitos del Imperio Negro en primer lugar, y del Dominio Néldor después. Durante el Apocalipsis de principios de la Tercera Era, la *Krádovel Akluev*, regresarían desde el Norte con ejércitos de tan temibles criaturas atravesando las *Montañas Rojas* y causando la ruina y la desgracia por toda *Kárindor*.

¡Oscuros y dolorosos días que ni el transcurrir del tiempo ha conseguido curar!

Al pasar de los siglos llegaron a tener bajo su influencia o bajo su amenaza directa a todos los reinos de la tierra habitada. Se les consideró los responsables directos de la ruina de *Trávaldor* y de la caída del Concilio. La gran guerra de ese tiempo, la "*Éter-Ruz Gródavor*", frenó su expansión y su

avance por el Sur y por el Este. Durante casi dos décadas sus fronteras permanecieron inalteradas y en una inquieta paz, quedando establecidas a lo largo y ancho de toda *Válruz* y prácticamente los continentes de *Valgora* —a excepción del desierto de *Kazarb*— y de *Valtra* —salvo el resto de Roühm y los rebeldes de las *Montañas del Jinete*—, llegando a ocupar las *Tierras del Ónimod*, con excepción del espeso bosque *Darbruná*, hasta situar su última frontera al Sur, en el río *Éter-Oent*, la primera línea de defensa del reino élfico.

Su primer, y único rey del que se llegó a conocer el nombre, fue el odiado Béhej'Ari, llamado el Inmortal, uno de los cofundadores del *Kradparuná* durante la *Éter Muit*. Sus herederos a través del tiempo permanecieron en la sombra, sin darse a conocer hasta esa época. Su representante ante el resto de pueblos y reinos era el temible e indestructible general Naam, señor de la fortaleza que llevaba su nombre y comandante en jefe de todos los temibles ejércitos del Dominio.

Eran un pueblo odiado y considerado como maldito por el resto de naciones debido a su desmedida ferocidad y a sus ansias inagotables de destrucción y expansionismo a lo largo de los milenios, motivo por el cual se les conocía bajo el nombre del Dominio o Influencia Néldor o, simplemente, el Dominio a secas.

El último de los pueblos humanos de *Kárindor* fueron los llamados ***INSTRUCTORES*** y estaba formado por los vástagos del más joven de los patriarcas, Laash. También conocidos como *el pueblo Blanco*, carecían en esos días de territorios o reino alguno. En el pasado controlaron todas las tierras situadas entre la desembocadura del río *Éter-Oent* y el bosque de *Albnoc*, incluyendo lo que ahora se llaman *Las Tierras Fronterizas, El Valle* y la cordillera conocida como *Los Montes Zafios*. Su capital fue la legendaria ciudad de los instructores, *La Torre Blanca de Albnoc*, un lugar casi mitológico en la que se reunieron los grandes Instructores del *Kradparuná* del pasado.

Tras la caída de su capital, poco antes de la "*Akluev Groa*", abandonaron el Sur partiendo hacia un lugar que no he podido determinar enviando de vez en cuando algún que otro Instructor o representante al reino élfico, su principal aliado, aunque cada vez con una menor frecuencia. Tras la gran guerra de la Cuarta Era no regresaron jamás salvo uno, el "Emisario de los Tiempos", como por todos es sabido.

Se les reconocía por su pelo blanco y sus extrañas indumentarias y armas. Solían adornarse con pieles de animales a los que consideraban sagrados. El

Instructor de más rango adornaba su cabeza con una corona de plumas blancas de glodandro. Otros Instructores de gran sabiduría poseían objetos sagrados que llevaban en pesadas cadenas de oro que les otorgaban una gran fuerza y poder. Todos los otros pueblos los tenían como grandes sabios —nombre por el cual también se les denomina— y como los más grandes y poderosos enemigos del Dominio.

Poco se sabe ya de ellos, aunque algunos aventureros han intentado buscar las ruinas de *Albnoc* adentrándose en el bosque y en las montañas que llevaban su nombre dentro de lo que fue el territorio del pueblo de Veühm donde, según contaban y siguen contando las historias, se haya encerrado toda la sabiduría y riqueza de ese misterioso y sabio pueblo.

Jamás ninguno de ellos regresó.

De los ónimods

Los ónimods, es decir, los "No Hombres", son una raza que llegó a *Kárindor* a través del mar a principios o mediados de la *Éter Muit*, cuando los hombres aprendían a caminar sobre el mundo. Poseen rasgos físicos únicos, como su gran cuello y tórax, unas orejas situadas muy atrás en la cabeza, las cuales eran puntiagudas por arriba y cuadrangulares por abajo, una frente arrugada y amplia, unas narices rechonchas y aguileñas, unos ojos hundidos y no muy grandes, unas pequeñas piernas muy musculosas y cuatro dedos en ambas manos, dos de ellos oponibles —similares a nuestros pulgares—.

Los ónimods adultos cuidaban con esmero sus espesos bigotes y perillas, llevando los más jóvenes únicamente esta última.

Su historia, antes de su llegada a nuestro hogar, es un misterio incluso para los propios ónimods, quienes prefirieron olvidar su pasado a recordar el dolor y los sufrimientos de antes de su acogida en *Kárindor*. Sus creencias son muy diferentes de las de los hombres ya que ellos creen en la existencia de seres superiores o dioses que les vigilan, ayudan o castigan: Móvar, dios de la guerra que trae la paz; Éreffesh, señor del día y dueña de la noche; Muzrrafaá, dios del trueno, de la lluvia y de los ríos; Grieghsh, señor de las estrellas y guardiana de la muerte… y así durante un largo etcétera.

Al poco de su aparición en *Kárindor*, un grupo de ellos, descontentos con las alianzas establecidas entre sus reyes y los de los hombres, se apartaron de sus hermanos de sangre sin volver a aparecer hasta mediados de la *Krádovel Dorlav*. Estos ónimods se llamaban a sí mismos Los Justos, pero llegarían a

ser llamados los Zafios, fanáticos de sus tradiciones y leyes, extremadamente xenófobos y muy violentos, los cuales conservarían su idioma original aunque con algunas ligeras alteraciones.

Su oposición violenta al resto de pueblos, especialmente a los hombres, culminó con el estallido de la Guerra Civil Ónimod y su posterior expulsión de todos los dominios que llegaron a controlar.

Sin embargo, para ellos la Guerra Civil aún no había terminado y siguieron habitando como reino en las montañas a las que dieron su nombre, y en las que hallaron refugio, que se encontraban en los montes próximos a los desfiladeros de *Las Playas Secas*, en *Belfáel*.

El resto de los ónimods de Kárindor, y a consecuencia del advenimiento de *Trávaldor* y del brutal ataque de los perlados, pasaron a vivir ocultos en *Darbruná*, siendo su capital la hermosa y elegante *Ciudad del Ónimod*, enclavada en el extremo occidental de dicho bosque. Sus reyes por ese entonces eran el benevolente rey Nútraor y la amada reina Nisvala, los cuales ostentaban el mismo poder y autoridad para los suyos. Reconocidos como grandes arqueros y cazadores, los ónimods solían preferir las zonas boscosas o montañosas a las grandes llanuras o valles.

De los híbridos

La tercera y última raza más representativa de esa época eran los híbridos, la raza surgida tras el cruce entre los hombres y los ónimods a mediados o finales de la *Éter-Muit*, algún tiempo después de la llegada de la Segunda Raza.

O eso cuentan las leyendas.

Fueron los causantes directos de la destrucción del valle sagrado de los Primeros Moradores. Muy altos, de tres brazos o incluso algo más, carecían de pelo tanto en la cabeza como en el resto del cuerpo, a excepción de sus líderes. Según ***La Obra de las Especies*** (que encontré en una pequeña aldea al sur de *Los Caídos*) eran muy musculosos y de aspecto humano, salvo por sus orejas puntiagudas y rugosas, sus ojos de doble párpado y su piel resquebrajada. Solían recubrirse el cuerpo de inscripciones y adornos, tapándose con poca ropa debido al grosor y a su tipo de piel, la cual les aislaba, al parecer, tanto del frío como del calor. Amantes de la noche y de la oscuridad, apenas vivían o realizaban actividades a la luz del sol.

Los híbridos se dividieron en dos grandes reinos durante la *Éterdor*. Los llamados del Norte poseían sus dominios desde las montañas *Ével* de *Valgora* y el *Valle de las Cenizas*, hasta los *Montes de Fuego*. Vivían en las numerosas cuevas y cavernas que se encontraban a lo largo y ancho de *Abismos*, lugar prohibido y considerado como tenebroso para el resto de pueblos y razas. Los élficos los consideraban unos bárbaros brutos, recuerdos de tiempos pasados y aliados del Mal perverso de *Válruz* y del Dominio.

Los llamados híbridos del Sur, por el contrario, eran considerados como más refinados y cultos aunque, eso si, algo burdos. Su reino se estableció en las *Ar-Muná* y el valle de las mismas, poco después de la segunda gran invasión gonk.

⁎ ⁎ ⁎

Aunque estas son las tres grandes razas dominantes de la tierra, existían una gran variedad de especies difícilmente clasificables por mí como animales: los “fines”, los dragones, los mínimos, los glodandros… son solo un ejemplo de la enorme cantidad de criaturas que habitaban y convivían en nuestro hogar en esos peligrosos días.

¡Bendita sea *Kárindor* por su extrema generosidad!

La riqueza y el dinero

EL sistema monetario de Kárindor está basado, sobre todo, en el oro y en la plata, los dos metales preciosos más escasos y difíciles de obtener a lo largo y ancho de toda la Tierra Viva.

La moneda de uso común y de menor valor es el "***cobral***" o "***ébeb***", una pequeña pieza circular hecha en parte de cobre y, en una escasa proporción, de plata. Diez ébebs equivalen a un "***plateado***", la moneda más utilizada en las transacciones del día a día, de igual tamaño a la anterior pero sin restos de cobre. Cinco de esos plateados forman un "***doral***", una moneda algo más pesada que el plateado pero hecha con oro.

Es de destacar que el sueldo medio de un campesino o labrador en el Reino Élfico oscilaría entre dos y cinco dorales.

Cuatro dorales equivalen a una "***moneda de plata***", la cual ya alcanzaría el triple del tamaño y del peso que las anteriores. De igual envergadura pero con mayor contenido en metal precioso sería la "***moneda de oro***", de un valor igual al de cuatro monedas de plata.

Luego ya vendrían las monedas o pesos comerciales de mayor tamaño y al alcance de muy pocos en ninguno de los reinos de Kárindor.

Diez monedas de oro serían iguales a un "***lingote de plata***" y cincuenta monedas de oro equivaldrían a un "***lingote de oro***", así pues, cinco lingotes de plata son lo mismo que uno de oro. Los lingotes son barras rectangulares de un palmo de tamaño, más o menos, hechas íntegramente del metal que su nombre indica. Por encima de ellos tan solo hallamos los toneles: el "***tonel de plata***" equivalente a cien lingotes de plata; y el "***tonel de oro***", de un valor exacto a los cien lingotes de oro. Los toneles son grandes cubos cuadrangulares, de más de medio cuerpo de altura y casi dos brazos de anchura, llenos en su interior ya sea de plata de alta calidad o de oro puro, según el caso.

A continuación se añade una tabla con las correspondencias en valor de todas las monedas existentes y comunes en Kárindor.

Aunque los ónimods aceptaban y usaban este mismo sistema comercial, cada una de sus castas entregaba la riqueza que generaba para el bienestar común del reino y luego esta era repartida de nuevo a cada barón de guerra de forma equilibrada en función de las necesidades de cada uno de los diversos grupos familiares.

En los híbridos el rey era el único que podía poseer riquezas y era él mismo quien se encargaba de que su pueblo tuviera lo necesario para subsistir.

Los néldor usaban el dinero como medio de controlar a sus súbditos, sin darle ningún valor real y sin interesarles en realidad el acumular o no riquezas.

TABLA DE EQUIVALENCIAS MONETARIAS

—) **1 cobral o ébeb**

—) 10 ébebs = **1 plateado**

—) 50 ébebs = 5 plateados = **1 doral**

—) 200 ébebs = 20 plateados = 4 dorales = **1 moneda de plata**

—) 800 ébebs = 80 plateados = 16 dorales = 4 monedas de plata = **1 moneda de oro**

—) 8.000 ébebs = 800 plateados = 160 dorales = 40 monedas de plata = 10 monedas de oro = **1 lingote de plata**

—) 40.000 ébebs = 4.000 plateados = 800 dorales = 200 monedas de plata = 50 monedas de oro = 5 lingotes de plata = **1 lingote de oro**

—) 800.000 ébebs = 80.000 plateados = 16.000 dorales = 4.000 monedas de plata = 1.000 monedas de oro = 100 lingotes de plata = 20 lingotes de oro = **1 tonel de plata**

—) 4.000.000 ébebs = 400.000 plateados = 80.000 dorales = 20.000 monedas de plata = 5.000 monedas de oro = 500 lingotes de plata = 100 lingotes de oro = 5 toneles de plata = **1 tonel de oro**

Sobre los idiomas

TODOS los habitantes de *Kárindor* entendían y utilizaban, como norma general y como todavía se hace, el idioma al que llamamos como Mixto del Sur, usado al parecer por nuestros antepasados desde finales de la *Krádovel Dorlav*. Sin embargo, existían otras lenguas no tan comunes que eran utilizadas por una amplia variedad de pueblos.

A continuación he incluido una lista con los idiomas más importantes y representativos de ese tiempo y los pueblos o grupos que los hablaban según se explica en ***La Obra de las Especies*** (se aportan los alfabetos antiguo y ónimod al final del mismo):

MIXTO DEL SUR: todos

MINODÓ SIMPLIFICADO: ónimods y ónimods zafios

SÍGRIM DEL SUR: sígrim

(no escrito)

HÍBRIDO AVANZADO: híbridos del Sur y élite del pueblo de Veühm

(no escrito)

MIXTO DEL NORTE: habitantes de las montañas de hielo

(no escrito)

ANTIGUO o KRADPARUNÁ: reyes de los diez pueblos —o descendientes— y los Instructores

Crónicas de los Reyes

LA CAÍDA DEL REINO
de la Conquista de Dlaucia a la Quema de la Gran Ciudad y sus hijos…

Polvo y ceniza.
Solo somos eso.
Escribo ahora sobre el día que nuestro reino cayó en la desgracia…

Filas y filas pertenecientes a nuestro intrépido ejército, los leales al rey Nútraor, marchamos a buen ritmo, rumbo a la ciudad néldor de Dlaucia. En una más que perfecta y ordenada formación de batalla, atravesamos a paso ligero las resecas llanuras de Las Tierras Áridas, las más sureñas de todas aquellas sometidas por el Enemigo. Recuerdo el polvo y la arenisca acumulándose en el interior de mis sencillas sandalias de cuero. Recuerdo aquellas tierras: resecas, improductivas, incultas, abandonadas y olvidadas hacía demasiados soles. Según contaban las leyendas, en otros tiempos mejores, toda esa amplia región había pertenecido a un floreciente y rico reino integrado tanto por hombres honorables y justos como por muchas de nuestras más osadas castas. En esos días, a todo aquel vasto rincón del mundo civilizado se le llamaba las Rteszná. Las Tierras de la Bondad. Pero esas mismas leyendas también contaban de como los hombres siempre estaban descontentos, causando problemas donde no los había, creando desconfianza sin necesidad. Y el Enemigo que nunca descansa. Tampoco lo hacía entonces. Trajo la guerra. Trajo la peste. Trajo la sequía. Trajo el miedo. Trajo la muerte. Mientras avanzábamos por ellas vimos el resultado que tanto el miedo como la avaricia pueden causar. Vimos el Daño de cerca imponiendo finalmente su fatídica y trágica ley, transformando aquel reino lejano y soñador en un territorio rechazado, asolado y demacrado por las desgracias. Las leyendas contaban que nadie se atrevió en siglos a repoblarlas, haciendo que toda esa extensa región llegara a convertirse rápidamente en aquel simple montón de polvo y arenisca que nosotros atravesábamos ahora a paso ligero.

Solo polvo.
Solo ceniza.

Recuerdo mirar a mi rey convenciéndome a mí mismo de que él sí lograría aquello que tantos otros no lograron. Recuerdo pensar que daba igual que sus padres ya hubiesen intentado la reconquista, estableciendo nuevos asentamientos y nuevas rutas comerciales a lo largo y ancho de las Áridas. Yo nunca había salido de la Ciudad, del gran bosque, pero recuerdo oír como se anunció el fin de la época de desolación de las Áridas. Recuerdo pensar que por fin las Rteszná recuperarían la belleza de antaño sobre las que las leyendas nos contaban. Pero el Enemigo no descansa y no descansó en ese entonces. Los néldor obligaron a mi pueblo a luchar en demasiados frentes en apoyo de nuestros aliados del Concilio. Los hombres nos traicionaron. Los padres de Nútraor perdieron la batalla decisiva contra los ejércitos del Dominio.

Polvo.
Ceniza.
No queda nada.

Caminando por aquellos extraños parajes para mí, intenté entender lo que debía sentir mi rey. Cuando sus padres fueron quemados vivos tras caer en la defensa del último de los asentamientos de las Áridas, solamente se le permitió a un niño el sobrevivir para contar al resto de nuestro pueblo lo que había sucedido en las Rteszná. Ese niño llegó al gran bosque tras muchos sufrimientos y penalidades.

Creció con la terrible imagen en sus recuerdos de aquellos benditos padres muriendo envueltos vivos en llamas. Recuerdo la proclamación de ese niño en rey: Nútraor el sabio, rey de todo Darbruná y todo ónimod. Entorno a él, miles buscaron refugio en lo más profundo y espeso del gran bosque, en nuestra Ciudad, que murió mientras yo la abandoné en busca de gloria y justicia.

Polvo y ceniza en ella, donde mis pies reposarán sin descanso y mis ojos se perderán para siempre sin mirada. Escribo ahora sobre aquel día, el día que cayó el Reino…

Recuerdo nuestra sorpresa al avanzar por las Áridas rumbo a una nueva e inevitable guerra. Consternados, descubrimos que el Enemigo las había abandonado también, al parecer, hacía muchas estaciones. Solo encontramos un buen número de academias de guerra néldor vacías y saqueadas en aquel camino a Dlaucia. El silencio de las Áridas sesgó la alegría de nuestros espíritus. Debí verlo. Los dioses no estaban de nuestra parte. Pero ninguno pensó aquello. Nuestro rey iba al frente, decidido y glorioso como uno de nuestros radiantes antepasados que nos trajeron a este mundo de acogida. Recuerdo que poco antes de llegar a Dlaucia miré a nuestro ejército. Recuerdo sonreír como un estúpido antes de ver crecer su barba por primera vez. Vi veinte grupos de infantería, formados cada uno por diez filas exactas de sesenta unidades y a la vera de cada grupo de combate, en cada una de sus cuatro esquinas, un jinete portando con orgullo alguno de los múltiples y variopintos estandartes de nuestras principales castas. ¡Cómo lucían los estandartes! Cada uno era en realidad un largo mástil de madera, madera buena y maciza, que imitaba en su parte superior la cabeza de algún que otro animal típico del gran bosque que nos rodea. Apreté el paso como el resto. Nuestros barones de guerra, siguiendo las instrucciones del rey, ordenaron hacerlo. Como lamento aquel día.

Ceniza.
Polvo.
Escribo sobre el día que nos perdimos…

La luz clara del tercio matutino bañó limpiamente nuestras pulidas y afiladas armas. A diferencia de los pueblos humanos, amantes de las espadas de todas clases, nosotros preferimos usar largas dagas de mango ancho y grueso especialmente diseñadas para ser empuñadas por nuestras manos. Los hombres no pueden usarlas con facilidad. En ambas puntas cada daga posee unas endurecidas y muy peligrosas cabezas de acero que exigen de quien las empuñe una gran habilidad y control. Usadas con destreza, las dagas de combate de mi pueblo causan estragos entre nuestros enemigos. El rey nos había equipado con unas duras corazas de cuero negro, un yelmo sencillo pero suficientemente resistente de un metal color azul plateado y un buen número de pequeños cuchillos arrojadizos que recuerdo portar en unas cortas cintas sobre mis piernas y mis brazos. Tras nosotros, y a buen resguardo, viajaban los mejores de nuestro decidido ejército: los arqueros. Con sus largos arcos de acacia capaces de alcanzar un blanco a una distancia aproximada de casi los quinientos pasos y sus flechas alargadas con puntas de forma entrecruzada rebosando en cada una de las amplias y livianas bolsas de cuero en las que las portaban, recuerdo ver al Enemigo ya derrotado. Pero el Enemigo no descansa, no lo hizo aquel día, no lo hará mañana.

Polvo y ceniza.

Todo se perdió.
Escribo sobre el último día…

Diez partidas de cien arqueros cada una nos acompañaban. Además, en ambos flancos y en la retaguardia, cabalgaba confiada nuestra caballería, rápida y ágil, lista para entrar en combate en cualquier momento. Cuatro mil hermanos nos servirían de escudo en caso de ser atacados por sorpresa: mil a mi derecha, mil a mi izquierda y dos mil tras de mí. Nuestros jinetes también habían recibido del rey y de los barones unos bellos escudos de buen tamaño con forma romboidal, además de unas lanzas muy similares a las dagas que empuñábamos nosotros, la infantería, aunque estas de la caballería eran evidentemente de mayor peso y resistencia. En definitiva, con más de dieciocho mil ónimods y nuestro rey Nútraor, el sabio, guiándonos, aquel día de luz clara iba a ser recordado por toda la eternidad.

Por eso escribo cómo caímos…
Polvo.

Yo estuve presente cuando mi rey y mi reina se separaron. Recuerdo con claridad las últimas palabras que nuestra bendita Nisvala le dijo bajo el resguardo de los últimos y frondosos árboles existentes en el borde exterior de lo que ya no es nuestro Reino.

—Lucharé por ti, mi querido rey y esposo. Cuando todo termine, y los dioses nos concedan la paz que se merece tu gran corazón, prometo que haré de ti el ónimod más feliz que haya pisado jamás nuestra tierra de acogida —vi como la reina le acarició suavemente las orejas en señal de profundo cariño—. Juntos haremos de nuestro reino un hogar de sonrisas y no de lágrimas.

—Nisvala, dffánkasj-ffa!! —escuché decirle en respuesta a nuestro emocionado rey.

Recuerdo ver su último beso, su último abrazo, bajo la luz tenue de aquel atardecer. Los tres príncipes herederos, sus hijos varones, se quitaron sus gorros de ceremonia con cariño, llenos de orgullo y respeto. Estoy seguro de que pensaban en sus dos hermanas, las princesas, quienes en ese momento ya recorrían Darbruná en busca de aliados y refuerzos entre las castas más apartadas y solitarias que viven desperdigadas a lo largo y ancho del gran bosque.

Solo ceniza.
Escribo sobre el día que el Reino dejó de ser Reino…

Dlaucia, situada en las cercanías de las últimas estribaciones montañosas de las Ével del sur y muy próxima a la devastadora frontera natural que forma el gigantesco desierto de Verm-Gorh, era nuestro primer objetivo. El rey nos había convencido de que si lográbamos mantener a los hombres del Dominio lejos del emisario blanco, este podría llegar a tiempo para ayudar a nuestros aliados del Concilio. Ni siquiera el primero de los azotes predichos, que ya nos había golpeado al comenzar a secarse el más antiguo de los cinco árboles-origen de nuestra Ciudad, nos hizo entender que los dioses habían retirado sus ojos de sobre la superficie del mundo en el que nosotros, sus hijos ónimods, moramos. Recuerdo que me detuve, al igual que hizo la primera fila de infantería de la que yo formaba parte. El grueso de nuestro ejército hizo lo propio. Vi como mi rey y su séquito de leales avanzaron hasta el frente, allí, en la distancia, una ciudad de gruesos muros negruzcos podía otearse ya en el horizonte.

—Dlaucia, por fin —escuché que dijo el rey señalando a aquella ciudad.

¡Qué rey era aquel que hablaba! Portaba una elegante armadura a medida que no hacía mucho había sido diseñada y creada por sus más fieles barones de guerra, hecha con las gruesas ramas que el árbol-origen había dejado caer al recibir el primero de los azotes. No hay nada en todo el mundo tan resistente como la ancestral madera de los árboles-origen: increíblemente dura y difícil de cortar o rasgar, mucho más que la mayoría de aceros, hierros y aleaciones conocidas. Solo un fuego potente y continuo puede llegar a debilitarla. Cuando se giró hacia nosotros, me fijé mejor en la coraza. En el pecho vi las siete cabezas de Móvar, nuestro dios de la guerra que trae la paz tras de sí. Y por fin la vi. Porque nuestros carpinteros de guerra habían hecho mucho más que una única y simple coraza con tan valioso material caído del más viejo de los árboles-origen que poseían a su cuidado. Una nueva daga de combate había sido forjada para el rey con aquella liviana y resistente madera. Una vez pulida, los orfebres del palacio real la habían terminado decorándola con toda clase de piedras preciosas, tallándola con formas estrelladas en honor al dios Grieghsh, señor de las estrellas y guardiana de la muerte. Supe, poco antes, que aquel arma había tomado prestado de tan poderoso dios hermafrodita su nombre: Grieghsh, la Estrella Invencible, así la llamamos.

Cuando mi rey la alzó por encima de su cabeza y nos señaló con ella, supe que había llegado el momento. Nútraor rogó en voz alta a nuestro dios Móvar que nos protegiese a la vez que señaló con Grieghsh a aquella ciudad néldor, dándonos la espalda al hacerlo. Recuerdo avanzar a paso de combate lleno de energía y confianza. Aquella era la guerra final y definitiva para nuestro Reino, si el rey fracasaba, nuestro pueblo no tendría ninguna esperanza ni ninguna posibilidad real de sobrevivir a la maldad de nuestros días. El asalto a Dlaucia comenzó.

Polvo y ceniza, porque el Enemigo no descansó aquel día, no lo hará nunca y ahora nuestro Reino ya no es Reino, nuestra Ciudad ya no es Ciudad, solo es polvo y ceniza…

Dejamos pasar a unas decenas de nuestros jinetes, los encargados de portar los estandartes. Sabía que los flancos de la caballería comenzaban al mismo tiempo a rodear Dlaucia con el único objetivo de impedir que nadie consiguiera escapar de ella. Vi como los sorprendidos defensores de la ciudad corrieron por lo alto del estrecho murallón en el que se protegían intentando prepararse para hacerles frente. Antes de que pudiesen siquiera apuntar a alguno de nosotros, el cielo de Dlaucia se cubrió con mil flechas disparadas a la vez procedentes de nuestros arqueros. Vi morir a todos aquellos insensatos que no se pusieron a buen resguardo tras los muros de Dlaucia, atravesados cada uno por no menos de tres o cuatro de aquellas flechas. Recuerdo como los escasos defensores sobrevivientes, asustados y muy mal armados, corrieron a esconderse en el interior de la ciudad. Únicamente unos pocos temerarios intentaron asegurar el portón de acceso a aquella ciudad del Dominio, en un intento desesperado por detener y retrasar nuestro inevitable asalto. De poco les sirvió, las cabezas de los mástiles de madera comenzaron a arder en furiosas llamas cuando nuestros jinetes las rozaron contra el suelo. Aquellos portaestandartes, en cuanto estuvieron a la distancia necesaria, las fueron lanzando una tras otra separándose las cabezas con formas animales del resto de los mástiles, envueltas las mismas en furiosas llamas. Vi como, debido al fuego que causaron, el portón de entrada a Dlaucia —construido en parte con madera de mala calidad y en parte de hierro ya oxidado— comenzó a prender ardiendo con fuerza y rapidez al poco tiempo. Poco después entré de los primeros por aquel destrozado e incendiado portón. No encontramos resistencia apenas. Dlaucia cayó ante nosotros en menos de medio tranús.

Ceniza.
No nos queda nada.
Escribo sobre nuestra desgracia…

Me sentí feliz, recuerdo, y más cuando mi rey y lo mejor de sus barones de guerra, entraron triunfalmente bajo nuestros saludos victoriosos y el clamor del grueso de nuestras tropas. Los vi venir hacia mí, yo era uno de los guardias encargados de vigilar al grupo de apenas cincuenta heridos y temblorosos soldados del Dominio a los que obligábamos a permanecer tumbados boca abajo.

—Estos se han rendido —les informó el más veterano de entre nosotros, recuerdo que portaba un parche en uno de ojos—. ¿Qué hago con ellos, mi rey?

—Encerradlos por el momento. Quedarán bajo tu custodia, Fanuah —le dijo a uno de sus acompañantes, un tipo rechoncho de negra y rizada perilla que sonrió halagado al escuchar la orden de nuestro soberano—. Cuando llegue el día de recuperar la belleza de las Rtesznná, querré que nos ayuden. —Dirigiéndose al grupo de soldados vencidos recuerdo cómo les anunció con voz serena y autoritaria —: ¡Escuchadme todos vosotros, hombres de Válruz! Yo soy el rey Nútraor del gran bosque, vuestro conquistador. Podéis ayudarme a recobrar lo que vuestros amos han consumido sin sentido, o podéis vivir lo que os queda de vida en una oscura celda en mi gran bosque sin que nunca jamás volváis a ver la luz del sol. Vuestra es la decisión. Aquellos que estéis arrepentidos tened el valor de arrodillaos ante mí — creo recordar que aunque al principio ninguno parecía dispuesto a hacerlo, ante la mirada compasiva y sincera de nuestro rey, los casi cincuenta atemorizados soldados se arrodillaron ante él. Sé seguro que mi rey luego les explicó—: ¡Bien hecho, hijos de los hombres! No temáis, vuestros días de oscuridad hoy han terminado. Aquellos que sean capaces de demostrarme su sinceridad y su lealtad serán tratados con igual sinceridad y lealtad. Al finalizar la guerra, el Nuevo Concilio de Krádovel os entregará tierras y semillas con las que poder cultivarlas. En vuestras manos y en vuestro sudor estará el prosperar o el fracasar. Los dioses han hablado.

Ceniza.
Polvo.
Reino sin Reino.
Escribo ahora sobre el día que no debió ser…

Recuerdo como mi rey se alejó de allí dejando sin palabras a aquellos heridos y asustados soldados al servicio del Enemigo. Vagabundos, ladronzuelos, hombres sin futuro y sin pasado… eso es lo que eran pero, ahora, un rey desconocido que vivía en un misterioso y encantado bosque, al que creían implacable y despiadado como sus crueles amos eran, les prometía darles todo aquello que los señores de Kaz-Minkú les habían negado por no pertenecer a su misma estirpe de sangre pura. Vi en el rostro de aquellos atemorizados y engañados hombres como su lealtad cambiaba rápidamente de bando. A mí me encargaron acompañar al rey y a los barones hasta el estrecho voladizo que rodeaba el murallón de la ciudad. Lo vi observar intranquilo el horizonte. Vi que algo le preocupaba. Recuerdo que uno de los barones de guerra que le acompañaba, ahora sé que un familiar de nuestra bendita reina, se atrevió a inquirir:

—¿Qué sucede, rey Nútraor? La victoria ha sido aplastante y sin una sola pérdida para los nuestros. Hoy es un gran día. Parece que los dioses por fin estén dispuestos a bendecirnos.

—No avanzaremos más, Dasir —fue la respuesta del rey al cabo de un buen rato de permanecer absorto en sus pensamientos. Recuerdo que ordenó nervioso—: Organizad las defensas entorno a la ciudad. Que partan oteadores hacia el norte y hacia el oeste. Quiero saber que planea Naam.

Polvo a ese nombre y ceniza a su recuerdo.
Porque el Enemigo no descansa, ni descansó.

—¿Hacia el oeste? —pregunté extrañado y olvidando que aquel era el rey y yo un simple soldado de infantería.

—¿Por qué han vaciado las Rtesznná los néldor? ¿Qué hacían dos simples centenares de soldados de segunda fila defendiendo el más importante de sus enclaves en la zona? —me explicó pacientemente.

—¿Por qué sacrificar el acceso a sus fronteras meridionales? —preguntó a su vez ese tal Dasir.

—Arrancar a mi padre de estas tierras les costó años a los siervos del Mal del Norte. Y yo lo he reconquistado con una única batalla y sin perder ni un guerrero. No avanzaremos más.

—Sigo sin entenderos, mi rey —le contesté confundido y lleno de ignorancia.

—Pensadlo —nos explicó a todos el monarca—. Con mi amada Nisvala y sus leales lejos de aquí, luchando en el gran río de los elfos, y con el resto de nuestro ejército avanzando hasta esta ciudad casi sin descansar, ¿qué he logrado?

—Devolver a vuestro pueblo lo que es suyo, Las Áridas —escuché pronunciar convencido a otro de los barones.

—¿Vía libre para alcanzar la muralla Sombría, mi rey? —preguntó con más prudencia uno de los más viejos del grupo.

—Vía libre, sí. Pero a un precio.

—¡Nuestra capital! —entendió Dasir.

Recuerdo que todos allí sentimos por primera vez aquel sentimiento de polvo y ceniza.

—Si Naam ha dirigido sus hordas invasoras bordeando el antiguo camino junto al mar no tardará en llegar hasta ella. Sin nosotros y sin los leales a Nisvala, la Ciudad no podrá resistir un asedio durante mucho tiempo.

—¡Eso sería un desastre! —se quejó Dasir llevándose las manos a la frente en señal de frustración. Casi al momento recuerdo que le solicitó—: Mi rey, con vuestro permiso me gustaría partir de inmediato para comprobar los caminos del oeste.

—Que Móvar te guíe, mi leal —le despidió formalmente el monarca.

Todavía recuerdo con claridad alejarse a aquel valiente a grandes zancadas de allí.

—Y ahora, ¿qué? —indagó un viejo barón de guerra cuyo nombre ya no importa.

—Ahora esperaremos —nos contestó el rey con pesar en la voz.

Escribo ahora sobre el fin.
Sobre lo que pasó y no vimos.
Sobre lo que no hicimos y perdimos…

Los días pasaron sin que llegase ninguna noticia de los frentes o de los exploradores enviados al norte. Cada amanecer, el rey y yo subíamos a lo más alto del murallón para poder ver el regreso de Dasir o de alguno de los otros oteadores que habíamos enviado. Estos últimos fueron retornando a Dlaucia sin traernos ninguna noticia de valor. Al finalizar el quinto día, el último de esos oteadores

regresó sin haber sido capaz de encontrar ni una sola expedición o guarnición néldor en su viaje. Quedó claro que el paso hasta la muralla Sombría a través del gran desierto estaba libre. No obstante, el rey y sus estrategas decidieron darle más tiempo a Dasir antes de tomar ninguna decisión. Sabía que muchos de mis hermanos comenzaban a impacientarse al ver que nuestro rey, en apariencia, no era capaz de decidirse a proseguir con la invasión. Pero yo sentía que él tenía razón en esperar. No fue hasta principios del tercio vespertino del octavo día después de la conquista, cuando uno de los vigías del murallón dio la voz de alerta. Un jinete se acercó desde el poniente al galope. El rey Nútraor en persona acudió a interceptarle en el camino cabalgando a lomos de su propio caballo. Me hizo acompañarle. No sé por qué extraña razón me había cogido tanto cariño y confianza. Pero fui con él sin dudar, aunque cabalgar no es mi fuerte. Al acercarnos distinguimos el rostro serio, cansado y lleno de polvo del leal Dasir. Vi que mi rey no tenía dudas ninguna por la expresión de aquel valiente y decidido barón de guerra que no era portador de buenas nuevas.

—Los dioses te han traído de vuelta hasta tu rey, mi leal Dasir. Dime, ¿qué has visto en el oeste? —recuerdo que le preguntó con ansiedad el rey.

—Teníais razón, mi rey. Las hordas néldor de Naam avanzan por el camino que bordea el mar. No hay duda de que se dirigen a nuestra capital.

—¡Por todos los dioses de la gran montaña! —exclamé preocupado.

—¿Los has logrado ver? Su número, ¿cuántos avanzan hasta la Ciudad? —preguntó el rey agitado.

—Lo siento, mi rey. En cuanto distinguí los restos de su paso por el camino del mar decidí regresar para no demorarme demasiado —mi hermano Dasir parecía contrariado de verdad—. Desconozco su número exacto, pero por el rastro que hallé… no deben ser menos de un par de decenas de miles.

—No te preocupes mi leal Dasir, has cumplido fielmente con tu cometido. Tu viaje tal vez haya servido para salvar vidas. La espesura de Darbruná les detendrá así que, con algo de suerte y si la luz de Éreffesh nos lo permite, lograremos atraparlos entre el gran bosque y el mar. Naam ha cometido un error al pensar que podría engañarnos con esta farsa en Dlaucia. Ahora es cuando…

Polvo.
Dolor.
Ceniza.
Escribo ahora sobre lo que hizo caer a nuestro Reino…

Entonces escuchamos los gritos. Procedían de Dlaucia. Mis hermanos se lamentaban, los dioses nos atormentaban. La conversación entre mi rey y el fiel Dasir se interrumpió. Recuerdo una violenta sacudida de tierra que estremeció la tierra que pisábamos, obligándonos a aferrar con fuerza las riendas de nuestros caballos para no ir a parar al suelo. Suerte que mi rey estaba allí, cabalgar no es mi fuerte, ni la doma tampoco. Él me salvó, porque tras el temblor la tierra comenzó a agrietarse entorno a nosotros. Calmó a mi corcel, luego recuerdo que nos hizo regresar a la ciudad al galope, evitando aquellas misteriosas grietas. Vi a cientos de nuestros hermanos frunciendo el ceño y mesándose sus cuidadas perillas, allí, en lo alto del estrecho voladizo del murallón de aquella ciudad que habíamos conquistado con tan poco esfuerzo. Supe al instante que pasaba algo, algo trágico, doloroso y cruel. Subí todo lo rápido que pude tras mi rey hasta aquel voladizo, sin conseguir alcanzarlo. Las alas de los dioses lo llevaban. ¡Crueles dioses que solo abandonan! Miré y vi, me uní al grito lastimero que surgió de lo más profundo de todas nuestras gargantas y que comenzó a extenderse como una nube de polvo del desierto.

Polvo.
Ceniza.
Esos somos.
Escribo sobre el dolor, sobre el fin, sobre la caída del Reino…

Recuerdo bien aquellas grietas antinaturales en la tierra, allí abajo, a las afueras de Dlaucia. Mi rey también lloraba por dentro. Aquel temblor había formado una maléfica imagen en el suelo, una depravada calavera de grandes fauces que nos miraba con sonrisa macabra. Recuerdo el fino vapor frío que salía lentamente de su interior. Todos lo sabíamos. Ese día entendí. Ese día caímos. Porque el Enemigo no descansaba, no descansa, no descansará nunca.

—Naam —nos explicó innecesariamente nuestro rey.

Allí, grabado en la piel de la tierra de acogida, el Enemigo nos recordó que no somos nada. Solo polvo y ceniza. Nos recordó que nada le detendría. Que nada podía hacerlo, ni tierra, ni bosque, ni fuego ni ejércitos.

Él era la caída de nuestro Reino.

—Kládagor, sírvete de nosotros —juró nuestro rey invocando al sanguinario y perverso dios de la venganza y de la sangre.

Recuerdo que pensé que debía hacer entrar en razón a mi rey. Que aquel juramento ante tan imprevisible dios nos condenaría. Pero miré de nuevo aquella marca en la tierra dejada por Naam, el Enemigo. Y alcé mi voz junto con la del resto de mis hermanos en juramento.

—Marchamos tras ellos —ordenó nuestro rey con voz seca.

—Pero si marchamos de regreso, la reina y sus leales se quedarán solos —dijo alguien, no recuerdo quién.

—Mi esposa sabe lo que debe hacer. No abandonaré a los nuestros. No dejaré atrás mi venganza. Pero tampoco abandonaremos a los hijos de los hombres.

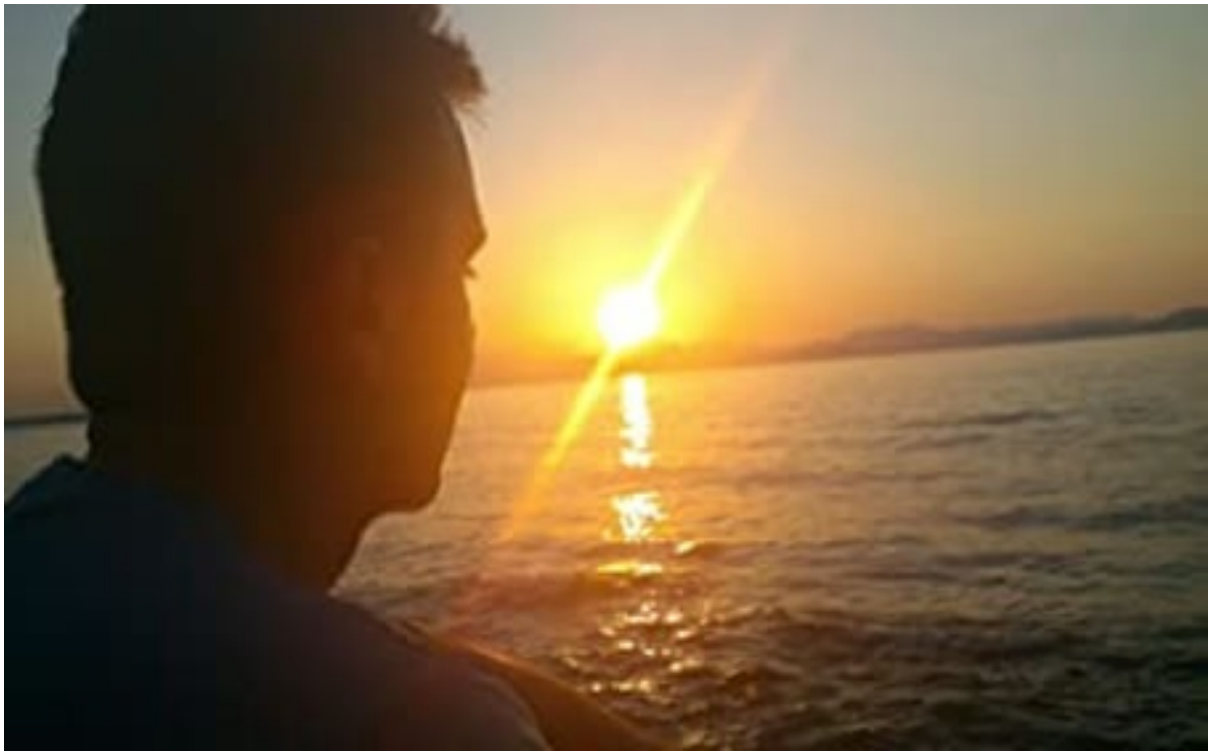
Tras aquello, nuestro rey nos dio la orden de dejarlo solo. Excepto a mí. Sigo sin saber de dónde le viene ese afecto tan grande que me tiene. Lo vi allí, solo en lo alto del murallón. Lo vi allí, llevándose ambas manos hasta el centro de su pecho, al lugar en donde late nuestro infatigable corazón doble. Lo vi allí, jurando en silencio en busca de ayuda a unos dioses que no estaban de nuestra parte. Lo vi allí, atormentándose porque él ya sabía que fracasaríamos.

—Nisvala, dffánkasj-ffa!!

Recuerdo que aquello fue lo último que dijo aquel día.

Polvo y ceniza.
Escribo sobre el Enemigo que no descansa ni descansó.
Sobre el día que nos derrotaron, sobre el fin de todo.

Escribo sobre la Caída del Reino…



JOSE ANTONIO ROMAN. Decirte que como escritor se me conoce como **Pepe Toni**, nacido en España y con una edad cercana a los 40 años. Desde niño he sido un fanático de los libros de aventuras y fantasía (*Los Cinco, Puck, El Señor de los Anillos*…) Sin duda gracias a mis padres, quienes se esforzaron mucho por crear en mí esa pasión. ¡Eternamente agradecido! Y esa pasión se convirtió en el sueño de crear mi propia historia que acabó convirtiéndose en *EL REGRESO DEL HEREDERO,* y que gracias a la ayuda de muchos y buenos amigos de todo el mundo ya puede ser leída en todas partes.

Me sabe mal no poder explicar muchas más cosas sobre mí, pero creo que hace mucho que la gente se olvidó que lo que más importa de un libro es el libro. ¿Qué locura, no? Alguien que escribe para que lean sus aventurillas y sueños y para que la gente se lo pase bien. ¡Locura total! Bueno, en serio, empecé a escribir la historia y los personajes basándome en los juegos, juguetes y libros que tuve de niño, y poco a poco la cosa culminó en una aventura de fantasía épica que solo quiere entretener y hacer volar la imaginación de todo aquel que lo lea.

Eso sí, un consejillo como lector empedernido que soy y que siempre anda buscando nuevos libros y nuevos autores: nunca compres un libro de un autor poco conocido solo por las estrellas y reseñas (por desgracia, muchas de ellas

no son «auténticas» o son «maliciosillas»), es mucho mejor ver si la sinopsis te gusta, si su página web oficial te parece interesante y, lo más importante, siempre aprovecha bien los capítulos gratuitos que puedes descargarte como muestra para ver si la cosa te engancha o no. Y entonces, si ves que todo eso encaja contigo, no lo dudes, ¡ya tienes el libro que buscabas!

Espero que mis libros sean de esos para ti.

Mi lema como escritor es: primero el lector, luego el libro y, muy muy lejos, en una galaxia muy muy lejana, el escritor.

Un dato curioso: formé parte del grupo literario “Los Escritores-Lectores” a los cuales siempre les estaré agradecido y de los cuales os recomiendo que os pongáis las pilas con sus obras. ¡Son buenas! Lamentablemente, por motivos personales, tuve que abandonar las redes sociales y a ellos. ¡Sorry a todos!

Notas

[1] Ver anexo: “*Sobre Kárindor*”. <<

[2] Ver anexo: “*Sobre los Pueblos de la Tierra Viva*”. <<

[3] Nombre dado por los ónimods a los dragones alados. Procede de un antiguo vocablo que ya era utilizado por ellos incluso antes de su llegada al valle sagrado y que literalmente significa: “el gran animal de los cielos”. <<

[4] Ver anexo: “*El Calendario y las Fechas*”. <<

[5] Ver anexo: “*Sobre las Eras y los Tiempos*”. <<

[6] Ver anexo: “*Sobre el Kradparuná*”. <<

[7] Literalmente: ¡Soy el Mal! Servidme o morid. <<

[8] Ver anexo: “*Sobre los Idiomas*”. <<

[9] Ver anexo: “*La Riqueza y el Dinero*”. <<

[10] Forma habitual con la que se llamaba a los miembros del pueblo dorado en las regiones norteñas de Kárindor. Se aplica por extensión como sustituto de élfico. <<

[11] Catorce y diecisiete años y medio, respectivamente (1 ciclo = 7 años). <<

[12] Antigua palabra sureña sinónima de matrona. Literalmente: “segunda mujer” o “segunda madre”. <<

[13] Sobrenombre popular que se les dio a los pobladores de Moradas tras la Gran Guerra. <<

[14] Literalmente: “Guerreros de la Destrucción”. <<

[15] Especie de ave característica de los antiguos bosques tropicales de Kárindor, muy parecido al loro común. Prácticamente extinto en aquellos tiempos. <<

[16] Literalmente: “varón-luz”; en este contexto es un sinónimo de la palabra ónimod para padre, también usada con el significado de guía o maestro. <<

[17] Nombre dado por la Segunda Raza al mar u océano que rodeaba Kárindor por completo. Literalmente: “Muerte Presente”. <<

[18] Nombre dado a aquellos ónimods que sin pertenecer a ninguna casta en concreto ostentaban el rango de barón de guerra. <<

[19] El gran e inhóspito desierto de arena de Valgora. <<

[20] Literalmente: “No puedo, madre”. <<

[21] Literalmente: ¿Por qué yo, madre? <<

[22] Tipo de raza equina. Literalmente: “Nacido en” o “de” Oall. <<

[23] Ver anexo: "*Crónicas de los Reyes*". <<

[24] Literalmente: “amor mío” (procede de un juego de palabras que significa “dos son uno” y es la forma más romántica y cariñosa de decir *te quiero* en el idioma ónimod). <<

[25] Escuela básica de primaria kadoriana en la que tanto los hijos de los nobles, como los de los ciudadanos de clase media o baja, o hasta los huérfanos, eran instruidos de pequeños y al mismo tiempo sin hacer diferencia de clases entre ellos y sin ni siquiera explicarles a qué familia pertenecían (algo que solo descubrían al ser graduados de la misma). <<